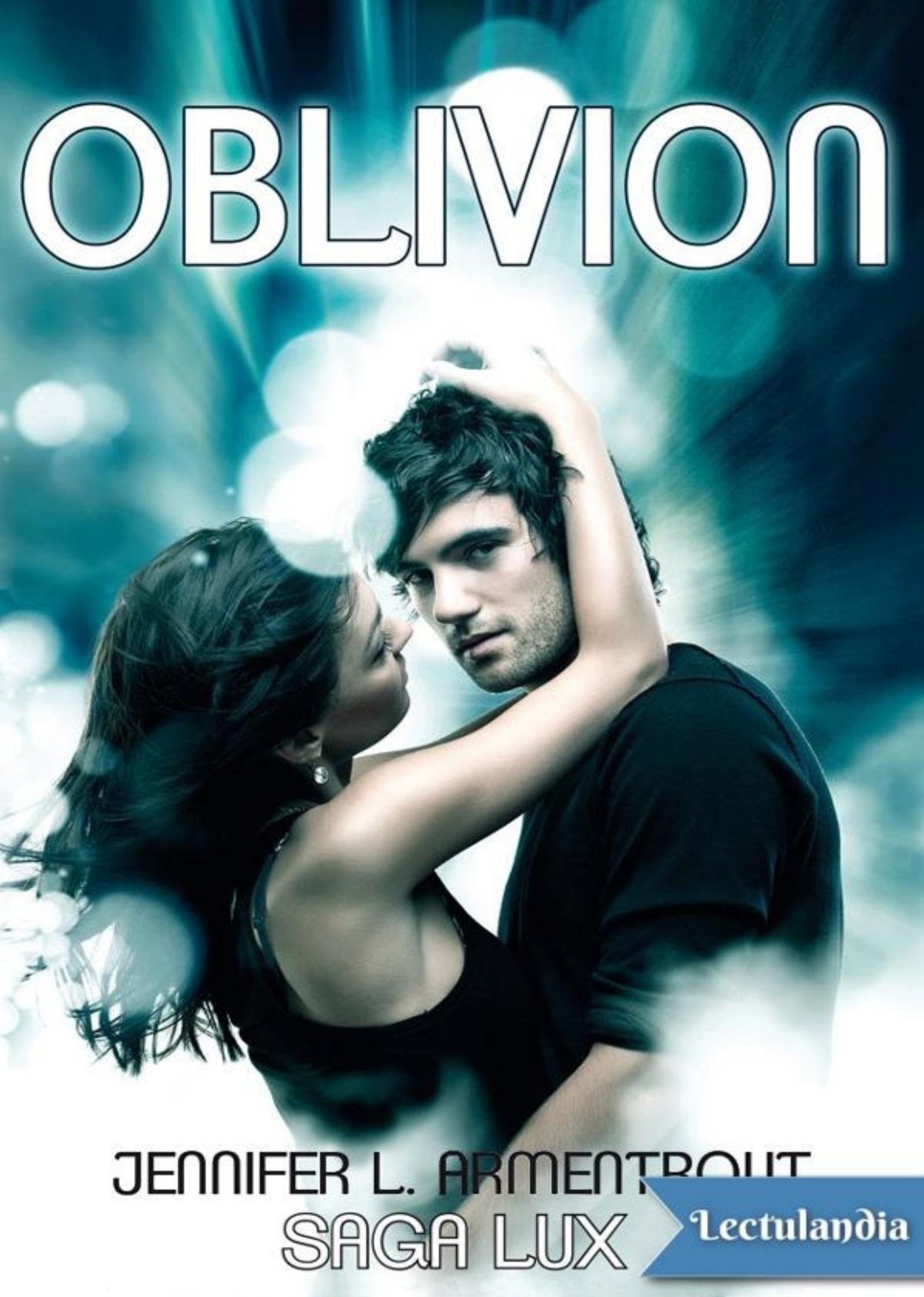


OBLIVION

A romantic scene between a man and a woman. The woman, on the left, has long dark hair and is wearing a black top. She is looking at the man with a slight smile. The man, on the right, has dark, wavy hair and is wearing a black t-shirt. He is looking back at her. His hand is on her head. The background is a soft, out-of-focus blue with many white bokeh lights, creating a dreamy atmosphere.

JENNIFER L. ARMENTROUT

SAGA LUX

Lectulandia

En el preciso momento en que Katy Swartz se instaló en la casa de al lado, supe que iba a traerme problemas. Muchos problemas.

Y problemas es lo último que necesito, sobre todo teniendo en cuenta que no soy exactamente de por aquí. Mi gente llegó a la Tierra desde Lux, un planeta a millones de años luz. Si algo he aprendido en este tiempo, es que no se puede confiar en los humanos. Los asustamos. Podemos hacer cosas que ellos ni siquiera pueden soñar, y la verdad es que a nuestro lado parecen muy débiles. Y lo son.

Pero Kat está acercándose a mí como nadie antes, y no puedo evitar querer estar cerca de ella y usar mis poderes para protegerla. Ella me vuelve débil, y no puedo permitírmelo. Mi obligación es ser fuerte y defender a los míos. Una simple chica... puede significar el fin para nosotros. Porque los Luxen tenemos otro gran enemigo, los Arum, y debo estar muy atento.

Enamorarme de Katy, una humana, no solo la pone a ella en peligro. Pone en riesgo la vida de todos a los que quiero, y eso es algo que no puedo dejar que ocurra...

Empieza a leer la saga Lux desde el punto de vista de Daemon Black.

Lectulandia

Jennifer L. Armentrout

Oblivion

Lux - 1.5

ePub r1.0

Titivillus 22.03.2017

Título original: *Oblivion*
Jennifer L. Armentrout, 2015
Traducción: Miguel Trujillo
Realización de cubierta: Lola Rodríguez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro es para todos los
fans de Daemon Black que querían más de él.
¡Espero que os guste!

CAPÍTULO 1

Con más rapidez de lo que podría captar el ojo humano, me moví silenciosamente entre los árboles en mi auténtica forma, corriendo sobre la hierba espesa y las rocas cubiertas de musgo y llenas de rocío. No era más que un borrón de luz recorriendo los árboles a toda velocidad. Ser un alienígena de un planeta a 1,3 billones de años luz significaba básicamente ser increíble.

Pasé de largo fácilmente junto a uno de esos malditos vehículos de bajo consumo que estaba subiendo por la carretera principal que pasaba más allá de mi casa.

¿Cómo demonios era posible que esa cosa arrastrara un remolque alquilado?

Aunque no es que fuera importante.

Ralenticé la velocidad y adopté mi forma humana, ocultándome entre las espesas sombras que proyectaban los robles mientras el coche pasaba junto a la casa vacía al comienzo de la vía de acceso, y después se detenía frente a la casa que había al lado de la mía.

—Mierda. Vecinos —murmuré cuando vi que la puerta del conductor se abría y una mujer de mediana edad salía de ella. La observé mientras se agachaba para hablar con otra persona en el interior del coche.

Soltó una carcajada y después ordenó:

—Sal del coche.

Quienquiera que estuviera con ella no le hizo caso, y la mujer acabó cerrando la puerta del vehículo. Subió los escalones del porche prácticamente dando saltos y abrió con llave la puerta principal.

¿Cómo podía estar pasando algo así? Se suponía que la casa tenía que permanecer vacía; que no podía haber humanos en ninguna de las casas que había por los alrededores. Aquella carretera era la maldita puerta a la colonia Luxen que había en la base de las Seneca Rocks, y no era posible que hubieran puesto la casa en venta y esos gilipollas trajeados no se hubieran dado cuenta.

Aquello no podía estar pasando.

La energía chisporroteaba sobre mi piel, vibrante, y la necesidad de volver a recuperar mi auténtica forma era difícil de ignorar. Y eso me cabreaba. Mi casa era el único lugar en el que podía ser yo mismo, en el que podíamos ser nosotros mismos sin miedo a que nos descubrieran. Y esos gilipollas, los del Departamento de Defensa, el puto Departamento de Defensa, lo sabían.

Apreté los puños.

Vaughn y Lane, mis dos niños particulares contratados por el Gobierno, tenían

que estar al corriente de la situación. Debía de habérseles pasado por las malditas cabezas cuando vinieron a vernos una semana antes.

La puerta del copiloto del Prius se abrió chirriando, atrayendo así mi atención. Al principio no podía ver quién había salido, pero entonces pasó por la parte delantera del coche y quedó completamente a la vista.

—Mierda —volví a murmurar.

Era una chica.

Por lo que podía ver, tendría más o menos mi edad, tal vez un año menos, y mientras se giraba en un círculo lento, mirando el bosque que trepaba hasta el césped alrededor de las dos casas, tenía aspecto de estar esperando a que un puma rabioso se abalanzara sobre ella.

Sus pasos eran dudosos cuando se aproximó al porche, como si todavía estuviera preguntándose si realmente quería entrar en la casa. La mujer, que supuso que era su madre a juzgar por el pelo de un tono oscuro parecido, había dejado abierta la puerta de entrada. La chica se detuvo en la base de los escalones.

La evalué con la mirada mientras me movía sin rumbo y en silencio entre los árboles. Parecía tener una estatura corriente. De hecho, toda ella parecía corriente: su pelo de un castaño oscuro, apartado de la cara en un moño desordenado; su cara pálida y redondeada, su peso medio... desde luego, no era una de esas chicas flacuchas que tanto odiaba. Y luego estaban sus... Vale. No todo en ella era corriente. Mi mirada se quedó fija en sus piernas y en otras zonas.

Joder, qué piernas tenía.

La chica se giró y miró el bosque mientras cruzaba los brazos justo por debajo del pecho.

Vale. Dos zonas en particular no eran nada corrientes.

Examinó la línea de árboles y su mirada se detuvo... se detuvo justo donde yo me encontraba. Abrí las manos a los costados, pero no me moví, no me atreví a obligar a mis pulmones a tomar aire. Me estaba mirando directamente.

Pero era imposible que me viera. Me encontraba demasiado oculto entre las sombras.

Transcurrieron unos cuantos segundos antes de que descruzara los brazos y se girara para dirigirse lentamente hasta el interior de la casa. Dejó la puerta abierta de par en par tras ella.

—¿Mamá?

Incliné la cabeza hacia un lado ante el sonido de su voz, que también era... corriente. No había ningún acento distinguible, ninguna indicación del lugar de donde provenían.

En cualquier caso, no debían de tener ningún sentido de la seguridad personal, dado que ninguna de las dos pensó en cerrar la puerta tras ellas. Claro que, por esa zona, la mayoría de los humanos creían que se encontraban totalmente a salvo. Después de todo, el pueblo de Ketterman, situado justo a las afueras de Petersburgo,

en Virginia Occidental, ni siquiera salía en los mapas. La policía se pasaba más tiempo persiguiendo al ganado que se escapaba y disolviendo fiestas en los campos que ocupándose de un crimen real.

A pesar de que los humanos ciertamente tenían un desagradable hábito de desaparecer por ahí.

La sonrisita que curvaba mis labios se desvaneció cuando una imagen de Dawson apareció en mis pensamientos. No solo los humanos...

Cuando pensaba en mi hermano, la furia burbujeaba en mi interior, rugiendo hasta la superficie como un volcán a punto de estallar. Ya no estaba... había muerto por culpa de una chica humana. Y ahora había otra maldita chica humana mudándose a la casa de al lado.

Teníamos que... fingir ser humanos, mezclarnos entre ellos, e incluso actuar como ellos, pero estar cerca de ellos siempre acababa en desastre.

Siempre acababa con alguien desaparecido o muerto.

No tengo ni idea de cuánto tiempo permanecí allí, mirando la casa, pero la chica volvió a aparecer. Distráido, me enderecé mientras la veía caminar hasta la parte trasera del remolque. Se sacó una llave del bolsillo y después abrió la puerta de metal.

O lo intentó.

Y después lo intentó un poco más.

Forcejeó con la cerradura y después con la palanca durante lo que tenía que ser el rato más largo de la historia. Tenía las mejillas sonrojadas y los labios fruncidos, y parecía estar a punto de darle una patada a la parte trasera del remolque. Por Dios santo, ¿cuánto podía tardar una persona en abrir la puerta de un remolque? Estaba convirtiéndolo en una maratón. Sentí una ligera tentación de hacer notar mi presencia y mover el culo hasta allí para abrirle la maldita puerta.

Por fin, después de una eternidad, logró abrir el remolque y bajó la rampa. Desapareció en su interior para reaparecer unos momentos después con una caja. La observé mientras la llevaba a la casa y después regresaba. Volvió a subir por la rampa y bajó tambaleándose, con una caja que tenía que pesar más que ella, a juzgar por la expresión de esfuerzo de su cara.

Rodeó el remolque, e incluso desde donde me encontraba pude ver que le temblaban los brazos. Cerré los ojos, irritado por... todo. Logró llegar hasta los escalones, y supe que no había forma de que pudiera subir esa caja hasta el porche sin caer y posiblemente romperse el cuello.

Levanté las cejas.

Si se rompía el cuello, supongo que entonces quedaría resuelto el problema de que se mudara a la casa de al lado.

Puso un pie sobre el escalón inferior y se balanceó hacia un lado. Si se caía entonces, estaría bien. Subió otro escalón, y el estómago me rugió. Joder, tenía hambre, y eso que me había comido unas diez tortitas hacía una hora.

Casi había llegado a la parte superior de los escalones, y no, si se caía no iba a

romperse el cuello. ¿Quizá un brazo? Una pierna sería exagerar. Mientras plantaba el pie en el siguiente escalón y después levantaba lentamente el otro pie tras él, me sentí impresionado muy a mi pesar por su firme determinación de meter esa caja en la casa. Cuando se tambaleó peligrosamente en la parte de arriba, murmuré una lista bastante obscena de juramentos y levanté la mano.

Dirigiendo la atención hacia la caja que llevaba en las manos, invoqué la Fuente. Me concentré mentalmente en levantar la caja solo un poquito, quitando la peor parte del peso de sus brazos. Se detuvo en el porche tan solo durante un breve segundo, como si hubiera reconocido el cambio, y después negó con la cabeza y entró en la casa.

Bajé lentamente la mano, un tanto aturdido por lo que había hecho. La chica no tenía forma de saber que un tío cualquiera escondido en el bosque era el responsable de eso, pero, joder, seguía siendo una gilipollez por mi parte.

Siempre corríamos el riesgo de exponernos cada vez que utilizábamos la Fuente, sin importar lo insignificante que fuera.

La chica volvió a aparecer en el porche, con las mejillas de un rosa intenso a causa del trabajo acumulado, y volvió a dirigirse hasta el remolque mientras se secaba las manos en los vaqueros cortos. Una vez más, bajó tambaleándose con una caja mortal entre los brazos, y me pregunté dónde demonios estaría su madre.

La chica perdió el equilibrio, y la caja, evidentemente pesada, repiqueteó. Había cristal dentro. Y como estaba compitiendo para ganar el título al mayor gilipollas del mundo, me quedé ahí entre los árboles, con el estómago rugiendo como un maldito motor, y la ayudé a cargar caja tras caja sin que ella lo supiese siquiera.

Para cuando terminó/terminamos de llevar hasta el último objeto al interior de la casa, me sentía drenado, muerto de hambre y seguro de que me había arriesgado a acceder a la Fuente lo suficiente como para que me examinaran la maldita cabeza. Arrastré el cansado culo por los escalones de mi casa y me deslicé al interior en silencio. No había nadie aquella noche, y estaba demasiado exhausto para cocinar, así que me tragué como dos litros de leche y después caí rendido en el sofá.

Mi último pensamiento fue sobre mi fastidiosa vecina nueva y mi plan para no volver a verla jamás, demasiado genial como para fracasar.

* * *

La noche había caído, y unas nubes gruesas, oscuras e impenetrables ocultaban las estrellas y cubrían la luna, sofocando hasta las más mínima cantidad de luz. Nadie podía verme, lo cual probablemente fuera algo bueno.

Sobre todo teniendo en cuenta que me encontraba de pie en el exterior de la casa que hasta hace poco había estado vacía, como un acosador de uno de esos programas de crímenes reales. Y no era la primera vez. Menudo plan para no volver a ver a esa tía.

Aquello se estaba convirtiendo con rapidez en un hábito perturbador. Traté de convencerme de que era algo necesario. Necesitaba saber más acerca de nuestra nueva vecina antes de que mi hermana melliza, Dee, la viera y decidiera que quería ser su mejor amiga. Dee era todo lo que me quedaba en este mundo, y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de protegerla.

Eché un vistazo a mi casa y solté un resoplido de exasperación a través de la nariz. ¿Sería tan terrible si, no sé, si quemara la maldita casa hasta los cimientos? Es decir, no iba a dejar que esas... que esas humanas se quemaran ni nada parecido. No era una persona tan horrible. Pero si no había casa, tampoco habría problema.

A mí me parecía bastante sencillo.

Lo último que necesitaba, lo último que cualquiera de nosotros necesitaba, era otro problema.

Aunque era tarde, había una luz encendida en una de las habitaciones del piso superior. Era la habitación de la chica. Tan solo unos pocos minutos antes había visto su silueta pasando frente a las ventanas. Por desgracia, se encontraba completamente vestida.

Aquella decepción elevaba mi estatus de acosador a un nivel completamente nuevo.

La chica era un problema, uno gordo, pero yo era un tío con todas sus partes funcionales, lo cual a veces me hacía ignorar cualquier clase de problema.

Que alguien se mudara a la casa de al lado, alguien de nuestra edad, era demasiado arriesgado. La chica tan solo llevaba dos días allí, pero era solo cuestión de tiempo que Dee la viera. Ya me había preguntado un par de veces si había visto a los nuevos vecinos, si sabía de quiénes se trataba. Yo me había encogido de hombros y le había dicho que probablemente fuera una pareja de ancianos que se hubieran retirado a las afueras, para tratar de mantener a raya su entusiasmo inicial, pero sabía que sería imposible contener la personalidad emocional de Dee durante demasiado tiempo.

Y hablando de la reina de los hiperactivos...

—Daemon —susurró una voz desde las sombras de mi porche delantero—. ¿Qué demonios estás haciendo ahí fuera?

¿Debatirme entre si debía quemar o no la casa la próxima vez que fueran a hacer la compra era una respuesta razonable a tener vecinos nuevos?

Sí, iba a guardarme esa parte para mí.

Con un suspiro, me giré y me dirigí hacia el porche, con la gravilla crujiendo bajo las botas. Mi hermana se inclinaba contra la barandilla, mirando la casa de al lado, con una expresión curiosa que le arrugaba el rostro mientras una brisa suave hacía flotar su pelo oscuro y largo a su alrededor.

Me costó un esfuerzo increíble caminar a velocidad normal mientras me acercaba a ella. Normalmente ni siquiera trataba de hacerlo cuando estaba en casa, ya que podía moverme a la velocidad de la luz, pero con las nuevas vecinas tenía que

recuperar el hábito de parecer... bueno, humano.

—Estaba patrullando —dije, y apoyé la cadera contra la barandilla, dando la espalda a la casa como si esta no existiera.

Dee arqueó una ceja mientras levantaba la mirada hacia mí. Sus ojos, de un esmeralda brillante, el mismo color que los míos, estaban llenos de escepticismo.

—No era eso lo que parecía.

—¿De verdad?

Crucé los brazos.

—Sí. —Eché un vistazo por encima de mi hombro—. Parecía como si estuvieras de pie frente a esa casa, observándola.

—Ajá.

Sus cejas se juntaron.

—Entonces... ¿se ha mudado alguien ahí?

Dee había pasado los últimos dos días en casa de los Thompson, lo cual era una maldita bendición, incluso a pesar de que la idea de que pasara la noche en casa de otro alienígena de nuestra edad, Adam, no me hacía demasiada gracia. Pero había funcionado. No tenía ni idea de quién se había mudado a la casa de al lado y, conociéndola, una chica humana de su edad sería como descubrir a un cachorrito abandonado.

Al ver que yo no respondía, suspiró sonoramente.

—Vale. ¿Se supone que tengo que adivinarlo?

—Sí, se ha mudado alguien a la casa de al lado.

Abrió los ojos mientras se echaba hacia atrás y se reclinaba sobre la barandilla, observando la casa como si pudiera ver a través de ella. Sin embargo, aunque nuestras habilidades eran bastante increíbles, no teníamos visión de rayos X.

—Vaya, no son Luxen. Son humanos.

Evidentemente, lo habría sentido si fueran de nuestra especie.

—Sip. Son humanos.

Negó ligeramente con la cabeza.

—Pero ¿por qué? ¿Saben algo acerca de nosotros?

Recordé a la chica esforzándose por llevar las cajas al interior de la casa el otro día.

—Yo diría que no.

—Eso es muy extraño. ¿Por qué iba a dejar el Departamento de Defensa que se mudaran aquí? —preguntó, y después añadió de inmediato—: ¿A quién le importa? Espero que sean majos.

Cerré los ojos. Por supuesto que Dee no se preocuparía por ellas, ni siquiera después de lo que le pasó a Dawson. Lo único que le importaba era que fueran majos. Ni siquiera se le ocurrió, aunque fuera por un segundo, la clase de peligro que podía suponer para nosotros la proximidad a un ser humano. No, mi hermana no era así. Ella era todo unicornios vomitando arcoíris.

—¿Has visto quiénes eran? —preguntó, con la voz teñida de emoción.

—No —mentí, abriendo los ojos.

Ella frunció los labios mientras se apartaba de la barandilla, y a continuación dio una palmada y se giró hacia mí. Éramos casi de la misma altura, y pude ver un centelleo de deleite en sus ojos.

—Espero que sea un tío bueno. —Apreté la mandíbula, y ella soltó una risita—. ¡Oh! A lo mejor es una chica, en plan de mi edad. Eso sería genial. —Ay, Dios mío...—. Así el verano sería mucho mejor, sobre todo ahora que Ash está ya sabes qué —continuó.

—No. No sé qué.

Dee puso los ojos en blanco.

—No te hagas el inocente, idiota. Sabes exactamente por qué está tan mimosa como un tejoncillo últimamente. Pensaba que vosotros dos ibais a pasaros el verano entero haciendo...

—¿Cochinadas? —sugerí pícaramente.

—¡Qué asco! En serio, no lo decía por eso. —Se estremeció, y yo apenas pude esconder una sonrisa mientras me preguntaba si Ash habría admitido que lo de hacer cochinadas había sucedido, aunque no desde hacía mucho. No había pasado a menudo, pero sí alguna vez—. Ha estado quejándose por no hacer un viaje que le habías prometido para este verano. —No tenía ni idea de qué estaba hablando—. En fin, espero que quienquiera que se haya mudado sea guay. —La mente de Dee seguía girando, como un hámster en su rueda—. A lo mejor podría pasarme a...

—Ni se te ocurra terminar esa frase, Dee. No sabes quiénes son ni cómo son. Permanece alejada de ellas.

Se puso las manos en las caderas mientras entrecerraba los ojos.

—¿Cómo vamos a saber qué clase de personas son si permanecemos alejados de ellas?

—Yo lo comprobaré.

—No confío demasiado en tu juicio acerca de los humanos, Daemon.

Su mirada se volvió fulminante.

—Y yo no confío en el tuyo. Al igual que jamás confié en el de Dawson.

Dee dio un paso hacia atrás mientras tomaba aire de forma lenta y profunda. La furia se desvaneció de su expresión.

—Vale, lo entiendo. Comprendo por qué...

—No quiero hablar de eso. Esta noche no —dije, y solté un suspiro mientras levantaba la mano para pasarme los dedos por el pelo, de forma que se me quedó de punta. Necesitaba un corte—. Es tarde, y tengo que hacer otra ronda antes de irme a dormir.

—¿Otra ronda? —Su voz se redujo a un susurro—. ¿Crees que... hay algún Arum cerca?

Negué con la cabeza para que no se preocupara, pero lo cierto era que siempre

estaban cerca, y eran nuestros únicos depredadores naturales; nuestros enemigos desde la época en la que nuestro auténtico planeta existía. Como nosotros, ellos no eran de la Tierra. En muchos sentidos eran completamente opuestos a nosotros en habilidades y apariencia, pero nosotros no matábamos como ellos lo hacían. Oh, no. Ellos accedían a la Fuente al alimentarse de los Luxen que mataban. Eran como parásitos tomando esteroides.

Los ancianos solían decirnos que, cuando se formó el universo, este estaba lleno de la luz más pura, lo cual volvió envidiosos a aquellos que vivían en las sombras, los Arum. Se pusieron celosos y decidieron sofocar toda la luz. Así fue como comenzó la guerra entre nuestros dos planetas.

Y nuestros padres murieron en esa guerra, cuando nuestro hogar fue destruido.

Los Arum nos habían seguido hasta aquí, utilizando los fenómenos atmosféricos para viajar hasta la Tierra sin que los detectáramos. Cuando caía algún meteorito o había alguna lluvia de estrellas, me ponía de los nervios. Los Arum normalmente aprovechaban esa clase de acontecimientos.

Luchar contra ellos no era fácil. Podíamos derrotarlos directamente con la Fuente, o bien con obsidiana. Afilada en forma de cuchillo era mortal para los Arum, especialmente después de que se alimentaran, porque fracturaba la luz. Conseguirla tampoco era tarea fácil, pero yo siempre intentaba llevar un trozo encima, normalmente sujeto al tobillo. Dee también lo hacía.

Nunca se sabe cuándo puedes necesitarla.

—Tan solo quiero tener cuidado —dije al fin.

—Tú siempre tienes cuidado. —Le dirigí una tensa sonrisa. Ella dudó, y después se acercó a mí. Se puso de puntillas y se estiró para darme un beso en la mejilla—. Puede que seas un imbécil exigente, pero te quiero. Tan solo quería que lo supieras.

Con una carcajada, le rodeé los hombros con un brazo y le di un breve abrazo.

—Puede que seas una cotorra insoportable, pero yo también te quiero.

Me dio un golpe en el brazo mientras retrocedía, sonriendo otra vez.

—No te quedes hasta muy tarde.

Asentí con la cabeza y la observé mientras entraba con rapidez en la casa. Dee rara vez hacía nada con lentitud. Siempre había sido la de la energía infinita. Dawson había sido el despreocupado. Y yo era... —me reí entre dientes— el imbécil.

Habíamos sido trillizos.

Ahora tan solo éramos mellizos.

Pasaron unos momentos mientras miraba el punto donde había estado mi hermana. Era una de las pocas cosas que quedaban en este planeta que realmente me importaban. Dirigí la atención de nuevo hacia la casa. No tenía sentido siquiera que tratara de engañarme. En cuanto Dee se diera cuenta de que la vecina era una chica, iba a pegarse a ella como una lapa... una lapa muy pesada. Y nadie podía resistirse a mi hermana. Era una maldita bola de luz blandita e hiperactiva.

Vivíamos entre los humanos, pero no nos acercábamos a ellos por un montón de

razones. Y no pensaba permitir que Dee cometiera el mismo error que había cometido Dawson. Le había fallado a él, pero no dejaría que le pasara lo mismo a Dee. Haría cualquier cosa con tal de mantenerla sana y salva. Cualquier cosa.

CAPÍTULO 2

Apreté la frente contra el cristal y maldije entre dientes, principalmente porque estaba mirando por la ventana... en dirección a esa casa. Esperando. Estaba esperando. Había mejores cosas que hacer que aquello. Como darme de cabezazos contra el cemento. O escuchar a Dee describiendo con doloroso detalle cada atributo intrincado y perturbadoramente personal de cada uno de los chicos de ese grupo que adoraba.

Me obligué a apartarme de la ventana, bostezando mientras me frotaba la mandíbula con la palma de la mano. Ya habían pasado casi tres malditos días, y una parte de mí todavía no era capaz de creer que se hubiera mudado gente a la casa de al lado. «Podría ser peor», decidí en ese momento. Nuestro nuevo vecino podría haber sido un tío. De ser así, tendría que encerrar a Dee con llave en su habitación.

O al menos podría haber sido una chica que pareciera un tío. Aquello habría sido de ayuda, pero no, no parecía un tío en absoluto. Me recordé que era corriente, pero desde luego no era un tío.

Encendí el televisor con un gesto de la mano y pasé los canales hasta que encontré una reposición de *Ghost Investigators*. Ya había visto aquel episodio anteriormente, pero siempre era divertido ver a los humanos salir corriendo de sus casas porque pensaban haber divisado que algo brillaba. Me apoltroné en el sofá con las piernas sobre la mesita de centro y traté de olvidarme de aquella chica, con unas piernas morenas nada corrientes y un culo de infarto.

La había visto un total de dos veces hasta el momento.

La primera fue evidentemente el día que se había mudado, cuando hice la gilipollez de ayudarla desde lejos. Quería pegarme un puñetazo en los huevos por eso. Sí, ella no sabía que yo había aligerado el peso de las cajas para que no se cayera, pero no debería haberlo hecho. Debería haber sido más sensato.

Volví a verla ayer. Había salido corriendo hacia un sedán, y sacó de su interior una pila de libros. Su rostro se iluminó con una enorme sonrisa, como si la torre de libros que se inclinaba fuera en realidad un millón de dólares.

Era todo muy... No. No era mona. ¿Qué demonios estaba pensando? No era mona en absoluto.

Dios, hacía demasiado calor dentro de la casa. Me incliné hacia delante, me agarré la camiseta por la parte de atrás y me la quité. La tiré a un lado y me froté el pecho perezosamente. Había estado caminando por ahí sin camiseta más que nunca desde que se había mudado aquella chica.

Espera. La había visto tres veces, contando cuando la vi anoche a través de la

ventana.

Maldita sea, tenía que salir de casa y hacer algo. Preferiblemente algo que implicara sudar un montón.

Antes de que pudiera darme cuenta, crucé la habitación y acabé justo enfrente de la ventana. Otra vez. No quería analizar por qué con demasiada atención.

Aparté la cortina, frunciendo el ceño. Ni siquiera había hablado con la chica y me sentía como un acosador mirando por la ventana, esperando una vez más... ¿esperando qué? ¿Poder echarle un vistazo? ¿O prepararme mejor para el inevitable encuentro?

Si Dee me viera en esos momentos, se tiraría al suelo riéndose.

Y si fuera Ash quien me viera, me sacaría los ojos con las uñas y lanzaría a mi nueva vecina al espacio exterior de un golpe. Ash y sus hermanos habían llegado de Lux más o menos a la vez que nosotros, y es como si la relación hubiera... surgido sola... Más por la proximidad que por lo que podía decir honestamente que fuera una emoción real. Hacía meses que no salíamos, pero sabía que ella todavía esperaba que acabáramos juntos en algún momento. No porque realmente quisiera estar conmigo, sino porque era lo que se esperaba de nosotros... así que, por supuesto, lo más probable era que no quisiera que estuviera con nadie más. En cualquier caso, ella me importaba mucho, y no era capaz de recordar un tiempo sin ella y sus hermanos en mi vida.

Capté un movimiento por el rabillo del ojo. Me giré ligeramente y vi que la puerta mosquitera del amplio porche de la casa de al lado se cerraba. Mierda.

A continuación, la vi bajando del porche apresuradamente.

Me pregunté adónde se dirigiría. No había muchas cosas que hacer por la zona, y además no conocía a nadie. No había habido nada de tráfico en la casa de al lado, a excepción de su madre entrando y saliendo a horas extrañas.

La chica se detuvo enfrente del coche y se alisó los pantalones cortos con las manos. Las comisuras de los labios se me curvaron hacia arriba.

Y de repente giró hacia la izquierda, y yo me enderecé. Apreté el puño con el que agarraba la cortina, y el aire se me quedó atascado en algún lugar del pecho. No, no iba a venir hasta aquí. No tenía razones para hacerlo. Dee ni siquiera se había dado cuenta de que había una chica en la casa de al lado. No había razones...

Joder, sí que estaba viniendo hacia aquí.

Solté la cortina, me aparté de la ventana y me dirigí hacia la puerta principal. Cerré los ojos, conté los segundos y me recordé la valiosa lección que había aprendido con el sacrificio de Dawson. Los humanos eran peligrosos para nosotros. Simplemente estar cerca de ellos era un riesgo; y acercarse demasiado a un humano terminaba inevitablemente con uno de nosotros dejando un rastro de la Fuente sobre ellos. Y dado que Dee estaba obsesionada con hacerse amiga de cualquier cosa que respirara, sería especialmente peligroso para esa chica. Vivía justo en la casa de al lado, y yo no tendría forma de controlar el tiempo que Dee pasara con ella.

Y después estaba también el hecho de que había estado, pues bueno, observándola. Aquello sí que podría ser un problema. Apreté los puños a los costados.

Mi hermana no sufriría el mismo destino que Dawson. No tendría forma de soportar su pérdida, y además había sido una chica humana quien me había hecho perderlo a él, quien había conducido a un Arum directamente hacia él. Había pasado con nuestra especie una y otra vez. No era necesariamente culpa de los humanos, pero el resultado final siempre era el mismo. Me negaba a permitir que nadie pusiera a Dee en peligro, sin importar que lo supiera o no. Eso daba igual. Estiré la mano y lancé la mesita de centro a través de la habitación, pero me contuve y la hice detenerse justo antes de que se estrellara en la pared. Respiré hondo y volví a ponerla sobre sus cuatro patas.

Un golpe suave y casi dudoso resonó en nuestra puerta principal. Mierda.

Solté aire bruscamente. «Ignóralo». Eso era lo que debería hacer, pero me moví en dirección a la puerta y la abrí antes de darme cuenta siquiera. Una ráfaga de aire cálido me azotó la piel, transportando un suave aroma a melocotones y vainilla.

Dios, cómo me gustaban los melocotones, tan dulces y húmedos.

Bajé la mirada. Era bajita; más bajita de lo que me había parecido. La parte superior de su cabeza tan solo me llegaba al pecho. Quizá fuera eso por lo que estaba mirándolo. O tal vez fuera por el hecho de que yo no había tenido el buen juicio de ponerme la camiseta.

Sabía que le gustaba lo que veía. A todo el mundo le gustaba. Ash me había dicho una vez que era la combinación de pelo negro ondulado, ojos verdes, mandíbula fuerte y labios gruesos. Decía que era sexy. Estaba bueno. Puede que sonara arrogante, pero era la verdad.

Ya que me estaba comiendo con la mirada tan descaradamente, supuse que yo podía hacer lo mismo. ¿Por qué no? Era ella quien había acudido a llamar a mi puerta.

La chica... no era mona. Su pelo largo, que realmente no era ni rubio ni castaño, ya no estaba recogido en el moño desordenado, y colgaba por encima de sus hombros. Era bajita de narices, apenas algo más de un metro sesenta y cinco. Sin embargo, sus piernas parecían extenderse eternamente. Me costó un gran esfuerzo apartar los ojos de ellas.

Finalmente mi mirada cayó en la parte delantera de su camiseta. «MI BLOG ES MEJOR QUE TU VLOG». ¿Qué demonios significaba eso? ¿Y por qué lo llevaba escrito en la camiseta? Las palabras «BLOG» y «MEJOR» estaban tensas y tirantes. Tragué saliva. Aquello no era una buena señal.

Levanté la mirada con más esfuerzo todavía.

Su cara era redondeada, con la nariz respingona y la piel lisa. Apostaría un millón de dólares a que sus ojos eran castaños; unos grandes ojos de cervatillo.

Parecía una locura, pero podía sentir sus ojos mientras su mirada seguía con el

lento escrutinio desde el lugar donde mis vaqueros colgaban de mis caderas hasta regresar a mi cara. Tomó aire bruscamente, lo cual hizo sombra a mi propia inhalación.

Sus ojos no eran castaños, pero eran grandes y redondos, de un tono pálido de brezo gris; unos ojos claros e inteligentes. Eran bonitos. Incluso yo era capaz de admitirlo.

Y aquello me cabreaba. Todo aquello me cabreaba. ¿Por qué estaba mirándola tanto? ¿Por qué estaba allí siquiera? Fruncí el ceño.

—¿Necesitas algo?

No hubo respuesta. Siguió mirándome con esa expresión en el rostro, como si quisiera que besara sus labios carnosos y fruncidos. Una sensación de calor aleteó en la boca de mi estómago.

—¿Hola? —Podía notar el matiz de mi voz: furia, deseo, enfado, más deseo. «Los humanos son débiles, un riesgo... Dawson está muerto por culpa de una humana; una humana como esta». No dejaba de repetir esas palabras una y otra vez. Situé la mano sobre el marco de la puerta, clavando los dedos en la madera mientras me inclinaba hacia delante—. ¿Se te ha comido la lengua el gato?

Aquello atrajo su atención, y la sacó de golpe de su lujurioso escrutinio. Sus mejillas se tiñeron de un bonito tono rosado mientras daba un paso hacia atrás. Genial. Se estaba marchando. Eso era lo que quería; que se diera la vuelta y se largara. Me pasé una mano por el pelo, miré por encima de su hombro y después otra vez a ella. Seguía plantada en el mismo sitio.

La chica tenía que sacar su bonito culo de mi porche antes de que hiciera alguna estupidez. Como sonreír ante la forma que tenía de ruborizarse. Hasta resultaba sexy. Y desde luego no era nada corriente.

—Te lo voy a preguntar...

El rubor se intensificó. Joder.

—Me... me preguntaba si sabrías dónde está el colmado más cercano. Me llamo Katy. —Katy. Se llamaba Katy. Me recordaba a Kitty, que parecía nombre de gato. De gatita. Qué bien se me daba encadenar palabras—. Me he mudado a la casa de al lado —señaló la casa con el dedo— hace un par de días...

—Ya lo sé.

«Llevo casi tres días observándote como un acosador».

—Bueno, es que me preguntaba si alguien sabría decirme por dónde se llega antes a algún colmado y quizá a algún sitio que venda plantas.

—¿Plantas?

Entrecerró ligeramente los ojos, y me obligué a permanecer inexpresivo. Ella siguió jugueteando con el dobladillo de sus pantalones.

—Sí, es que tengo un parterre delante de...

Arqueé una ceja.

—Ya.

Ahora sus ojos eran unas estrechas rendijas, y la irritación que emanaba de ella intensificaba el rubor. Me hizo gracia en lo más profundo de mí. Sabía que estaba comportándome como un gilipollas, pero estaba disfrutando perversamente de la rabia que se encendía poco a poco tras sus ojos, que era como un cebo. Y... ese rubor de furia era sexy de una forma extraña, y estaba seguro de que alguna cosa no iba bien en mi cabeza. Me recordaba a algo...

Volvió a probar.

—Bueno, verás, tengo que comprar plantas...

—Para el parterre; ya lo he pillado.

Apoyé la cadera contra el marco de la puerta y crucé los brazos. La verdad es que aquello era casi divertido. Katy respiró hondo.

—Me gustaría saber dónde puedo encontrar comida y plantas.

Su tono era el que yo utilizaba con Dee unas mil veces al día. Adorable.

—¿Sabes que en este pueblo no hay más que un semáforo y gracias, verdad?

Y ahí estaba. La chispa de sus ojos era ahora un fuego llameante, y yo estaba tratando de contener una ancha sonrisa. Joder, ya no solo era mona. Era más, mucho más, y el estómago me dio un vuelco.

Me miró fijamente, incrédula.

—Bueno, solo quería saber por dónde tenía que tirar. Veo que no he venido en el mejor momento.

Pensé en Dawson, y mis labios se curvaron en una mueca desdeñosa. Se había acabado la hora de jugar. Tenía que terminar con aquello de una vez por todas, por el bien de Dee.

—Nunca será un buen momento para que vengas a llamar a mi puerta, niña.

—¿Niña? —repitió, abriendo mucho los ojos—. No soy ninguna niña, tengo diecisiete años.

—¿Ah, sí? —Joder, como si no me hubiera dado cuenta ya de lo mayor que era. No había nada en ella que me recordara a una niña, pero maldita sea, como diría Dee, mis habilidades sociales eran una pena—. Pues parece que tengas doce. Bueno, no; trece. Mi hermana tiene una muñeca que me recuerda a ti, con los ojos grandes y la expresión vacía.

Se quedó boquiabierta, y me di cuenta de que quizá había ido demasiado lejos con esa última frase. Bueno, era lo mejor. Si me odiaba, permanecería alejada de Dee. Funcionaba con la mayoría de las chicas. Sí, con la mayoría.

Vale. En realidad no funcionaba con muchas chicas, pero ellas no vivían en la casa de al lado, así que qué demonios importaba.

—Oye, vale; perdona por molestarte. No te preocupes: no volveré a llamar a la puerta de tu casa, créeme.

Comenzó a darse la vuelta, pero no con la rapidez suficiente como para que no viera el repentino resplandor en esos ojos grises.

Joder. Ahora me sentía como el mayor imbécil del mundo. Y Dee fliparía si me

viera actuar de este modo. Encadenando algo así como una docena de improperios en mi mente, la llamé:

—Eh.

Ella se detuvo en el escalón inferior, pero no dejó de darme la espalda.

—¿Qué?

—Ve a la carretera 2 y gira cuando llegues a la 220 en dirección norte; te llevará a Petersburgo. —Solté un suspiro, deseando no haber abierto la puerta—. Foodland está justo en el centro; lo verás seguro. Bueno, quizá a ti te cueste encontrarlo. Creo que está al lado de una ferretería. Allí encontrarás cosas para tus plantas.

—Gracias —musitó, y después añadió entre dientes—: tarado.

¿Acababa de llamarme «tarado»? ¿En qué década estábamos? Me reí, pues aquello me hacía mucha gracia.

—Eso no es propio de una señorita, gatita.

Se dio la vuelta con rapidez.

—Nunca vuelvas a llamarme así.

Vaya, parecía que le había dado en algún punto débil. Me aparté de la puerta.

—Es mejor que llamarle «tarado» a alguien, ¿no? Qué visita tan estimulante. La recordaré mucho tiempo.

Sus pequeñas manos se cerraron en puños, y me pareció que quería golpearme. Me pareció que tal vez me gustara. Y me pareció que necesitaba ayuda urgentemente.

—¿Sabes qué? Tienes toda la razón. Mira que llamarte tarado... Esa es una palabra que no te define bien. —Me dirigió una dulce sonrisa—. «Gilipollas» te pega más.

—Conque «gilipollas», ¿eh? —Sería demasiado fácil cogerle cariño a esa chica—. Eres un encanto. —Me enseñó el dedo corazón, y yo volví a reírme, agachando la cabeza—. Qué fina eres, gatita. Seguro que tienes una buena selección de gestos y de apodos interesantes que dedicarme, pero no me interesan.

Y desde luego sí que parecía que los tuviera. Una parte de mí se sentía un tanto decepcionada cuando se giró y se marchó dando pisotones. Esperé hasta que abrió la puerta de su coche, y como soy un verdadero imbécil...

—¡Hasta luego, gatita! —dije, y me reí cuando ella puso cara de querer volver corriendo hasta mi puerta para darme una patada giratoria.

Cerré la puerta con fuerza detrás de mí, me recliné contra ella y volví a reírme, pero la risa terminó en un gruñido. Había habido un momento en el que había visto lo que centelleaba detrás de la incredulidad y la furia en esos conmovedores ojos grises. Dolor. Saber que había herido sus sentimientos hizo que se me llenara el estómago de ácido.

Lo cual era una estupidez, porque la noche anterior había ideado un plan de mudanza que tenía que ver con un incendio provocado y entonces no me había sentido culpable. Pero eso había sido antes de verla de cerca y tener trato personal con ella. Antes de haber hablado con ella realmente. Antes de darme cuenta de que

sus ojos eran inteligentes y hermosos.

Regresé al salón, y no me sorprendió encontrar a mi hermana de pie en frente del televisor, con los esbeltos brazos cruzados y los ojos verdes ardientes. Tenía exactamente la misma expresión de la chica; como si quisiera darme una patada en los huevos.

Di un amplio rodeo mientras me dirigía hacia el sofá y me dejé caer sobre él, sintiéndome una docena de años mayor que los dieciocho que tenía.

—Estás tapando la pantalla.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—Es un episodio cojonudo. —Sabía que no era eso de lo que estaba hablando—. Es en el que un tío piensa que está poseído por una persona sombra o algo...

—¡Me importan una mierda las personas sombra, Daemon! —Levantó su pequeño pie y golpeó el suelo con él con la fuerza suficiente como para hacer que repiqueteara la mesita de centro. Dee llevaba los pataleos a un nivel completamente nuevo—. ¿Por qué has actuado de ese modo?

Me recliné hacia atrás y decidí hacerme el tonto.

—No sé de qué estás hablando.

Entrecerró los ojos, pero no lo bastante rápido como para no percibir que sus pupilas brillaban con un blanco diamantino.

—No tenías razones para hablarle así. Ninguna en absoluto. Ha venido aquí para pedir indicaciones y tú has actuado como un imbécil.

Los ojos grises de Katy, demasiado brillantes, destellaron en mi mente. Aparté la imagen.

—Yo siempre soy un imbécil.

—Vale. Esa parte es más o menos cierta. —Frunció el ceño—. Pero normalmente no te portas así de mal.

Volvió a revolvérseme el estómago.

—¿Cuánto has oído?

—Todo —respondió, y volvió a dar un pisotón. La tele tembló—. Yo no tengo ninguna muñeca con los ojos vacíos. No tengo ninguna muñeca, gilipollas.

Se me curvaron los labios a pesar de todo, pero la diversión enseguida se desvaneció cuando el recuerdo de aquellos malditos ojos grises volvió a emerger.

—Así es como tienen que ser las cosas, Dee. Ya lo sabes.

—No, no lo sé. Yo no lo sé, y tú tampoco.

—Dee...

—Pero ¿sabes lo que sí sé? —me interrumpió—. Parecía una chica normal que venía aquí solo para hacer una pregunta. Parecía normal, Daemon, y tú te has portado fatal con ella. —La verdad es que no necesitaba que me recordara lo cabrón que había sido—. No tenías razones para actuar de ese modo.

¿Que no tenía razones? ¿Es que se había vuelto loca? Moviéndome a la velocidad del rayo, me levanté del sofá y me detuve justo delante de Dee, pasando junto a la

mesita de centro en menos de un segundo.

—¿Hace falta que te recuerde lo que le ocurrió a Dawson?

Mi hermana no se amedrentó. Levantó la barbilla tozudamente, y sus ojos emitieron un resplandor blanco.

—No. Lo recuerdo todo con mucha claridad, gracias.

—Pues si ese fuera el caso, no estaríamos teniendo esta estúpida conversación. Comprenderías por qué esa humana tiene que permanecer alejada de nosotros.

—No es más que una chica —dijo echando humo, y levantó los brazos—. Eso es todo. Tan solo es...

—Una chica que vive en la casa de al lado. No es una tía cualquiera del instituto. Vive justo ahí. —Señalé por la ventana para dar más efecto—. Y eso es cerca de narices de nosotros, y cerca de narices de la colonia. Ya sabes lo que pasará si tratas de hacerte amiga de ella.

Dio un paso hacia atrás y negó con la cabeza.

—Ni siquiera la conoces, y no puedes saber el futuro. ¿Y por qué piensas que nos haremos amigas?

Levanté ambas cejas.

—¿En serio? ¿No vas a tratar de ser su mejor amiguita en cuanto salgas por esta puerta? —Apretó los labios—. Ni siquiera has hablado con ella todavía, pero sé que probablemente estarás preguntándote si Amazon vende pulseras de la amistad.

—Amazon vende de todo —murmuró—. Así que seguro que sí.

Puse los ojos en blanco, harto de aquella conversación; harto ya también de la vecina más molesta del mundo.

—Tienes que permanecer alejada de ella —la advertí, dando media vuelta y volviendo al sofá.

Mi hermana seguía allí plantada cuando me senté.

—Yo no soy Dawson. ¿Cuándo vas a darte cuenta?

—Eso ya lo sé. —Y como era un verdadero gilipollas, le di donde dolía—. Eres un riesgo mayor de lo que era él.

Ella tomó aliento bruscamente, se puso rígida y bajó los brazos.

—Eso... eso ha sido un golpe bajo. —Lo era. Me pasé la mano por la cara mientras bajaba la barbilla. La verdad es que lo era. Dee suspiró mientras negaba con la cabeza—. A veces eres un verdadero gilipollas.

No levanté la cabeza.

—No creo que eso sea ninguna noticia.

Ella se giró y fue a zancadas hacia la cocina. Unos pocos segundos después regresó con el bolso y las llaves del coche. No habló mientras pasaba a mi lado.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—A hacer la compra.

—Por Dios santo —murmuré, preguntándome cuántas leyes humanas rompería si encerraba a mi hermana en el armario.

—Necesitamos comida. Te la has zampado toda.

Y salió por la puerta.

Recliné la cabeza contra el sofá y solté un gruñido. Estaba bien saber que todo lo que le había dicho le había entrado por un oído y salido por el otro. Ni siquiera sabía por qué me molestaba. No había forma de detener a Dee. Cerré los ojos.

De inmediato reviví la conversación con la vecina nueva, y sí, realmente me había comportado como un gilipollas con ella.

Pero lo hacía por el bien de todos. De verdad. Puede que me odiara... Tenía que odiarme. Así, con suerte, se alejaría de nosotros. Y eso era todo. No podía ser de otra forma, porque aquella chica iba a traernos problemas. Era un problema que había llegado a nuestra puerta en un paquete pequeño, con un maldito lazo y todo.

Y lo peor de todo es que era del tipo de problemas que me gustaban.

CAPÍTULO 3

Dee no necesitó literalmente más que un par de horas para tomar todo lo que le había dicho, tirarlo por la ventana y pasar por encima con su Volkswagen. Había vuelto de la compra con bolsas llenas de porquerías y una enorme sonrisa en el rostro, y supe que había encontrado a nuestra vecina.

Cuando le pregunté al respecto ella pasó junto a mí, zumbando como un maldito colibrí y negándose a responder a mis preguntas sobre qué demonios estaba haciendo, pero poco después de la una desapareció por la puerta principal. Siendo un buen hermano mayor (aunque fuera solo por unos pocos minutos), me dirigí hacia la ventana para asegurarme de que todo iba bien. Pero Dee no estaba yendo hacia el coche. Oh, no, estaba yendo directamente hacia la casa de al lado. No es que me sorprendiera del todo. Ya debía de haber estado en el porche de la maldita casa, si es que no había entrado todavía. Era lo bastante difícil echarle un ojo durante el curso escolar, ¿y ahora esto?

Dee me evitó cuando finalmente regresó a casa, lo cual me parecía bien. No confiaba en mí lo suficiente como para no comenzar a gritarle, y aunque tenía que admitir que era un gilipollas con certificado de nivel superior, no me gustaba perder los nervios con mi hermana.

Aquella tarde me fui de casa en mi todoterreno, logrando no mirar hacia aquella maldita casa ni siquiera durante un segundo. A mitad de camino del pueblo, llamé a Andrew, el gemelo de Adam y el hermano Thompson que empataba conmigo en temperamento y personalidad. En otras palabras, éramos la puta alegría de la huerta.

Íbamos a quedar en Smoke Hole Diner, un restaurante no muy lejos de Seneca Rocks, la cadena montañosa cercana que contenía cuarzo, un cristal con la increíble habilidad de ocultar nuestra presencia de lo que la mayoría de los Luxen consideraban nuestro único enemigo real, los Arum. Pero incluso aunque el cuarzo ocultara a los Luxen, cuando un Arum veía a un humano con un rastro, sabía que había Luxen cerca.

Tomé asiento en la parte trasera, cerca de la enorme chimenea que siempre crepitaba durante el invierno. El restaurante molaba bastante, con formaciones rocosas que se elevaban entre las mesas. Me gustaba ese aire terroso que desprendía.

Andrew era alto y rubio, y provocó que se giraran algunas cabezas cuando entró y caminó hasta la zona de los reservados.

Yo había tenido el mismo efecto en los clientes poco antes.

Puede que pareciera que tenía una saludable dosis de arrogancia —bueno, de

hecho así era—, pero en realidad no era más que la verdad. La mezcla de ADN Luxen y humano y la elección que teníamos en el asunto normalmente significaba que estábamos bastante bendecidos en el departamento de la apariencia. Es decir, si pudieras elegir tener cualquier aspecto, ¿no elegirías el más sexy que pudieras? Mis ojos verdes eran un rasgo familiar, y el pelo tendía a rizarse en las puntas lo quisiera o no, pero mi más de metro ochenta de genialidad y mi aspecto de estrella de cine... bueno, encajaban perfectamente con mi personalidad estelar.

Andrew ocupó el asiento enfrente del mío, con los ojos de un azul vibrante, al igual que los de Adam y los de Ash. Levantó la barbilla hacia mí en señal de saludo.

—Te lo advierto. Ash sabía que iba a quedar contigo, así que no te sorprendas si aparece.

Qué bien.

Mantuve la expresión neutral por respeto hacia ella y hacia su hermano, que estaba sentado frente a mí, pero un encuentro con Ash no era precisamente lo que necesitaba en esos momentos.

—Lo último que supe fue que no estaba demasiado contenta conmigo, así que me sorprendería un poco que apareciera.

Soltó una risita.

—¿Que te sorprendería? ¿En serio? Conoces a Ash de toda la vida. Esa chica se alimenta de los enfrentamientos. —Aquello era cierto—. Y tú también —añadió Andrew, y sonrió ligeramente cuando levanté una ceja—. No sé lo que está pasando entre vosotros dos.

—Y no es algo de lo que vaya a hablar contigo, Oprah.

A pesar del hecho de que eran hermanos, así que tócate las narices, también era difícil expresarlo en palabras. Me gustaba Ash. Joder, de verdad me importaba, pero todo aquel asunto me aburría, las expectativas de nuestra gente de que por supuesto teníamos que acabar juntos. Y a mí no me gustaban las cosas predecibles.

Andrew me ignoró.

—Pero ya sabes lo que se espera de nosotros. —Bajó la voz mientras sus ojos se encontraban con los míos. Una de las camareras era una Luxen, pero el noventa y nueve por ciento de los que nos rodeaban eran humanos—. No hay muchos de nuestra especie de nuestra edad, y ya sabes lo que quiere Ethan...

—Me importa una mierda lo que quiera Ethan. —Mi voz sonaba mortalmente calmada, pero Andrew se puso rígido. Nada me cabreaba con mayor rapidez que tener que tratar con el anciano conocido como Ethan—. Y también lo que cualquiera de ellos espere de mí.

Sus labios se curvaron por un lateral.

—Parece que alguien te haya metido un palo por el culo hoy. —Sí, y ese alguien tenía un nombre que me recordaba a un animalito peludo e indefenso—. Entonces, ¿qué es lo que te pasa? —insistió—. Ahora mismo tienes esa expresión en la cara que significa que o tienes mucha hambre o quieres matar a alguien.

Negué con la cabeza y pasé el brazo por el respaldo del reservado. Era evidente que los Thompson no sabían nada sobre la chica que se había mudado a la casa de al lado, y supuse que sería mejor que siguiera siendo así durante el mayor tiempo posible. No porque me importara ni nada parecido, sino porque una vez que se dieran cuenta de que había una humana en la casa de al lado, iba a tener que soportarlos a todos despotricando al respecto.

Y yo ya estaba lo bastante cabreado por todos nosotros.

Comimos, y después me dirigí de vuelta a casa. El sarcasmo de Andrew tenía la capacidad de mejorar mi humor, pero en cuanto subí por mi camino de entrada volví a ponerme de los nervios.

Esa noche les tocaba patrullar a los Thompson, pero me sentía demasiado inquieto como para quedarme sentado en mi casa sin más. Nuestras familias eran las más fuertes de todos los Luxen, y esa era la razón por la que la colonia ya estaba planeando mis nupcias con Ash, así que era tarea nuestra ocuparnos de la mayoría de las patrullas y entrenar a los nuevos reclutas.

Me pasé la mitad de la noche ahí fuera, sin encontrar nada con lo que desquitarme de mi frustración creciente. ¿Creciente? Joder. Vaya gracia. Era más bien un estado constante de furia que había estado presente desde que Dawson... Desde que murió. Pocas cosas lo aliviaban. Ciertas cosas con Ash lo habían hecho, pero la paz nunca era duradera, y no valía la pena por todos los compromisos que conllevaba.

Me quedé dormido a eso de las tres de la madrugada y desperté tarde de narices, casi a las once, con la energía reprimida todavía zumbando en mis venas. Me arrastré fuera de la cama, me lavé los dientes, y después me puse unos pantalones de chándal y unas zapatillas.

Dee ya se había ido cuando crucé la puerta y salí a la húmeda mañana veraniega. Su coche se encontraba en el camino de entrada, pero el de la chica no estaba. Mierda. Estaban juntas. Por supuesto. Mi furia alcanzó niveles cercanos al infarto.

Si pudiera tener un infarto, claro.

Bajé los escalones del porche y eché a correr por el camino de entrada. Cuando llegué al final, crucé la calle y después me interné entre los árboles. Seguí corriendo a paso humano, para poder quemar tanta energía como pudiera, y obligué a mi mente a vaciarse. Mientras corría, trataba de no pensar en nada. Ni en los Arum. Ni en el Departamento de Defensa. Ni en las expectativas. Ni en Dee. Ni en Dawson.

Ni en la vecina de al lado.

El sudor caía por mi pecho desnudo y me humedecía el pelo. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado cuando finalmente comencé a sentir una quemazón en los músculos y me dirigí de vuelta a casa. Para cuando subí por el camino de entrada, podría haberme comido una vaca entera.

Y el camino de entrada no se encontraba vacío. El coche de la chica volvía a estar ahí.

Ralentiqué el ritmo hasta caminar a paso normal y vi una pila de bolsas en el

maletero del coche. Fruncí el ceño, levanté la mano y me aparté el pelo de la frente.

—¿Qué cojones...?

Eran bolsas de abono y tierra; bolsas pesadas de narices de abono y tierra.

Me detuve y eché un vistazo a la casa, entrecerrando los ojos. Ah, sí, plantas para el parterre que tenía aspecto de haber salido de una película de terror. ¿En serio estaba Dee con ella? Una risita hizo vibrar mi cuerpo. ¿Iba a ayudarla Dee con el parterre? Eso sí que era la hostia de gracioso. No sabía distinguir entre los hierbajos y el césped, y tampoco le hacía mucha gracia que se le metiera tierra por debajo de las uñas.

Rodeé el sedán por detrás, y después me detuve. Levanté la mirada hacia el cielo, negué con la cabeza y después me reí en voz alta de mí mismo, divertido de verdad. Dios, era patético. Pensaba que era todo un malote, pero parecía que no podía pasar junto a una caja pesada o una bolsa sin ayudar a una chica. Me di la vuelta, tomé las bolsas y gruñí ante su peso. Moviéndome con increíble rapidez, las dejé bien alineadas junto al parterre patéticamente descuidado, y después entré en casa para darme una ducha.

Fue entonces, mientras permanecía de pie bajo el chorro constante del agua, cuando me di cuenta de que no recordaba la última vez que me había reído porque algo me hiciera gracia de verdad.

* * *

Justo cuando salía de la ducha mi móvil comenzó a sonar sobre la mesita de noche. Caminé hasta él y alcé las cejas al ver que se trataba de Matthew.

Matthew no era mucho mayor que todos nosotros, pero se había convertido en una especie de padre adoptivo, ya que nuestros padres no habían viajado hasta aquí. Como nosotros, vivía fuera de la colonia, y daba clases en el instituto de Petersburgo. Yo sabía que haría cualquier cosa por los Thompson y por nosotros. Sin embargo, no era muy fan de los teléfonos.

—¿Qué hay? —le dije, sacando unos vaqueros que me parecía que podían estar limpios de una pila del suelo.

Hubo una pausa.

—Vaughn ha estado aquí. Sin Lane.

—Vale. —Me quité la toalla y la tiré al cuarto de baño—. ¿Quieres añadir algo más?

—Estaba a punto de hacerlo —dijo mientras yo me esforzaba por ponerme los vaqueros—. Vaughn ha dicho que estaban rastreando movimientos Luxen no autorizados cerca de aquí. Ya sabes lo que eso significa.

—Mierda —murmuré, y me abroché el botón de los vaqueros—. Tenemos visitantes Arum.

Después de todo este tiempo, el Departamento de Defensa no era capaz de

distinguir a los Luxen de los Arum, y eso que nuestras dos especies en realidad no se parecían en absoluto. Qué gilipollas. Probablemente fuera porque nunca habían capturado realmente a uno de esos cabrones, ya que nosotros siempre nos las arreglábamos para ocuparnos de ellos antes de que el Departamento de Defensa tuviera siquiera la oportunidad de buscarlos, como hacían con nosotros. Era fundamental que el Gobierno no se diera cuenta de que había diferencias, porque aunque el Departamento de Defensa no dejaba de darnos la lata, no sabían todo lo que éramos capaces de hacer. Y debía seguir siendo así, pero no lo sería si se daban cuenta de que los Arum eran una especie completamente diferente.

—¿Sabes cuántos son? —pregunté.

—Parece que son unos cuantos, pero ya sabes que cuando hay un grupo de ellos, siempre hay más.

Qué puta noticia tan maravillosa. El estómago me rugió, recordándome lo completamente muerto de hambre que estaba. Tras salir de mi habitación, bajé los escalones de dos en dos y me dirigí hacia la cocina. Cambié de opinión en el último momento y salí al porche.

Y entonces las vi.

Ambas chicas estaban trabajando duro frente al parterre, y tenía que admitir que desde donde yo me encontraba aquella cosa ya tenía mejor aspecto. Muchos de los hierbajos y plantas muertas ya no estaban, y ahora ocupaban la bolsa negra de basura que había junto a los escalones.

Dee tenía un aspecto ridículo, tirando delicadamente de las hojas de una nueva planta, como si estuviera tratando de girar la planta ya hundida en tierra y no tuviera ni idea de lo que estaba haciendo. Probablemente estaba intentando no llenarse las uñas de tierra. Dirigí la mirada hacia la otra chica, que se encontraba de rodillas con una mano sobre la tierra fresca y la espalda arqueada, con el culo levantado en el aire. Separé los labios, y sí, mi mente pensó de inmediato en eso, imaginándola básicamente en la misma posición, pero con menos ropa.

Y eso me cabreaba, porque era lo último en lo que debería pensar. Ni siquiera la encontraba tan atractiva, joder. Ni de coña. En absoluto.

Se sentó sobre las piernas mientras Dee le decía algo, y entonces giró la cabeza lentamente en mi dirección.

—Oye —dijo la voz de Matthew en mi oído.

Aparté la mirada, frunciendo el ceño mientras me frotaba el pecho con la mano. Mierda. No llevaba camiseta.

—¿Qué pasa?

—¿Estás prestando atención a lo que te estoy diciendo? —preguntó bruscamente.

—Sí. —Hice una pausa, distraído. Observé a la chica mientras se giraba hacia el parterre y comenzaba a cavar furiosamente con una pala—. Dee tiene una nueva amiga. Es humana.

Hubo un suspiro al otro lado de la línea.

—Estamos rodeados de humanos, Daemon.

No jodas.

—Sí, pero esta se ha mudado a la casa de al lado.

—¿Qué?

—No tengo ni idea de por qué lo han permitido. —Hice una pausa mientras les echaba un vistazo. Mi hermana le entregó alguna clase de planta que realmente parecía un hierbajo muy sano—. Pero Dee se le ha pegado al culo como una lapa, y ya sabes cómo es Dee. Desde lo de... Desde lo de Dawson y Bethany, ha estado buscando desesperadamente todo lo que...

Buscando desesperadamente todo lo que Dawson había sido y yo no.

Esa era la maldita verdad.

—Una cosa es el instituto —dijo Matthew, ignorando las palabras que yo no había dicho pero sin duda flotaban entre nosotros—. Pero tan cerca... ¿Tan cerca de vuestra casa y de la colonia? ¿Qué demonios estaba pensando el Departamento de Defensa?

—No creo que estuvieran pensando siquiera.

Pero aquello no parecía lógico. Nunca hacían nada sin tener un motivo.

—Debes tener cuidado.

—Yo siempre tengo cuidado.

—Lo digo en serio.

Su voz estaba llena de exasperación.

—Me ocuparé de todo —le prometí—. No les digas nada todavía acerca de ella a los Thompson, ¿vale? No puedo encargarme de como quiera vayan a reaccionar además de todo esto.

Matthew estuvo de acuerdo, y después siguió despotricando como media hora más, cambiando de tema entre mi nueva vecina y los Arum. Yo escuchaba algunos fragmentos de su conversación mientras observaba a las chicas desde el lugar donde me encontraba en el porche. No había necesidad de que Matthew me dijera lo seriamente cerca que estaban los Arum ni las precauciones que tendríamos que tomar, y creo que él también lo sabía. Pero así era Matthew, el profeta de la destrucción.

Pero con la confirmación de que los Arum se acercaban, esa gilipollez entre Dee y la chica tenía que terminar antes de que pasara algo y atrajera a uno de esos cabrones directamente hacia nosotros, tal como había pasado con Dawson.

Cuando colgué el teléfono, fui dentro para buscar una camiseta, y a continuación volví a salir a pesar de que tenía el estómago vacío y me rugía. Estaba hambriento y enfadado, y eso nunca era una buena combinación.

Dee se puso en pie mientras yo cruzaba el camino de entrada, sacudiéndose la hierba de las manos, pero la chica se quedó en el suelo, golpeando la tierra. Pasé un brazo por encima de los hombros de Dee y la sujeté bien cuando ella trató de zafarse de mí.

—Hola, hermanita.

Levantó la mirada sonriendo, con una mirada esperanzada. Solo Dios sabía lo que pensaba del hecho de que hubiera aparecido, pero tenía intención de decepcionarla de verdad.

—Gracias por ayudarnos con las bolsas —dijo.

—Yo no he tenido nada que ver.

Dee puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas, tonto del culo.

—¡Oye, no me llames así! —La apreté más contra mí, y bajé la mirada para sonreírle cuando arrugó la nariz. Notaba unos ojos sobre nosotros, y al levantar la cabeza vi que la chica estaba observándonos. El sol le había sonrosado los pómulos, o bien lo había hecho alguna otra cosa. Tenía el pelo recogido, pero el sudor había humedecido unos mechones sueltos junto a su nuca. La sonrisa se me borró de la cara. Iba a ser un gran problema—. ¿Qué haces?

—Estoy arreglando...

—No te lo preguntaba a ti —dije, interrumpiéndola mientras dirigía la atención hacia mi hermana—. ¿Qué haces, Dee?

La chica se encogió de hombros y tomó una maceta con una planta, sin inmutarse en absoluto, así que la miré entrecerrando los ojos. Actuaba como si yo no estuviera. Inaceptable.

—Estoy ayudándola a arreglar el parterre. Haz el favor de ser amable. —Dee me pegó un puñetazo en el estómago. Sabía que podía golpearme con mucha más fuerza que eso, así que la solté—. Mira qué bien ha quedado. Al final va a resultar que tengo un talento oculto.

Miré hacia el parterre. Sí, habían hecho un gran trabajo con él. Claro que, ¿realmente podía ser muy difícil arrancar hierbajos y plantar cosas nuevas? Arqueeé una ceja cuando la chica me miró.

—¿Qué? —dijo.

Me encogí de hombros y, la verdad, no podría importarme menos el tema.

—Está bien, supongo.

—¿Cómo que «bien»? —preguntó Dee, prácticamente chillando—. Está genial. Nos ha salido de coña. Bueno, le ha salido de coña a Katy, quiero decir, porque yo solo le pasaba las cosas.

Ignorando a mi hermana, dirigí toda mi atención hacia la chica.

—¿A esto te dedicas en tu tiempo libre?

—¿Ahora resulta que me hablas? —Sonrió, y mi mandíbula se tensó cuando tomó un puñado de abono—. Pues sí, es mi *hobby*; ¿el tuyo cuál es? ¿Dar patadas a cachorritos?

Al principio no supe por qué me había dicho eso, porque a mí nadie me respondía de esa forma. Nadie estaba tan loco. Incliné la cabeza hacia un lado.

—No debería contestar a esa pregunta delante de mi hermana.

—¡Córtate un poco! —murmuró Dee.

La cara de la chica se ruborizó aún más, y noté que se me levantaban las comisuras de la boca. ¿En qué estaría pensando?

—Lo que sí puedo decirte es que no es algo tan peñazo como esto —añadí, haciendo un gesto en dirección al parterre.

Se quedó inmóvil, y unos trozos de cedro rojo cayeron al suelo.

—¿Podrías decirme por qué hacer esto es un peñazo?

Levanté ambas cejas.

Sabiamente, la chica no insistió, pero tensó la mandíbula mientras continuaba esparciendo el abono, y mis ojos se entrecerraron aún más. Me di cuenta de que estaba obligándose a permanecer callada, y eso me hacía sentir como un tiburón que hubiera olido sangre en el agua.

Dee lo notó, porque me dio un empujón.

—¿Puedes dejar de portarte como un imbécil? Anda, por favor...

—No me estoy portando como un imbécil. —Miré fijamente a la chica. Ella arqueó las cejas, y ahí estaba. Esa actitud. No me gustaba... pero sí me gustaba, y darme cuenta de ello me enfurecía—. ¿Qué pasa? ¿Hay algo que quieras decirme, gatita?

—¿Aparte de que no me llames «gatita» ni en sueños? La verdad es que no. —Pasó las manos sobre el mantillo con calma, y después se puso en pie y miró a Dee con una sonrisa—. Creo que hemos hecho un gran trabajo.

Me estaba ignorando totalmente.

—Sí. —Dee volvió a darme un empujón, pero esta vez en dirección a nuestra casa—. Pues la verdad es que nos ha quedado muy bien, aunque sea un peñazo. Oye, ¿sabes qué? Creo que empieza a gustarme ser un peñazo.

Mientras miraba las plantas recién plantadas, todavía no podía hacerme a la idea de que la chica siguiera ahí, fingiendo que yo no estaba. Esa chica no se sentía ni un poco intimidada por mí, y aquello me dejaba pasmado. No podía estar leyéndola correctamente. Vale, la mayoría de las chicas no se largaban corriendo al verme. Querían correr hacia mí, pero una mirada bastaba para que salieran huyendo. A esa chica le daba igual.

—Y creo que tendríamos que seguir y arreglar el parterre de delante de casa —continuó Dee, prácticamente vibrando de emoción—, podemos ir a la tienda a comprar lo que necesitemos y tú podrías...

—No es bienvenida en nuestra casa. —Estaba enfadado, y sabía hacia dónde se dirigía aquello—. Lo digo en serio.

Las manos de Dee se cerraron en puños.

—Se me ha ocurrido que podríamos trabajar juntas en el parterre; la última vez que lo vi estaba fuera de casa y no dentro, ¿sabes?

—Me da igual —solté—. No quiero que venga.

—Daemon, no me hagas esto —dijo bajando la voz, y vi que los ojos le brillaban demasiado—, por favor... Me cae muy bien.

Odiando su mirada de tristeza, resoplé con suavidad.

—Dee...

—Por favor —volvió a pedirme.

Maldije entre dientes mientras cruzaba los brazos. No podía ceder en eso. Había demasiadas cosas en juego, como su propia vida.

—Dee, ya tienes amigos.

—Pero no es lo mismo, y lo sabes. —Cruzó los brazos—. Es muy diferente...

Eché un vistazo a Katy y sonreí. Tenía aspecto de querer tirarme algo a la cabeza.

—Son tus amigos, Dee. Y son como tú. No tienes por qué hacerte amiga de alguien... como ella.

—¿Puedes decirme a qué te refieres con lo de «alguien como yo»?

—No ha querido decir nada, no le hagas caso —se apresuró a añadir Dee.

—Anda que no —dije. Por supuesto que quería decir algo. Era solo que la chica no comprendía lo que quería decir realmente.

Katy tenía cara de estar a punto de pegarme, y si yo no hubiera tenido un cabreo de cojones, tal vez me habría resultado mona.

—¿Se puede saber qué problema tienes?

Sentí un centelleo de aturdimiento mientras la miraba de frente. Aquella chica... vaya. Era un poco más guapa de lo normal cuando sus ojos se iluminaban con chispas de furia, pero estaba decidido a no dejar que me afectara.

—Tú eres el problema.

—¿Yo? —Dio un paso hacia delante y, oh, sí, estaba deseando darme una paliza—. Mira, chaval, yo no te conozco, y tú a mí, mucho menos.

—Todos sois iguales. —Y, joder, era la verdad—. No hace falta que te conozca. Y tampoco quiero hacerlo.

Vi un destello de confusión en su rostro mientras levantaba las manos.

—Pues mira, tío, perfecto, porque yo no quiero verte ni en pintura.

—Daemon —dijo Dee, agarrándome del brazo—. Déjala en paz.

No quité los ojos de encima de Katy.

—No me gusta que seas amiga de mi hermana.

—Y a mí me importa una mierda lo que te guste o deje de gustarte —escupió.

Joder. No me había equivocado ni un poquito al pensar que no se sentía intimidada en absoluto, y mi primera respuesta, la más inmediata, era que me gustaba.

Y no podía permitir eso.

Me moví con mayor rapidez de la que probablemente debería, pero ahí estaba, justo delante de ella, con los ojos clavados en los suyos.

—¿Cómo...? ¿Cómo has podido moverte...?

Dio un paso hacia atrás, con los ojos muy abiertos mientras se estremecía.

Ahí estaba. Miedo. Y a lo mejor eso me convertía en un completo imbécil, pero quería que estuviera asustada, porque en mi mundo el miedo equivalía al sentido

común.

—Escucha atentamente lo que voy a decirte, porque no te lo repetiré —dije, haciéndola retroceder hasta que estuvo contra un árbol, atrapándola. Ella no apartó la mirada de mí—. Si a mi hermana le pasara algo...

Bajé la mirada y vi que entreabría la boca. Joder, hasta ese momento no había notado lo gruesos que eran sus labios. Cuando alcé los ojos, tenía otra vez esa expresión, la que indicaba que su mente reconocía el peligro en el que estaba, pero su cuerpo no pensaba lo mismo en absoluto.

Se sentía atraída hacia mí, incluso en aquel momento, cuando acababa de arrinconarla, y sin embargo seguía sintiéndose atraída por mí. Y eso provocó algo en mí a lo que no quería prestarle demasiada atención.

Curvé los labios y bajé la voz.

—Tienes una cabecita bastante sucia, gatita.

Ella pestañeó con lentitud, como si estuviera aturdida.

—¿Qué has dicho?

—Que tienes la cabeza sucia. —Dejé que las palabras flotaran en el aire entre nosotros, y a continuación añadí—: Llena de tierra. ¿Qué creías que quería decir?

—Nada. —El rubor de sus mejillas decía lo contrario—. Es normal ensuciarte cuando plantas.

Contuve una risa ante su pobre intento de explicarse, pero seguía sin acobardarse de miedo, y aquello me ponía un poco.

—Hay muchas maneras de ensuciarse. —Me detuve. ¿De dónde demonios había salido eso? Sí, necesitaba corregirlo—. Aunque no tengo la intención de mostrártelas.

Aquel rubor tan... interesante se extendió por su garganta.

—Preferiría revolcarme en estiércol antes que en cualquier lugar en el que duermas tú.

Y una mierda.

Una parte de mí quería hacerle ver su mentira ahí mismo. Bajar la cabeza hacia la suya y saborear esa boquita tan lista. Estaba dispuesto a apostar un brazo a que no me apartaría, pero la satisfacción momentánea no valía la pena. Con una última mirada, me giré y, mientras pasaba junto a Dee, grité:

—Llama a Matthew. Ahora mismo, no pierdas ni un minuto.

No hacía falta que lo llamara, pero, como todas las mentiras, seguro que funcionaría.

CAPÍTULO 4

Mi casa se convirtió en zona de guerra durante el siguiente par de días.

Dee y yo discutimos sin parar sobre la vecina de al lado, y las palabras no eran más que tiempo perdido por mi parte, porque ella siempre acababa haciendo lo que le daba la gana, sin importar lo brutalmente honesto que me pusiera sobre la clase de peligros que suponía hacerse amiga de ella.

La única razón por la que no perdí los nervios por completo fue el hecho de que Dee iba a marcharse el lunes para pasar una semana dentro de la colonia, algo que los malditos ancianos nos obligaban a hacer al menos una vez al año, para que «no olvidáramos lo que éramos ni de dónde veníamos», o alguna gilipollez parecida. A lo mejor una semana fuera serviría para que despertara.

Lo dudaba.

Pero el viernes desaparecieron algunas de mis camisetas favoritas (una de ellas de los *Ghost Investigators*). Tenía la fuerte sospecha de que la pila de cenizas que descubrí más tarde ese mismo día era todo lo que quedaba de ellas.

Maldita Dee.

Harto de la situación, había ido a casa de los Thompson, y Ash había estado más que dispuesta a ayudarme a deshacerme de parte de la frustración. Pero no había funcionado, y cuando regresé a casa durante la madrugada del sábado me quedé sentado sobre el capó de mi todoterreno, sin mirar nada realmente, solo con las estrellas y el susurro de los bichos cercanos como compañía.

La simple idea de liarme con Ash había sido vacía y aburrida, así que no había pasado nada. Ni siquiera un roce. Las cosas de ese estilo con Ash llevaban un tiempo siendo en plan «o lo tomas o lo dejas», pero ¿vacías?

Bajé la cabeza y me froté la nuca. Podría patrullar otra vez, pero Matthew estaba ahí fuera, y Adam también. Nadie había visto a ningún Arum. Todavía.

Al menos mi cabeza estaba tranquila en ese momento. El problema era que cuando mi cabeza estaba tranquila, comenzaba a pensar sobre qué demonios íbamos a hacer después. Cuando acabara el verano, empezariamos el último año del instituto, y todos nosotros —Dee y los Thompson— nos graduaríamos la siguiente primavera. ¿Qué demonios íbamos a hacer cuando eso sucediera?

Dee no hablaba mucho al respecto; al menos, no conmigo, pero tenía la sensación de que quería marcharse. Querría ir a una universidad muy lejos de aquí, y podía sentirme identificado con ella. Yo también quería largarme, pero, a diferencia de los adolescentes con los que compartíamos clases, no era una decisión sencilla.

Tendríamos que obtener permiso del Departamento de Defensa. Ellos tendrían que aprobar nuestra nueva ubicación, y, suponiendo que lo hicieran, tendríamos que encontrar un lugar seguro, donde hubiera cuarzo cerca, y no había una enorme selección disponible.

Y los de la colonia, Ethan incluido, no querían que nos marcháramos en absoluto. A él no le hacía mucha gracia siquiera el hecho de que viviéramos fuera de aquel maldito lugar. Supondría un problema. Todos los ancianos estaban concentrados en que la generación más joven se liara para producir más bebés Luxen, nacidos y criados en la Tierra, y no, eso no entraba en mis planes.

—Joder —murmuré, bajando la mano y levantando la cabeza.

En los momentos más tranquilos, también pensaba en Dawson, y esos pensamientos no dejaban de volver a cómo podía haber sentido tantas cosas por una humana, cómo se había enamorado de una cuando sabía el riesgo que aquello suponía. No era capaz de hacerme a la idea. Había pasado incontables noches en vela tratando de averiguarlo. Al final, a Dawson le había importado una mierda el peligro que suponía para su familia, pero si realmente amaba a esa chica, a Bethany, ¿por qué no había permanecido alejado de ella? Los ancianos Luxen y el Gobierno no toleraban la mezcla de nuestras dos especies, y además estaba el asunto de los Arum.

¿El amor era lo que lo había vuelto tan jodidamente egoísta? ¿No se había dado cuenta de que yo estaría perdido si le pasaba algo?

Las estrellas que contemplaba no tenían ninguna respuesta, y mientras bajaba lentamente los ojos me encontré mirando la ventana de la habitación de la casa de al lado, mi nuevo problema. Una parte de mí ya había aceptado que no iba a poder hacer nada para evitar que Dee y ella se hicieran amigas, pero no podía dejarlo correr sin más.

Había hecho exactamente eso cuando Dawson me lo había pedido.

Sí, eran dos escenarios completamente diferentes, pero las probabilidades de acabar del mismo modo eran altas, así que no podía darle la espalda al asunto. Iba a tener que echarle un ojo a la chica, y lo mantendría bien abierto.

* * *

El lunes por la mañana me levanté antes que Dee y le preparé su desayuno de gofres, huevos y bacon. Aunque estuviera cabreada conmigo, no me gustaba la idea de que se marchara durante una semana estando en esa clase de términos.

Y nadie, ni siquiera mi hermana, podía resistirse a mis habilidades culinarias preparando el desayuno.

Funcionó.

Al principio me pareció que sospechaba de mi intento y me observaba con cautela, pero al ver que yo no mencionaba a la vecina de al lado se volvió toda sonrisas y abrazos de ese momento en adelante. La seguí hasta el exterior, llevando su

equipaje a pesar de que ella podría haberlo levantado con el meñique, y lo dejé en la parte trasera de su Volkswagen. Podría acceder a la colonia desde el bosque, pero iba a conducir unos pocos kilómetros y entrar a través de uno de los caminos invisibles que llevaban al interior. Los humanos de la zona pensaban que la pequeña aldea simplemente estaba llena de chalados de la naturaleza que preferían vivir al aire libre.

Los humanos veían lo que querían ver, y nunca lo que tenían en realidad delante de sus narices.

—¿Estás segura de que no quieres que vaya contigo? —pregunté.

Ella sonrió y negó con la cabeza mientras rodeaba el coche.

—Es la quinta vez que me lo preguntas.

—La tercera.

—Da igual. —Se rio—. Ya sabes que si uno de los ancianos o Ethan te vieran, no saldrías de allí en un futuro próximo. Estaré bien.

No me gustaba la idea, pero asentí con la cabeza.

—Mándame un mensaje cuando llegues.

—Más les vale no tratar de quitarme el móvil como la última vez. Les cortaré la cabeza. —Se dio la vuelta y me sonrió antes de subirse detrás del volante—. ¿Podrías hacerme un favor mientras esté fuera?

—¿Hum?

Su expresión se volvió seria.

—Trata de hablar con Katy si la ves. —Arqueé una ceja—. De hecho, ¿qué tal si vas a verla? Pero sin portarte como un idiota con ella, para no arruinar mis oportunidades de tener una amiga normal que no esté obligada a que le caiga bien porque las dos somos unas malditas alienígenas. Me cae bien de verdad, y sería genial si mi amiga no odiara a mi hermano.

No sabía cómo sentirme por el hecho de que aquella chica me odiara. Por supuesto, estaba todo aquel asunto de que había sido un verdadero gilipollas con ella.

—¿Podrías hacer eso por mí? —continuó, y abrió la puerta del conductor—. Pórtate bien con ella, porfa. —Su mirada era tan sincera que me encontré asintiendo con la cabeza—. ¿En serio? —insistió.

Suspiré y aparté la mirada mientras aceptaba.

—Sí, claro.

Una sonrisa cruzó su rostro, la clase de sonrisa que hacía que todos los chicos del instituto tropezaran al verla, y ahí estaba yo, su hermano, probablemente mintiéndole a la cara.

Pero las mentiras... funcionaban.

La observé mientras se marchaba y después entré en casa y subí las escaleras para darme una ducha. Luego me puse unos vaqueros y una camiseta que no me había quemado, y a continuación pasé el rato en casa, recogiendo las cosas detrás de mí. Eso sí que era un milagro.

«Pórtate bien con ella».

Negué con la cabeza mientras caminaba hasta mi confiable ventana de acoso y aparté la cortina, preguntándome si...

—¿Qué cojones...?

Entornando los ojos, observé a la vecina de al lado mientras saltaba arriba y abajo, tratando de alcanzar el techo de su coche con una esponja sin tener ningún éxito. Una sonrisa me estiró lentamente los labios.

Los minutos pasaban, y la chica estaba ridícula.

Antes de que supiera siquiera lo que estaba haciendo, me giré para salir por la puerta trasera y me colé silenciosamente entre las casas. Llegué hasta la parte delantera justo a tiempo de verla agachándose para recoger la esponja, que se le había caído.

Me detuve a medio camino, admirando las vistas que me ofrecía. Alienígenas o humanos... parecía que todos éramos universalmente predecibles.

Se enderezó mientras me acercaba a ella. Me pareció que soltaba una palabrota mientras quitaba las cosas que se le habían pegado a la esponja, antes de lanzarla al interior del cubo.

—Me parece que no te vendría mal un poco de ayuda —dije mientras me metía las manos en los bolsillos.

Ella dio un respingo y se giró con rapidez, mirándome con los ojos grises sobresaltados y muy abiertos. La expresión de sorpresa que tenía al observarme era inconfundible, y me quedó claro mientras estábamos ahí plantados mirándonos el uno al otro que no tenía ni idea de por qué estaba ahí fuera.

Y yo tampoco.

«Pórtate bien con ella».

Me tragué un suspiro e hice un gesto hacia el cubo levantando el codo.

—Parecía que quisieras mandar la esponja a tomar viento. Pensé que podría hacer mi buena obra del día y tomar parte antes de que alguna inocente esponja saliera malparada.

Ella levantó el brazo y lo utilizó para apartarse unos mechones de pelo húmedo de la cara mientras me observaba. Su cuerpo irradiaba tensión. Dado que no decía nada, caminé hasta el cubo, tomé la esponja y la apreté para liberar el agua.

—Me da a mí que te has mojado tú más que el coche. Nunca pensé que lavar un coche pudiera ser tan complicado pero, después de observarte durante los últimos quince minutos, creo que deberían convertirlo en deporte olímpico.

—¿Estabas observándome?

Probablemente no debería haber admitido eso. Oh, vaya. Me encogí de hombros.

—Siempre puedes llevarlo al túnel de lavado; creo que sería más fácil.

—Es tirar el dinero.

—Tienes razón. —Rodeé la parte delantera del coche y me arrodillé para lavar una parte que se le había pasado. Ya que estaba, comprobé las ruedas. Dios. Estaban fatal—. Necesita neumáticos nuevos; estos están gastadísimos y el invierno es una

locura en este pueblo.

Me respondió con el silencio.

Le eché un vistazo a través de las pestañas mientras me levantaba. Estaba observándome como si fuera alguna clase de alucinación, con los brazos flojos a sus costados, y, joder, toda la parte delantera de su camiseta estaba empapada, mostrando un contorno muy interesante al que no debería estar prestando atención siquiera. Me giré para ocuparme del techo. Cuando acabé, ella seguía ahí plantada, completamente inmóvil, y eso me hizo sonreír.

—Bueno, de todos modos me alegro de encontrarte aquí. —Agarré la manguera y rocié el coche de agua—. Se supone que te debo una disculpa.

—¿Cómo que «se supone»?

Vaya, si sabía hablar.

Me giré con lentitud y estuve a punto de darle con el chorro de agua mientras atacaba el otro lado del coche. Ella entrecerró los ojos ligeramente, y eso me produjo una enorme satisfacción.

—Sí. Dee me ha dicho que tenía que venir y pedirte perdón por haberme cargado todas sus posibilidades de tener una amiga «normal».

—Pero ¿qué tipo de amigos tiene?

—Amigos que no son normales.

—Bueno, disculparse y no sentirlo digamos que anula el sentido mismo de la disculpa.

Me reí entre dientes.

—Cierto.

Con el rabillo del ojo vi que cambiaba el peso de un pie al otro.

—¿Estás de broma o qué?

—No. —Rodeé el coche quitando la espuma cuando se me ocurrió una idea genial. No había forma de librarme de aquella chica, y la posibilidad de que Dee se aburriera de ella no iba a ayudar. El sábado por la mañana había decidido que tenía que echarle un ojo, y necesitaba una excusa. Era imposible que se tragara que quería estar con ella cuando lo cierto era que no, pero si Dee iba a ser su nueva mejor amiga, tenía que saberlo todo acerca de ella, y no solo si podía confiar en ella si sucedía algo extraño—. La verdad es que no tengo alternativa. Tengo que quedar bien contigo.

Negó ligeramente con la cabeza.

—No me pareces del tipo de personas que hace cosas que no quiere hacer.

—No suelo hacerlo, es verdad. —Rocié la parte trasera del coche con agua mientras trataba de pensar en alguna excusa—. Pero mi hermana me ha quitado las llaves del coche, y hasta que arregle las cosas contigo no me las devolverá. Conseguir copias de las llaves es un coñazo.

Comencé a sonreír, porque aquel asunto era ridículo. Como si necesitara las llaves para ir a donde quisiera... aunque esa chica no lo sabía. Tomé nota mentalmente para mandarle un mensaje a Dee tan pronto como pudiera.

Se rio.

—¿Te ha quitado las llaves del coche?

La sonrisita abandonó mi cara mientras regresaba junto a ella.

—No tiene gracia.

—¡Ya lo creo que sí! —Volvió a reírse, y era una risa agradable. Era gutural, y un tanto sexy—. Es la bomba.

La miré con el ceño fruncido. Por supuesto, mis llaves se encontraban sobre la encimera de la cocina, pero de todos modos podía ser más comprensiva con mi apuro.

Cruzó los brazos por delante del pecho.

—Bueno, es una pena porque siento no aceptar tus disculpas forzadas y nada sinceras.

Levanté las cejas.

—¿Ni siquiera aunque te lave el coche?

—Va a ser que no. —Su sonrisa se ensanchó, y de pronto esa cara corriente ya no era nada corriente—. Puede que nunca más vuelvas a ver esas llaves.

—Pues vaya. Ese era mi único plan. —Una sonrisa reluctante apareció en su cara. Su actitud era... interesante. Entretenida—. Pensé que, ya que no me arrepentía, por lo menos podía compensarte de alguna manera.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Siempre estás así de animado?

Pasé junto a ella hasta el lugar donde se encontraba la llave del agua y la cerré.

—Pues sí. ¿Y tú siempre te quedas mirando a los tíos cuando llamas a su puerta para preguntar por una dirección?

—¿Siempre abres la puerta medio desnudo?

—Pues sí. Y no has respondido a mi pregunta. ¿Siempre pegas esos repasos?

Se ruborizó profundamente.

—No te estaba pegando ningún repaso.

—¿Ah, no? —Sonreí mientras me giraba—. Bueno, no tengo un buen despertar.

—No era tan temprano.

—Pues estaba durmiendo. Estamos en verano, por si no lo sabías. ¿Tú no duermes hasta tarde?

Un mechón de pelo se le había soltado de la coleta, y se lo apartó de la cara.

—No. Siempre me levanto pronto.

Qué sorpresa.

—Eres igualita que mi hermana. No me extraña que te haya cogido tanto cariño.

—Dee tiene buen gusto, no como otros —dijo, y ahí estaba otra vez esa actitud—. Además, es estupenda y me cae genial. Así que si tienes pensado jugar al hermano mayor, ya puedes ir olvidándote.

Dios, era como una bengala.

—No estoy aquí por eso.

Recogí el cubo y los distintos espráis y limpiadores, y cuando le eché un vistazo,

me pareció que me estaba mirando la boca. Interesante.

—Entonces, ¿a qué has venido? ¿No era para darme esa disculpa penosa? —preguntó.

Dejé las cosas en los escalones del porche, levanté los brazos y me estiré mientras dirigía la mirada hacia ella y la dejaba ahí.

—Puede que sienta curiosidad y quiera saber por qué a Dee le gustas tanto. No lleva bien lo de conocer a gente nueva. Ninguno de nosotros lo lleva bien.

—Yo tenía un perro al que no le gustaban los extraños —bromeó.

Me quedé inmóvil durante un momento, y después me reí, una risa de verdad, que sonaba extraña en mis propios oídos. Mierda. Era rápida.

Bajó la mirada, y a continuación se aclaró la garganta.

—Bueno, pues gracias por lo del coche.

Claramente estaba pidiéndome que me largara.

Crucé la distancia que nos separaba, y aunque no me moví demasiado rápido, a juzgar por su suave inhalación, la pillé por sorpresa. Estaba justo delante de ella, que volvía a oler a melocotones.

—¿Cómo es posible que te muevas tan rápido?

Ignoré esa pregunta tan complicada y le recorrí la cara con la mirada. ¿Qué era lo que tenía que le gustaba tanto a mi hermana? Su lengua era afilada como un cuchillo y parecía inteligente, pero había literalmente miles de millones de humanos como ella. No lo comprendía.

—A mi hermana pequeña le caes bien.

Abrió la boca y después la cerró de golpe. Transcurrió un momento.

—No es tu hermana pequeña: sois gemelos.

—Nací cuatro minutos y treinta segundos antes que ella. —Levanté la mirada hacia la chica—. Técnicamente, es mi hermana pequeña.

—Así que ella es la pequeña de la familia... —Su voz sonaba diferente mientras bajaba la mirada.

—Sí, ella se lleva todas las atenciones y a mí nadie me las dedica.

—Supongo que eso explica que tengas esa actitud de chulito —replicó.

—Puede, aunque hay quien me encuentra bastante encantador...

A veces.

Sus ojos buscaron los míos y se clavaron en ellos. Algo se movió en esas profundidades grises.

—Ya... No me lo creo.

—Pues deberías creerme, Kat. —Su nombre sonaba extraño en mi lengua y en mis pensamientos. Ese maldito mechón de pelo había vuelto a quedar libre, rozándole la mejilla. Lo atrapé entre los dedos—. ¿De qué color tienes el pelo? No parece castaño, y tampoco rubio.

Apartó el mechón de mi mano.

—Se llama castaño claro.

Bajé la mirada.

—Tú y yo tenemos planes.

—¿Perdona? —Se apartó, poniendo un poco de espacio entre nosotros—. Tú y yo no tenemos ningún plan.

Me senté en los escalones, estiré las piernas y me recliné sobre los codos. Planes. Planes. Necesitaba planes. Mi boca se movía más rápido que mi cerebro.

—¿Qué, estás cómodo? —me espetó.

—Pues sí. —La miré entrecerrando los ojos. La parte delantera de su camiseta se había secado; y la mejor idea concebida por el hombre o por los Luxen se formó en mis pensamientos—. Los planes que te comentaba...

Se quedó ahí plantada.

—¿De qué narices hablas?

—¿Te acuerdas de lo que te he explicado antes sobre la disculpa y las llaves de mi coche? —Crucé los tobillos mientras echaba un vistazo hacia los árboles. Dios, era un verdadero mentiroso—. Los planes de los que te hablo también tienen que ver con las llaves de mi coche.

—Como no me des más detalles no voy a enterarme de nada.

—Claro. —Suspiré—. Dee ha escondido mis llaves. Es algo que se le da especialmente bien. He puesto la casa patas arriba y no he conseguido encontrarlas.

—Bueno, pues haz que te diga dónde las ha metido.

—Se lo pediría si estuviera en casa, pero se ha marchado y no volverá hasta el domingo.

—¿Qué? —Hizo una pausa—. No lo sabía.

—Ha sido una decisión de última hora. —Descrucé los tobillos y comencé a dar unos golpecitos con el pie—. Y el único modo de que me diga dónde están las llaves es haciendo méritos. Desde primaria, mi hermana tiene una obsesión con lo de hacer méritos que...

Lo de los méritos era cierto.

—Vale, ¿y?

—Bueno, pues que tengo que hacer méritos para recuperar las llaves. Solo puedo lograrlo si hago algo por ti.

Soltó una sonora risa, y la miré entrecerrando los ojos.

—Perdona, pero es que esto es bastante divertido.

Su falta de simpatía por mi problema inexistente era graciosa.

—Ya, claro, divertidísimo.

Dejó de reírse.

—¿Y qué tienes que hacer?

—Se supone que tengo que llevarte a nadar mañana. Si lo hago, me dirá dónde ha escondido mis llaves. Ah, y tengo que ser amable contigo.

La verdad es que sonaba como algo que diría Dee. Me sentí bastante orgulloso de mí mismo.

Katy me miró fijamente durante un momento, y después se quedó boquiabierta.

—¿La única manera que tienes de recuperar las llaves es llevándome a nadar y siendo amable conmigo?

—Vaya, qué rápida eres pillando las cosas.

Se rio, y esta vez sonó bastante malvada.

—Bueno, pues ya te estás despidiendo de tus llaves.

Eché la cabeza hacia atrás y esperé a que dijera que estaba de broma.

—¿Por qué?

—Porque no pienso ir contigo a ninguna parte.

Su voz estaba llena de satisfacción.

—Pues no hay otra alternativa.

—No; tú eres el que no tiene otra alternativa, no yo. —Miró por encima del hombro hacia la puerta principal—. No soy yo la que se ha quedado sin llaves.

Uf. A lo mejor había sido demasiado gilipollas con ella las dos primeras veces que hablamos. Menos mal que no sabía que me planteé brevemente quemar su casa hasta los cimientos.

—¿No quieres quedar conmigo?

—Pues no.

—¿Por qué?

Puso los ojos en blanco.

—Para empezar, porque eres un imbécil.

Asentí con la cabeza.

—A veces lo soy, sí.

No iba a negar eso.

—Y no tengo ganas de quedar con alguien que lo hace porque su hermana lo ha obligado. No estoy tan desesperada.

—¿Ah, no?

La furia centelleó en su cara, y otra vez volvió a transformar sus facciones.

—Sal de mi porche.

Completamente decidido a llevar a cabo mi plan, fingí quedarme pensativo.

—No.

—¿Qué? ¿Cómo que no?

—No pienso marcharme hasta que me digas que vas a venir a nadar conmigo.

Estaba tan furiosa que parecía a punto de explotar.

—Bueno, pues quédate aquí sentadito, porque preferiría tragar clavos antes que quedar contigo.

Me hizo verdadera gracia su respuesta.

—Qué drástica.

—Ni te lo imaginas.

Comenzó a subir los escalones.

Me giré por la cintura y le agarré el tobillo. Joder, su piel era increíblemente

suave. Frágil. Mantuve el agarre flojo. Ella bajó la mirada hasta mí, y le dirigí la sonrisa que me había librado de tantos trabajos de clase.

—Me quedaré todo el día y toda la noche aquí sentado, en tu porche. Y no me marcharé. Tenemos toda la semana, gatita. O te das por vencida y acabas con esto mañana o estaré aquí plantado hasta que me digas que sí. No podrás salir de casa.

Me miró boquiabierta.

—Estás de broma, ¿no?

—Todo lo contrario.

—Pues dile que fuimos a nadar y que me lo pasé muy bien. Miente.

Trató de liberar la pierna, pero yo continué sujetándosela.

—Sabrá que estoy mintiéndole. Somos gemelos: esas cosas las sabemos. —Hice una pausa, disfrutando mucho del momento—. ¿O quizá eres demasiado vergonzosa y no quieres que te vea casi sin ropa? ¿Esa idea te incomoda?

—Soy de Florida, pedazo de memo. Me he pasado media vida en bañador.

—Entonces, ¿qué pasa?

Una calidez apareció bajo mi mano, rodeándole el tobillo.

—Que no me caes bien. —Respiró hondo, y su pecho se elevó—. Suéltame ya el tobillo.

—No voy a marcharme, gatita. —Sosteniéndole la mirada, levanté los dedos uno por uno. A la mierda lo de echarle un ojo. Ahora era una cuestión de puros principios. Un desafío—. Vendrás a nadar conmigo.

Frunció los labios, y yo aguardé, apenas capaz de contener una sonrisa, porque sabía que estaba a unos segundos de atacarme. Quizá hasta me diera una patada. Pero entonces la puerta se abrió, y ella se detuvo.

Levanté la mirada y vi a su madre. Llevaba... un pijama de conejitos.

—¿Tú eres nuestro vecino de al lado?

Al ver que no me quedaba otra, me giré y le dirigí una amplia sonrisa.

—Sí, me llamo Daemon Black.

—Yo soy Kelly Swartz. Encantada de conocerte. —Eché un vistazo a su hija—. Podéis pasar si queréis. No tenéis por qué estar aquí fuera, con el calor que hace.

—Es muy amable por su parte. —Me puse en pie y le di un codazo a Katy—. Quizá podríamos entrar y seguir hablando de nuestros planes.

—No —respondió ella de inmediato—. No hace falta, en serio.

—¿Qué planes? —preguntó su madre—. Me encantan los planes.

Me caía muy bien.

—Estoy intentando convencer a su preciosa hija para que venga a nadar conmigo mañana, pero creo que le preocupa que a usted no le guste la idea. —Le di un tironcito del brazo, y me mordí el labio al ver que se movía como veinte centímetros—. Además, creo que es bastante tímida.

—¿Cómo? No me importa en absoluto que se vaya a nadar contigo. Me parece una excelente idea. Llevo mucho tiempo diciéndole que tiene que salir más. Es genial

que quede con tu hermana, pero...

—Mamá —suplicó Katy—. No hace falta que...

—Yo estaba diciéndole lo mismo a Katy. —Incapaz de contenerme, le pasé un brazo por encima de los hombros, y ella se puso rígida—. Mi hermana va a estar fuera toda la semana. Y pensé que era buena idea quedar con su hija.

La señora Swartz sonrió, y sus ojos se agrandaron.

—Qué detalle.

Katy me rodeó la cintura con el brazo, y noté una chispa de sorpresa. Y entonces lo sentí. Sus pequeños dedos se clavaron en mi costado.

—Sí; qué detalle por tu parte, Daemon.

Sus pequeñas uñas estaban muy afiladas.

—Bueno, ya sabes, para eso estamos los vecinos.

—Estoy segura de que Katy no tiene ningún plan para mañana —dijo la mujer—. Puede ir mañana perfectamente a nadar.

Katy bajó la mano y se zafó de entre mis brazos.

—Mamá...

—No te preocupes, cielo. —Se giró y me guiñó un ojo—. Me alegro de conocerte por fin.

—Lo mismo digo.

Me preparé.

La mujer cerró la puerta y, en un nanosegundo, Katy se giró y me dio un empujón en el pecho con las manos. No me moví ni un centímetro.

Saber cuándo retirarse ayuda a ganar las guerras. Bajé los escalones.

—Hasta mañana a mediodía, gatita.

—Te odio —escupió.

—El sentimiento es mutuo. —Hice una pausa y la miré por encima del hombro—. Me juego veinte pavos a que llevas bañador y no biquini.

Una parte de mí esperaba tener veinte pavos menos al día siguiente.

CAPÍTULO 5

Kieres compañía hoy?

Eché un vistazo al móvil mientras me ponía unos vaqueros por encima del bañador, y me sentí agradecido de que Ash tuviera el juicio suficiente como para no aparecer en nuestra casa sin avisar. Si me encontrara yendo al lago con Katy, explotaría como un cohete nuclear.

Y no sería porque Katy fuera humana, sino porque yo nunca la había llevado al lago cuando salíamos. El lago había sido un santuario solo para Dee, Dawson y yo desde que nos mudamos aquí. Una parte de mí no era capaz siquiera de creer que ese era el plan que se me había ocurrido para pasar el día con Katy. Probablemente fuera porque estaba pensando con la cabeza equivocada.

Bajé la mano y envié una respuesta rápida.

No puedo.

La respuesta de Ash fue inmediata.

Q haces?

Tengo cosas que hacer.

Caminé hasta el armario para buscar una camiseta y sonreí ligeramente al ver su respuesta.

Y? Me aburro. Entretenme.

No puedo.

Logré llegar a la planta baja antes de que respondiera.

Eres 1 asco.

Ya tenemos algo en común.

Respondí.

Eres 1 idiota. Vale. Vete a hacer tus COSAS.

Eso pensaba hacer. Dejé el móvil sobre la encimera y no me molesté en cerrar la puerta después de ir a por una toalla y salir de la casa, en dirección a la de... Kat.

Uf.

Supongo que ya no era «la chica» cada vez que pensaba en ella. Pero, por alguna razón, no me gustaba el nombre de Katy. No le pegaba. Decidí que «Kat» sí, al igual que «gatita». Sonreí al recordar lo mucho que odiaba ese nombre.

La noche anterior le había mandado un mensaje a Dee para contarle lo que iba a hacer. Su ristra de signos de exclamación y emoticonos de sorpresa fue un tanto excesiva. Iba a seguirme el juego con lo de las llaves, pero no estaba preparado para el millón de preguntas que me haría cuando llegara a casa.

Tampoco sabía muy bien cómo iba a terminar el día. Los resultados potenciales variaban. A lo mejor tenía suerte y descubriría algo acerca de ella que alejara a Dee. No tenía ni idea de qué podía ser, pero, joder, tenía esperanzas.

Subí los escalones del porche y llamé a la puerta con los nudillos. Sabía que llegaba pronto, pero me hacía gracia sorprenderla. Pasaron unos momentos y la puerta se abrió.

Kat apareció, con los ojos grises muy abiertos mientras se cruzaban con los míos durante un breve instante.

—He llegado antes de lo previsto —le dije.

—Ya lo veo. —Sonaba como si estuviera a punto de marcharse para una consulta con el dentista—. ¿Has cambiado de idea? Siempre puedes mentirle a Dee...

—No soy un mentiroso.

En ese momento sí que estaba siendo un completo mentiroso.

—Dame un momento para que pueda coger mis cosas.

Y me cerró la puerta en la cara. Desde luego, era una gatita cabreada y enojadiza. Una parte de mí realmente quería demostrarle que podía ser un buen chico. No me había comportado como un gilipollas con ella por quién era; bueno, aparte de por el hecho de que fuera humana. Aunque ella me había devuelto los insultos, me había fijado en las chispas de dolor en sus ojos al ver que la atacaba sin tener ningún motivo. Toda aquella situación estaba mal. Si no era borde con ella, podía ponernos en peligro, pero ser borde con ella no me gustaba. No había forma de que ninguno de los dos ganara.

Finalmente reapareció, con cuidado de no rozarme al salir, y cerró la puerta tras ella. Me pregunté qué tendría bajo la camiseta y los pantalones cortos.

—Bueno, ¿adónde vamos, si se puede saber? —preguntó sin mirarme.

—Si te lo digo pierde la gracia. No habría ningún factor sorpresa.

Bajamos del porche y echamos a andar por el camino de entrada.

—Soy nueva en el pueblo, por si no lo sabías. Todo será una sorpresa.

—Pues entonces, ¿para qué preguntas?

Alcé una ceja y ella se enfureció mientras la conducía más allá de los coches.

—¿No vamos en coche?

Me reí al imaginarnos tratando de conducir entre los árboles.

—No. Vamos a un lugar al que no se llega con coche. No es demasiado conocido, mucha gente de la zona no sabe ni que existe.

—Ah, entonces soy especial.

La miré, examinando su perfil mientras bajábamos el camino de entrada, y me di cuenta de que me costaba mucho apartar la mirada. Desde luego, tenía algo.

—¿Sabes lo que creo, Kat?

Me echó un vistazo y me pilló mirándola. La parte superior de sus mejillas se ruborizó. Pasamos junto a la casa vacía al final de la carretera.

—Creo que no quiero saberlo.

—Creo que sí eres especial para mi hermana. —Las siguientes palabras salieron sin que las pensara siquiera, pero en cuanto las pronuncié supuse que eran ciertas—. Me pregunto si al final tendrá razón.

Una sonrisa desprovista de humor apareció en sus labios.

—Claro, pero hay muchas cosas que pueden ser «especiales», ¿no, Daemon?

Me sobresalté al oír mi nombre. ¿Era aquella la primera vez que lo pronunciaba? Me gustaba el sonido de mi nombre en su lengua. Aparté la mirada, y solté aire con lentitud mientras la conducía por la carretera principal hasta el principio de la densa zona arbolada al otro lado de la carretera.

—¿Me llevas al bosque para engañarme? —me preguntó.

La miré por encima del hombro y bajé las pestañas.

—¿Y qué te haría allí, gatita?

Tardó unos instantes en responder.

—Las posibilidades son infinitas.

Le guiñé un ojo.

—¿De verdad?

No respondió mientras tropezaba entre la espesa maleza, evitando la masa de raíces enredadas entre el suelo del bosque.

—¿Podemos fingir que fuimos a nadar?

¿Fingir que pasábamos el rato juntos? Pestañeé, y me quedé sin palabras por lo que probablemente fuera la primera vez en la historia. Estaba portándome bien de verdad con ella. ¿No le gustaba el Daemon gilipollas, pero tampoco el Daemon simpático? Qué cojones... Dios mío, esa chica me estaba destrozando los esquemas, y ni siquiera sabía muy bien lo que yo mismo estaba pensando. ¿Ahora quería portarme bien con ella? ¿O tan solo me estaba portando bien para acercarme a ella y alejar a Dee? Joder, de tanto pensar en mis sentimientos y los suyos iba a acabar bajándome la regla.

—A mí tampoco me apetece nada hacer esto, créeme. —Salté por encima de un árbol caído. Me di la vuelta y le ofrecí la mano—. Aunque te quejes, las cosas no serán más fáciles.

—Hablar contigo es una alegría.

Bajó la mirada hasta mi mano y se mordió el labio inferior con los dientes, atrayendo mi atención. El estallido de calor que sentí en las tripas no tenía nada que ver con la irritación.

No iba a tomarme la mano. No debería.

Pero lo hizo.

Situó la mano sobre la mía, ofreciéndome un poco de confianza, y noté una descarga de electricidad estática a causa del contacto. A veces pasaba cuando los humanos nos tocaban, como si hubieran arrastrado los pies sobre una alfombra. Lo ignoré, y también lo increíblemente pequeña que era su mano en la mía. La ayudé a pasar por encima del tronco.

—Gracias —murmuró cuando la solté.

Ignoré el nudo en mi pecho al ser su héroe, sin importar lo poco que hubiera hecho.

—¿Tienes ganas de que empiecen las clases?

—Bueno, ser la nueva no me hace mucha gracia. No me gusta ser el centro de atención.

—Ya lo veo.

—¿Ah, sí?

Su tono estaba teñido de sorpresa. No tenía ni idea.

—Pues sí. Ya queda poco para llegar.

—¿Poco? ¿Cuánto rato llevamos caminando?

—Unos veinte minutos, quizá un poco más. Ya te he dicho que era un sitio que quedaba escondido. —Una sonrisa irónica me curvó los labios mientras ella me seguía por encima de un árbol caído. Me aparté a un lado para mostrar el claro en el que estábamos entrando, todavía un tanto aturdido por haberla llevado hasta ahí realmente—. Bienvenida a nuestro pequeño paraíso.

Kat permaneció en silencio mientras pasaba junto a mí, dirigiendo la mirada hacia todas partes, contemplándolo todo mientras yo sentía la tensión que se acumulaba en mis músculos.

Un estrecho arroyo recorría el claro y se expandía en un pequeño lago natural. El agua ondeaba bajo la suave brisa. Unas rocas planas y grandes salían de la parte del medio. El lago estaba rodeado por flores salvajes de colores púrpura y azul.

¿Veía ella lo que yo veía? Sabía que Dee sí. Pero, si alguna vez hubiera llevado allí a Ash, se habría aburrido. Dawson lo pillaba. Y Matthew tal vez lo hiciera.

—¡Vaya! —susurró—. ¡Este sitio es precioso!

—Sí que lo es.

Me quedé de pie junto a ella y levanté la mano para protegerme del resplandor del sol que se reflejaba en la superficie del lago. Era pacífico. Aquel lugar siempre había sido un remanso de paz. Podía ir allí y escapar de cualquier cosa, incluso aunque solo fuera durante unas pocas horas. Bajé la mano.

Me tocó suavemente el brazo, atrayendo mi atención. Bajé la mirada hasta el

lugar donde estaba apoyada su mano, y luego mis ojos se cruzaron con los suyos.

—Muchas gracias por traerme aquí —dijo, y a continuación me quitó la mano de encima con rapidez mientras apartaba la mirada.

No sabía qué decir, y ese maldito nudo en el pecho se expandió un poco más.

Kat se paseó hasta el borde del agua.

—¿Cubre mucho?

—Unos tres metros, menos al otro lado de las rocas, donde el agua alcanza los seis. —Me acerqué a ella con el sigilo de un fantasma—. A Dee le encanta. Antes de que vinieras, se pasaba los días aquí.

Frunció el ceño de forma que sus cejas se juntaron mientras miraba fijamente el lago, y a continuación respiró hondo.

—Oye, no tengo ninguna intención de meter a tu hermana en líos.

—Ya veremos.

—No soy una mala influencia —me aseguró—. No soy ese tipo de persona.

La rodeé. Me daba cuenta de que estaba tratando de, bueno, de dejar atrás nuestros enfrentamientos iniciales, pero dudaba que Bethany hubiera pensado alguna vez que sería la caída de Dawson. Podías ser un arma sin darte cuenta siquiera.

—No necesita tener una amiga como tú.

—Oye, que no soy ningún bicho raro —me espetó—. Mira, ¿sabes qué? Dejémoslo estar.

Cuando comenzó a girarse, la detuve de la mejor forma que se me ocurrió.

—¿Por qué te gusta la jardinería?

Apretó los puños al mirarme.

—¿Qué?

—Que por qué te gusta la jardinería. —Miré fijamente en dirección al lago, preguntándome qué demonios iba a conseguir realmente tratando de conocerla, pero aquella pregunta no me detuvo—. Dee me dijo que es porque así no piensas en nada más. ¿En qué evitas pensar?

Soltó aire con brusquedad.

—No es asunto tuyo.

Pues vale.

—Entonces vámonos a nadar.

Cuando le eché un vistazo, tenía aspecto de querer estrangularme un poco. Bajé la barbilla antes de que viera mi sonrisa, porque dudaba que eso fuera a ayudar. Me aparté a un lado, me quité las zapatillas y después me agaché para desabrocharme los vaqueros. No hacía falta que la mirara para saber que estaba observándome. Podía sentir sus ojos sobre mí mientras me quitaba los vaqueros y después la camiseta.

Y supe que me estaba comiendo con los ojos cuando la única prenda que quedó fue el bañador.

No le devolví la mirada mientras caminaba hasta el mismo borde del lago y después me zambullía. El golpe de agua fría inmediatamente dispersó todos mis

pensamientos, limpiándolos mientras buceaba. Me encantaba el agua. Nadar se parecía mucho a volar, y podía moverme con la rapidez suficiente como para que estuviera muy cerca de volar.

Cuando emergí en la superficie, Kat seguía ahí plantada, con la cara roja como un tomate. Quería meterme con ella, pero entonces decidí que en realidad no quería tener que perseguirle el culo cuando se marchara.

—¿No vas a meterte?

Arrastró la punta de su zapatilla en la tierra blanda al borde del lago mientras se mordisqueaba el labio inferior. Emanaba inseguridad mientras su mirada se encontraba con la mía y después se apartaba rápidamente. Qué monada. Era bastante mona.

—Eres muy tímida, ¿verdad, gatita?

Su pie se quedó inmóvil.

—¿Por qué me llamas así?

—Porque te pones en guardia y el pelo se te eriza como si fueras una gatita. —Me tumbé sobre la espalda y me alejé nadando un par de metros—. ¿Qué, vas a meterte o no? —Al ver que no se movía, supuse que iba a tener que motivarla—. Te doy un minuto más para que te metas.

Entrecerró los ojos.

—¿Y si no, qué?

Me giré y me acerqué a la orilla del lago, ya sin estar de espaldas.

—Si no, iré a buscarte y te meteré yo mismo en el agua.

Frunció la boca.

—Ya, claro. Pues me gustaría ver cómo lo intentas.

—Cuarenta segundos. —¿De verdad pensaba que no iba a hacerlo?—. Treinta.

Sonreí, esperando que no lo hiciera.

Porque estaba más que dispuesto a tirarla de culo al lago, y además iba a disfrutar mucho.

Se puso en acción de golpe, murmurando entre dientes mientras bajaba la mano con un movimiento rápido y tenso y se agarraba el dobladillo de la camiseta. Se la quitó, y después se quitó rápidamente los pantalones cortos. A continuación se enderezó, con las manos en las caderas.

—¿Contento?

Joder.

No solo no llevaba un bañador de una sola pieza, sino que había obtenido mi deseo. Era un bikini de dos piezas de color rojo, y sí, joder. Lo único que podía hacer era mirarla fijamente. No sabía qué era lo que esperaba, pero desde luego no era aquello.

Bajo los sencillos pantalones cortos y las camisetas sin forma con los que la había visto, Kat escondía un cuerpo magnífico lleno de la clase de curvas que hacía que me entraran ganas de hacer cosas estúpidas. Eran cosas divertidas, pero, joder, serían

cosas muy estúpidas tal como estaba la situación.

No me la estaba comiendo con los ojos. No me di cuenta de cómo el biquini color rojo sangre se tensaba en su pecho, recordándome a la parte superior de un corazón. No me di cuenta de cómo su cuerpo reaccionaba a mi forma de mirarla, porque ninguno de los dos se movía, y había algo tangible en ese momento, como una caricia física. Y ni de coña estaba contando los cuatro o cinco centímetros de piel que había entre su ombligo y la parte inferior del biquini.

Hostias.

Ahora era un buen momento para ahogarse.

¿A quién pretendía engañar? Me la estaba comiendo con la mirada.

Para ser una chica tan bajita, sus piernas parecían increíblemente largas, aunque tal vez tuviera algo que ver con el revelador corte de la parte inferior de su biquini, un corte que mostraba la amplitud de sus caderas y la sorprendente pequeñez de su cintura. Los músculos en la parte baja de mi estómago se tensaron mientras paseaba la mirada por su estómago de aspecto suave, y después más hacia el norte. Cómo se sujetaba la parte superior era algo que no comprendía, y no sabía si debía de sentirme agradecido o decepcionado por ello.

¿Corriente? ¿De verdad había utilizado las palabras «corriente» o «simple» para describirla? Joder, esa chica...

El viejo dicho apareció entre mis acalorados pensamientos. «Cuidado con lo que deseas». Era tan cierto... No habría deseado eso de haber sabido lo intensamente que iba a reaccionar mi cuerpo ante ello, y sí, estaba reaccionando claramente.

El plan que se me había ocurrido tenía que ser el más estúpido de la historia.

La sonrisa me desapareció de la cara.

—Cuando estás cerca, nunca estoy contento.

—¿Perdona? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—Olvídalo. Métete antes de que te pongas más colorada, anda.

Y antes de que empezara a plantearme seriamente todas las gilipolleces que podía hacer.

Su rubor se intensificó. Caminó con rigidez hasta el borde del lago, donde el agua era poco profunda, mostrándome un fragmento de su parte trasera, y eso no ayudó en nada a disminuir mi respuesta puramente física.

Rodeándose la cintura con los brazos, metió los dedos de los pies en el agua.

—Esto es muy bonito.

Sí, era todo muy bonito. Y hacía mucho calor. Bajé la mirada hasta su rodilla doblada y después volví a subirla, deteniéndome en determinadas zonas. Noté cierta tensión en la garganta, y también en otras partes de mi cuerpo.

Mierda.

Me sumergí y, cuando volví a salir a la superficie, vi que no había servido de nada, porque ahora Kat estaba mojada. Debía de haberse metido en el agua mientras yo estaba debajo. Tan solo nos encontrábamos a unos metros de distancia, y yo estaba

en una zona más profunda, sumergido de forma que el agua me llegara a la boca.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Por qué no te acercas?

El corazón me latía con fuerza en el pecho. Si fuera lista, no se acercaría lo más mínimo a mí en esos momentos. De hecho, si yo fuera listo, no le habría dicho que se acercara.

Ella era más lista que yo.

Se giró para meterse bajo el agua y nadó en dirección a las rocas. Cuando salió del agua y se subió a una roca, me tragué un gruñido. Me entraron ganas de...

—Pareces decepcionado —dijo.

Dios, pues claro que estaba decepcionado, y lo cierto es que no sabía qué sacar en claro de eso. Ignoré el asunto.

—Bueno... ¿Y aquí qué pasa?

Sus piernas se balancearon sobre la roca, y metió los pies en el agua.

—¿De qué hablas ahora?

—De nada.

Me acerqué nadando a la roca.

—Acabas de decir algo.

—Sí, es verdad.

—Mira que eres rarito.

—No eres como esperaba —admití en voz baja.

Ella negó un poco con la cabeza.

—¿Y eso qué quiere decir? —Estiré el brazo para agarrarle el pie, pero ella movió la pierna fuera de mi alcance. Aquello no me hacía ninguna gracia—. ¿No puedo ser amiga de tu hermana porque no estoy a su altura? —preguntó.

—No tienes nada en común con ella.

—¿Y eso cómo lo sabes?

Se apartó hacia atrás mientras trataba de alcanzar su otro pie.

—Lo sé, y punto.

—Tenemos muchas cosas en común. Y me cae bien. Es simpática y divertida. —Esta vez se apartó aún más, quedando completamente fuera de mi alcance—. Y tú tendrías que dejar de portarte como un cretino con sus amigos.

Sus palabras me resbalaron, y me eché a reír.

—La verdad es que no eres como ellos.

—¿Como quiénes?

Como cualquier persona que había conocido jamás. Lo cierto era que las mujeres siempre me trataban igual, ya fueran humanas o Luxen. Solo Ash y Dee eran capaces de cantarme las cuarenta, pero era porque habíamos crecido juntos. Para ellas era diferente, pero ¿para las demás? Básicamente solo querían una cosa de mí. La mayor parte del tiempo a mí me parecía bien, pero si las miraba fijamente aunque fuera durante un segundo, se escabullían como insectos. Cuando pensabas en ello, no es

que fuera muy atractivo precisamente. Pero Kat no era así. Puede que no tuviera la menor idea de lo que era, pero no tenía miedo de mí, no se sentía impresionada por mí, y por retorcido que pareciera, eso me ponía.

Y eso era lo que la hacía peligrosa.

Me alejé de la roca y me puse a formar olas en el agua. A continuación me sumergí. Buceé hasta el otro lado de la roca y permanecí sumergido, esperando que el agua helada calmara la excitación tan inapropiada que sentía.

«Joder, si ni siquiera me cae bien esta chica», pensé, tratando de convencerme.

Sí, era graciosa. Sí, incluso resultaba entretenida. Y sí, quería recorrer sus curvas con las manos y la boca. Posiblemente incluso con la lengua... vale, sin duda con la lengua. Pero, aun así, me irritaba muchísimo.

Y yo ni siquiera le caía bien. Le gustaba mirarme, porque a quién no le gustaba, pero el desagrado era mutuo.

No tenía ni idea de cuánto tiempo pasé bajo el agua hasta que estuve algo así como un noventa y dos por ciento seguro de que no iba a hacer nada, y entonces salí a la superficie.

—¡Daemon!

El pánico auténtico que teñía el sonido de mi nombre me pilló con la guardia baja. Salté a las rocas y me agaché mientras examinaba el lago, esperando ver a un Arum cerca. Aquellos cabronazos no se lo pensarían dos veces antes de matar a una humana inocente.

Lo único que veía era a Kat, de rodillas con su maldito biquini.

Uf. A la mierda todo el trabajo que había hecho el agua helada para mí.

—¿Te encuentras bien? Pareces un poco asustada.

Se quedó paralizada durante un segundo, y después se arrastró por la roca y me agarró por los hombros. La sangre había desaparecido de su rostro, y estaba excepcionalmente pálida.

—¿Cómo te encuentras? ¿Qué te ha pasado? —A continuación me soltó los hombros, se echó hacia atrás y me pegó un golpe en el brazo. Con fuerza—. ¡No vuelvas a hacerme algo así!

—¡Oye! —Levanté los brazos—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—¡Llevabas tanto tiempo debajo del agua que pensaba que te habías ahogado! ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué has querido asustarme? —Se puso en pie, y el pecho le subía y bajaba con rapidez—. Has estado demasiado tiempo bajo el agua.

Mierda. Había permanecido sumergido más tiempo de lo que pensaba. Mi cuerpo no funcionaba como el suyo, y lo había olvidado. Los Luxen no necesitaban respirar aire, pero se suponía que los humanos no debían averiguarlo, gilipollas.

—No llevaba tanto rato bajo el agua. Estaba nadando.

Le temblaban las manos.

—¡No, Daemon! Llevabas mucho rato, ¡por lo menos diez minutos! Te he buscado, te he llamado... ¡Pensaba que habías muerto!

Me puse en pie con lentitud, maldiciéndome de todas las formas posibles.

—No he estado diez minutos; eso es imposible. Nadie aguanta tanto tiempo sin respirar.

Tragó saliva.

—Nadie menos tú.

Maldita sea. Me acerqué a ella, buscando sus ojos con los míos.

—Estabas preocupada de verdad, ¿no?

—¡Como para no estarlo! ¿Qué parte de «pensaba que habías muerto» no has entendido?

Un temblor le sacudió el cuerpo.

Joder, estaba mal de verdad. Sinceramente, hubiera pensado que si me ahogaba ella bailarían encima de mi tumba. En bikini. Mierda. Que le den al bikini.

—Kat, salí a la superficie. Supongo que no me has visto. Y luego volví a meterme.

Ella retrocedió un paso y negó con la cabeza, y pude ver en sus ojos acerados que no me creía. Joder, yo preocupándome de que Dee hiciera algo que nos expusiera, y había sido yo quien la había cagado. «Pasa del tema, Kat. Pasa». Respiré hondo, pensando que a lo mejor si la cabreaba se olvidaría de lo que había sucedido. Era mejor que la otra opción.

—¿Esto te pasa muy a menudo? —pregunté.

Su mirada se dirigió de golpe a la mía.

—¿El qué?

—Que te imagines cosas. —Hice un gesto en dirección al lago—. O quizá te lías un poco con los segundos y los minutos.

—¡No me he imaginado nada! ¡Y sé distinguir perfectamente los segundos de los minutos, pedazo de memo!

—Pues entonces no sé qué decirte. —Di un paso hacia delante, acercándome a ella—. Desde luego, yo no he sido el que se ha imaginado que he pasado diez minutos bajo el agua, cuando no han pasado de dos. Creo que la próxima vez que vaya a la ciudad te compraré un reloj. Cuando haya recuperado mis llaves, claro.

Se puso rígida mientras me miraba, y la furia cubría la sospecha en sus ojos.

—Bueno, pues no olvides decirle a Dee que lo pasamos de coña. Así seguro que recuperas tus estúpidas llaves. De ese modo no tendremos que repetir más encuentros como este.

Le sonreí.

—Eso tendrás que decírselo tú, gatita. Seguro que te llamará más tarde para preguntártelo.

—No te preocupes, recuperarás tus llaves. Por mi parte...

Se giró, y entonces todo pasó muy rápido. Su pie se resbaló sobre la roca húmeda. Perdiendo el equilibrio, sus brazos se agitaban en el aire.

No me detuve a pensar.

Me lancé hacia delante, estiré los brazos y le sujeté la mano justo cuando sus pies se separaban de la roca. La atraje hacia mí, y entonces nos quedamos pecho con pecho. Su piel estaba cálida y seca, y la mía húmeda. Apreté la mandíbula mientras la sensación recorría todas y cada una de mis células. No había forma de negar la sacudida de lujuria que me recorrió.

Joder, era muy suave justo donde tenía que serlo.

—Ten cuidado, gatita —murmuré—. Dee se enfadaría mucho conmigo si te abrieras la cabeza y te ahogaras.

Levantó la cabeza con lentitud, y sus ojos grises se cruzaron con los míos. Abrió los labios, pero no habló, y a mí me parecía perfecto. Las palabras no tenían ningún sentido en ese momento, porque nuestros cuerpos estaban apretados el uno contra el otro.

La electricidad recorría mi piel, y no tenía ni idea de si era capaz de sentirlo; y si fuera así, si pensaría que era su imaginación. En cualquier caso, me tragué un gruñido bajo mientras una ligera brisa nos recorría la piel. Su pecho se elevó contra el mío, y tenía que o bien soltarla o bien... ¿qué?

No había otra opción.

Le solté la cintura y deslicé la mano por la parte inferior de su espalda, solo para seguir torturándome a mí mismo. Su piel era blanda y suave, y la presión casi dolorosa que crecía dentro de mí merecía la pena.

—Creo que tendríamos que regresar.

Era oficialmente la decisión más inteligente que había tomado desde la primera vez que la vi.

Patético.

Kat asintió con la cabeza, y no hablamos mientras nos dirigíamos de nuevo hacia la tierra, nos secábamos y nos vestíamos. Y eso probablemente fuera algo bueno de narices, porque estaba de muy mala hostia por un montón de razones.

El camino de vuelta fue silencioso y tenso, y cuando subimos por el camino de entrada mi humor de mierda aumentó hasta el punto de querer darle una hostia a alguien al ver el coche que había ahí aparcado. Maldita sea una y otra vez. Kat me echó un vistazo con expresión curiosa.

—Kat, yo...

La puerta de mi casa se abrió y después se cerró de golpe, y Matthew salió de allí como si tuviera todo el derecho. Bajó los escalones del porche, sin mirar siquiera en dirección a Kat.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —exigió saber.

Joder, Matthew me importaba como un hermano, pero no tenía ninguna razón para estar en mi casa de ese modo. Crucé los brazos.

—Nada. Me gustaría saber qué haces en casa, si mi hermana no está.

—He entrado sin preguntar —respondió—. ¿Algún problema?

—Ahora sí que lo hay, Matthew.

Kat se movió incómoda detrás de mí, atrayendo la atención de Matthew. Él frunció los labios mientras negaba con la cabeza.

—Y yo que pensaba que tú eras el que tenía más sentido común de todos.

La tensión impregnó el aire a nuestro alrededor.

—Matthew, si valoras tu capacidad de caminar, yo no seguiría por ahí.

—Bueno, yo me voy —dijo Kat, apartándose a un lado.

Por alguna razón que jamás comprenderé, me puse frente a ella para ocultarla de la fulminante mirada de Matthew.

—Creo que el que tiene que irse es Matthew, a menos que haya venido a algo más que a meter las narices donde no lo llaman.

—Lo siento —susurró con voz temblorosa, y eso provocó algo extraño en mi conciencia, hizo que se diera cuenta—, pero no sé de qué va todo esto. Solo hemos ido a nadar, nada más.

Cuadré los hombros.

—No es lo que crees; confía en mí. Dee me escondió las llaves y me obligó a quedar con ella para recuperarlas.

Kat tomó aire bruscamente.

Un destello de reconocimiento cruzó la cara de Matthew. Se rio.

—Así que esta es la amiguita de Dee.

—Pues sí —respondió ella desde detrás de mí.

—Pensaba que tenías la situación bajo control —me dijo Matthew, haciendo un gesto hacia ella—. Que conseguirías que tu hermana recapacitara.

—Ya, bueno, ¿por qué no lo intentas tú? —repliqué, comenzando a perder la paciencia—. No es tan fácil como parece.

Matthew apretó los labios.

—Los dos tendríais que ser más sensatos.

Y entonces perdí la paciencia. Estaba cansado. Cierta zona de mi cuerpo me dolía, y que me echaran la bronca no me hacía mucha gracia. La energía crepitó sobre mi piel, invisible para el ojo humano, pero se derramó de mi cuerpo y cargó el aire. Sonó un trueno. Sobre nuestras cabezas apareció un relámpago, brillante y casi cegador. Cuando la luz remitió, los ojos de Matthew se abrieron mucho durante un segundo, y después se dio la vuelta y volvió a entrar en mi casa.

Había recibido mi advertencia.

Comencé a girarme hacia Kat, pero no tenía nada que decir, así que no dije nada mientras caminaba hacia mi casa. Me pareció oír que hablaba, pero daba igual.

Todo lo que tuviera que ver con ella daba igual.

CAPÍTULO 6

Matthew comenzó en cuanto entré en la cocina.

—¿Qué está pasando con esa chica, Daemon? Nunca habías actuado de ese modo. Pasé junto a él de camino al frigorífico, cabreado y más que irritado.

—¿Actuado de qué modo?

Se giró hacia mí.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Abrí el frigorífico y miré todo lo que necesitaba para hacerme un sándwich de muerte. Agité la mano para hacer un La Bella y la Bestia y llevé todas las cosas bailando hasta la encimera.

—¿Quieres un sándwich?

Matthew suspiró.

—Ya he comido.

—Mejor; más para mí.

Tomé un plato y fui hasta la encimera.

—Daemon, tenemos que hablar de esto.

Busqué un cuchillo y el bote de mayonesa.

—No tenemos que hablar de nada, Matthew. Ya te he dicho lo que estaba pasando cuando estábamos fuera. La historia no se vuelve más interesante.

—¿Te estás asegurando de que Dee no se acerque demasiado a esa chica quedando con ella? —preguntó, y las palabras estaban teñidas de incredulidad—. ¿Yendo a nadar juntos? ¿Esta es una nueva táctica?

Puse una rebanada de pan sobre el plato y eché un vistazo hacia Matthew, que se encontraba de pie junto a la mesa. Cuando hablé mi voz sonó con una calma letal.

—Déjalo ya, Matthew.

—No puedo dejarlo.

Mis ojos se encontraron con los suyos.

—A lo mejor quieres intentarlo.

Se pasó una mano por el pelo corto y castaño.

—No quiero discutir contigo, Daemon.

Casi me reí mientras ponía fiambre sobre la rebanada de pan, pues estaba haciendo un trabajo de mierda con lo de no discutir. La tensión me había puesto rígidos los músculos del cuello y la espalda. Sin embargo, Matthew tenía razón en una cosa: yo nunca había actuado tal como lo había hecho fuera hacía tan solo unos pocos minutos; ni por una humana, ni por nadie de mi propia especie. Ni siquiera

sabía por qué su presencia o sus palabras me habían molestado de esa manera.

Tal vez fuera porque, en el fondo, sabía que había dejado pasar la oportunidad de, o bien descubrir algo acerca de Kat que pudiera emplear en su contra, o bien asustarla lo suficiente como para que permaneciera alejada de Dee. Lo cierto era que no había hecho ninguna de esas cosas.

En lugar de eso, habíamos hablado del instituto, de la jardinería y de esas gilipolleces, como si fuéramos... como si fuéramos normales.

—Esto es diferente —continuó Matthew en voz baja—. Vivimos entre los humanos, pero no podemos estrechar lazos con ellos; no durante un periodo prolongado de tiempo. Si lo hacemos, siempre pasa algo. O bien descubren la verdad sobre nosotros, porque bajamos la guardia, o bien les dejamos un rastro y los Arum nos dan caza a nosotros. Nunca acaba bien. Nunca.

Me encaré con él, con las manos a los costados.

—¿Es que crees que no lo sé? ¿Qué es lo que esperas que haga con ella? Tan solo hay unas pocas cosas que puedo hacer, salvo que esperes que me la cargue.

El color azul de los ojos de Matthew se intensificó, yendo desde un azul oceánico hasta un cielo oscuro a la hora del crepúsculo.

—No quiero ver a una chica joven herida, y no espero que seas tú quien se encargue de ello si alguna vez llegamos a ese punto. Si esa chica demuestra ser un riesgo, yo me ocuparé de ella. No ocurrirá lo mismo que con Bethany, cuando todos dejamos correr el asunto hasta que fue demasiado tarde. No voy a permitir que eso vuelva a pasar esta vez.

La energía cargó mi piel mientras lo miraba fijamente. La comprensión se coló en mi interior, dejándome frío.

—Se llama Kat —me oí decir mientras caminaba hacia él, bajando la barbilla—. Y yo me ocuparé de ella.

—Ya sabes que haría cualquier cosa para protegeros a todos. —Matthew plantó las manos sobre la mesa y respiró hondo—. A todos vosotros... sois mi familia.

Pasé la mano por el aire y forcejeé con mi paciencia.

—Ya lo sé. Nosotros pensamos lo mismo de ti, pero no tienes que intervenir en esto. Yo me aseguraré de que no sea un riesgo para nosotros.

Sus ojos se encontraron con los míos, y transcurrió un momento.

—Eres uno de los Luxen más fuertes que hay ahora mismo, si no el más fuerte. Los ancianos lo saben, y también el Departamento de Defensa, y eso significa que siempre hay alguien vigilándote. Debes tener más cuidado que cualquiera de nosotros.

Bajé la mano, y el peso de mi raza se asentó en mis hombros. No había nada que pudiera decir al respecto. Era más rápido y más fuerte que la mayoría de los Luxen, y podía emplear la Fuente más que cualquiera de los de mi especie que conociéramos. Pero no daba por sentados esos dones. Entrenaba más duro que nadie. Patrullaba más a menudo. Y estaba decidido a permanecer centrado en mi deber. No a perderme y

volverme vulnerable, como le había pasado a mi hermano...

Matthew me observó, y debió de ver algo en mis ojos.

—Tu hermano no era débil.

Incliné la cabeza hacia un lado.

—Era...

—No lo era —me interrumpió—. Era más amable, y más despreocupado, pero era tan fuerte como tú, y eso es algo que tienes que recordar. Dawson no era débil. No era estúpido, y aun así, por culpa de una chica, ya no está. No sigas los pasos de tu hermano.

Mensaje recibido, alto y claro.

* * *

«No sigas los pasos de tu hermano».

Me entraban ganas de reír al recordar sus palabras.

Que no estuviera tratando de echarla del pueblo no significaba que fuera a acabar como Dawson. Para empezar, Kat y yo ni siquiera nos caíamos bien. Sí, había algo físico entre nosotros, pero no era nada más profundo que eso. Dawson se había enamorado de Bethany; y esa era una gran diferencia.

Y mi hermano... sí que había sido más débil.

Quizá no físicamente, pero, en lo que respectaba a todo lo demás, sí que lo era.

Estaba atardeciendo el sábado cuando vi que la madre de Kat se marchaba en coche. Puesto que Kat se encontraba sola y Dee volvería a casa al día siguiente, sabía que lo último que debería hacer era lo que estaba haciendo.

Que era caminar derechito hasta su casa.

Después de llamar a la puerta, me paseé junto a la barandilla del porche y levanté la mirada. Aún faltaban un par de horas para que el sol se pusiera, pero ya estaban comenzando a aparecer algunas estrellas. Me metí las manos en los bolsillos y esperé a ver si respondía siquiera a mi llamada. Si yo fuera ella, probablemente no querría volver a verme la cara jamás. Yo tampoco podía explicar mi comportamiento bipolar. Sabía que era mala para Dee, mala para la colonia y especialmente mala para mí. Pero había algo en su personalidad que no era capaz de olvidar.

Me sentí un tanto sorprendido cuando la puerta se abrió y Kat salió al porche.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

No tenía ni idea de cómo responder a eso, así que me quedé en silencio durante un momento y después me aclaré la garganta.

—Me gusta contemplar el cielo. Es infinito...

Qué cutrada.

Se acercó un poco a mí, y sus movimientos eran casi dudosos.

—Por cierto, ¿va a salir algún pirado de tu casa en cualquier momento y va a decirme que no puedo hablar contigo? Es por saberlo.

Sonreí ante sus palabras.

—Ahora mismo no. Puede que más tarde.

Arrugó la nariz.

—Bueno, pues intentaré no estar por aquí «más tarde».

—Ya. —Me giré por la cintura para mirarla—. ¿Estás liada ahora?

—Bueno, estaba con mi blog; pero no, no hacía nada especial.

—¿Tienes un blog?

Tuve que obligarme a no reírme. Eso de los blogs siempre me había parecido algo que harían las madres de mediana edad, y no chicas de instituto por encima de lo corriente.

Cruzó los brazos por encima del pecho, y por su postura parecía que estuviera preparándose para la batalla.

—¿Cómo se llama?

—No es asunto tuyo —replicó con una sonrisa demasiado dulce.

—Un nombre muy interesante. —La comisura de mis labios se elevó cuando el enfado cruzó su rostro. Era demasiado fácil cabrearla—. ¿Y de qué va? ¿De ganchillo? ¿De puzles? ¿De la soledad?

—Ja, ja. Qué gracioso. —Suspiró—. Escribo reseñas de libros.

Vaya. Libros. Debería haberlo adivinado.

—¿Y te pagan?

Se rio sonoramente al oírme.

—Pues no. Ni un céntimo.

Fruncí el ceño.

—¿Escribes sobre libros y no te pagan si alguien compra un libro del que has hecho una reseña?

—No lo hago para ganar dinero. —Descruzó los brazos, y parecía sentirse un poco más cómoda hablando sobre su blog—. Lo hago porque me gusta. Me encanta leer y hablar sobre libros.

—¿Qué tipo de libros lees?

—De todo tipo. —Se reclinó contra la barandilla y levantó la mirada, cruzando los ojos con los míos—. Me gusta sobre todo el rollo paranormal y eso.

—¿Te van los vampiros y los hombres lobo? —pregunté.

—Sí.

—¿Y los fantasmas y los marcianos?

—Las historias de fantasmas sí me gustan, pero los marcianos y tal no acaban de apasionarme. *E.T.* me dejó bastante fría; creo que les pasa lo mismo a muchos lectores.

Arqueé una ceja al oír eso.

—¿Y qué es lo que no te deja fría?

—Bueno, cosas que no sean seres extraterrestres de color verde —replicó, y me tragué una risotada—. También me gustan las novelas gráficas y el rollo histórico.

—¿Te van las novelas gráficas? —La incredulidad me inundó—. ¿En serio?

Asintió con la cabeza.

—Pues sí, ¿qué pasa? ¿A las chicas no nos pueden gustar los cómics y las novelas gráficas o qué?

No me parecía que quisiera que respondiera. Joder, siempre lograba sorprenderme.

—¿Te apetece ir de excursión?

—No se me dan demasiado bien las caminatas.

Levantó la mano y se pasó un mechón de pelo que se le había soltado de la coleta por detrás de la oreja. ¿Alguna vez llevaba el pelo suelto?

¿Por qué demonios estaba pensando en su pelo?

Mi mirada siguió su movimiento.

—No voy a llevarte hasta las rocas. Solo es un paseo. Seguro que no te cansas.

Se apartó de la barandilla, pero dudó.

—¿No te ha dicho Dee dónde escondió tus llaves?

Mierda, me había olvidado de eso.

—Sí me lo dijo.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

¿Cómo podría explicárselo a ella cuando ni siquiera era capaz de explicármelo a mí mismo? Busqué torpemente alguna excusa creíble, y me di cuenta de que no era tan imaginativo. Aquello era probablemente una señal de que debería mover el culo hasta mi casa y olvidarme de todo aquello, fuera lo que fuese.

—Por nada. Me apetecía pasar por aquí, pero si vas a preguntarme por todo lo que hago, entonces tranquila: no volveré a hacerlo.

Me giré y comencé a bajar los escalones del porche, dándome cuenta de que una vez más estaba comportándome como un gilipollas integral. ¿Qué podía decir? Se me daba muy bien.

Transcurrió un momento, y entonces volvió a hablar:

—Venga, vámonos.

Me detuve, sorprendido.

—¿Seguro?

No parecía cien por cien segura cuando la miré por encima del hombro, pero se apresuró a bajar los escalones y me siguió.

—¿Por qué estamos yendo detrás de mi casa? —Hizo una pausa para señalar al oeste, a la montaña de arenisca que todavía relucía bajo la luz cada vez más débil del sol—. Por allí se va a Seneca Rocks. Pensaba que casi todos los caminos empezaban allí.

—Sí, pero los senderos que empiezan aquí son más directos; se llega antes a las rocas —expliqué—. La gente conoce las rutas más utilizadas; pero, como yo ya me he aburrido bastante por aquí, he localizado un par de senderos poco transitados.

Abrió mucho los ojos.

—¿Cómo de poco transitados?

Qué mona. Me reí.

—Bueno, tampoco demasiado.

—O sea, que es una ruta fácil. Seguro que te aburrirás un montón.

—Cualquier oportunidad de salir a pasear es buena. —Aquello era cierto. Los Luxen teníamos más energía de forma natural, y la actividad física ayudaba—. Además, tampoco es que vayamos a ir hasta el cañón de Smoke Hole, que está bastante lejos... No te preocupes.

Se relajó.

—Vale. Tú guías.

Kat me esperó fuera mientras yo entraba en mi casa para buscar dos botellas de agua, y después me siguió por el jardín trasero hasta el bosque, lleno de sombras. Había algo en el hecho de que realmente estuviera dispuesta a hacer aquello que me pareció mal. No me había portado bien con ella; de eso no había la menor duda. Me pregunté si haría lo mismo si Andrew se hiciera amigo de ella, seguirle la corriente y ya está.

Si lo hiciera, no sería nada bueno.

Andrew estaría totalmente de parte de Matthew, así que no tendría ningún problema con la idea de «ocuparse de ella» como defensa preventiva.

—Confías muy rápido en la gente, gatita —dije en voz baja.

—No me llames más así.

Le eché un vistazo por encima del hombro. Estaba caminando unos cuantos pasos por detrás de mí.

—¿Nadie te ha llamado así antes?

Ella rodeó un arbusto lleno de espinas y me dirigió una mirada insulsa.

—Sí me han llamado así, pero tú lo dices de una manera que...

Esperé.

—¿Que qué?

—Que suena como un insulto —dijo, y ralenticé el ritmo para que caminara junto a mí—, o como si fuera algo sexual raro. —Eso me arrancó una carcajada, además de parte de la tensión que había estado acumulándose en mi cuello y mis hombros—. ¿Por qué te ríes siempre de mí?

Negué con la cabeza mientras sonreía.

—No sé, me haces gracia.

—Pues vale. —Le dio una patada a una roca, aparentemente decidiendo que aquello no era bueno—. Oye, ¿qué le pasaba al tipo aquel, a ese tal Matthew? Parecía que me odiara.

—No es que te odie, es que no confía en ti —murmuré.

Su coleta rebotó mientras sacudía la cabeza.

—¿Que no confía en mí? ¿Y qué tiene que confiarme, tu virtud?

Se me escapó otra risotada.

—Pues claro; no le gustan las chicas guapas que están coladitas por mí.

—¿Qué? —soltó abruptamente, y entonces, en menos de un segundo, tropezó. La atrapé con facilidad, rodeándole la cintura con el brazo, y después me apresuré a soltarla; aunque sentí la sacudida de aquel breve contacto, y la piel me zumbó—. Estás de broma, ¿no? —preguntó.

Divertido por su incapacidad de tener cuidado con lo que quiera que hubiera en el suelo, sentí que mi sonrisa crecía todavía más.

—¿A qué parte te refieres?

—¡A todas!

—Venga ya. No me digas que no sabes que eres guapa. —Al ver que no respondía, suspiré—. ¿No te lo ha dicho ningún chico antes?

Su mirada se clavó en la mía, y después se escabulló. Se encogió de hombros.

—Pues claro.

Vaya.

—O quizá... no seas consciente de ello...

Volvió a encogerse de hombros, y no podía creer que no viera lo que yo... Espera un momento. ¿Que no viera lo que yo veía? ¿Cuándo había cambiado lo que yo veía? Porque había estado pensando que era corriente de narices. A veces por encima de lo corriente cuando se enfadaba. O sonreía. O se ruborizaba. Pero bueno, la mayoría del tiempo tan solo era corriente.

Mientras la observaba, sus mejillas se sonrosaron todavía más, y supe que me había equivocado.

Kat no era corriente. Quizá sí a primera vista, pero en cuanto te acercabas a ella, en cuanto pasabas un poco de tiempo con ella, aquellos ojos color gris brezo, aquellos labios gruesos y la forma de su rostro eran de todo menos corrientes. Pero se trataba de algo que iba por debajo de la piel.

—¿Sabes lo que creo? —le pregunté, y me detuve en mitad del camino.

Ella levantó la mirada hacia mí. Tenía los ojos muy abiertos, pero no cautelosos.

—No.

Durante un momento no hablé, y el único sonido entre nosotros fue el canto de los pájaros cercanos mientras mis ojos buscaban los suyos.

—Siempre he creído que las personas que son hermosas de verdad, por dentro y por fuera, son aquellas que no son conscientes del efecto que tienen en los demás. Aquellas que ostentan su belleza la echan a perder. La hermosura es pasajera. Es un caparazón que oculta las sombras y el vacío que hay en el interior...

Separó los labios, y entonces se rio.

Kat se había reído.

¿Qué cojones...?

—Lo siento —dijo, pestañeando para contener las lágrimas mientras se le escapaba una risita—, pero esto es lo más serio que te he escuchado decir desde que te conozco. ¿Se puede saber qué extraterrestre se ha llevado al Daemon que yo

conozco? Si lo ves, ¿puedes decirle que se lo quede?

Fruncí el ceño.

—Estaba siendo sincero.

—Ya, pero es que ha sido muy... no sé.

La miré fijamente, me encogí de hombros y eché a andar por el camino otra vez. Pues vale.

—No iremos demasiado lejos. —Hice una pausa—. Antes has dicho que te interesaba la historia, ¿no?

—Sí, ya sé que es un poco de empollona.

Me alcanzó, dando un poco más de brío a sus pasos.

—¿Sabías que por estas tierras viajaban los indios seneca?

—Dime, por favor, que no estamos pasando por encima de ninguna tumba...

—Bueno, seguro que alguna debe de haber por aquí. Se desplazaban por la zona, de modo que no sería improbable que algunos murieran en este mismo lugar y...

—Daemon, ahórrame esa parte, anda.

Me dio un ligero golpe en el brazo.

La facilidad con la que me tocaba resultaba enervante. Me costó un momento hacerme a la idea.

—Vale. Te contaré la historia pero dejaré los detalles sórdidos al margen.

Agarré una rama alargada y la sostuve en alto para que Kat pudiera pasar por debajo. Su hombro me rozó el pecho, volviéndome de pronto muy consciente.

—¿Qué historia? —preguntó ella, bajando las espesas pestañas para protegerse los ojos.

—Ya lo verás. Ahora, escúchame atentamente. Hace tiempo, en esta zona solo había bosques y colinas; no era tan diferente de lo que conocemos ahora, a excepción de los pueblos y las ciudades. —Aparté unas ramas bajas de su camino para que pudiera pasar. A esas alturas tal vez se empalara a sí misma; era obscenamente inconsciente de cómo caminar por el bosque—. Imagínatelo: era necesario caminar días, incluso semanas, para dar con alguna persona...

Se estremeció.

—Qué soledad.

—Pero tienes que entender que así eran las cosas hace cientos de años. Los granjeros y las gentes de la montaña vivían a pocos kilómetros de distancia, pero era necesario recorrerlos a pie o a caballo; y no siempre era seguro.

—Me lo puedo imaginar —respondió débilmente.

—La tribu india de los seneca viajaba por el este de Estados Unidos y, en algún momento, recorrieron este mismo sendero en dirección a Seneca Rocks. —Nuestras miradas se cruzaron—. ¿Sabías que esta misma senda que queda por detrás de tu casa lleva directamente a su base?

—No. Nunca pensé que Seneca Rocks pudiera estar tan cerca; parecen muy lejanas.

—Si siguieras este sendero un par de kilómetros más, llegarías hasta la base de las rocas. La senda se vuelve bastante rocosa; incluso los escaladores más experimentados prefieren no pasar por aquí. Seneca Rocks se extiende desde el condado de Grant hasta el de Pendleton. Su punto más alto es Spruce Knob y un grupo de peñascos cercanos a Seneca llamados Champe Rocks. Es difícil llegar hasta allí, especialmente porque hay que atravesar propiedades particulares, pero vale la pena si eres capaz de escalar casi trescientos metros.

Dios, me encantaba escalar hasta allí. Llevaba mucho tiempo sin hacerlo.

—Parece divertido —dijo con una sonrisa dolorida.

Me reí.

—Lo es si no tienes miedo de resbalarte. Bueno, el caso es que el mineral que forma las Seneca Rocks es la cuarcita, que es en parte piedra arenisca. Por eso tienen ese tono rosado. Se cree que la cuarcita es cuarzo beta, y la gente que cree en... —iba a tener que hablar con cuidado— poderes fuera de lo normal o... naturales, como las tribus indias en su momento, cree que cualquier manifestación de cuarzo beta permite que la energía se almacene, se transforme e incluso se pueda manipular. Puede hacer que los aparatos eléctricos se desconecten y puede... esconder objetos.

—Ya...

Le lancé una mirada, y ella permaneció en silencio.

—Tal vez el cuarzo beta sea lo que atrajo hasta aquí a la tribu seneca. Nadie sabe el porqué, ya que no eran originarios de Virginia Occidental. No se sabe cuánto tiempo vivieron, comerciaron o lucharon en estas tierras. —Ralentiqué el ritmo, acercándome al pequeño arroyuelo—. Pero tienen una leyenda muy romántica.

—¿Ah, sí? —preguntó mientras me seguía alrededor del arroyuelo, con la coleta rebotando a cada paso. Aquello me distraía.

—Dice la leyenda que hubo una hermosa princesa india, Snowbird, que les pidió a los siete guerreros más fieros de la tribu que le probaran su amor haciendo algo que solo ella había sido capaz de hacer. Muchos querían estar con ella por su belleza y su rango. Pero ella quería tener a su lado a un igual.

Normalmente no era un tío tan hablador. La mayoría de la gente que me conocía probablemente estaría comprobándome la temperatura a esas alturas, con todas las frases seguidas que había soltado. Pero Kat estaba muy atenta, y eso me gustaba.

—Cuando llegó el momento de elegir marido, puso a prueba a sus pretendientes para que solo el guerrero más valiente y entregado pudiera conseguir su mano. Les pidió que escalaran la roca más alta con ella. —El sendero se estrechó, así que ralentiqué el ritmo—. Todos iniciaron el recorrido pero, a medida que se complicaba, tres dieron media vuelta. Un cuarto acabó fatigado y el quinto no podía con su alma. Solo quedaron dos, y la hermosa Snowbird seguía a la cabeza. Finalmente llegó al punto más alto y se volvió para ver quién era el guerrero más fuerte y más valiente de toda la tribu. Solo quedaba uno, que estaba unos metros por debajo de ella y, justo cuando lo miró, este empezó a resbalarse.

Pasé junto a grupo de rocas y aguardé hasta que Kat las dejó atrás.

—Snowbird dudó un segundo. Aquel valiente guerrero era el más fuerte de todos, pero no era su igual. Podía salvarlo o dejarlo morir. Era valiente, sí; pero todavía debía llegar al punto más alto de la roca, como había hecho ella.

—Pero ¡si iba justo detrás de ella! ¿Cómo pudo ser capaz de dejar que cayera?

Sonaba como si estuviera entrando en pánico, y sí, era muy mona.

—¿Qué harías tú? —pregunté con verdadera curiosidad.

—A ver, yo nunca voy a tener que pedirles a un grupo de tíos que hagan algo tan peligroso y absurdo, pero si me viera en esas (que sería algo rarísimo)...

—¿Kat?

Cuadró los hombros.

—Vale, vale. Bueno, pues lo salvaría, claro. No iba a dejar que la palmara.

—Pero no cumplió con su cometido —traté de razonar.

—¿Y qué más da? —Sus ojos grises destellaron como nubes de tormenta—. Estaba justo detrás de ella y, además, ¿de qué sirve la hermosura si permites que un hombre se despeñe y muera solo porque se resbala? ¿Cómo puedes ser capaz de amar o merecer ser amada si dejas que eso suceda?

Asentí lentamente con la cabeza.

—Bueno, Snowbird pensó lo mismo que tú.

Una ancha sonrisa se extendió por su rostro.

—Menos mal.

—Snowbird decidió que el guerrero sí era su igual, y tomó la decisión de salvarlo antes de que se cayera al vacío. El jefe de la tribu, al conocer el desenlace, se alegró mucho por la decisión que había tomado su hija. Aprobó el matrimonio y nombró al guerrero su sucesor.

—¿Por eso las rocas se llaman Seneca Rocks? ¿Por los indios y por Snowbird?

—Es lo que cuenta la leyenda.

—A ver, la historia no está mal, pero lo de escalar cientos de metros para demostrar tu amor me parece un poco excesivo, la verdad.

Me reí entre dientes.

—En eso estoy de acuerdo contigo.

—Eso espero, o acabarás participando en carreras de coches para demostrar tu amor...

Sus facciones se tensaron, y después un rubor le recorrió las mejillas.

—No creo que me vaya a pasar eso —dije en voz baja.

—¿Se llega por aquí al lugar desde el que escalaron los indios? —preguntó.

—Puedes llegar hasta el cañón, pero la escalada que viene después ya es para profesionales. En tu caso, no te aconsejaría que te atrevieras...

Se rio, y el sonido era ligero y casi libre.

—Sí, bueno, no te preocupes, que vistas mis habilidades no lo intentaré. ¿Por qué vendrían aquí los indios? ¿Estarían buscando algo? Que vinieran hasta aquí por un

puñado de rocas es un poco raro, ¿no?

—Nunca se sabe. —Quién sabe por qué vinieron, pero tenía que haber alguna razón—. Las personas suelen ver en las creencias del pasado algo primitivo y poco inteligente, aunque día tras día vemos más verdad en el pasado.

Me miró largamente de forma evaluadora.

—¿Por qué has dicho antes que eran tan importantes estas rocas?

—Es por el tipo de mineral... —Me giré hacia ella, y mi mirada recorrió su rostro y después pasó por encima de su hombro. Mierda. Abrí mucho los ojos—. Oye, gatita...

—¿Quieres dejar de llamarme...?

—No hables —susurré, con la mirada fija por detrás de su hombro mientras le ponía la mano sobre el brazo desnudo—. Prométeme que no vas a asustarte.

—¿Por qué iba a asustarme? —musitó.

Bueno, la mayoría de la gente se asustaría al ver a un oso de casi ciento cincuenta kilos a un par de metros de distancia, y era uno bastante grande. La energía comenzó a crecer en mi interior. Tiré de Kat para acercarla más a mí y sus manos volaron hasta mi pecho, por encima del corazón.

—¿Alguna vez has visto un oso? —pregunté.

—¿Qué? ¿Hay un oso...?

Se apartó de mí y se dio la vuelta. Se puso rígida.

Las orejas del oso se movieron, captando nuestra respiración. Recé para que Kat permaneciera inmóvil. Había muchas posibilidades de que el oso se limitara a pasar de largo. O al menos eso es lo que esperaba, porque si ese cabrón se lanzaba hacia nosotros iba a tener que hacer algo para asustarlo.

Algo que no sería fácil explicar.

—No corras —le advertí.

Kat asintió tensamente con la cabeza.

Volví a dejar las manos sobre sus brazos, y creo que ni siquiera las sintió. A continuación, sin provocación alguna, el oso soltó un gruñido grave y se levantó sobre las patas traseras. Abrió unas enormes mandíbulas y rugió, lanzando zarpazos al aire.

Joder.

Solté a Kat, me alejé de ella y comencé a agitar los brazos, gritándole al oso, pero este plantó las zarpas en el suelo, con el lomo temblando y el pelaje agitándose. Se lanzó directamente hacia Kat.

Solté una maldición y salí disparado en su dirección. Ella se quedó paralizada, con los ojos muy cerrados y la cara contraída y pálida. No me detuve a pensar. Levanté la mano, y una cegadora luz blanca con un tinte rojizo me bajó por el brazo y atravesó el aire. Un rayo de luz, muy parecido a un relámpago, golpeó el suelo a menos de medio metro por delante de Kat, sobresaltando al oso.

Todo sucedió con mucha rapidez.

Asustado, el oso retrocedió y movió su pesado cuerpo, echando a correr en dirección contraria justo mientras la luz se desvanecía. El estallido de energía rebotó, y vi que las piernas de Kat se doblaban y su cabeza se inclinaba hacia un lado. Y entonces cayó.

Me lancé hacia ella, la atrapé antes de que cayera al suelo y la levanté en mis brazos, acunándola contra mi pecho mientras mantenía los ojos en la zona donde había desaparecido el oso. Dudaba que se hubiera desmayado por el susto. Había estado demasiado cerca de la Fuente. A saber el daño que la descarga le había hecho a su corazón o a su sistema nervioso.

—Mierda, mierda, mierda... —murmuré, y me calmé solo ligeramente cuando oí que el corazón seguía laténdole en el pecho.

Cuando estuve seguro de que el oso no iba a volver, bajé la mirada hacia ella. Noté una presión en el pecho. Oh, no. Joder. No podía ser...

Un débil resplandor blanco rodeaba a Kat, casi como un aura, o como si el espacio a su alrededor estuviera brillando con una luz sobrenatural que los humanos no podían ver. Pero sería visible para cualquier Luxen... y también para cualquier Arum.

Le había dejado un rastro.

CAPÍTULO 7

Kat parecía increíblemente pequeña y delicada entre mis brazos, y su peso era muy ligero cuando la apreté con fuerza. Por alguna razón extraña, su cabeza encajaba a la perfección contra mi hombro, como si la hubiera situado ahí y se hubiera quedado dormida, en lugar de desmayarse.

No podía creer que la hubiera dejado inconsciente sin darme cuenta. De una forma retorcida, era una bendición camuflada. Lo más probable era que no tuviera que pensar en ninguna excusa lamentable para explicar por qué había parecido que había lanzado un rayo de los dedos para asustar a un oso.

En el cielo, unas nubes oscuras se arremolinaban. Se estaba formando una tormenta; una consecuencia común cuando había demasiado poder concentrado. Tenía algo que ver con los campos eléctricos que afectaban al tiempo y bla, bla, bla.

Pero incluso aunque Kat se despertara y creyera que la tormenta que se aproximaba tenía algo que ver con que el oso se asustara, le había dejado un rastro. Y aquello era el equivalente a colgarle una diana a la espalda, sobre todo cuando tal vez hubiera Arum cerca.

Mierda.

Ahí estaba yo, quejándome con Dee por lo peligroso que era que se acercara a Kat, y había sido yo quien la había convencido para que fuera a dar un paseo porque estaba aburrido, quien nos había puesto a todos en peligro.

El rastro debería desvanecerse en un par de días. Mientras permaneciera en casa y nadie más que Dee la viera, no debería haber ningún problema.

Solté una risa seca, casi con amargura. ¿Que no iba a ser un problema? Dee me echaría una bronca de cuidado.

Volví por el sendero y me obligué a mantener la mirada clavada delante de mí y no en lo que llevaba en brazos, concentrándome en el paisaje. Árboles... muchos árboles y hojas de arce, agujas de pino, algunos arbustos... Pájaros que saltaban de una rama a otra, sacudiendo las plumas. Una ardilla subió contoneándose por el tronco de un árbol.

Bajé la mirada.

Unas espesas pestañas acariciaban sus mejillas, más pálidas de lo normal. Me dio la impresión de que parecía Blancanieves o algo así. Dios santo, qué cosa más cutre. ¿Blancanieves? ¿En serio? Pero tenía los labios ligeramente entreabiertos, y eran rosados incluso sin necesidad de maquillaje.

Sonó un trueno, y el aroma de la lluvia me invadió. Comprobé que siguiera

inconsciente como una buena gatita, y después aceleré el ritmo y recorrí el sendero a toda velocidad. A pesar de lo rápido que me movía, la tormenta era impredecible, y entonces los cielos se abrieron y nos empaparon por completo. Y aun así, ella siguió durmiendo.

Me recordaba a Dawson. Ni una bomba atómica hubiera sido capaz de despertar a mi hermano.

Tras llegar a los escalones del coche, ralenticé el ritmo y sacudí la cabeza, de modo que unas gotitas de lluvia salieron volando en todas direcciones. Me detuve junto a su puerta y fruncí el ceño. ¿La habría cerrado con llave antes de marcharse? Maldita sea, no me acordaba. Si era así, probablemente tuviera la llave en el bolsillo, pero eso significaría meterle la mano para buscarla. ¿Cómo si no iba a explicar que había abierto la puerta?

Bajé la mirada y recorrí sus piernas con ella. Eran unas piernas increíblemente largas para alguien tan bajita... y aquellos pantalones cortos eran muy cortos. Y los bolsillos también eran muy pequeños.

No, no pensaba tratar de encontrar la llave.

Iba siendo hora de dejarle el culo en el columpio y largarme de ahí a toda hostia.

Con un suspiro, fui hasta el columpio y comencé a bajarla, pero ella se aferró más a mí. Me quedé paralizado, preguntándome si estaría despierta. Me apresuré a comprobarlo y vi que no era así. Volví a tratar de dejarla abajo, pero entonces me detuve. ¿Qué pensaría si se despertaba allí sola?

¿Por qué me importaba?

—Maldita sea —murmuré.

Busqué en el porche frenéticamente, como si contuviera las respuestas, y finalmente puse los ojos en blanco y me senté, dejándola junto a mí. Tenía sentido que me quedara. Razoné que tenía que saber si me había visto lanzar un rayo por la mano. Mantuve mi brazo a su alrededor, porque viendo mi suerte lo más probable era que se resbalara del columpio y se abriera la cabeza. Entonces Dee sí que me mataría.

Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. ¿Por qué había ido a su casa ese día? ¿De verdad era solo por aburrimiento? Si ese fuera el caso, podría haber visto los episodios de *Ghost Investigators* que tenía grabados. En realidad, no me había planteado lo que estaba haciendo hasta que llamé a su puerta, y ya era demasiado tarde para pensármelo.

Era un idiota.

Kat murmuró algo y se acercó un poco más a mí, presionando la mejilla contra mi pecho. Estaba amoldada al lado derecho completo de mi cuerpo; muslo con muslo. Su mano se curvaba bajo mi cadera, y comencé a contar hacia atrás desde cien. Cuando llegué al setenta, me di cuenta de que estaba mirándole los labios.

De verdad que tenía que dejar de mirárselos.

Frunció el ceño, y sus párpados se movieron como si estuviera teniendo un mal sueño. Una ridícula parte de mí respondió a eso, a la insignificante angustia que

contraía sus facciones y tensaba su cuerpo. Comencé a mover el pulgar en la parte inferior de su espalda, trazando círculos perezosos. Pasaron los segundos, y entonces se tranquilizó y su respiración se volvió profunda y constante.

¿Cuánto tiempo permanecería dormida? A una parte de mí no le molestaba la perspectiva de quedarme sentado allí durante horas. Había algo tranquilizador en el hecho de abrazarla, pero también era todo lo contrario, porque cada centímetro de mi cuerpo era consciente de cómo encajaba en mi costado, de dónde estaba su mano, de cómo subía y bajaba su pecho.

Aquello era pacífico, pero también una tortura.

Algún tiempo después, tras lo que me pareció a la vez una eternidad y un tiempo nada suficiente en absoluto, Kat se despertó. Fue un proceso lento que comenzó con sus músculos tensándose, relajándose y después tensándose otra vez al darse cuenta de dónde estaba... de encima de quién estaba tumbada.

Detuve la mano, pero no la aparté. No iba a caerse de cara, pero... pero... Simplemente no lo hice, y eso no me parecía nada bien. Apreté la mandíbula.

Kat levantó la cabeza.

—¿Qué...? ¿Qué ha pasado?

Ah, pues ya sabes, he lanzado un rayo de pura energía a un oso y tú te has derrumbado como una delicada flor a mis pies. A continuación te he traído como un verdadero caballero y me he sentado aquí durante Dios sabe cuánto tiempo, y me he quedado mirándote.

No, no podía decirle eso.

Liberé mi brazo.

—Has perdido el conocimiento.

—¿De verdad? —Se alejó un poco y se apartó una masa de pelo de la cara. Fue entonces cuando me di cuenta de que en algún momento se le había soltado el pelo. Bajé brevemente la mirada. Como esperaba, su pelo era largo y espeso, y le caía por encima de los hombros.

—Supongo que el oso te asustó —le dije—. Tuve que cargar contigo a la vuelta.

—¿Durante todo el camino? —Parecía decepcionada, lo cual hizo que me entrara curiosidad—. ¿Qué pasó con el oso?

—Se asustó por la tormenta. Me parece que por los rayos. ¿Cómo estás?

Un rayo iluminó el porche, sobresaltándola.

—¿El oso se asustó por una tormenta?

—Eso parece.

—Pues qué suerte hemos tenido. —Bajó la mirada, frunciendo el ceño, y cuando levantó las pestañas tuve que obligarme a seguir respirando con normalidad. Había algo en aquellos ojos grises, un resplandor que me absorbía por completo—. Aquí llueve como en Florida.

Le di un golpecito en la rodilla con la mía.

—Creo que estás condenada a estar conmigo un rato más.

La verdad es que era una excusa muy estúpida para no marcharme. Necesitaba algo mejor. No...; lo que necesitaba hacer era marcharme. Levantarme y marcharme. Pero entonces volvió a hablar.

—Seguro que parezco un gato remojado.

Casi preferiría el gato remojado.

—Estás bien. La lluvia te favorece.

Frunció el ceño.

—Ya me estás mintiendo otra vez.

Era muchas cosas, pero hasta hacía poco, ser un mentiroso no era una de ellas. Y al parecer yo era tan impredecible como el tiempo, tanto que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo hasta que me moví y le puse los dedos alrededor de la barbilla, inclinando la cabeza hacia la mía.

—No te miento; te lo digo en serio —dije, y esa era la verdad.

Kat pestañeó con lentitud, y mi mirada volvió a bajar hasta sus labios. De verdad, de verdad que necesitaba dejar de mirárselos. Se me tensaron los músculos al pensar en saborearlos. Probablemente me daría una buena hostia en la cara y después me atacaría con esa lengua afilada que tenía. Y eso me hizo sonreír.

Me incliné hacia delante.

—Creo que ya lo entiendo.

—¿Entender el qué? —susurró.

Mi reticente fascinación hacia ella; ya lo entendía. No me aguantaba mis gilipolleces. Estaba rodeado de gente que me miraba como si esperara que tuviera todas las respuestas, que los protegiera, que nunca mostrara miedo. Así que me había creado una gran fachada y me pavoneaba por ahí como si nada me asustara. A veces resultaba agotador. Pero Kat era capaz de ver a través de todas mis tonterías y mantenerme honesto. Y eso me gustaba... mucho.

Un rubor rosado le tiñó las mejillas. Acaricié el color con el pulgar.

—Me gusta ver cómo te sonrojas.

Tomó un corto aliento, y eso me volvió completamente loco. Presioné la cabeza contra la suya y me dejé llevar hasta el límite. Aquello era una locura, pero olía a melocotones, y su piel era suave, y sus labios parecían todavía más suaves.

Estaba atrapado en una red de la que no había escapatoria posible. Una red manejada por Kat... Y estaba seguro de que no tenía ni idea de que la había tejido. Tenía una belleza ingenua, y había visto muchas cosas en mis dieciocho años de vida como para saber que eso era una rareza. Algo que admirar.

Volvió a caer un rayo, pero esta vez Kat no se sobresaltó por el sonido del trueno. Estaba concentrada de una forma que me complacía, que me hacía perder el control y me provocaba con lo que jamás podría tener. Algo que no debería desear siquiera, pero lo deseaba... Dios, y tanto que lo deseaba. Y si continuábamos así, las cosas iban a ponerse feas. Yo ya sabía lo que pasaba cuando los Luxen y los humanos nos mezclábamos. Tenía demasiadas responsabilidades como para estar haciendo el tonto

con ella. Estaban pasando demasiadas cosas...

Pero seguía deseándola.

Mis dedos recorrieron la curva de su mejilla, e incliné la cabeza. Después me arrepentiría... joder, y tanto que me arrepentiría; pero no iba a parar. Nuestros labios se encontraban tan solo a un aliento de distancia...

—¡Hola, chicos! —exclamó Dee.

Me aparté rápidamente, deslizándome con un movimiento fluido y poniendo distancia entre nosotros en el columpio mientras Kat se volvía de un intenso tono de rojo. Había estado tan absorbido con ella que no había oído el coche de mi hermana, ni me había dado cuenta de que la tormenta había pasado y el sol había vuelto a salir, brillando y todo.

Genial.

Dee subió los escalones, y su sonrisa se desvaneció mientras sus ojos nos miraban alternativamente y después se entrecerraban. Sin duda estaba viendo el débil rastro alrededor de Kat, y estaría preguntándose cómo demonios había sucedido eso. Entonces pareció concentrarse en lo que acababa de interrumpir.

Se quedó boquiabierta.

No había muchas ocasiones de sorprenderla... de ese modo. Sonreí.

—Hola, hermanita. ¿Qué tal?

—Bien —respondió—. ¿Qué estabais haciendo?

—Nada —repliqué yo, y me bajé de un salto del columpio. Eché un vistazo a Kat, que estaba en silencio y con aspecto aturdido. Sus ojos grises seguían estando neblinosos y muy abiertos. Joder, era preciosa. Mierda. Tenía que atajar aquel asunto sin esperar más, antes de que sucediera algo peor que un rastro. Le devolví la mirada a Dee—. Haciendo méritos.

Kat se puso completamente recta. Sus ojos destellaron y las manos se le cerraron sobre el regazo mientras mis palabras calaban.

Ah, ahí estaba... Ahí estaba saliendo la gatita, afilándose las garras. La criatura cálida y mimosa desapareció en un instante. Y era yo quien lo había hecho. La había devuelto de golpe a la tierra, a la realidad. Había sido solo yo.

No me sentía orgulloso de ello, pero al menos de este modo viviría. Todos viviríamos.

Me giré hacia los escalones y la dejé con mi hermana, que me miraba con expresión confusa. Me sentía como el mayor gilipollas del planeta.

Joder. El mayor gilipollas del universo.

* * *

El sol se había puesto ya cuando la puerta de mi habitación se abrió de golpe y Dee entró como un tornado, con el pelo oscuro detrás de ella y los ojos brillando de emoción.

—¿Qué demonios he interrumpido? —exigió saber.

Cerré la tapa de mi Mac antes de que pudiera ver lo que estaba mirando.

—Has vuelto pronto de la colonia.

Fue bailoteando hasta la cama y se puso de puntillas.

—No es que sea nada importante, pero, si quieres saberlo, creo que Ethan se estaba cabreando mucho conmigo y decidió dejar que me marchara.

Hizo una pausa y me dirigió una sonrisa traviesa.

—Además, van a hacer una especie de cena de celebración para las mujeres que se casarán el martes por la noche, y les he dicho que volvería... con Ash.

Levanté las cejas.

—Eh... ¿y ella lo sabe?

—Sí. Y está muy cabreada conmigo, pero no puede decir que no. Pero ¡eso no es lo que importa! —Dio una palmada y se balanceó de atrás hacia delante—. ¿Qué estabas haciendo en el porche con Katy?

Dejé el Mac sobre la mesilla de noche.

—Estaba sentado con ella.

Dee entrecerró los ojos.

—Sí, eso ya lo sé, pero no era eso lo único que estabais haciendo. No juegues conmigo.

¿Le habría dicho Kat algo más? La necesidad de responder me quemaba en la punta de la lengua, pero me di un puñetazo mental en la cara. No iba a entrar ahí.

—No estoy jugando contigo, hermanita.

—¡Paparruchas!

—¿Paparruchas? —repetí con lentitud, y después me reí—. ¿Es que eres del siglo pasado?

Levantó la mano y me mostró el dedo corazón.

—Parecía como si estuvieras a punto de besarla.

Un músculo se tensó en mi mandíbula mientras me reclinaba contra el cabecero de la cama y cruzaba los brazos por detrás de la cabeza.

—Creo que estás proyectando lo que deseas o algo parecido.

—Aunque pienso que Katy está muy buena, no quiero enrollarme con ella.

Me guiñó un ojo.

—Me alegra oírlo —murmuré.

—Uf, ¿¡por qué no puedes admitir que estabais a punto de hacer algo y ya está!?

—Se tiró sobre la cama e hizo que temblara toda la estructura. La chica parecía pequeña, pero era como un maldito tren—. Estabas a punto de besarla. Tenías la mano sobre su barbilla.

Cerré los ojos y decidí que lo último que necesitaba era una descripción punto por punto de lo cerca que había estado del desastre absoluto.

—Por no mencionar que te inventaste una excusa cutre sobre las llaves y hacer méritos.

—Lo de hacer méritos no era mentira. Siempre me obligabas a hacerlo —le recordé.

Ella me dio un puñetazo en la pierna, provocándome un gruñido.

—Sí, cuando tenía como cinco años. —Mis labios se crisparon—. Entonces, ¿por qué te inventaste una excusa para quedar con ella? —insistió.

Solté un suspiro.

—Como te dije en el mensaje, no me he portado demasiado bien con ella, y necesitaba una excusa. De lo contrario, me habría dicho que no.

La última parte, desde luego, no era mentira. Si no la hubiera chantajeado para que fuera al lago conmigo, habría dicho que no. Pero la última vez en realidad no había tenido que inventarme nada. Interesante.

—Pero ¿por qué...?

—Dee. —Solté un gruñido y cuando abrí los ojos vi a mi hermana tumbada boca abajo, con la barbilla sobre las manos. Me estaba sonriendo—. ¿No deberías estar centrándote en algo un poco más importante?

Pestañeó.

—Creo que me estoy centrando en algo superimportante.

Resistí la necesidad de tirarla de la cama.

—No puedes decirme que no te has fijado en el rastro que tiene.

—¡Ah! Sí, eso. —Se tamborileó la mejilla con las uñas de un azul pálido—. ¿Cómo ha sucedido?

Durante un momento, lo único que pude hacer fue mirarla fijamente. Era evidente que no estaba demasiado preocupada, lo cual me hacía temer por su bienestar.

—Fuimos a dar un paseo...

—¡Qué romántico! —canturreó.

Las comisuras de mis labios se giraron hacia abajo.

—No fue romántico.

—Yo creo que sí —continuó felizmente—. Cuando Adam y yo vamos a dar un paseo siempre acabamos...

—Si quieres que Adam siga con vida, te sugiero que no termines esa frase.

Puso los ojos en blanco.

—Entonces, fuisteis a dar un paseo totalmente nada romántico, ¿y después...?

Iba a tirarla de la cama.

—Y después nos encontramos con un oso. Trató de atacarnos, así que tenía que hacer algo. No me parecía que te hiciera mucha gracia si dejaba que un oso la destrozara por completo.

—Jo, ¿tú crees?

Formé con la boca una frase no muy educada que empezaba por «que te» y terminaba por una palabra de seis letras.

Soltó una risita.

—¿Y cómo se lo explicaste?

—Bueno, la energía básicamente la dejó inconsciente, así que le eché la culpa a la tormenta... dije que fue un rayo. —Solté aire sonoramente—. He tenido suerte.

—Es Katy quien ha tenido suerte.

La miré rápidamente.

—¿Qué quieres decir?

Dee se movió fluidamente y se sentó con las piernas cruzadas en menos de un segundo.

—Que estuviste ahí para salvarla.

Parecía demasiado evidente señalar el hecho de que no habría necesitado que la protegiera si yo no la hubiera arrastrado hasta el bosque, para empezar.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Me clavó sus mortales dedos en la rodilla. Yo arqueé una ceja.

—¿Realmente tengo algo que decir al respecto?

—No. —Me dirigió una rápida sonrisa—. ¿Te... te gusta Katy?

Todas las partes de mi cuerpo se tensaron. Mi hermana esperó mientras un centenar de respuestas diferentes me recorrían la cabeza. ¿Que si me gustaba? Joder, ¿qué clase de pregunta era esa? Bajé los brazos y me senté enderezándome un poco y sacando una pierna de la cama.

—¿Daemon?

No miré a mi hermana mientras me ponía en pie.

—No.

—¿Qué? —susurró.

—Ya me has oído. —Me froté la mandíbula con la palma de la mano, y suspiré mientras caminaba hasta la cómoda para agarrar el mando—. Mira, estoy seguro de que es una chica genial y muy buena amiga, y de que si no fuera... humana sería increíble de verdad, pero no, no me gusta. —Dee se quedó en silencio mientras regresaba a la cama, y no levantó la mirada cuando volví a sentarme. Tenía los labios fruncidos, y ahora me sentía como una mierda—. ¿Quieres ver una película?

—Claro. —Me dirigió una sonrisa, pero esta no le llegó a los ojos, y deseé no haberla mirado siquiera—. ¿Al menos crees que estará a salvo? ¿Con el rastro?

—Sí. Yo me encargo. —Volvía a notar esa presión sobre los hombros, así que encendí la tele—. Con tal de que permanezca quieta el próximo par de días, estará bien.

Dee se movió hasta quedar sentada contra el cabecero de la cama, hombro con hombro conmigo. Tras un momento, se llevó las rodillas al pecho y se rodeó las piernas con los brazos. Comencé a mirar las películas que había de alquiler, y ella suspiró malhumorada.

Abrí la boca y después la cerré. Pasó un momento más y bajé el mando.

—Te he mentado.

Se giró hacia mí.

—¿Sobre qué?

—La primera pregunta que me has hecho. —No la miré mientras sacudía la cabeza, mirando fijamente la lista de películas en la pantalla—. Te he mentado, solo un poquito.

CAPÍTULO 8

—Estaba empezando a preguntarme si estarías convirtiéndote en un recluso o algo así. —Andrew se encontraba sentado sobre la estrecha barandilla que rodeaba la plataforma elevada, con las piernas colgando sobre el espacio vacío. Había una botella de cerveza casi agotada junto a él, sobre la barandilla, y si hubiera sido humano habría sido la imagen de un cartel sobre los peligros de beber siendo menor de edad—. O si tan solo se trataba de que ya no te caíamos bien.

Sonreí con suficiencia, sentado en la silla con los pies sobre la mesa del patio.

—Va a ser lo segundo.

Andrew soltó una risita.

—Qué gilipollas.

No lo contradije.

Delante de mí, Adam imitó mi posición, solo que él estaba mirando en dirección al bosque con una expresión pensativa en la cara. A veces estar con los hermanos me resultaba difícil, porque me recordaba cómo solían ser las cosas con Dawson.

Andrew y Adam eran idénticos en apariencia física; los dos altos y fuertes, rubios y de ojos azules. Sin embargo, sus personalidades no podían ser más diferentes. Realmente eran como Dawson y yo solíamos ser: yo era el impulsivo, mientras que Dawson era el calmado. Andrew era el gilipollas, mientras que Adam era el pacífico.

No es que fuera a decírselo jamás a Dee, pero me alegraba que fuera Adam a quien pareciera estar tomando más en serio. Realmente no sabía cuánto habría progresado su relación, y trataba de no pensar demasiado en ello, pero sí, me alegraba. Andrew se parecía demasiado a mí.

Mientras observaba a Andrew terminarse su cerveza, mi mente comenzó a vagar por ahí. Ir a casa de los hermanos el martes por la noche no me parecía correcto; no cuando Kat seguía teniendo el rastro, pero Andrew tenía razón. Hacía un tiempo que no quedaba con los chicos, y Dee me había dicho que Kat iba a quedarse en casa. Estaría bien allí, ya que dudaba que un Arum fuera a acercarse tanto a la colonia, y con tal de que no estuviera corriendo por ahí en público con Dee, poniéndola en peligro, realmente no debería importarme.

No me importaba.

Pero la pregunta de Dee había estado atormentándome. «¿Te gusta Katy?». Había dicho que no, y había mentido un poco. Lo que sentía por Kat era complicado y retorcido. Sí que me gustaba, pero al mismo tiempo no. También me gustaban los lobos, pero no querría tener uno como mascota.

Tomé la botella de agua y di un largo trago mientras Adam me echaba un vistazo.

—¿Sabes cuándo van a volver las chicas?

Levanté un hombro.

—Ni idea.

—Ash estaba cabreada. —Andrew se rio entre dientes mientras miraba por encima del hombro—. Dijo que se largaría en cuanto Dee terminara de llenarse la boca de comida.

—Me encantan las chicas con buen apetito —murmuró Adam, y levantó la comisura de los labios. Lo miré entrecerrando los ojos, y su sonrisa se desvaneció—. O no.

—Eso ya me gusta más —comenté, haciendo girar perezosamente la botella de agua entre las manos.

Andrew se inclinó hacia atrás y dio una voltereta, cayendo de pie como un maldito gato. Se giró y recogió la botella vacía.

—Necesito otra bebida. —Miró en mi dirección—. ¿Quieres?

—No hace falta.

—Nenaza.

Le mostré el dedo corazón.

Él soltó una risita mientras desaparecía en el interior de la casa y cerraba la puerta tras él. Mi mirada fue más allá de la plataforma, hasta el espeso límite del bosque. Desde el lugar elevado donde nos encontrábamos podía ver las cimas de las Seneca Rocks. Me gustaba estar ahí. Como en el lugar donde vivía Matthew, no había ninguna otra casa cerca, y todo estaba casi siempre muy tranquilo. El único ruido provenía de la vida salvaje, y mientras la noche caía de forma ininterrumpida, el zumbido de los grillos comenzó a crecer. Levanté la mirada. Se estaban acercando unas oscuras nubes de tormenta.

—Lo sé —anunció Adam.

Fruncí el ceño y lo miré.

—¿Qué es lo que sabes?

Eché un vistazo a la puerta antes de continuar.

—Lo de la chica que se ha mudado al lado de vuestra casa.

Dejé inmóvil el pie que estaba moviendo.

—Voy a hacer una suposición alocada y decir que te lo ha dicho Dee.

Él asintió con la cabeza mientras se inclinaba hacia atrás, cruzando los brazos.

—A Dee le cae bien de verdad.

—Hum.

—No les he dicho nada a Ash ni a Andrew. Y no tengo planeado hacerlo, porque ya sabes cómo van a reaccionar. Supongo que Matthew sí que lo sabe. —Al ver que asentía con la cabeza, su expresión pensativa regresó—. Pero tengo que admitir que me sorprende un poco que no la hayas mencionado.

Dejé la botella sobre la mesa.

—No sé por qué tendría que sacar el tema de la chica. No es como si me quedara por ahí sentado pensando en ella.

Adam inclinó la cabeza hacia un lado, y una sonrisa apareció con lentitud.

—Bueno, yo no estaba insinuando que te quedaras por ahí sentado pensando en ella, pero normalmente no dejarías de despotricar con quienquiera que te escuchara sobre el hecho de que Dee se hiciera amiga de una humana.

Un músculo se tensó en mi mandíbula.

—No es importante.

—Un poco sí —replicó él.

—Y yo no despotrico sobre nada.

Los hombros de Adam se sacudieron con una risa silenciosa, y acababa de comenzar a decirle exactamente lo que pensaba al respecto cuando el móvil me vibró en el bolsillo. Me estiré hacia un lado para sacarlo. En la pantalla aparecía el nombre de Dee.

Respondí.

—¿Has terminado ya con la cena esa?

Adam se irguió delante de mí, y decidí que aquello no me gustaba nada.

—Creo que tenemos un problema —comenzó Dee con voz aguda.

Bajé los pies de la mesa y me tensé.

—¿Qué clase de problema?

—¿Por algún casual está Kat contigo? —preguntó Dee, con voz esperanzada.

Una bola de temor se hundió en mi estómago, como si fuera plomo.

—Qué va. No está.

—Oh, no. Acabo de volver a casa y su coche no está en el camino de entrada, así que me he pasado para asegurarme de que no se encontraba allí, pero no ha respondido nadie. —Hizo una pausa, y su aliento sonó entrecortado al otro lado del teléfono—. Se ha marchado de su casa, y tiene un rastro.

Me puse en pie sin darme cuenta siquiera y caminé hasta el borde de la plataforma.

—Dijiste que iba a quedarse en casa esta noche —señalé en voz baja.

—Lo sé —replicó ella, y alzó la voz—. Eso es lo que me dijo, pero no lo ha hecho.

—Joder. —Mi mano se tensó alrededor del teléfono—. Pues claro que no.

—¿Va todo bien? —preguntó Adam desde detrás de mí.

Lo ignoré mientras Dee continuaba hablando.

—No te enfades con ella, Daemon. No sabe que no es seguro que salga por ahí ahora mismo. No tiene ni idea; esto no es culpa suya. —Que fuera su culpa o no daba igual. Seguía siendo un enorme grano en el culo—. Voy a ver si puedo encontrarla. Seguro que está en la biblioteca, así que...

—No, no vas a ir a ningún sitio. No quiero que muevas el culo de casa. —La furia me recorría por completo, pero, debajo de ella, el pánico se expandía—. Yo me

ocuparé.

—Daemon...

—Te mandaré un mensaje en cuanto la encuentre. —Resistí la necesidad de convertir el teléfono en un misil—. Estoy seguro de que está bien. Tú... tú solo quédate en casa y no te preocupes. —Colgué y volví a guardarme el móvil en el bolsillo—. Tengo que irme.

Adam se puso en pie, con la cara teñida de preocupación. Ya tenía su propio móvil en la mano, y más le valía a Dee haberse guardado todo el asunto del rastro para sí misma.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Sí. —Puse las manos sobre la barandilla—. Dile a Andrew que ya hablaremos luego.

Salté por encima de la barandilla y aterricé agachado unos buenos cuatro metros por debajo. Me puse en pie y eché a correr hasta la parte delantera de la casa. Estuve a punto de dejar atrás mi coche, ya que podría llegar a la biblioteca más rápido a pie, pero ¿cómo iba a explicárselo a Kat cuando la encontrara?

Mierda.

Me giré, corrí hasta mi coche y me subí. Encendí el motor, di marcha atrás y comencé a conducir entre los coches y árboles. Me pareció que el viaje hasta el pueblo duraba una eternidad, y fijo que me había tocado detrás de todos los imbéciles lentos de la carretera. Unas gruesas gotas de lluvia cayeron sobre el parabrisas. Dado que había comenzado a llover, parecía que nadie estuviera conduciendo a más de treinta kilómetros por hora. Aferré el volante con las manos hasta que los nudillos se me pusieron blancos. La furia me recorría como la tormenta que crecía en el exterior.

Estaba enfadado con Kat por no quedarse en su casa, y furioso conmigo por haberla puesto en una posición que me obligaba a tener que buscarla y pensar en una excusa cutre de cojones mientras tanto.

Y también estaba cabreado por no haber estado en casa para pillarla cuando se marchara.

Cuando llegué a Petersburgo, estaba preparado para destrozar una aldea pequeña con mi todoterreno, y dado que aparcar por las tardes era un coñazo y no es que no tuviera prisa precisamente, acabé dejando el coche a tres manzanas de distancia y aparqué detrás de un restaurante.

Había mucho tráfico en las calles principales, así que debía tener cuidado. La lluvia estaba disminuyendo, y las farolas comenzaban a encenderse mientras bajaba por la acera en dirección a la biblioteca del pueblo. Estaba de mal humor, a juego con las nubes que tenía encima, y al ver la biblioteca y comprobar que su coche no estaba, me di cuenta de que estaba preparado para destruir algo.

O bien se había marchado ya, o bien no había ido hasta allí. Tan solo había un lugar más que comprobar, una calle secundaria menos transitada detrás de la biblioteca. Aceleré el paso, atravesé el estrecho jardín enfrente del edificio y doblé la

esquina.

Un escalofrío helado explotó por la base de mi cuello y bajó por mi columna, provocando que mi instinto de cambiar a mi auténtica forma se pusiera por las nubes. El pánico estalló como un cañonazo.

Podía sentirlos, contaminando el aire y el suelo, cubriendo la estrecha calle de sombras espesas y antinaturales. El cerebro se me desactivó y aumenté la velocidad, convirtiéndome en un borrón mientras recorría el lateral de la biblioteca. Vi el coche de Kat, que tenía una luz encendida en su interior, pero ella no estaba.

La presencia de los Arum se volvió más fuerte.

Salí disparado por la carretera, llegué hasta su coche y entonces lo sentí; la espesura oleosa del aire que casi me asfixiaba. Después lo vi en su forma humana, aunque sus contornos estaban difuminados, transparentes como un humo oscuro. No veía a Kat, pero había algo en el suelo... alguien; y supe sin necesidad de verla que se trataba de ella.

Y que quizá ya fuera demasiado tarde.

Aquello... aquello era culpa mía.

La furia y el pánico me atravesaron como un huracán, y no tengo ni idea de cómo logré conservar la forma humana mientras agarraba al Arum por el hombro. Mi mano se hundió unos centímetros en él, y entonces sujeté su hueso y su músculo. Tiré hacia atrás con fuerza, levantando al Arum por los aires, y lo lancé varios metros hacia un lado. Capté de un breve vistazo a Kat, y mi furia sabía a muerte en la parte posterior de mi garganta.

La cosa se retorció en mitad del aire, convirtiéndose en nada salvo sombras antes de consolidarse rápidamente en una forma humana mientras aterrizaba de pie. Me lancé hacia él y alcancé al muy cabrón en el estómago con el hombro. Soltó un grito, y entonces se apartó y me golpeó el pecho con la mano. Solté una maldición mientras retrocedía un paso. El brazo se volvió transparente, y supe lo que iba a tratar de hacer. Alimentarse.

Sí, pues ni de coña.

Me giré para apartarme de su camino, esquivando su agarre. Moviéndome con la rapidez de una cobra atacando, sujeté al Arum y lo lancé por encima de mi hombro. Aterrizó cerca de Kat, momentáneamente aturdido.

Un suave quejido me sacudió. Kat estaba herida.

Antes de que pudiera procesar aquel nuevo miedo, el Arum se puso en pie. La combinación de pelo rubio y piel pálida le daba un aspecto desteñido, y mientras se abalanzaba hacia mí unas sombras oscuras brotaron por debajo de la delgada capa de piel. Lo atrapé por la garganta y lo levanté por los aires.

Oí una serie de toses desde donde Kat se encontraba, y solté una maldición mientras lanzaba al muy gilipollas contra la carretera. El asfalto se resquebrajó, y unas piedrecitas que quedaron sueltas salieron volando por los aires.

El odio bullía en la pálida mirada azul que se cruzó con la mía; demasiado odio

frío. Nos alejamos un poco más, internándonos en las sombras. Me pegó un puñetazo, y yo le devolví varios. Ocuparme de un Arum en público de ese modo era peligroso, pero tenía que acabar con aquello, y tenía... tenía que ver cómo se encontraba Kat.

Levanté el brazo y bajé la mano sobre el pecho del Arum mientras invocaba la Fuente. Una energía pura y bruta como una erupción solar descendió ardiente por mi brazo. Una intensa luz de un blanco rojizo explotó en mi mano, fluyendo hacia el Arum.

El tiempo se quedó paralizado durante un momento mientras la luz cubría a la criatura y se filtraba en su cavidad pectoral, más allá de su piel, invadiendo cada célula. Una brillante luz blanca le cubrió los ojos, persiguiendo las sombras que acechaban bajo su piel.

Me sacudí al Arum de encima, y además justo a tiempo. La piel pálida desapareció, reemplazada por una pulida cáscara de ónice. La criatura se quedó inmóvil durante un momento, con la boca abierta en un grito silencioso, y a continuación explotó en un millón de fragmentos como volutas que flotaron hacia arriba y desaparecieron en el cielo.

La carga golpeó el lugar que nos rodeaba. Las farolas explotaron, sumiendo toda la calle en la oscuridad. Respirando pesadamente, di un paso hacia atrás y miré a Kat. Se encontraba tumbada de forma extraña sobre su estómago, casi de cara contra la carretera. Había algo en aquella visión que me desgarraba.

Crucé la distancia que nos separaba en un latido, y me arrodillé junto a ella mientras extendía el brazo para colocar la mano sobre su hombro. Un suave gemido emanó de ella, y esa sensación de desgarramiento en lo más profundo de mí se incrementó.

—Se ha marchado, ya ha pasado todo. ¿Cómo estás?

Joder. Aquella era una pregunta estúpida. Comenzó a levantar la cabeza, y entonces vi la marca de un rojo furioso en su mejilla, como una fresa brillante. Tenía el ojo izquierdo hinchado, y sentí la furia como un puñetazo. Estaba herida y dolorida, aquello era obvio, y su respiración no parecía correcta. Sonaba algo ruidosa, lo cual me preocupó. Yo no era médico, pero no sonaba bien.

—No te muevas. Todo irá bien —le dije, pero aquello era mentira, porque mientras pronunciaba esas palabras hice algo tan increíblemente temerario que bien podría haberme tirado frente a un camión en marcha. Estaba herida, y sabía instintivamente que podía curarla en parte, o quizá por completo. Nunca lo había hecho antes. Era algo tan prohibido, tan tabú para nuestra especie, que apenas hablábamos de ello. Uno de nuestros atributos más destacables, lo único que los Arum no eran capaces de asimilar después de alimentarse, eran nuestras habilidades regenerativas. Nos curábamos con rapidez de casi todas las heridas... y también podíamos curar a los demás.

Accedí a la Fuente, la absorbí hacia mi interior y después la empujé hacia Kat, guiando la luz hacia su pecho y sus pulmones resentidos. Si alguien pasara por ahí en

ese momento, vería nuestros cuerpos iluminados como bombillas. Sabía que estaba siendo estúpido de narices, pero no me detuve. Tenía los ojos cerrados, pero mientras la energía comenzaba a crepitar sobre su piel, sus párpados se agitaron como si fueran a abrirse, así que le pasé la mano con suavidad por encima de los ojos y la bajé por su mejilla, y ella se relajó.

Su respiración se estabilizó un poco mientras giraba la cabeza lentamente hacia mí.

—Muchas gracias por... —comenzó, pero dejó la frase inconclusa.

—Kat —la llamé, preocupado—. ¿Sigues aquí?

—Eres... tú —susurró.

—Sí, soy yo. —Moví la mano hasta su muñeca. Ella apartó el brazo, así que traté de alcanzarla. Ya que empezaba, iba a llegar hasta el final—. Puedo ayudarte.

—¡No! —gritó.

Me planteé la posibilidad de ignorarla mientras bajaba la mirada hasta su muñeca. Seguía estando herida, pero lo peor de sus daños, lo que quiera que fuera que le afectaba la respiración, ya había sanado. Liberé la Fuente y me puse en pie, exhalando ásperamente. Un millar de pensamientos me atravesaron la cabeza, dando vueltas en torno a qué cojones acababa de hacer.

—Bueno, pues tú misma. Llamaré a la policía.

Lo último que quería era meter a la policía de por medio, pero Kat necesitaba que la examinaran profesionales médicos de verdad. Di un paso hacia atrás, saqué el móvil y llamé, manteniendo un ojo cauteloso sobre ella. Se esforzó por sentarse, y me detuve antes de ayudarla. Había muchas posibilidades de que acabara curándola un poco más si la tocaba otra vez, ya que mi control de impulsos era tan increíble a esas alturas.

—Gracias... —dijo con la voz ronca cuando colgué.

Hice una mueca. El rastro que tenía antes era un suave resplandor, pero después de curarla estaba iluminada como un puto cartel de neón.

—No me des las gracias. —Me pasé la mano por el pelo y después la bajé a un costado. Cerré las manos mientras observaba cómo se sentaba finalmente. La marca de su cara y la hinchazón de su ojo me hicieron desear que el Arum siguiera con vida para poder matarlo otra vez—. Maldita sea, es todo culpa mía.

Me miró fijamente, con la cara llena de confusión y algo más que no era capaz de señalar exactamente. La frustración se dobló en mi interior. Como un gilipollas, le había dejado un rastro el sábado. Sabía que había muchas opciones de que hubiera algún Arum cerca, pero no me había asegurado de que se quedara en casa. Y entonces la atacaron, porque el Arum vio el maldito rastro y supo que podía conducirlo hacia nosotros, que era lo que realmente quería.

—¿Te gusta lo que ves, gatita? —pregunté al ver que me miraba.

—Luz... Vi una luz —susurró, bajando la mirada.

—Bueno, dicen que hay una luz al final del túnel, ¿no? —Se encogió. Mierda.

Aquella era probablemente la mayor gilipollez que podía haber dicho. Me agaché—. Maldita sea, lo siento. Lo he dicho sin pensar. —Hice una pausa—. ¿Estás muy mal?

—Me duele... la garganta. —Levantó una mano temblorosa y se presionó la garganta con ella, haciendo una mueca—. Y la muñeca. No sé si está... rota. Vi una... luz.

Dejé la mirada fija en su muñeca. El color de su piel se estaba oscureciendo con rapidez, volviéndose de un rojo purpúreo, pero no me parecía que estuviera rota. Había muchas posibilidades de que se la hubiera curado de ser así, aunque ella no podía saberlo. Nadie podía saberlo. Respiré hondo.

—Puede que esté roto o que tengas un esguince. ¿Algo más?

—¿Cómo que algo más? Él quería... matarme.

—Lo sé, solo quería saber si tienes heridas importantes —eché un vistazo a su pelo despeinado en la coronilla—, en la cabeza, por ejemplo.

—No... Me parece que no.

—Bueno, menos mal... —Me puse en pie y miré a mi alrededor. Necesitaba hacer control de daños—. ¿Qué hacías aquí de noche?

—Quería ir... a la biblioteca. —Hizo una pausa durante un momento—. No era tan tarde... No es una zona peligrosa. Me dijo que necesitaba ayuda... por el neumático.

Abrí mucho los ojos mientras me giraba otra vez hacia ella.

—¿Se te acerca un extraño de repente en un aparcamiento oscuro y vas y lo ayudas? Es una de las imprudencias más graves que he escuchado en mucho, mucho tiempo. ¿Es que no piensas en lo que haces? Seguro que aceptas caramelos de desconocidos o te metes en furgonetas que regalan gatitos...

Produjo un sonido suave mientras yo comenzaba a pasearme.

—De nada habrían servido tus explicaciones si no hubiera aparecido yo por aquí, ¿verdad? —dije.

—¿Qué... qué hacías aquí?

Me quedé quieto y me pasé una mano por el pecho.

—Estaba por aquí y punto.

—Y yo que pensaba que erais atentos y encantadores.

Fruncí el ceño.

—¿De quiénes hablas?

—De los caballeros de brillante armadura, esos que salvan a las damiselas en apuros.

Negué con la cabeza y bajé la mano.

—Yo no soy tu caballero andante.

—Vale —susurró, levantando las piernas y dejando la cabeza apoyada sobre las rodillas. Todos sus movimientos parecían dolorosos—. ¿Dónde está ese tipo?

—Se ha marchado. Hace ya rato. —Me dirigí hacia ella—. Oye, Kat...

Levantó la cabeza y, al ver que no hablaba, bajó el brazo bueno al suelo y

comenzó a ponerse en pie.

—No es buena idea que te levantes —dije, y volví a arrodillarme—. La ambulancia y la policía llegarán en cualquier momento. No quiero que te desmayes.

—No voy a... desmayarme.

Como si estuvieran siguiendo una señal, oí el sonido de las sirenas.

—No quiero tener que cogerte si pierdes el conocimiento. —Bajé la mirada hasta mis manos. Me había arañado la piel, pero ya se había curado—. Ese hombre... ¿te dijo algo?

Sus cejas se juntaron mientras hacía una mueca.

—Me dijo que... yo tenía un rastro. Me preguntaba sin parar dónde estaban... No sé por qué.

Joder. Bajé la barbilla y miré por encima del hombro.

—Vaya loco.

—Sí. Pero... ¿qué quería?

Volví a dirigir la atención hacia ella.

—¿Atacar a una chica que es tan inocente como para ayudar a un loco maniaco a cambiar su neumático?

Apretó los labios.

—Eres un gilipollas. ¿Te lo ha dicho alguien alguna vez?

En ese momento, decidí que si me estaba llamando «gilipollas» era porque iba a estar bien.

—Pues sí, gatita. Me lo dicen todos los días.

Me miró fijamente, pero no sabía lo que estaba pensando.

—No sé qué decirte...

—Bueno, como ya me has dado las gracias, creo que lo mejor es que no digas nada más. —Me puse en pie—. No te muevas, por favor. Es lo único que te pido. Quédate quieta y no te metas en más líos.

Kat frunció el ceño y tenía aspecto de querer decirme algo, pero benditos fueran todos los seres superiores del universo, porque permaneció en silencio. Sin embargo, el alivio no duró mucho, pues cuando la miré vi que estaba temblando tanto que sus dientes tenían que estar castañeteando. Fue entonces cuando me di cuenta de que se encontraba empapada a causa de la lluvia, y la conmoción probablemente estaba empezando a afectarle.

Me quité la camiseta y me arrodillé junto a ella otra vez. La camiseta no era lo mejor, pero más valía eso que nada. Se la puse con cuidado alrededor de la cabeza, manteniendo el tejido lejos de su mejilla amoratada. Le pasé los brazos flácidos por los agujeros, y me preocupó un poco darme cuenta de que parecían blandos como fideos. Levanté la mirada con rapidez. Tenía los ojos cerrados, y sus espesas pestañas acariciaban la parte superior de sus mejillas.

—¿Kat?

Demasiado tarde.

Se desmoronó hacia la derecha, pero la atrapé antes de que cayera de cara contra el cemento. Su cabeza se inclinó hacia un lado, y el pelo, mitad arriba y mitad abajo, le cayó sobre la mejilla intacta. La abracé contra mi pecho y le aparté el pelo de la cara. Mis dedos se entretuvieron junto a su mandíbula, justo debajo de su oreja. El sonido de las sirenas se acercó, pero yo estaba concentrado en cada aliento que tomaba, en su pecho subiendo y bajando de forma constante.

Kat estaba totalmente inconsciente.

—Joder —murmuré, mirándola mientras la movía de forma que su cabeza quedara acunada en el pliegue de mi brazo.

Aquello se estaba convirtiendo en una costumbre perturbadora.

CAPÍTULO 9

Había pocos lugares en este mundo que odiara tanto como los hospitales. Los Luxen no enfermábamos: ni resfriados, ni cáncer, ni enfermedades del corazón, ni apoplejías. Los bultos y los moratones podían curarse con el toque de la mano. Así que evitaba aquellos lugares a toda costa.

Pero esa noche era inevitable.

Traté de no estorbar todo lo que me fue inhumanamente posible, y me recliné contra la pared mientras la madre de Kat se encargaba de ella. La cortina color verde guisante revoloteaba cada vez que alguien entraba en la habitación y volvía a salir. La policía había venido y se había ido, tras hablar con ambos. Un robo que se había salido de madre. Yo había estado en el lugar adecuado a la hora adecuada. La policía haría todo lo posible por tratar de localizar al atacante, pero iban a necesitar mucha suerte, porque ya no quedaba nada de aquel hijo de puta. Pero ¿qué podía decir yo? Me limité a sonreír y asentir con la cabeza y esperar el momento en que por fin pudiera largarme de allí. En realidad ya podría haberlo hecho, pero no me parecía correcto hacerlo.

Necesitaba tiempo para pensar.

Dirigí la mirada hacia la estrecha cama. Kat parecía cansada cuando mis ojos la encontraron. Estaba mirando por la ventana, y su pálido rostro estaba demacrado y agotado. No era fácil mirar la mancha roja de su mejilla, ni tampoco su ojo hinchado. Podría haber sido peor. Mi toque había acelerado el proceso curativo, y probablemente habría reparado los daños más serios relacionados con la marca de su garganta, extraordinariamente similar a mis dedos. Era una marca débil, pero me resultaba difícil mirarla.

Tenía el brazo escayolado. Un tendón rasgado o algo así. Si no hubiera apartado el brazo, también podría habérselo arreglado. Y bien, ¿por qué no lo hacía? El rastro seguía a su alrededor, más fuerte que antes, y tenía la sensación de que no iba a desvanecerse en un futuro cercano.

¿Por qué coño no le habían dado todavía nada para el dolor?

Kat parecía increíblemente pequeña en esa cama. Al quedarse sola conmigo durante unos pocos segundos me echó un vistazo, y yo arqueé una ceja. Se apresuró a apartar la mirada.

Su madre había desaparecido en busca de un médico, y regresó con un hombre de mediana edad con las sienes grisáceas que me resultó un tanto familiar. El médico, el doctor Michaels, comenzó a leer el historial, contándonos cosas que ya sabíamos.

Miró en mi dirección y una vez más me golpeó la extraña sensación de que lo conocía.

Probablemente fuera de verlo por el pueblo. Era muy pequeño.

El doctor Michaels se marchó después de recetarle medicamentos para el dolor, y joder, ya iba siendo hora de que alguien le diera algo. La madre de Kat permaneció junto a su cama, y mi mandíbula se tensó cuando vi la humedad que se acumulaba en los ojos de la chica. Era... Sí, era bastante dura. Había logrado mantener la compostura durante todo el tiempo. Comencé a cerrar los ojos cuando sentí la presencia de mi hermana. La había llamado al llegar, y por mucho que había tratado de razonar con ella no había logrado convencerla para que se quedara en casa.

Pasó corriendo junto a mí, y solté una risita. Me alegraba saber que se preocupaba por mí. Es decir, no es que hubiera luchado contra un Arum ni nada por el estilo.

—¡Ay, Dios mío, Katy! ¿Cómo estás?

Kat levantó el brazo herido, y joder, la sonrisa que le dirigió era muy débil.

—Bien, un poco amoratada...

Dee miró fijamente a Kat, y después se giró hacia mí.

—No puedo creer lo que ha pasado. ¿Cómo puede ser? Pensé que tú...

—Dee —le advertí.

Se puso recta, y las mejillas se le ruborizaron mientras recibía el mensaje silencioso. Soltó aire de forma entrecortada, volvió a girarse hacia Kat, y se acercó a su cama con lentitud.

—Lo siento tanto...

—No es culpa tuya —replicó Kat.

Mi hermana se sentó en el borde de la cama, consternada y seguro que a unos segundos de levantarse para darme una patada, porque pensaba que aquello era culpa mía.

Lo era.

Pero no por las razones que Dee creía. Estaba enfadada porque no había encontrado a Kat a tiempo, pero la verdad era que si yo hubiera seguido mi propio consejo y hubiera permanecido alejado de ella, jamás habría llegado a dejarle el rastro, para empezar.

Comenzaron a hablar entre ellas, y dejé que mis ojos se cerraran. Había sido una noche... Realmente no había palabras para describir lo increíblemente jodido que había sido todo, y luchar contra ese Arum me había debilitado. Oí que Dee estaba hablando sobre llevar a Kat a casa si su madre no podía, lo cual probablemente significaría que sería yo quien las llevara.

La señora Swartz regresó y, aunque le habían dado el alta a Kat, había habido un gran accidente en una de las carreteras. Ella era la enfermera de guardia aquella noche, así que no podía marcharse, pero Dee la convenció de que no solo la llevaríamos a casa, sino que observaríamos si mostraba signos de tener una conmoción cerebral.

Gracias, Dee.

Para ser sincero, aquello me parecía bien. La verdad era que no quería que ninguna de las dos estuviera sola en esos momentos; no hasta que el rastro se desvaneciera. Tensé la mandíbula.

Si había un Arum, había tres más. Los Luxen siempre nacían en grupos de tres, así que los Arum siempre cazaban de cuatro en cuatro.

Dee salió de la sala de urgencias para ir a por algo de picar, y cuando abrí los ojos la mirada de Kat estaba clavada en mí. Pero había algo extraño en ella, y tenía los ojos vidriosos. La medicación para el dolor debía de estar comenzando a hacer efecto.

—¿Vas a insultarme otra vez? Porque no estoy de humor para que me apostilles.

Mis labios se crisparon.

—Creo que quieres decir «apuntilles».

—Apostillar, apuntillar, lo que sea.

Levantó sus espesas pestañas. Los moratones y las marcas rojas no dejaban de atraer mi atención.

—¿De verdad te encuentras bien?

—Sí, fantásticamente. —Bostezó—. Tu hermana se comporta como si fuera culpa suya.

—No le gusta que nadie salga malparado —dije en voz baja, y después, como si fuera una ocurrencia tardía, añadí—; y por desgracia la gente que se relaciona con nosotros acaba así.

Su mirada inestable se encontró con la mía.

—¿Y eso qué quiere decir?

Dee regresó en ese momento, sonriendo.

—Ya podemos marcharnos, el doctor nos deja y ya está todo listo.

Gracias a Dios.

Fui hasta la cama de Kat y le pasé cuidadosamente un brazo por detrás de los hombros para ayudarla a ponerse en pie. La mirada que me dirigió, de aturdido desconcierto, era bastante mona.

—Vamos, te llevaremos a casa.

Dio dos pasos arrastrando los pies, y después se tambaleó.

—Uf, qué mareo...

Eché un vistazo hacia Dee, que levantó las cejas y dijo:

—Creo que las pastillas comienzan a surtir efecto...

—¿He empezado ya a soltar palabrotas? —preguntó Kat.

—No, no, para nada —se rio Dee.

Kat se tambaleó unos cuantos pasos más, y me di cuenta de que aquello iba a ser muy lento. Con un suspiro, la tomé en brazos y después la dejé con suavidad en una silla de ruedas que había justo al otro lado de la sala de urgencias.

—Son las normas del hospital.

Ella se limitó a mirarme fijamente.

Nos detuvimos el tiempo suficiente para rellenar el papeleo, pero Kat no era de mucha ayuda a esas alturas. Por suerte, las enfermeras apartaron la mayoría de los papeles para que su madre los rellenara más tarde. En cuanto llegamos al coche de Dee, levanté a Kat y la dejé en el asiento trasero.

—Oye, que puedo caminar.

Le abroché el cinturón con cuidado, asegurándome de no mover el brazo que tenía escayolado.

—Ya lo sé.

Cerré la puerta y lancé una mirada hacia Dee mientras caminaba hasta la otra puerta trasera y me subía. Para cuando encendió el motor, la cabeza de Kat estaba sobre mi hombro.

Me puse rígido, bajé la mirada hasta ella y volví a levantarla. Dee no me miró mientras salía del aparcamiento. Entonces volví a mirar a Kat. Aquello no podía ser muy cómodo. Desde luego, para mí no lo era ni de coña. Respiré hondo, levanté el brazo y lo situé alrededor de sus hombros. Ella se acurrucó junto a mí de inmediato, como una gatita, con el lado bueno de la cara.

Aquello era muy raro.

Había más momentos de los dos portándonos como gilipollas el uno con el otro que momentos de ser decentes de verdad, pero el hecho de que hiciera eso y yo se lo permitiera, de que incluso la ayudara en el proceso, era muy... Sí, era muy extraño.

Su respiración se profundizó, y una de sus manos cayó hasta mi muslo. Sus dedos se abrieron lentamente.

—¿Kat? —susurré.

No respondió.

—¿Está despierta? —preguntó Dee desde la parte delantera.

—No; está frita.

Dee soltó aire de forma temblorosa.

—Va a ponerse bien, ¿verdad?

Miré a Kat, e incluso en la oscuridad del coche pude ver su mejilla magullada.

—Sí, se pondrá bien.

—Le advertí que no fuera. Lo recuerdo como si lo viera ahora mismo —explicó, y supe que se refería al rastro.

—Ya lo sé. —Ambos sabíamos que el rastro seguía estando ahí, y nadie se estaba pateando el culo a sí mismo más que yo. Hice una pausa—. No te preocupes. Esta vez no pienso permitir que pase nada. Te lo prometo.

No lo sabía con exactitud, pero tampoco era como si el ataque hubiera venido de la nada. Ambos sabíamos que había una posibilidad de que sucediera. Por eso Dee había tratado de convencerla para que se quedara en casa aquella noche.

—Hiciste algo, ¿no? —me preguntó en voz baja—. Ahora es más fuerte.

—No era... mi intención. —Unos mechones del pelo de Kat le cayeron por la mejilla, así que se los aparté—. Ocurrió; no pude evitarlo. Mierda.

Dee no volvió a hablar hasta que llegamos a la carretera.

—Sé sincero conmigo. ¿Estaba muy herida?

—No lo sé. —Observé la mano de Kat, que se crispaba contra mi pierna—. Creo... creo que sí. Parecía tener problemas para respirar. Ese Arum iba a matarla.

—Dios mío... —susurró Dee.

Miré por la ventana y observé los árboles oscuros que pasaban en un borrón, interrumpidos de vez en cuando por los faros de los coches.

—Tenemos... Tan solo debo tener más cuidado.

Dee tardó un largo momento en responder.

—Adam me llamó. Sabía que pasaba algo cuando te fuiste de su casa. Le dije...

—Sé que le dijiste lo de Kat. Me lo ha comentado esta noche. —Miré por la ventana, y encontré los ojos de Dee en el espejo retrovisor—. Voy a tener que decírselo.

Tomó aire bruscamente.

—A Adam le da igual, pero...

No, no hacía falta que explicara nada más. Ash y Andrew iban a cabrearse, sin duda alguna, pero había matado a un Arum aquella noche. No podía mantener tapada la caja de la mierda durante más tiempo.

No hablamos durante el resto del camino, y Kat no se despertó cuando aparcamos frente a su casa. Tan solo se movió un poco, y murmuró entre dientes mientras le desabrochaba el cinturón y la sacaba del coche con cuidado, otra vez en mis brazos, y la apretaba contra el pecho.

—Tengo su bolso y sus llaves —anunció Dee, cerrando la puerta del conductor—. Voy a abrir la puerta. ¿Vas bien?

—Pues claro.

La mirada de Dee se cruzó con la mía, y no quise saber lo que pensaba en ese momento, pero enseguida se giró y atravesó el camino de entrada con rapidez, en dirección a la casa de Kat. Me giré por la cintura y cerré la puerta del coche con la rodilla. A continuación me di la vuelta, cambiando la posición de Kat entre mis brazos.

Ella se movió un poco y deslizó la mano por mi pecho, hasta llegar a mi hombro. Un escalofrío me recorrió la piel. Aquello estaba jodidamente mal. Sus pestañas se levantaron, y me detuve a un par de metros del coche mientras las comisuras de su boca también se elevaban un poco. La luz plateada de la luna brillaba sobre su mejilla.

—Hola —susurró.

—Hola.

Su mirada desenfocada me recorrió la cara.

—Qué... qué guapo eres.

Se me escapó una risa de sorpresa.

—Gracias, gatita.

Sí, puede que estuviera totalmente drogada y medio inconsciente, pero su sonrisa se ensanchó mientras cerraba los ojos. Yo no estaba ni drogado ni inconsciente cuando le respondí en un susurro:

—Tú también.

* * *

Hasta entonces no había estado en casa de Kat, y ni siquiera sabía por qué se me hacía tan raro estar dentro. Quizá fuera porque ella se encontraba inconsciente. No investigué la casa mientras seguía a Dee a un recibidor parecido al nuestro y una puerta hacia la derecha. Dee encendió la lámpara, y una suave luz amarilla envolvió el salón.

Libros.

Libros por todas partes.

Apilados junto a la esquina del sofá, en un ordenado montón de cinco, con los lomos hacia fuera. Había dos en la mesita de centro. Uno de ellos tenía un marcapáginas reluciente que le salía de la parte superior. Había otro en la mesita de la tele, y ese también tenía un marcapáginas dentro. ¿Estaría leyendo dos libros a la vez? ¿Más?

Yo apenas era capaz de leer uno.

—Creo que deberíamos quedarnos aquí abajo —sugirió Dee, sentándose en un gastado sillón reclinable junto a la ventana—. Por si acaso algo va mal.

Mirando a Dee, me giré y observé el sofá, el único lugar para sentarse que quedaba disponible. Llevé a Kat hasta ahí y la tumbé. Me senté junto a ella, y levanté la mirada hasta el ventilador del techo, que se movía con lentitud.

Dee habló durante un rato, pero enseguida se quedó dormida, convirtiéndome básicamente en el único responsable de Kat, lo cual era una idea bastante mala, dado que estaba haciendo un trabajo de mierda con ella.

Apoyé el codo en el brazo del sofá y dejé la mejilla sobre mi palma, observando los hombros de Kat, que subían y bajaban de forma ininterrumpida. Podría haber encendido la tele, pero no quería despertar a mi hermana.

Hice un giro con la muñeca y logré apagar la lámpara sin destruirla con un rápido golpe de energía. Cuando la oscuridad nos rodeó, la imagen que estaba tratando de evitar apareció en mis pensamientos. Dudaba que alguna vez me sacara de la cabeza la imagen del Arum sobre una Kat rota, o que lograra olvidar el áspero sonido de pánico en su voz al no darse cuenta de que era yo quien estaba a su lado.

Sí, lo sucedido aquella noche iba a ser difícil de olvidar.

Debí de quedarme dormido en algún momento, porque la luz del día se filtraba en el salón mientras Kat se acurrucaba más hacia mí. Su cabeza había acabado sobre mi regazo, y eso no era del todo cómodo. La moví con cuidado, pero, joder, puede que no fuera humano, pero seguía siendo un tío.

Kat dormía profundamente, con el brazo herido doblado contra su pecho y los labios ligeramente separados. Levanté la cabeza, deshaciendo un nudo que tenía en el cuello. Fue entonces cuando me di cuenta de que mi mano se encontraba sobre su cadera.

Vaya.

No tenía ningún recuerdo de haber hecho eso; debía de haber sido en sueños. Sin embargo, no moví la mano. Todo mi ser se centró en esa mano; lo cual tan solo era ligeramente mejor que centrarse en dónde se encontraba su cabeza. A través del delgado tejido de sus vaqueros, la curva de su cadera era suave. Cálida. Supuse que aquello sería lo que hacían las parejas, aunque Ash y yo jamás habíamos estado así. A veces me toqueteaba mucho. Y yo también a ella, claro. Pero ¿algo así? No, creo que jamás habíamos hecho algo así.

¿Por qué estaba pensando siquiera de ese modo en Kat?

La falta de sueño me estaba afectando.

De pronto, Kat se puso rígida, y mi mirada fue hasta su cara. Tenía los ojos abiertos. No podía vérselos bien, pero su pecho se elevó bruscamente. ¿Le dolería algo?

—¿Todo bien, gatita?

—Daemon —dijo con voz ronca; sonaba gutural a causa del sueño, y también, bueno, un tanto sexy—, lo siento... No quería quedarme dormida encima de ti.

—No pasa nada —le dije mientras la ayudaba a sentarse. Tenía la cara demasiado pálida, y el moratón púrpura alrededor de su ojo me cabreaba. Ni siquiera quería mirar cómo tenía el cuello, tal como estaban las cosas—. ¿Cómo estás? —pregunté, mirándola más de cerca.

Su mirada se encontró con la mía.

—Bien. ¿Has estado aquí toda la noche?

—Sí.

Parecía bastante obvio.

Kat miró a Dee, y después tragó saliva. Levantó el brazo escayolado, pero entonces volvió a bajarlo hasta su regazo mientras se concentraba con lentitud nuevamente en mí. No era capaz de saber qué era lo que pensaba. Parecía aturdida. Confusa. Soñolienta. Mona.

Estaba hasta los huevos de las monerías.

Tenía que concentrarme.

—¿Te acuerdas de algo?

Asintió con la cabeza, y después hizo una mueca.

—Me atacaron ayer por la noche.

—Alguien intentó robarte.

Resistí la necesidad de preguntarle otra vez cómo se encontraba. Ella frunció el ceño.

—No; no fue así. No quería mi dinero.

Mierda.

—Kat...

—No.

Comenzó a levantarse, pero le rodeé la cintura con el brazo para mantenerla en su sitio. No quería que se incorporara demasiado rápido, se cayera, se abriera la cabeza y sangrara sobre todos sus preciados libros.

—No quería mi dinero, Daemon. Los quería a «ellos».

Joder. Me puse rígido, pensando a toda velocidad.

—Eso no tiene sentido.

—No me digas. —Frunció el ceño mientras miraba su brazo herido—. Todo el rato me preguntaba por «ellos» y decía no sé qué de un rastro.

—Ese tío estaba pirado —respondí, manteniendo la voz baja y deseando que ella pensara lo mismo—. Te das cuenta, ¿no? Estaba mal de la cabeza. Lo que te dijo no tenía sentido.

—No sé. No me pareció que estuviera loco.

—¿No te parece que es propio de un loco darle una paliza a una chica? —pregunté, negando con la cabeza—. Me gustaría saber entonces qué concepto tienes de la locura.

Arrugó la frente aún más.

—Eso no es lo que he querido decir.

—Entonces, ¿qué has querido decir? —Me giré hacia ella, con cuidado de no tocar su brazo—. No es más que un lunático, pero para ti no es suficiente, ¿no? Tienes que ir más allá.

Tomó aire bruscamente.

—No me estoy inventando nada. Daemon, ese tío no era un loco normal.

La frustración me estaba agotando la paciencia. Lo cierto es que tenía razón. No había nada normal en el «hombre» que la había atacado, pero no podía dejar que ella lo supiera. Tenía que conseguir que lo dejara correr.

—Anda, ahora resulta que eres experta en locos...

—Bueno, después de pasar un mes contigo digamos que me he sacado el máster.

Me fulminó con la mirada mientras se apartaba, y se balanceó un poco.

—¿Estás bien? —Le toqué el brazo bueno—. ¿Kat?

Me apartó la mano, furiosa.

—Sí, no me pasa nada.

Aparté la mirada, tenso. No necesitaba mis gilipolleces en esos momentos. Era evidente que no tenía ganas de pelear conmigo, y yo estaba muy preocupado, preocupado de verdad por ella. Parecía sentirse hecha polvo, pero tenía que cerrar aquel asunto.

—Ya sé que lo de ayer te ha afectado mucho, pero no hagas de esto algo que no es.

—Oye, Daemon...

—No quiero que Dee se preocupe más de la cuenta porque hay un idiota que va por ahí atacando a chicas. —Apreté la mandíbula, y mi voz se volvió helada—. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

El labio inferior le tembló, y ver eso era como recibir una patada en las tripas. Sí, era un gilipollas. Se me daban de pena la empatía y la simpatía. Todo el rollo de asimilarnos en la sociedad humana que nos había obligado a hacer el Departamento de Defensa no había funcionado demasiado bien conmigo, pero eso no significaba que me gustara machacar a alguien que estaba mal.

Comencé a levantarme, pero, cuando aparté la mirada de su boca, nuestros ojos se cruzaron. En ese momento deseé tener la habilidad de cambiar los pensamientos de alguien. Probablemente eso fuera también algo horrible, pero podría eliminar el recuerdo del ataque. No solo para proteger lo que éramos y a nuestra familia, sino también para borrar esas sombras que había en sus ojos grises. Sabía que lo que había pasado la noche anterior iba a atormentarla durante mucho tiempo.

Desde el sillón reclinable, Dee bostezó de forma sonora y molesta.

Kat se apartó de golpe y miró a mi hermana, que al parecer llevaba un rato despierta.

—¡Buenos días! —gorjeó como un pájaro, y prácticamente dio una patada al suelo—. ¿Lleváis mucho rato despiertos?

Solté un fuerte suspiro.

—No, Dee. Acabamos de despertarnos ahora mismo. Roncabas tanto que no hemos podido seguir durmiendo.

Resopló como un cerdito rosado.

—Lo dudo mucho. Katy, ¿cómo estás?

—Un poco dolorida, pero bien en general.

Dee le dirigió una sonrisa forzada mientras levantaba la mano y se apartaba los mechones de pelo despeinado de la cara.

—Creo que voy a prepararos el desayuno.

Y sin esperar respuesta, se puso en pie y corrió hacia la cocina. Oí puertas que se abrían y cacharros que chocaban.

Volví a suspirar.

—Vale —murmuró Kat.

Me puse en pie, levanté los brazos y me estiré, destensando los músculos rígidos. Oí más cacharros que sonaban en la cocina. Sabía lo que tenía que hacer, así que bajé los brazos y miré a Kat.

—Mi hermana lo es todo para mí. Haría cualquier cosa por ella y por asegurarme de que está contenta y es feliz. Por favor, no le llenes la cabeza de locuras y hagas que se preocupe.

Kat esbozó una mueca de dolor, y supe que aquello no tenía nada que ver con sus heridas físicas, y todo con la frialdad que emanaba de mis palabras.

—Eres un idiota, pero no voy a decirle nada —dijo, y su voz era poco más que un

susurro—. ¿Contento?

¿Que si estaba contento? Nuestras miradas se cruzaron otra vez y dije la verdad.

—No. No lo estoy.

CAPÍTULO 10

Ya no podía confiar en que Kat se quedara en casa, así que cuando convocamos una pequeña reunión Luxen improvisada el jueves por la noche, la hicimos en nuestra casa, para asegurarnos de que Kat no acabara cayendo en un nido de serpientes o algo parecido.

Dee se había pasado el miércoles con ella, y yo continué aumentando mi estatus de acosador aquella noche al vigilar la casa de Kat. Al menos esa vez lo hice desde mi porche delantero.

La oscuridad ya había caído cuando llegaron los Thompson y Matthew, que se metieron en el salón. Todas las luces de la casa de al lado se encontraban apagadas, pero sabía que la madre de Kat estaba ahí. Esperaba que eso significara que no podría meterse en demasiados problemas.

Hablar de Kat con los Thompson era lo último que quería hacer. Mierda. Tirarme de la cima de una montaña sería más divertido, porque aquello iba a joderse, y muy bien jodido.

Permanecí de pie en el centro de la habitación, con los brazos cruzados por delante del pecho, preparándome. Dee se encontraba en el borde de un sillón reclinable, con las manos unidas sobre su regazo. Adam estaba apoyado en el brazo del sillón, y la expresión tensa de su rostro me dijo que sabía por qué estaba ahí.

Ash se había sentado en el sofá, junto a Andrew. Su pelo rubio le acariciaba los hombros mientras inclinaba la cabeza hacia un lado, suspirando sonoramente. Mis labios se curvaron en una sonrisa burlona. No tenía ningún problema en hacer saber a la gente cuándo se sentía aburrida o infeliz. Matthew estaba sentado en el brazo del sofá, con la espalda rígida y los hombros tensos.

—Y bien, ¿qué pasa? —preguntó Andrew, levantando la mirada del móvil que tenía en la mano—. La última vez que hicimos una reunión como esta, alguien murió.

Entrecerró los ojos. Por supuesto, estaba hablando de Dawson. Aquello no estaba bien.

Ash giró la cabeza hacia él, arqueando las rubias cejas.

—¿En serio?

Él levantó un hombro.

—¿Qué pasa?

Adam suspiró.

—Luego tendremos que trabajar en mejorar tu sensibilidad, hermano.

—Lo que tú digas —murmuró él, y volvió a mirar su teléfono. Sus dedos se

deslizaban por la pantalla.

Matthew negó ligeramente con la cabeza.

—¿De qué querías hablar, Daemon?

Sabía lo de Kat, y también sabía de qué iría la conversación, pero estaba dirigiéndola hacia el tema que teníamos entre manos. Tenía que agradecerse.

—Hay una chica llamada Kat...

—Que es increíblemente genial —intervino Dee—. Y es supermaja, y también inteligente, y...

—Y se ha mudado a la casa de al lado —la atajé, porque lo cierto era que nada de eso importaba. Los dedos de Andrew se quedaron inmóviles sobre la pantalla, y levantó la mirada mientras abría la boca. Continué—: No sé por qué el Departamento de Defensa lo ha permitido. Ayer tuve la visita habitual con Vaughn y Lane, así que les pregunté. Fue Vaughn quien respondió, y me dio una respuesta cutre diciendo que el Gobierno no quería que la casa permaneciera vacía durante tanto tiempo. Decían que era demasiado sospechoso.

Ash agudizó la mirada.

—¿Por qué no nos lo has contado antes?

—No me parecía necesario entonces. —Comenzó a latirme un músculo en la mandíbula, porque la expresión en la cara de Ash básicamente dejaba claro que sabía lo mentiroso que estaba siendo—. Estamos hablando de ello ahora.

La chica miró a Dee.

—Deja que lo adivine. ¿Ahora tú eres su nueva mejor amiga?

Mi hermana le devolvió la mirada.

—¿Y qué pasa si lo soy?

—No debería tener que explicarte todos los problemas que eso implica —replicó Ash—. Y estoy segura de que Daemon te los ha señalado todos y cada uno.

Así era.

—Katy y yo somos amigas —respondió Dee, inclinándose hacia delante en su sillón. Junto a ella, Adam se tensó—. Eso no va a cambiar, y no voy a quedarme aquí sentada y dejar que me machaques por eso. Es lo que hay.

Ash dirigió sus ojos azules, muy abiertos, hacia mí.

—¿Daemon...?

—Ya la has oído. —Sonreí cuando Ash cerró las manos en puños. Tenía la cabeza a punto de darle vueltas—. He estado echándole un ojo a Kat, tratando de conocerla para saber a qué nos enfrentamos.

Andrew soltó una risita.

—Seguro que sí.

Respiré hondo, y después solté el aire con lentitud. Pero no funcionó.

—¿Tienes algo que decir, colega?

Levantó un hombro.

—Tan solo pensaba que lo de «echarle un ojo» es una expresión en clave para

otra cosa.

—Echarle un ojo significa exactamente lo que significa —explicó Matthew, lanzando una mirada de advertencia hacia Andrew—. El hecho de que el Departamento de Defensa haya permitido que unas humanas se muden a la casa de al lado es sospechoso. Es muy inteligente por parte de Daemon tratar de averiguar si ella o su madre suponen un riesgo.

Dee frunció el ceño.

—¿Estás tratando de decir que a lo mejor el Departamento de Defensa las ha mandado ahí por algún motivo?

—No lo sabemos —dijo Matthew simplemente, y aunque tenía razones para sospechar, no me parecía que ese fuera el caso. Era más probable que fuera su paranoia general quien hablaba—. Cualquiera cosa es posible, eso es todo lo que digo.

La frustración de mi hermana resultaba evidente en la línea obstinada de su mandíbula.

—Katy no es ninguna espía del Gobierno.

—Bueno, pues si lo fuera estamos jodidos, porque la semana pasada le dejé un rastro.

Solté la bomba, y todos menos Dee reaccionaron como era de esperar. Hubo palabrotas. A Matthew casi le dio la versión Luxen de un infarto. Ash tenía cara de estar a punto de asesinar a alguien.

Adam se sentó en el brazo del sillón de Dee.

—¿Cómo sucedió?

—Había un oso, y la atacó. —No mencioné el hecho de que habíamos ido de paseo, porque en realidad nadie tenía que saberlo—. Utilicé la Fuente para asustar al animal, aunque Kat no me vio hacerlo. Pensó que era un rayo. —Hice una pausa—. No tenía otra opción.

—Sí que la tenías. —Andrew frunció el ceño mientras ponía el móvil sobre la mesita de centro—. Podrías haber dejado que el oso se la zampara y ya está. Problema resuelto.

Ash asintió con la cabeza.

Ni siquiera me molesté en responder a eso.

—La cuestión es que le dejé un rastro, y el Departamento de Defensa no ha venido a echar abajo nuestras puertas y a encerrarnos en jaulas. Vaughn y Lane actuaron ayer como si nada hubiera sucedido, pero pensaba que todos deberíais saber lo que había sucedido.

—Deberíamos haber sabido lo de esa chica desde que se mudó —replicó Ash, con la voz tensa a causa de la furia.

Dee puso los ojos en blanco.

—No es asunto vuestro.

—Es asunto de todos —la corrigió Andrew—. A los ancianos ya no les hace mucha gracia que vivamos fuera de la colonia. Después de lo que pasó con Dawson,

debemos tener cuidado. En otras palabras: no vayas por ahí dejando rastros en los humanos, gilipollas.

Levanté lentamente la mano y le mostré el dedo corazón.

Andrew esbozó una sonrisita mientras se reclinaba en el sofá, negando con la cabeza.

—Esto es increíble. Primero Dawson, y ahora...

—Ni se te ocurra terminar esa frase, Andrew. En serio —le advertí, bajando la barbilla—. Yo no soy Dawson. No es lo mismo.

Cuando Andrew abrió la boca para responder, su hermano intervino sabiamente.

—Cállate, Andrew. No quiero acabar la noche recogiendo tus restos del suelo.

Esa vez fui yo quien esbozó una sonrisita.

Matthew me observó atentamente.

—¿Eso es todo?

Negué con la cabeza mientras mantenía un ojo fijo en Andrew.

—No. El martes por la noche un Arum atacó a Kat.

—Maldita sea —murmuró Matthew, pasándose una mano por el pelo corto y castaño—. ¿Se...? ¿Se encuentra bien?

Me quedé sorprendido. No había esperado que Matthew se preocupara por ella.

—Sí. Se encuentra bien. —El recuerdo de ella tratando de respirar por la garganta amoratada reapareció—. Va a ponerse bien. Maté al Arum, pero ella no sabe lo que era. Piensa que era un ladrón.

Ash se puso en pie con un movimiento fluido y fue hasta la ventana que daba al porche. No dijo nada, pero estaba nerviosa, y eso nunca era bueno.

—Sigue teniendo el rastro. Debería desvanecerse en un par de días, pero tenemos que permanecer atentos para encontrar a los demás Arum.

La conversación se centró en patrullas y en cómo iba a notificar Matthew a los ancianos que teníamos confirmación de que había Arum en las proximidades. Tendríamos que entrenar a algunos nuevos reclutas para que nos ayudaran con las patrullas dobles, lo cual era trabajo mío, de Adam y de Andrew. Qué bien. No pasó mucho tiempo antes de que la charla volviera a dirigirse hacia Kat y hacia lo que íbamos a hacer al respecto.

—Yo me ocuparé de ella —dije, bastante harto ya de la conversación.

Andrew tenía aspecto de querer soltar algún comentario inteligente, pero una mirada de su hermano lo silenció. Fue Dee quien acabó soltando la mayor bomba de nuestra pequeña reunión.

—¿Por qué no le decimos la verdad y ya está? —preguntó.

La miré fijamente, no muy seguro de haberla oído bien.

Matthew se puso en pie y se giró hacia ella.

—No puedes decirlo en serio.

—¿Por qué no? —Dee levantó las manos, con expresión seria—. Es una buena persona, y es lógica. No va a salir corriendo, ni a llamar a los medios. Y además,

¿quién la creería? Lo comprenderá; creedme.

—Dee —dijo Adam en voz baja, arrodillándose junto a ella—. No puedes decirle lo que somos.

La furia apareció en el rostro de mi hermana, intensificando el tono de sus ojos.

—Lo digo en serio, Adam, puede ser...

—Vale, Dee. Supongamos que podemos confiar en ella y que no se lo dice a nadie —dije, mirándola a los ojos—. Supongamos que se lleva esta mierda a la tumba, pero ese no es el único problema. Puede que tú confíes en ella, pero eso no significa que todos en esta habitación lo hagan.

—Como yo, por ejemplo —comentó Andrew.

—¿Y qué crees que pasará si los ancianos descubren que Kat sabe la verdad? —insistí, esperando razonar con Dee de una forma distinta. Ash volvió a darse la vuelta hacia nosotros, con el rostro inexpresivo mientras nos observaba—. ¿O qué crees que hará el Gobierno? No la conocen. No tienen ninguna razón para confiar en ella. Desaparecerá. ¿Hola? ¿Alguien recuerda a Bethany?

Dee tomó aire bruscamente de forma audible ante el recordatorio de la novia humana de nuestro hermano, que había «desaparecido» junto con él el año anterior.

—No quieres ponerla en esa posición, ¿verdad? —pregunté—. Porque a eso es a lo que te estarías arriesgando al decirle la verdad.

Me sostuvo la mirada durante un momento, pero después la bajó y negó con la cabeza.

—No. No quiero arriesgarme a eso.

Noté algo de alivio. Al menos no tendría que preocuparme porque le dijera la verdad a Kat.

Ash cruzó los brazos delgados por encima del pecho.

—No me lo puedo creer.

Dee levantó la mirada.

—¿Qué pasa?

—¿No tienes ningún problema en poner en riesgo nuestra seguridad, pero te preocupas por la de ella? ¿Como si nosotros no significáramos absolutamente nada?

—Eso no es lo que pienso, ni lo que he dicho —señaló Dee, mientras nos miraba alternativamente de uno a otro—. Nosotros podemos cuidar de nosotros mismos. Y Katy no nos tiraría delante de un autobús en marcha. Eso es todo lo que estaba tratando de decir.

No me metí en medio mientras seguían discutiendo, porque Dee tenía que espabilar un poco. Necesitaba oír lo que le decía Ash, aunque eso no fuera a cambiar nada realmente. Confiaba en que no le contara la verdad a Kat, pero no se alejaría de ella.

Acompañé a los Thompson hasta la puerta mientras Matthew permanecía dentro, hablando con Dee. Probablemente estuviera echándole un sermón, así que había muchas posibilidades de que fuera a quedarme allí un buen rato. Permanecí de pie en

el porche y observé a Adam y a Andrew cruzando el jardín hasta su coche. El segundo estaba observando la casa de Kat como si quisiera derribarla.

Andrew podría ser un problema.

—¿Daemon?

Me giré y vi a Ash ahí plantada.

—Ey.

—Siento haber sido tan zorra con tu hermana ahí dentro.

Sonreí.

—No, no lo sientes.

Levantó la mirada y la dirigió hacia la derecha, y después se rio.

—Vale. Tienes razón: no lo siento. Necesitaba oírlo. —Dos puertas de coche se cerraron. Sus hermanos estaban esperándola—. Pero estoy sorprendida. Nunca pensé que serías tú quien la cagara.

—Bueno, si fuera perfecto todo el tiempo, nadie más tendría posibilidades.

Ash arqueó una ceja e ignoró lo que acababa de decir.

—Y concretamente, ¿cómo le estás echando un ojo a esa chica?

Comenzaron a sonar unas campanas de advertencia. Sabía lo que quería insinuar, pero ¿qué cojones...? Ash y yo habíamos roto hacía tiempo. Sí, habíamos vuelto a liarnos de vez en cuando, como suelen hacer los exnovios, pero ella sabía cómo estaban las cosas, e incluso había puesto las normas.

—No sé qué quieres decir con eso.

Me dirigió una sonrisa dulce como el azúcar y afilada como el cristal.

—Creo que sabes exactamente lo que quiero decir. —Hubo una pausa, y la imaginé afilando sus colmillos con mis huesos—. No has venido por casa desde hace un par de semanas. Apuesto a que si le preguntara a Dee cuándo se mudó esa chica, me diría que por esas fechas. ¿Tienes algo que decir al respecto?

Me reí entre dientes y aparté la mirada hasta el coche, entrecerrando los ojos.

—¿Que si tengo algo que decir al respecto? Bueno, si fuera asunto tuyo lo que hago, que no es así, diría que te equivocas mucho. Las razones por las que no he ido no han cambiado. Ya lo sabes.

Pareció reflexionar sobre ello.

—Sí, ya sé que no nos ves a largo plazo, pero eso nunca nos ha impedido pasar un buen rato juntos.

—No tiene nada que ver con ella.

Ash se detuvo en la parte superior de los escalones, medio girada hacia fuera. Ya no sonreía cuando me miró por encima del hombro. El desafío ardía en su mirada de cobalto.

Un desafío que no tenía intención de aceptar.

—Demuéstralo —dijo.

* * *

Miré a los dos chicos Luxen que rara vez se aventuraban a salir de la colonia. No eran mucho mayores que yo, pero permanecían frente a mí como dos nuevos reclutas a punto de entrar en el ejército.

—Estamos l... listos para comenzar a patrullar —dijo uno de ellos, mirando a todas partes menos a mis ojos. Sí, desde luego que se notaba lo listo que estaba.

Junto a mí, Adam se rio entre dientes mientras los observaba.

—Cualquier Arum os comería vivos, os vomitaría y después os bebería como un batido.

El otro Luxen se quedó blanco, y me pareció que estaba a punto de vomitar.

Suspiré.

Ayudar a preparar a esos dos idiotas para patrullar en busca de Arum sin que los mataran en el proceso no era como quería pasar la tarde.

Sobre todo teniendo en cuenta que Kat se encontraba con Dee, y aunque le había pedido a mi hermana que se asegurara de que se quedaba en casa, ya que básicamente era una señal luminosa andante, sabía que al final siempre acababa haciendo lo que le daba la gana.

Al igual que Kat.

Pero ofrecerme para asegurarme de que los miembros de la colonia fueran capaces de ayudar con las patrullas dobles las mantendría a ambas con vida, así que iba a tener que aguantarme. Y la verdad es que, para ser sincero conmigo mismo, tampoco estaba mal. Podía utilizar mi auténtica forma, y joder, eso era como quitarse la ropa en un día demasiado caluroso. No había nada como el viento rebotando en tu esencia cuando alcanzabas velocidades que rompían la barrera del sonido. Supermán no tendría nada que hacer contra un Luxen.

Pensar en ello hizo que el corazón me latiera con fuerza.

—Esto es muy aburrido —murmuró Andrew.

Le dirigí una sonrisita de suficiencia.

También había sido divertido de narices arrastrar a Adam y a Andrew hasta allí para que me ayudaran. Ninguno de los dos quería estar ahí. Adam permaneció relativamente silencioso mientras hacíamos correr a los novatos por todas las malditas montañas, presionándolos para que corrieran con más fuerza y más rápido. Andrew se pasó todo el tiempo quejándose, aunque aquello no fue una sorpresa precisamente.

El chico que parecía estar a punto de vomitar dio un paso hacia delante. Creo que se llamaba Mitchell. O tal vez Mikey. Supongo que sería Mitchell.

—Sé que no somos tan fuertes y rápidos como ninguno de vosotros, pero estamos listos.

—Sí, estáis listos para morir —replicó Andrew, y después resopló.

Le lancé una mirada de advertencia.

—¿Así es como tratas de motivarlos?

Me enseñó el dedo corazón.

—Lo que tú digas.

Di un paso hacia delante y puse la mano sobre el hombro de Quizá Mitchell.

—No se trata solo de ser rápidos y fuertes. Se trata de concentrarse y prepararse para lo peor. Se trata de ser más inteligente que el enemigo, y de anticiparse a su próximo movimiento.

—Pero ser rápidos y fuertes ayuda —intervino Andrew, y pensé que tal vez debería haber permitido que no moviera el culo de casa—. Como yo, que soy más fuerte que Daemon.

—¿Qué? —Bajé la mano y me di la vuelta, arqueando una ceja—. ¿Qué te fumas?

—Me fumo la vida, tío. —Guiñó un ojo—. Y soy mucho más fuerte que tú.

Me reí entre dientes.

—Si de verdad crees eso, entonces sí que estás fumado.

—Hum. —Andrew le lanzó una mirada a Adam mientras se acercaba a mí contoneándose. Lo observé tomar una roca pequeña—. ¿Ves ese árbol de ahí? —Señaló un antiguo roble a varios metros de distancia—. Apuesto a que puedo atravesarlo justo por el medio con esta piedra.

—¿Y crees que yo no?

—Sé que tú no. —Andrew se giró hacia Quizá Mitchell y su colega sin nombre—. ¿Qué pensáis vosotros, chicos?

Parecían nerviosos, y no querían responder.

—Apuesto a que Andrew puede hacerlo —dijo Adam, metiéndose las manos en los bolsillos de los vaqueros—. Y apuesto a que tú no.

Se les había ido totalmente la olla.

—Vas a obligarme a avergonzarte.

—Correré el riesgo —replicó Andrew, y a continuación lanzó la piedra al aire y la atrapó—. Entonces, ¿es una apuesta?

¿Por qué demonios no? Asentí con la cabeza e hice un gesto con la mano hacia el árbol distante.

—Por supuesto.

—Perfecto.

Andrew dio varios pasos hacia atrás y miró el enorme roble entrecerrando los ojos. Un segundo después, adoptó su auténtica forma e hizo volar la piedra.

No la lanzó como lo haría un humano. Utilizando la Fuente, la convirtió en un maldito misil. Atravesó el aire, volando con más rapidez de lo que podría ver el ojo humano. La corteza se partió cuando la piedra hizo contacto y se clavó en el interior del árbol.

Quizá Mitchell soltó una exclamación, impresionado.

Andrew sonrió mientras me miraba.

—Supera eso.

Resoplé y tomé una piedra más pequeña que mi palma.

—Es fácil. Y puedo hacerlo sin cambiar de forma siquiera.

—¿Sabes lo que me dijo Dee el otro día? —preguntó Adam mientras yo retrocedía unos pasos—. Es muy interesante.

Lo ignoré y levanté el brazo derecho. Los dos idiotas de la colonia intercambiaron una mirada mientras la Fuente se extendía por mi brazo.

Adam continuó.

—Me contó que Katy se encontró en el supermercado con Simon, el futbolista del instituto, y que le pareció que hacían muy buena pareja. Además, cree que Simon va a pedirle salir a Katy, y ya sabes lo que pasa después de una cita con ese Romeo deportista. Alguien va a echar un...

Lo miré fijamente mientras lanzaba la piedra. Más le valía no estar sugiriendo lo que estaba seguro de que estaba sugiriendo. Lo único con lo que Simon haría buena pareja sería con mi puño, y desde luego no con Kat. Ni de coña.

La mueca en los labios de Adam me dijo que estaba mintiendo. Kat no se había encontrado con ese gilipollas.

Volví a mirar hacia el árbol y solté una maldición. Aquel pequeño momento de distracción me había afectado y me había jodido la puntería. La piedra había pasado zumbando junto al árbol, esquivándolo por un kilómetro. Mierda.

Adam se rio mientras le daba un codazo a su hermano.

—¿Veis, chicos? La concentración es realmente tan importante como la fuerza.

Levanté la mano para mostrarles el dedo corazón. Los dos rompieron a reír, y yo puse los ojos en blanco mientras me inclinaba para buscar otra piedra. Aquella era más o menos del tamaño de mi mano.

—Esta vez no voy a fallar, y no voy a apuntar a los árboles.

Mi amenaza hizo que se rieran aún más fuerte. Fruncí el ceño mientras me giraba. Al menos los dos idiotas no se reían. Parecían asustados. Transcurrió un latido, y entonces me giré y lancé la roca.

Adam se apartó rápidamente a la derecha, evitando por los pelos un golpe directo.

—¿Qué cojones...? —gritó, entrecerrando los ojos—. Podrías haberme estropeado mi bonita cara.

Eché la cabeza hacia atrás, y esa vez fue mi turno de reír.

—Creo que tienes que mirarte en el espejo si piensas que eso es bonito.

—Ja, ja —dijo Andrew, sonriendo.

—Somos idénticos —replicó Adam, y miró a su hermano negando con la cabeza—. Nos está insultando a los dos, idiota.

Sonriendo, me limpié las manos en los vaqueros, pero el buen humor enseguida se desvaneció al darme cuenta de algo que me golpeó con la fuerza de una bala. La simple mención del nombre de Kat me había distraído; me había desconcentrado. Aquella vez era solo una apuesta estúpida, pero ¿y si hubiera sido algo más serio, como que un Arum rondara por ahí?

Podía morir gente.

Cerré los ojos y maldije entre dientes. Aquel asunto con Kat... se estaba volviendo ridículo, y eso era inaceptable.

Completamente inaceptable.

CAPÍTULO 11

Vi a Kat de vez en cuando a lo largo de los dos días siguientes, por lo general cuando salía hacia mi coche, y en cada ocasión el rastro se volvía más y más débil... gracias al cielo.

Cada vez que me veía, parecía querer hablar conmigo. Se detenía o se dirigía hacia mí, pero no llegamos a hablar, básicamente porque yo no quería. Tenía que echarle un ojo para asegurarme de que ningún otro Arum la secuestraba o la ponía en peligro, pero necesitaba que hubiera distancia entre nosotros. Aquel día en el entrenamiento había demostrado que la simple mención de su nombre podía poner a todo el mundo en peligro. Me hacía débil.

Así que, obviamente, esa era la única razón por la que había ido a Smoke Hole Diner el domingo por la tarde. El rastro de Kat era débil, como una vela parpadeante que emitiera un resplandor blanquecino, así que no había habido forma de detener a Dee. Por lo que había averiguado, había arrastrado a Kat al pueblo, la había cargado de artículos escolares y la había llevado al Smoke Hole Diner.

Las seguí. No pensaba correr ningún riesgo más.

Dee había parecido sorprendida por mi presencia, y Kat había... Bueno, le había molestado que la provocara, y después trató de darme las gracias. Aquello era lo último que debía hacer, ya que no habría tenido el brazo escayolado y moratones en la cara de no ser porque yo la había llevado de paseo aquel día.

Pasé poco tiempo en el restaurante. Y también me habían seguido. Por alguna razón, Ash parecía tener la impresión de que íbamos a quedar allí, aunque supongo que me olvidé de leer la nota. Nada salió bien. En cuanto Ash se dio cuenta de que Kat era aquella Katy, acabé teniendo que sacar su culo enardecido de allí y pasar la mayor parte del domingo tratando de evitar que la liara.

Según Andrew, Ash seguía cabreada por lo del lunes.

No hace falta decir que yo tampoco estaba de un humor estupendo cuando salí de casa el martes al atardecer y fui a correr por el bosque cercano. Permanecí allí fuera, en el húmedo clima de agosto, hasta que el sudor me cubrió la piel y quemé tanta energía como pude.

Durante el camino de vuelta, decidí que me comería tres litros de helado, pero dudaba que quedara nada en casa. En cuanto alguien llevaba helado, Dee se lo tragaba como si estuviera muriéndose de hambre.

Subí corriendo el camino de entrada y ralenticé el ritmo cuando las casas aparecieron a la vista. Mi mirada fue directamente hacia la casa de Kat. El porche no

estaba vacío. Metí la mano en el bolsillo, saqué el móvil y toqueteé la pantalla para apagar la música que atronaba por los auriculares.

Kat se encontraba sentada en el columpio, con la cabeza agachada y el rostro arrugado. En las manos tenía un grueso libro de tapa dura. Una brisa ligera hacía que un mechón suelto de pelo le golpeará la cara. Se lo apartó distraída. El sol todavía no se había puesto, pero la luz ya estaba disminuyendo, y seguía habiendo tanta humedad como en un baño en el infierno. Leer no podía ser fácil en esas condiciones, pero Kat permanecía ajena al mundo mientras yo envolvía el móvil con el cable de los auriculares.

No tenía ni idea de que yo estaba ahí. Podía entrar fácilmente en mi casa sin que me descubriera. Se encontraba a salvo ahí fuera. El rastro ya apenas resultaba visible, y se había desvanecido aún más en las horas que habían pasado desde la última vez que la había visto. No tenía razones para pararme ni para quedarme por ahí fuera. Distancia. Tenía que haber un océano de distancia entre nosotros.

Así que, por supuesto, moví el culo directamente hasta su casa.

Kat levantó la mirada cuando llegué a los escalones del porche, y abrió mucho los ojos al fijarse en mí.

—Hola —dije, guardándome el móvil en el bolsillo.

No respondió de inmediato. Qué va, estaba demasiado ocupada comiéndome con los ojos, cosa que me parecía genial. Su mirada descendió, paseándose por mi pecho desnudo y mi estómago. Tragó saliva mientras apartaba la mirada, con las mejillas sonrosadas, y entonces inclinó la cabeza hacia un lado e hizo un pequeño asentimiento.

—Hola.

Me recliné contra la barandilla y crucé los brazos.

—¿Estás leyendo?

Sus manos se tensaron en los bordes del libro.

—¿Estás corriendo?

—Lo estaba —la corregí.

—Qué gracioso —replicó, llevándose el libro al pecho. La escayola de su brazo destacaba claramente—. Yo estaba leyendo.

—Parece que siempre estás leyendo.

Arrugó la nariz. Qué mona.

—¿Cómo lo sabes?

Levanté un hombro.

—Me sorprende que Dee no esté contigo.

—Está con su... su novio. —Bajó las comisuras de la boca—. ¿Sabes? Hasta hoy no sabía que tenía novio. Nunca lo había mencionado.

Eso me hizo reír.

—Eso sería maravilloso para la autoestima de Adam.

—¿A que sí? —Me dirigió una sonrisa fugaz—. Es extraño.

—¿El qué?

Acunó el libro más cerca, como si fuera su mantita preferida.

—He pasado mucho tiempo con Dee, y no tenía ni idea de que estuviera saliendo con alguien. Nunca lo había mencionado. Es muy extraño.

—Entonces, a lo mejor no sois tan buenas amigas como pensabas.

Me fulminó con la mirada, entrecerrando los ojos.

—Vaya. Eso es muy amable por tu parte.

Volví a encogerme de hombros.

—Tan solo estaba señalando lo evidente.

—¿Por qué no te vas a señalar lo evidente a otra parte? —replicó, bajando el libro—. Estoy ocupada.

Una sonrisita apareció en mis labios. Había sacado las garras.

—Leer no equivale a estar ocupada, gatita.

Sus labios arqueados se separaron.

—Dime que no has dicho lo que creo. —Mi sonrisa se ensanchó—. Eso es... ¡es un sacrilegio!

Me reí mientras descruzaba los brazos.

—No creo que sea correcto utilizar esa palabra.

—¡Sí lo es si eres un amante de los libros! —Entrecerró los ojos—. Tú no lo entiendes.

—Nop.

Me subí a la barandilla para sentarme encima, y Kat suspiró.

—Y no vas a irte a ninguna parte.

—Nop.

Mirando su libro, sacó lentamente un marcapáginas de la parte delantera y marcó la página que estaba leyendo. A continuación, cerró el libro y lo dejó sobre su regazo. Lo miraba como si de algún modo eso fuera a hacerme desaparecer. No era demasiado probable.

—Entonces... —arrastré la palabra, y giré la cabeza para esconder mi sonrisa cuando suspiró sonoramente—. ¿Cómo va tu blog? ¿Sigues hablando de gatos y esas cosas?

—¿Gatos? Yo no hablo de gatos. Hablo de libros.

Por supuesto, eso ya lo sabía.

—Vaya. Pensaba que te pasabas un montón de rato en internet hablando de gatos.

—Lo que tú digas.

—Pues tiene sentido.

Entonces la miré, y vi que sus ojos grises echaban chispas.

—No puedo esperar a oír tu explicación. Y por si no te has dado cuenta, eso era sarcasmo.

—Me parecía que sonaba a emoción, pero bueno. En cualquier caso, pasarte el día hablando de gatos en internet es un poco como prepararte para convertirte en una

loca de los gatos cuando seas vieja.

La piel alrededor de su boca se tensó.

—Te tiraría este libro a la cara, pero lo respeto demasiado como para hacerle eso.
—Eché la cabeza hacia atrás y me reí—. Solo a ti podría parecerte gracioso.

—Es que es gracioso.

Bajé la barbilla y vi que trataba de contener una sonrisa. Nuestras miradas se cruzaron y se quedaron fijas la una en la otra. El silencio se extendió entre nosotros, espesando el aire ya sofocante.

—Pues bueno. —Fue ella quien arrastraba las palabras esta vez, así que levanté las cejas mientras Kat apartaba la mirada—. Esa chica que estaba en el restaurante. ¿Ash? Era muy... simpática.

—Ajá.

Otro campo de minas femenino. Esas chicas eran astutas de narices.

Empujó el columpio con los pies.

—¿Estáis saliendo? —preguntó.

—Antes sí que salíamos. —Incliné la cabeza, curioso por la dirección de la conversación—. Y estoy seguro de que Dee señaló el hecho de que solíamos salir. Estaría más que dispuesta a aclarar eso.

El color de sus mejillas se oscureció, y supe que tenía razón.

—Ash no actuaba como si fuera cosa del pasado.

—Eso es problema suyo.

Kat me observó.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Sí. —Levanté una ceja—. ¿Por qué tendría que decir nada más? Y menos a ti.

Estaba provocándola, pero se me daba tan mal, había perdido tanta práctica, que quedé como un estúpido. Y lo sabía, pero aquella conversación se estaba convirtiendo con rapidez en un tren descarrilando que no tenía el poder de detener.

Sus hombros se tensaron, y su expresión se volvió impasible.

—¿Por qué has venido hasta aquí, Daemon? —Mierda. Aquella era una buena pregunta. Y era una que había estado haciéndome una y otra vez desde que se mudó. Cuando continuó, sus ojos grises eran fríos—: Porque si has venido solo para demostrar que eres un ignorante, ya puedes largarte.

Me noté sonreír, y estaba seguro de que eso confirmaba lo retorcido que era.

—Pero es que no quiero largarme.

—Qué lástima —respondió ella, bajándose del columpio—. ¿Sabes qué? Puedes quedarte aquí sentado y ser un gilipollas sin público. ¿Qué te parece?

Kat pasó junto a mí, así que me aparté de la barandilla y me puse frente a ella antes de que pudiera tomar aire siquiera. Mierda, no pretendía moverme tan deprisa. Se apartó de golpe, apretando el libro contra su pecho.

—Joder, ¿cómo te mueves tan rápido?

—No me muevo tan rápido. —Bajé la mirada hasta ella. Apenas me llegaba al

pecho, pero su personalidad y su actitud la hacían parecer mucho más alta. El mechón de pelo se había vuelto a soltar y le acariciaba la mejilla—. ¿Sigues nerviosa por las clases?

Arrugó las cejas.

—¿Qué?

Decidí hacerle la pregunta con más lentitud.

—Sigues... nerviosa... por...

—No. Te he oído. —Cambió el peso al otro pie—. Pero ¿por qué...? ¿Por qué te importa eso? ¿Por qué te...?

El mechón de pelo me estaba poniendo nervioso, así que estiré la mano y lo atrapé entre los dedos. La textura era suave como la seda. Contuvo el aliento, y mi mirada fue hasta la suya. De cerca, esos ojos eran verdaderamente increíbles, de un sorprendente tono de gris, y las pupilas eran negras y grandes. Con cuidado de no rozar la piel de su mejilla, le puse el mechón de pelo por detrás de la oreja. En realidad la hinchazón de su ojo ya había bajado, y la piel había sanado casi por completo desde la noche que la atacaron, pero aquella zona seguía estando más rosada que el resto, como si su brazo no fuera recordatorio suficiente.

En un segundo volví a verla tirada en la carretera, inmóvil y completamente indefensa. El pecho se me contrajo de forma dolorosa. Aparté la imagen a un lado, preguntándome cuándo dejaría de verla.

Kat parecía estar conteniendo el aliento. Su pregunta daba vueltas en mis pensamientos. «¿Por qué te importa?». No debería importarme. No me importaba.

—¿Daemon? —susurró.

El sonido de mi nombre pronunciado sin rencor era una rareza, y tenía un efecto electrizante. Aquellos bonitos labios rosados pronunciaban mi nombre a la perfección. Quería saber a qué sabía mi nombre en sus labios y en su lengua. ¿Había pensado en besarla anteriormente? Tenía que haberlo hecho, porque la repentina necesidad, el deseo casi abrumador de reclamar su boca no me sorprendió.

¿Me dejaría besarla?

Probablemente no.

¿Debería besarla?

Probablemente no.

Si me lanzaba y lo hacía, ¿me explotaría en la cara?

Sip.

Bajé la mano y di un paso hacia atrás. Cuando tomé una bocanada de aire que en realidad no necesitaba, el olor a melocotones y... y a vainilla me rodeó.

No dije nada mientras me daba la vuelta y me marchaba del porche. Y Kat no me detuvo. No miré hacia atrás, pero tampoco oí que se cerrara la puerta. Sabía que ella todavía se encontraba ahí observándome.

Y también sabía que a una parte de mí sí que le importaba.

Más tarde aquella noche, mucho después de que Dee llegara a casa y se fuera a dormir, me senté en la cama con el portátil abierto. Mis dedos recorrían el panel táctil mientras miraba el blog.

Katy's Krazy Book Obsession.

Me reí entre dientes.

Era un buen nombre.

Aquella no era la primera vez que lo miraba. La noche que Dee regresó de la colonia había estado leyéndolo. Desde entonces, Kat había añadido diez reseñas más. ¿Cómo demonios había leído tantos libros en un periodo de tiempo tan corto? Además, hacía otras cosas. Había algo llamado «Teaser Tuesdays», que no eran más que unas pocas líneas sobre algún libro que estuviera leyendo. Estaban los «In My Mailbox», en los que se grababa hablando de los libros que había o bien comprado, o tomado prestados, o recibido de alguna editorial.

Había visto cinco de esos malditos vídeos.

Y cada vez que enseñaba un libro, su cara entera se transformaba en una sonrisa amplia y brillante, de la clase que todavía no había visto en persona y probablemente jamás vería. Adoraba esos libros, no cabía ninguna duda.

Hice clic en un sexto vídeo, uno que había grabado antes de mudarse, y me conmovió ver a una Katy diferente. Era la misma persona, por supuesto, pero había una luz en sus ojos que parecía haberse apagado después de mudarse. Me pregunté qué habría apagado la luz interior de Katy, y tragué saliva. Probablemente fuera culpa mía, por haberme portado como un gilipollas con ella, por haber interferido en su vida y haber estado a punto de conseguir que la mataran.

Cerré la pestaña y lancé el portátil al otro lado de la habitación. Antes de que se estampara contra la pared, levanté la mano y detuve el brillante trozo de mierda metálica para que no quedara destrozado en un montón de pedacitos con valor de miles de dólares. Flotó en el aire como si una mano invisible lo hubiera atrapado antes de dejarlo bajar lentamente sobre mi escritorio. Solté aire bruscamente.

Aquella tarde había querido besar a Kat. No había forma de engañarme a mí mismo. Además, no había sido la primera vez, y sabía que no sería la última. Ya había aceptado que me sentía atraído por ella, así que actuar en consecuencia tenía sentido. No era ninguna sorpresa.

Desear algo y hacerlo eran dos cosas muy diferentes.

Desear algo y desearlo de verdad eran también dos cosas muy diferentes.

Es decir, ¿cómo puedes desear a alguien que ni siquiera te cae bien?

Pero, claro, aquello tampoco era completamente cierto. Sí que me caía bien. A regañadientes. Era inteligente. Su aura de empollona era mona. Su actitud ardiente era admirable.

Pero no había mentido al decir que las cosas no eran como con Dawson y

Bethany. Aquellos dos habían... Habían estado enamorados el uno del otro, y ninguno se había parado ni por un maldito segundo a pensar en las consecuencias.

Las consecuencias eran lo único en lo que pensaba. El recuerdo de Kat en aquel último vídeo me atormentaba, diciéndome con más claridad que ninguno de todos mis argumentos que no era bueno para ella.

Lástima que mi cuerpo no recibiera el mensaje.

«Esta va a ser una noche larga», pensé mientras metía la mano bajo la sábana y cerraba los ojos. «Una noche muy larga».

CAPÍTULO 12

El primer día de clases no me resultó muy emocionante, pero para Dee tenía una gran importancia. Era el primer día de nuestro último año en el Instituto de Petersburgo, o al menos eso fue lo que me gritó cuando mi alarma sonó por tercera vez, y teníamos cuarenta minutos para prepararnos, comer algo y llegar a clase.

Para mí, era una estupidez comenzar las clases un jueves, tener dos días de clase y después el fin de semana libre. ¿Por qué no empezaban el martes y ya está?

Apenas logré llegar a tiempo, pero por suerte encontré unos vaqueros y una camiseta que estaban limpios. Joder, me alegró encontrar un cuaderno en la parte de atrás de mi coche.

El Instituto de Petersburgo era pequeño en comparación con la mayoría. Solo tenía un par de plantas, así que era muy fácil ir de una clase a la siguiente. Entre la hora de bienvenida y la primera clase, me pregunté cómo le estaría yendo a Kat. Ser la nueva tenía que ser un asco, sobre todo cuando te mudabas a un pueblo tan pequeño que todos los alumnos habían crecido juntos. Los chicos de la zona eran amigos desde que iban en pañales.

Cuando entré en clase de Trigonometría distinguí a Kat cerca de la parte posterior del aula. Vi un par de asientos libres al otro lado de la clase, y supe que allí era a donde debía ir.

En lugar de eso, me cambié de mano el cuaderno y bajé directamente por el pasillo donde estaba ella. Mantuvo los ojos fijos en las manos, pero yo sabía que se había dado cuenta de que me encontraba ahí. El tenue rubor de la parte superior de sus pómulos la delataba.

Recordé cómo se había quedado sin aliento la otra noche, en el porche, y sonreí.

Pero entonces mi mirada cayó en la incómoda escayola que le cubría el brazo esbelto, y mi sonrisa se desvaneció. Una fuerte rabia me atravesó al recordar lo cerca que había estado de convertirse en el juguete del Arum. Apreté los dientes mientras pasaba a su lado y me dejaba caer en el asiento que había tras ella.

Me invadieron las imágenes del aspecto que tenía después del ataque del Arum: agitada, aterrorizada, y muy pequeña dentro de mi camiseta mientras esperábamos a que los inútiles policías aparecieran. Si acaso, aquello debería haber servido como recordatorio para que levantara el culo y me cambiara de asiento.

Saqué un bolígrafo de la espiral de mi cuaderno y se lo clavé en la espalda.

Kat miró por encima del hombro, mordiéndose el labio.

—¿Cómo tienes el brazo, gatita? —pregunté.

Sus facciones se contrajeron, y entonces levantó las pestañas y sus ojos claros se encontraron con los míos.

—Bien —dijo mientras jugueteaba con su pelo—. Mañana me quitan la tablilla, creo.

Di unos golpecitos con el bolígrafo en el borde del pupitre.

—Entonces seguro que la cosa cambia.

—¿El qué cambia? —preguntó con tono cauteloso.

Utilicé el bolígrafo para hacer un gesto hacia el rastro que la rodeaba.

—Eso que llevas puesto.

Entrecerró los ojos, sabiendo que no podía ver lo que yo veía. Podría haberlo aclarado, haberme inventado algo, pero era demasiado divertido sacarla de sus casillas. Cuando parecía estar a punto de golpearme la cabeza con la tablilla, no pude contenerme.

Me incliné hacia delante y observé sus ojos llameantes.

—Lo único que digo es que cuando te quiten la tablilla y el cabestrillo la gente te mirará menos.

Apretó los labios con incredulidad, pero no apartó la mirada. Al contrario; me sostuvo la mía sin amedrentarse, sin amedrentarse en ningún momento. A regañadientes, el respeto continuó creciendo dentro de mí, pero por debajo de eso algo más se estaba desarrollando. Estaba a dos segundos de besar esa expresión cabreada de su rostro. Me pregunté lo que haría ella. ¿Me pegaría? ¿Me devolvería el beso?

Apostaría a que lo más probable era que me pegara.

Billy Crump soltó un silbido bajo desde algún lugar cercano a nosotros.

—Ash va a darte una buena paliza, Daemon.

Kat entrecerró los ojos con lo que se parecía mucho a los celos. Sonreí al recordar lo que había preguntado sobre Ash y yo. Tal vez tuviera que cambiar mi apuesta.

—No, le gusto demasiado.

Billy se rio. Empujé el pupitre y me incliné hacia delante un poco más, poniendo nuestras bocas en el mismo espacio para respirar.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué? —murmuró, bajando la mirada hasta mi boca.

—Que he entrado en tu blog.

Sus ojos volvieron rápidamente a los míos. Durante un segundo se abrieron mucho a causa de la sorpresa, pero enseguida logró suavizar su expresión.

—Ya estás acosándome otra vez, ¿no? ¿Tengo que llamar a la poli para que te ponga una orden de alejamiento?

—Ni en sueños, gatita. —Sonreí—. Ah, espera, que ya salgo en ellos, ¿verdad?

Puso los ojos en blanco.

—Más bien apareces en mis pesadillas, Daemon.

Sonreí, y sus labios se crisparon. Joder, si no la conociera mejor pensaría que a

ella también le gustaban nuestras pequeñas peleas. A lo mejor era tan retorcida como yo. El profesor comenzó a pasar lista y Kat se dio la vuelta. Me recliné en la silla, riendo con suavidad.

Varios alumnos seguían observándonos, lo cual hizo que recobrar un poco el buen juicio. Aunque no es que estuviera haciendo nada malo. Provocarla no iba a atraer a los Arum hacia nosotros, ni las pondría en peligro a ella o a mi hermana. Cuando sonó la campana, Kat salió corriendo de la clase como si le preocupara pillar algo. Dos chicas fueron justo detrás de ella. Se llamaban Lea y Cassie, o algo parecido. Sacudí la cabeza, tomé mi cuaderno y me dirigí hacia fuera, entre la marea de estudiantes.

Durante el cambio de clases una hora más tarde me encontré con Adam, que comenzó a caminar junto a mí.

—Hay rumores.

Arqueé una ceja. Mierda. Qué mal sonaba eso.

—¿Rumores sobre qué? ¿Sobre cómo conduce la gente los camiones? ¿Sobre que tumbar vacas es un pasatiempo de verdad? ¿O sobre que mi hermana nunca va a liarse en serio contigo?

Adam suspiró.

—Rumores sobre Katy, listillo.

Controlando mi expresión, miré directamente hacia delante mientras recorríamos los pasillos abarrotados. Los dos éramos una buena cabeza o así más altos que la mayoría. Éramos como gigantes en la tierra de los humanos.

—Billy Crump está en tu...

—¿Clase de Trigonometría? Sí, ya lo sé.

—En clase de Historia ha dicho que estabas ligando con la chica nueva —explicó Adam pasando de largo junto a un grupo de chicas que nos miraban fijamente sin disimular—. Ash lo ha oído. —Con cada segundo que pasaba, mi cabreo se volvía cada vez mayor—. Sé que Ash y tú ya no estáis saliendo.

—Sip.

Apreté los dientes.

—Pero ya sabes cómo se pone —continuó él con rapidez—. Será mejor que tengas cuidado con tu querida humana...

Me detuve en mitad del pasillo, a punto de lanzarlo a través de una pared. Los chicos se arremolinaban a nuestro alrededor, y cuando hablé fue poco más que un susurro.

—No es mi querida humana.

La mirada de Adam era resuelta.

—Pues vale. Lo que tú digas. A mí me da igual si te la llevas al vestuario y te la tiras, pero está brillando... y tus ojos también —añadió en voz baja—. Y todo esto me resulta familiar.

Me. Cago. En. Todo. ¿Mis ojos estaban haciendo eso de volverse como

diamantes? Genial. Los ojos brillantes eran el paso anterior a un Luxen recuperando su forma auténtica. ¿No sería divertido si me transformaba en un alienígena resplandeciente en mitad del pasillo del instituto? Tratando de recuperar la paciencia por la que no se me conocía, comencé a caminar y dejé a Adam atrás.

Tenía que calmarme.

Todo ese «que si sí, que si no» tenía que parar. Estaba comenzando a preguntarme si tendría doble personalidad. Dios. Debía permanecer muy alejado de Kat. Y eso la mantendría a ella alejada de los demás Luxen, especialmente de Ash.

¿En qué momento Katy se había convertido en alguien diferente de la manada, del resto de los humanos? ¿En alguien que quería conocer? ¿Había sido el día del lago? ¿El día que fuimos de paseo? ¿La noche que el Arum la atrapó? ¿O alguna de las muchas ocasiones que me había retado?

Mierda.

Adam tenía razón. Todo aquello era familiar, salvo por que habíamos mantenido esa conversación con Dawson acerca de Bethany.

Joder. Aquello no podía estar ocurriendo.

Pasé el resto de las clases aburrido de narices. El curso anterior había tratado en muchas ocasiones de convencer a Matthew para que me consiguiera un diploma escolar falsificado, pero no había tenido suerte. El Departamento de Defensa probablemente pensaba que el instituto era un privilegio para nosotros, pero lo que enseñaban no lograba mantener mi interés. Aprendíamos a un ritmo acelerado, haciendo morder el polvo a la mayoría de los humanos. Y Defensa tendría que aprobar mi solicitud para ir a la universidad si eso era lo que decidía. Joder, ni siquiera estaba seguro de que quisiera ir a la universidad. Preferiría buscar un trabajo donde pudiera trabajar en el exterior; algo que no incluyera cuatro paredes pequeñas.

Cuando llegó la hora de la comida, me sentí algo tentado de largarme. El instituto no era lo mismo sin Dawson. Su euforia por todo, por mundano que fuera, había sido contagiosa.

No tenía hambre, así que pedí una botella de agua y fui hasta nuestra mesa habitual. Me senté junto a Ash y me incliné hacia atrás, jugueteando con la etiqueta de la botella.

—¿Sabes qué? —dijo Ash, inclinándose contra mi brazo—. Dicen que lo que estás haciendo es una señal de frustración sexual.

Le guiñé un ojo.

Ella me sonrió y después volvió a girarse hacia su hermano. Así eran las cosas con Ash. Aunque habíamos salido de vez en cuando a lo largo de los años, podía ser maja... cuando le apetecía. Lo cierto era que creo que sabía en lo más profundo que realmente yo tampoco le gustaba mucho. No era como lo que Dawson y Bethany sentían el uno por el otro.

Dios, estaba pensando mucho en él ese día.

Debería estar con nosotros, el primer día de nuestro último curso. Debería estar

ahí.

Levanté la mirada y enseguida vi a Kat en la cola de la comida. Estaba hablando con Cassie, no, Carissa; la más silenciosa de las dos chicas de Trigonometría. Mis ojos cayeron hasta sus sandalias y después comenzaron a subir con lentitud.

Creo que me encantaban esos vaqueros. Le quedaban justos en los lugares correctos.

La verdad es que era increíble lo largas que parecían las piernas de Kat para ser alguien tan bajita. No era capaz de adivinar por qué me lo parecía.

Ash me puso la mano en el muslo, atrayendo mi atención. Volvieron a sonar unas campanas de advertencia: sin duda estaría tramando algo.

—¿Qué? —pregunté.

Sus ojos brillantes se clavaron en los míos.

—¿Qué estás mirando?

—Nada. —Me concentré en ella; cualquier cosa para mantener su interés alejado de Kat. Por muy guerrera que fuera la gatita, no era rival para Ash. Aparté la botella a un lado y moví las piernas hacia ella—. Estás muy guapa hoy.

—¿Ah, sí? —Me dirigió una amplia sonrisa—. Pues tú también. Claro que tú siempre estás delicioso.

Miró por encima del hombro, y a continuación se giró para subirse a mi regazo con mayor rapidez de lo que debería haber hecho en público.

Un par de chicos de la mesa vecina tenían aspecto de estar dispuestos a cambiar a sus madres por estar en mi lugar.

—¿Qué estás tramando?

Mantuve las manos quietas.

—¿Por qué piensas que estoy tramando algo? —Presionó el pecho contra el mío y me habló al oído—. Te echo de menos.

Sonreí, calándola de inmediato.

—No es verdad.

Ella frunció los labios y me dio una palmada juguetona en el hombro.

—Vale. Hay algunas cosas que echo de menos.

Estaba a punto de decirle que tenía una idea bastante aproximada de lo que eran aquellas cosas, cuando el grito de júbilo de Dee me detuvo.

—¡Katy! —exclamó. Maldije entre dientes y noté que Ash se quedaba rígida contra mi cuerpo—. Siéntate con nosotros —continuó Dee, dándole un golpecito a la mesa—. Estábamos hablando de...

—Un momento —dijo Ash, dándose la vuelta. Podía imaginar la expresión en su rostro. Labios apretados, ojos entrecerrados. Todo ello equivalía a malas, muy malas noticias—. Lo de invitarla a que se siente con nosotros es una broma, ¿no?

Me concentré en el dibujo de la mascota del Instituto de Petersburgo; un vikingo rojo y negro, con cuernos y todo. «Por favor, no te sientes».

—Cállate, Ash —dijo Adam—. Qué ganas de montar el numerito.

—No estoy montando ningún numerito. —El brazo de Ash se tensó alrededor de mi cuello, como una boa constrictor—. No tiene por qué sentarse con nosotros.

Dee suspiró.

—Ash, no seas bruja. No quiere robarte a Daemon.

Levanté las cejas, pero seguí rezando. «Por favor, no te sientes». Apreté la mandíbula. «Por favor, no te sientes aquí». Si lo hacía, Ash se la comería viva solo por puro rencor. Jamás comprendería a las chicas: Ash ya no quería estar conmigo, en realidad no, pero ni de coña iba a permitir que nadie más lo estuviera.

Su cuerpo comenzó a vibrar con suavidad.

—Eso no es lo que me preocupa. De verdad.

—Siéntate y no le hagas caso —le dijo Dee a Katy, con la voz tensa a causa de la exasperación—. Ya se le pasará.

—Pórtate bien —le susurré al oído a Ash, lo bastante bajo como para que solo ella lo oyera. Me golpeó el brazo con tanta fuerza que iba a salirme un moratón. Apreté la mejilla contra su cuello—. Lo digo en serio.

—Haré lo que me dé la gana —siseó. Y eso era lo que haría. Algo peor que lo que estaba haciendo en esos momentos.

—No sé si es buena idea —dijo Kat, y sonó increíblemente pequeña e insegura.

Cada pensamiento estúpido e idiota de mi cabeza me exigía que tirara a Ash de mi regazo y me llevara a Kat de allí, lejos de lo que seguro que iba a acabar siendo algo horrible.

—No lo es —le espetó Ash.

—Cállate —dijo Dee—: Perdóname por relacionarme con brujas como esta.

—¿Seguro? —preguntó Kat.

El cuerpo de Ash comenzó a temblar y se calentó. Su piel estaría demasiado cálida para que un humano la tocara sin darse cuenta de que había algo diferente, de que algo iba mal. Noté que estaba perdiendo el control. Era poco probable que se expusiera, pero parecía lo suficientemente enfadada como para causar algún daño.

Giré la cabeza para mirar a Kat por primera vez desde que la había visto en la cola. Pensé en la conversación en el porche, cuando me había sonreído. Pensé en cómo había reaccionado al contarle la leyenda de Snowbird. Y ya sabía que iba a odiarme a mí mismo por lo que estaba a punto de decir, porque no se lo merecía.

—Creo que está bastante claro si queremos que te quedes o no.

—Daemon —dijo mi hermana, con los ojos llenos de lágrimas, y ahora ya era oficial. Era irrevocablemente un gilipollas—. No lo dice en serio...

—¿Lo dices en serio o no, Daemon? —preguntó Ash, girándose hacia mí.

Mantuve la mirada fija en la de Kat, y me tragué cada pensamiento confuso y contradictorio que tenía. Debía marcharse antes de que pasara algo jodido.

—Lo digo totalmente en serio. No te queremos aquí.

Kat abrió la boca, pero no dijo nada. Sus mejillas habían estado sonrosadas, tal como me gustaban, pero el color enseguida se desvaneció. La furia y la vergüenza

llenaron sus ojos grises, que relucían bajo las brillantes luces de la cafetería. Noté una aguda punzada en el pecho, y tuve que apartar la mirada, pues esa expresión en sus ojos era culpa mía. Apreté la mandíbula y volví a centrarme en esa estúpida mascota por encima del hombro de Ash.

En esos momentos, quería pegarme un puñetazo en la cara.

—Venga, pírate —dijo Ash.

Sonaron algunas risitas, y la furia me golpeó como un látigo, calentándome la piel. Era ridículo que me enfadara porque la gente se riera cuando había sido yo quien la había humillado y herido más que nadie.

El silencio cayó sobre la mesa, y el alivio era inminente. Tenía que estar a punto de marcharse. No había forma de que...

Una cosa fría, húmeda y blanda me cayó sobre la cabeza. Me quedé paralizado, lo suficientemente consciente como para no abrir la boca si no quería comer... ¿espaguetis? ¿Me había...? Los espaguetis cubiertos de salsa se deslizaron por mi cara y aterrizaron sobre mis hombros. Uno de ellos quedó colgando de mi oreja y me dio en el cuello.

Joder. Me quedé boquiabierto, y giré la cabeza lentamente para mirarla. Una parte de mí estaba realmente... impresionada.

Ash saltó de mi regazo, chillando mientras estiraba las manos.

—Serás...

Me quité uno de los espaguetis de la oreja y lo tiré sobre la mesa mientras miraba a Kat por debajo de las pestañas. La risa me salió antes de que pudiera detenerla. Bien por ella.

Ash bajó las manos.

—Voy a acabar contigo.

Mi buen humor se desvaneció. Me levanté de un salto y le pasé un brazo por la cintura.

—Tranquilízate. Te lo digo en serio: cálmate.

Trató de apartarse de mí.

—Te juro por las estrellas y por los soles que acabaré contigo.

—¿Y eso qué quiere decir? —Kat cerró las manos en puños, fulminando con la mirada a Ash, a pesar de que era más alta que ella, como si no estuviera ni un poco asustada de ella, y debería estarlo. La piel de Ash era abrasadora, y vibraba justo debajo de la superficie. En ese momento, realmente comencé a temer que hiciera algo estúpido y nos revelara en público—. ¿No será que ves demasiados dibujos animados, bonita?

Matthew caminó hasta nuestra mesa y fijó los ojos en los míos durante un momento. Íbamos a tener que hablar más tarde.

—Creo que ya es suficiente —dijo.

Sabiendo que no debía discutir con Matthew, Ash se sentó en su asiento y tomó un puñado de servilletas. Trató de limpiar el desastre, pero no sirvió de nada. Estuve a

punto de reírme otra vez cuando comenzó a atacar su camiseta. Me senté y me quité un puñado de espaguetis de los hombros.

—Creo que será mejor que se vaya a comer a otra parte —le dijo Matthew a Katy, con la voz lo suficientemente baja como para que solo la gente de nuestra mesa la oyera—. Ahora mismo.

Levanté la mirada y observé a Kat mientras recogía su mochila. Dudó, y después asintió con la cabeza, como si estuviera aturdida. Se giró rígidamente y salió a zancadas de la cafetería. Mi mirada la siguió durante todo el camino, y vi que mantenía la cabeza bien alta.

Matthew se apartó de la mesa, probablemente para hacer control de daños. Me froté el dorso de la mano por la mejilla pegajosa, incapaz de detener una risa suave.

Ash volvió a pegarme.

—¡No tiene gracia! —Se puso en pie, y las manos le temblaban—. No puedo creer que te parezca gracioso.

—Es que lo es. —Me encogí de hombros y tomé mi botella de agua. No es que no nos lo mereciéramos. Miré al otro lado de la mesa y vi a mi hermana observándome fijamente—. Dee...

Las lágrimas se acumularon en sus ojos mientras se levantaba.

—No puedo creer que hayas hecho eso.

—¿Qué esperabas? —dijo Andrew.

Ella le lanzó una mirada mortal, y después dirigió los ojos hacia mí.

—Eres un imbécil. Eres un verdadero imbécil, Daemon.

Abrí la boca para responder, pero ¿qué podía decir? Sí que era un imbécil. Había actuado como un gilipollas, y eso era algo que no podía justificar. Dee tenía que comprender que era lo mejor, pero cuando cerré los ojos vi el dolor en los de Kat, y ya no estaba tan seguro de haber hecho lo correcto... Al menos, lo correcto para ella.

CAPÍTULO 13

Dee estaba haciéndome el vacío, aunque no podía decir que me sorprendiera. Me lo merecía después de lo que había pasado durante la comida, pero creo que si me devorasen sería mejor que la mirada envenenada y fulminante que me dirigió cuando salí para patrullar.

Ni de broma iba a conseguir sacar la salsa de los espaguetis de la camiseta.

Salí fuera, bajo la luz del crepúsculo, crucé el jardín y entré en el bosque. Esperé hasta haberme internado unos cuantos metros en la densa espesura para comenzar a correr, y no en versión humana. Tomé velocidad, disolviéndome en una forma hecha solo de luz, y corrí sobre los árboles caídos y las rocas, alejándome cada vez más y más de casa. La sensación de correr con mi forma auténtica era como un rayo: poderosa, rápida y estimulante. Además, requería una increíble concentración, o de lo contrario acabaría estampándome directamente contra un árbol. Una vez me pasó, y una semana después todavía seguía arrancándome los trozos de corteza de la piel.

«No te queremos aquí».

Joder. El pensamiento indeseado rompió mi concentración, así que patiné para detenerme cuando llevaba varios kilómetros, levantando tierra suelta y piedrecillas.

Cerré los ojos, volví a adoptar mi forma humana y estiré los brazos por encima de la cabeza. Aflojé los músculos y vacié la mente. Fue más difícil esa vez. A continuación, unos pocos segundos después, me desprendí de mi forma humana. Una luz blanca teñida de rojo se reflejó en los troncos en sombras de los árboles y la hierba.

La libertad volvió a inundarme.

Me moví hacia delante, viendo el mundo a mi alrededor con una claridad cristalina. Mi cuerpo emitía calor, y tuve cuidado de no quedarme en una misma zona demasiado tiempo. Me moví silenciosamente a través del bosque, cubriendo kilómetros en cuestión de minutos. Pronto estuve cerca del pueblo, donde probablemente encontraría a algún Arum.

Peiné el condado, y no pude evitar pensar en cuando Dawson había estado ahí fuera. Había sido durante el invierno, justo antes de que Bethany llegara y todo se fuera al diablo. Había encontrado a un Arum, y este casi se lo había cargado.

Hubiera drenado a Dawson, dejándolo seco de todo lo que nos convertía en lo que éramos, de no ser por mi aparición. Pero yo no había estado ahí cuando realmente importaba. Haberle salvado la vida antes no significaba una mierda cuando había acabado perdiéndola al final.

Me quedé fuera hasta tarde, y volví a adoptar mi forma humana justo antes de salir del bosque para volver a casa, bastante después de la medianoche. En lugar de entrar por la puerta trasera, caminé hasta la parte de delante y eché un vistazo hacia la casa que se hallaba junto a la mía.

La luz de la habitación estaba encendida.

Kat estaba despierta aunque fuera tarde.

Probablemente tendría la nariz metida en algún libro, viviendo en algún mundo de fantasía inventado, mientras que yo estaba ahí fuera, viviendo en un auténtico mundo de fantasía.

No podía haber dos personas más diferentes.

¿Personas?

Me reí, pero fue una risa seca y desprovista de humor. Ni siquiera éramos de la misma especie, joder, y aun así, en ese momento, mientras subía los escalones del porche sabiendo que estaba despierta, me sentí más cerca de ella de lo que me había sentido con nadie desde hacía mucho tiempo.

Dios, ese era un problema enorme.

Tenía que acabar de verdad con todo. Tenía que conseguir que permaneciera alejada de Dee, y yo tenía que permanecer alejado de ella.

Sabía lo que debía hacer.

* * *

A la mañana siguiente, salí del porche de camino al instituto y me detuve al oír el motor de Kat, que gruñía mientras ella trataba de encenderlo sin éxito. El sonido me resultaba familiar: la batería había muerto. Conociéndola, probablemente habría dejado la luz encendida.

El capó produjo un ruido mientras ella lo abría desde dentro. A continuación, Kat abrió la puerta del conductor, salió y caminó hasta la parte delantera del coche. Los vaqueros desteñidos que llevaba deberían ser ilegales.

Se agachó para rodear los bordes con los dedos, se tensó y después miró en mi dirección. Con una sonrisita, levanté la mano y agité los dedos. Ella entrecerró los ojos.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Nada.

Siguió mirándome fijamente durante un momento más, y entonces se giró hacia su coche, levantó el capó y lo enganchó en su sitio. Después dio un paso hacia atrás, se puso las manos en las caderas y miró el motor.

Mi sonrisa se ensanchó.

Llevó la mano hasta el motor y toqueteó los cables, como si aquello fuera a servirle de algo, y su coleta se balanceó por el esfuerzo. Estaba bastante mona. Desesperada, pero mona. Rodeó el capó con los dedos y se inclinó hacia dentro. Esa

maldita escayola que llevaba era una monstruosidad enorme.

Por supuesto, mi mirada se clavó directamente en cierto atributo suyo.

Conseguí apartar la mirada antes de que se me cayeran los ojos. Caminé hasta mi coche, abrí la puerta del copiloto y dejé los libros sobre el asiento. Cerré la puerta y después crucé la pequeña extensión de césped hasta su camino de entrada.

Kat se puso rígida, pero me ignoró mientras yo recorría el lateral del coche.

—No creo que trastear con los cables vaya a servir de nada.

Ella soltó el capó y me fulminó con esos ojos de tormenta.

—¿Eres mecánico o algo? ¿Tienes algún talento oculto con los coches del que no sé nada?

Me reí entre dientes.

—En realidad, no sabes nada acerca de mí.

Apretó los labios.

—Eso lo considero una bendición.

—Seguro que sí —murmuré mientras me acercaba más a la parte delantera de su coche, obligándola a dar un paso atrás.

Suspiró.

—Hola. Ahí estaba yo.

Le guiñé un ojo.

—Pero ya no estás. —Utilicé el cuerpo para ocultar lo que estaba haciendo, pasé las puntas de los dedos por la batería y envié un rayo de energía de alto voltaje a su interior—. En fin, ¿podrías probar otra vez a ponerlo en marcha?

—¿Por qué?

—Porque sí.

—No va a funcionar.

Me giré hacia ella y le dirigí una sonrisa tensa.

—Tú pruébalo, gatita.

Sus mejillas se ruborizaron.

—No me llames así.

—No te llamaría así si te sentaras en tu coche para ponerlo en marcha —repliqué con tono razonable.

—Dios santo —rezongó, y se dio la vuelta. Fue a zancadas hasta la puerta del conductor—. Pues vale.

Arqueé una ceja mientras ella prácticamente se tiraba dentro del coche y hacía girar el contacto. La batería cobró vida y el motor se encendió, arrancando el coche. Lástima que el capó ocultara el parabrisas, porque habría pagado mucho dinero por verle la cara. Pero, una vez dicho eso, lo cierto era que no tenía tiempo para aquellas chorradas. Aquella no era una parte del plan que había diseñado la noche anterior para alejarla aún más.

Solté un suspiro, bajé la barra y el capó y lo cerré.

Kat me miraba por el parabrisas, con los labios separados.

—Nos vemos en clase. —Hice una pausa, y no pude resistirme a añadir—: Gatita. Sonreí mientras la oía chillar.

* * *

Cuando entré sin prisa en clase de Trigonometría, más tarde aquella misma mañana, lo primero que noté fue que llevaba el pelo suelto, aunque por la mañana lo llevaba recogido, y el hecho de que me hubiera dado cuenta del cambio se salía de los límites de la escala de lo jodido que estaba todo. Me gustaba con el pelo suelto. Era largo, y tenía un aspecto un tanto salvaje, como si siempre se encontrara en estado de rebelión.

Tenía que dejar seriamente de pensar en su pelo como si este tuviera personalidad.

Kat estaba hablando entre susurros con las dos chicas, Carissa y la del pelo rizado, Lesa. Sí, aquellos eran sus nombres. Cerraron las bocas de golpe, las tres, en cuanto me vieron aparecer.

Interesante.

Kat se mordió el labio mientras se hundía en la silla.

Aún más interesante.

Me abrí camino junto a ella y las dos chicas, y ocupé mi asiento justo detrás de Kat. Carissa se dio la vuelta para mirar al frente, mientras que Lesa no dejaba de echar vistazos por encima del hombro.

Hum.

Tenía un plan para ocuparme de Kat, y necesitaba ceñirme a dicho plan.

Saqué el bolígrafo del cuaderno y la pinché en la espalda. Ella se puso rígida, pero no se dio la vuelta, así que volví a pincharla, esa vez con un poco más de fuerza. Se dio la vuelta con rapidez, y su pelo largo y oscuro voló a su alrededor.

—¿Qué?

Sonreí ante la irritación de su tono de voz. Tras ella, podía ver que todo el mundo nos miraba. Probablemente estuvieran preocupados de que fuera a sacar otro plato de comida, quizá tortitas con sirope esta vez, y tirármelo sobre la cabeza.

Bajé la barbilla y la mirada.

—Me debes una camiseta nueva. —La mandíbula se le desencajó—. Resulta —continué en voz baja— que las manchas de salsa de tomate no siempre se van.

Sus labios se separaron.

—Seguro que tienes camisetas de sobra.

—Pues sí, pero la de ayer era mi favorita.

—¿Tienes una camiseta favorita?

Arrugó la nariz. Qué mona.

Mierda. No era mona.

—Y creo que también te cargaste la camiseta favorita de Ash —señalé.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—Bueno, seguro que habrás sabido consolarla en tan traumática situación.

—No sé si se recuperará —respondí secamente. Kat puso los ojos en blanco y comenzó a darse la vuelta. «El plan... cíñete al plan»—. Oye, que me debes una. Otra vez.

Sonó la campana mientras me miraba fijamente.

—Yo a ti no te debo nada.

Incliné el pupitre hacia abajo y me acerqué más a ella. Nuestras bocas estaban separadas tan solo por unos pocos centímetros.

—No estoy de acuerdo. —Y a continuación, porque al parecer se me daba de pena ceñirme al plan, añadí—: No eres como yo esperaba que fueras. Para nada.

Su mirada bajó hasta mi boca.

—¿Y qué esperabas, exactamente?

Cientos de cosas que no era.

—Tú y yo tenemos que hablar.

—No tenemos nada de qué hablar.

Observé sus labios mientras formaban esas palabras, y entonces levanté los ojos hasta los suyos.

—Sí. Esta noche.

La punta de su lengua salió de su boca, humedeciendo el labio superior. Joder, eso me afectaba en un montón de zonas. Mis dedos se tensaron en el borde del pupitre. Kat asintió con la cabeza y después se dio la vuelta con lentitud. La satisfacción me inundó, así que sonreí tensamente.

Y entonces me di cuenta de que el profesor y el resto de la clase estaban mirándonos fijamente. Oh, vaya. Bajé el pupitre hasta dejarlo otra vez sobre sus cuatro patas. Alguien se aclaró la garganta, y el profesor comenzó a pasar lista. Aparté los dedos uno por uno del borde del pupitre.

Estaba claro como el agua: el borde del pupitre estaba hundido en ocho zonas distintas. Se había fundido, como si se hubiera acercado demasiado a un calor extremo. Sin necesidad de comprobarlo, supe que las marcas encajarían con mis dedos.

* * *

Matthew me abordó después de clase. Quería saber cómo estaba manejando la situación entre Ash y Kat. Estaba preocupado de verdad de que Ash fuera a hacer algo que pudiera dañar a Kat y exponernos potencialmente.

Yo no estaba tan seguro al respecto.

Si Kat le hubiera tirado comida encima a Ash en algún lugar más privado, sí, entonces era muy probable que Ash hubiera tratado de freírla. Y aunque esta tenía el potencial de convertir la vida de Kat en el instituto en un infierno total, me gustaba

pensar que se daba cuenta de que Dee no lo permitiría.

Yo no lo permitiría.

Sin embargo, lo que había pasado en la cafetería reforzaba las posibilidades de que ocurrieran cosas malas cuanto más tiempo pasara Kat junto a nosotros. Ya la había atacado un Arum, y aquello podría volver a pasar... volvería a pasar. No era necesariamente culpa de Kat. De hecho, ni siquiera era su culpa en absoluto: no comprendía las dinámicas de aquello en lo que se estaba metiendo.

Dee había tenido amigos humanos anteriormente, pero eran más como conocidos, gente a la que no estaba demasiado unida. Pero Kat era diferente. Si no viviera en la casa de al lado, y además tan cerca de la colonia, entonces tal vez no supondría un problema tan grande.

Tal vez yo no hubiera pensado dos veces en ella.

Pero las cosas no eran así. El instituto ya había comenzado, y había otra gente de la que Kat podía hacerse amiga. Dee acabaría superándolo, y todo volvería a la normalidad.

Ya era hora de que dejara de hacer el idiota con todo ese asunto.

Eran casi las ocho cuando llamé a la puerta de Kat. El coche de su madre no se encontraba en el camino de entrada, y por alguna razón, mientras caminaba hasta la barandilla, me pregunté si aquello sería por lo que a Kat le gustaba tanto leer. Si su madre nunca estaba por ahí, supuse que debía de sentirse sola.

O a lo mejor simplemente le gustaba mucho leer.

La puerta se abrió y Kat salió al porche. Abrí la boca, pero la cerré de inmediato. Había cambiado desde que la había visto en clase. Y ya no era solo porque le faltaba la escayola, que por suerte ya le habían quitado. Se había puesto un vestido; un vestido de un azul pálido con finos tirantes y un dobladillo de encaje que exhibía sus piernas y la curva de sus hombros.

Seguía teniendo el pelo suelto, cayendo en cascada por su espalda, y mientras cerraba la puerta tras ella me costó mucho concentrarme en por qué demonios había ido a verla.

Caminó hasta mí, y la luz de la luna se deslizó por su mejilla mientras levantaba la mirada para cruzarla con la mía.

—¿Está Dee en casa?

—No. —Levanté la mirada hasta las estrellas que cubrían el cielo. En cualquier caso, Dee volvería pronto—. Se ha ido a ver el partido con Ash, pero no creo que se quede mucho rato. —Me giré hacia ella—. Le he dicho que había quedado contigo esta noche. Creo que vendrá pronto para comprobar que no nos hemos estrangulado mutuamente.

Kat apartó la mirada, pero vi su sonrisa.

—Bueno; si no me estrangulas, entonces será Ash la que te estrangule a ti.

—¿Por lo de los espaguetis? —pregunté.

Me lanzó una larga mirada.

—Bueno, parecías estar bastante cómodo con ella en el regazo.

—Ah, ya veo. —Me aparté de la barandilla—. Ahora lo entiendo.

—¿Ah, sí?

—Estás celosa.

—Ya, claro. —Se rio mientras se daba la vuelta y bajaba los escalones—. ¿Por qué iba a estar celosa?

La seguí, disfrutando de la vista.

—Porque pasamos tiempo juntos.

—Que pases tiempo con ella no es motivo para que esté celosa, especialmente teniendo en cuenta que tú pasaste tiempo conmigo por obligación. —Hizo una pausa y negó con la cabeza—. ¿De eso es de lo que querías hablar?

Me encogí de hombros.

—Anda, vamos a dar una vuelta.

Se alisó el vestido con las manos, y me pregunté si se lo habría puesto para mí.

—Es un poco tarde, ¿no?

—Pienso y hablo mejor cuando camino. —Le ofrecí una mano—. Si no, me convierto en el Daemon gilipollas que tan poco te gusta...

—Ja, ja. —Su mirada se dirigió hasta mi mano extendida—. Oye, no pienso darte la mano.

—¿Por qué no?

—Porque no me gustas y no pienso ir de la mano contigo.

—*Touché*. —Me llevé la mano al pecho—. Ahí te has pasado.

Resopló.

—No vas a llevarme hasta el bosque para luego dejarme allí tirada, ¿no?

Me agarré el pecho, como si estuviera herido.

—Bueno, creo que como venganza no estaría nada mal, pero no, no voy a hacer eso. Creo que no durarías mucho tú sola por ahí. Alguien tendría que rescatarte.

—Gracias por el voto de confianza.

Le dirigí una sonrisa, pero enseguida se desvaneció. No habría más sonrisas entre nosotros tras aquella noche. Caminamos en silencio, cruzando la carretera principal e internándonos en el bosque, donde la luz de la luna apenas atravesaba los gruesos árboles. Caminamos lado a lado, y era difícil no ser consciente de ella.

—Ash no es mi novia —dije al fin, y ni siquiera sabía por qué se lo estaba contando—. Antes salíamos juntos, pero ahora solo somos amigos. Y antes de que me lo preguntes, no somos amigos con derecho a roce, aunque ayer se me hubiera sentado encima. No sé explicar por qué lo hizo.

—¿Y por qué dejaste que lo hiciera? —preguntó ella.

—Pues no lo sé. Supongo que porque soy buen chico. ¿Te vale esa razón?

—No.

Estaba mirando el suelo que pisaba.

—Ya me lo figuraba.

Pasé junto a una rama rota que estaba tirada.

—Bueno, yo... siento lo que pasó en la cafetería.

Se tropezó.

Lancé la mano hacia delante y la sujeté por el brazo bueno. En cuanto volvió a enderezarse, retrocedió y cruzó los brazos por delante de la cintura. Tenía la cara en sombras, pero su expresión era dolorida.

—Oye, Kat.

Miró en mi dirección.

—Me humillaste.

—Ya lo sé.

—No; creo que no lo sabes. —Comenzó a caminar, y se cubrió los codos con las manos—. Y me pusiste de muy mal humor. No te entiendo: a veces no eres mal tío y otras, eres lo peor.

La miré durante un momento mientras se alejaba. Todo aquello sería mucho más fácil cuando ya estaba enfadada conmigo. Me merecía esa furia, pero no me hacía demasiada gracia.

—Bueno, pero he hecho méritos, ¿no? —La alcancé con facilidad, echando un ojo a las rocas y las raíces expuestas—. Por lo del lago y el paseo del otro día. ¿No he ganado puntos por salvarte la vida aquel día?

—Hiciste méritos ante tu hermana —dijo—. No ante mí. Y, si por mí fuera, el contador se te habría quedado casi a cero.

—Pues qué mal; lo digo en serio.

Dejó de caminar.

—¿De qué estamos hablando ahora?

—Mira, de verdad que lo siento. —Solté un largo suspiro—. Nos hemos portado muy mal contigo y no te lo mereces.

Me examinó en la creciente oscuridad, y pasó un momento.

—Siento lo de tu hermano, Daemon.

Me quedé inmóvil, pues me había pillado con la guardia completamente baja. Yo nunca le había hablado de Dawson. Era evidente que Dee debía de haberlo hecho en algún momento, pero sabía que ella no se lo habría contado todo. Cómo debería haberle advertido que permaneciera alejado de Bethany. Cómo era todo culpa mía, por no haber mantenido a mi hermano a salvo.

—Tú no tienes ni idea de lo que le pasó a mi hermano.

—Lo único que sé es que desapareció...

Mi mano se abrió y se cerró a mi costado. ¿Que desapareció? ¿Eso era lo que le había contado Dee? Pero no importaba.

—Fue hace mucho tiempo.

—El año pasado, ¿no? —preguntó con voz amable.

—Sí, es verdad. Tienes razón. Tengo la sensación de que fue hace más tiempo. —Dirigí la mirada hasta los fragmentos de cielo oscuro que se asomaban entre las

gruesas ramas—. ¿Cómo te has enterado de lo de mi hermano?

Transcurrió un momento antes de que respondiera.

—Bueno, me lo comentaron en clase. Me llamó la atención que ni Dee ni tú me hubierais hablado de él ni de esa chica.

¿Así que Dee no había sacado el tema? Interesante.

—¿Tú crees que tendríamos que haberte hablado de eso?

—No lo sé —respondió en voz baja—. Es algo bastante fuerte de lo que creo que es normal hablar...

Comencé a caminar otra vez, pero mis movimientos eran rígidos.

—No nos gusta hablar del tema, Kat.

—No he querido meterme donde no me llaman.

—¿Ah, no? —Una frustración familiar comenzó a crecer dentro de mí. Sabía que no debía descargar mi furia sobre Kat, pero tal vez aquella fuera la ocasión perfecta para alejarla de mí de una vez por todas—. Mi hermano ha desaparecido, la familia de esa pobre chica probablemente jamás vuelva a verla... ¿Y tú quieres saber por qué nadie te ha dicho nada?

—Perdóname, es que todo el mundo es tan... reservado. No sé nada de vuestra familia, por ejemplo. Nunca he visto a vuestros padres, Daemon. Y Ash me odia porque sí, sin motivo. Y es raro que dos familias con trillizos se hayan mudado justamente aquí a la vez —continuó, demostrando que alguien había estado hablando con ella. Probablemente fueran esas dos chicas de clase de Trigonometría—. Ayer te tiré una bandeja de comida por la cabeza y no me pasó nada; algo insólito. Además, resulta que Dee tiene un novio del que nunca me había hablado. La gente del pueblo es rara; mira a Dee como si fuera una princesa o como si tuviera miedo de ella. Y encima se me quedan mirando; por no hablar de...

—Lo dices como si todas estas cosas estuvieran relacionadas.

—¿Lo están?

—¿Por qué iban a estarlo? Quizá estás un poco paranoica. Yo también lo estaría si acabara de mudarme y alguien me hubiera atacado.

—¿Lo ves? Ya lo estás haciendo otra vez —dijo prácticamente gritando, mientras me seguía hacia la profundidad del bosque—. Te has puesto nervioso porque te he hecho una pregunta. Dee hace exactamente lo mismo.

—¿Y no crees que lo hacemos porque sabemos que lo has pasado mal y no queremos empeorar las cosas? —repliqué.

—¿Y por qué ibais vosotros a empeorar las cosas?

Bajé la velocidad y respiré hondo mientras llegábamos al claro y el lago aparecía a la vista. Aquello se me estaba yendo mucho de las manos.

—No lo sé. Supongo que no podemos.

Kat negó con la cabeza mientras miraba fijamente al agua. Las estrellas se reflejaban en la superficie inmóvil, y odié haberla llevado hasta allí para lo que pretendía hacer. Ya no vería aquel lugar como un puerto seguro de paz y tranquilidad.

—Hubo momentos del día que fuimos al lago en que lo pasé bastante bien —le dije en voz baja. Quería que lo supiera. No es que fuera a importar cuando todo acabara, pero necesitaba que lo supiera.

Se giró hacia mí.

—¿Eso fue antes de que te convirtieras en Aquaman?

Mis hombros se tensaron mientras levantaba la mirada hasta el cielo. Por primera vez en mucho tiempo, pensé en casa; en nuestra casa real, y en lo diferentes que serían las cosas... lo diferentes que deberían ser.

—El estrés hace que veas cosas que en realidad no han sucedido.

—No; no es verdad —dijo con firmeza—. Aquí hay gato encerrado.

—¿Otra gatita que no eres tú?

Su cuerpo emanaba irritación.

—¿De qué querías hablar, Daemon?

Levanté el brazo y me agarré la nuca. Ya era hora de acabar con aquel asunto.

—Lo que pasó ayer en la cafetería es solo el principio. No puedes ser amiga de Dee. Por lo menos, no el tipo de amiga que tú quieres ser.

Me miró fijamente.

—¿Estás hablando en serio?

Bajé la mano.

—No estoy diciendo que dejes de ser amiga de Dee; solo que te retires un poco. Puedes ser amable, hablar con ella en el instituto y todo eso; pero no vayas más allá de lo correcto. Solo conseguirás empeorar las cosas para ella y para ti.

Transcurrió un largo momento.

—¿Me estás amenazando, Daemon?

Bajé la mirada hasta la suya y me preparé.

—No. Solo te estoy diciendo cómo van a ser las cosas a partir de ahora. Tendríamos que volver ya.

—No —replicó ella—. ¿Por qué no puedo ser amiga de tu hermana?

Tensé la mandíbula.

—No tendrías que estar aquí conmigo.

Aquello era un error, porque no me gustaba... no, odiaba hacerlo. Podía ser muy malo si quería, pero aquello... aquello no era propio de mí. La frustración se convirtió en un estallido de energía acalorada, moviendo las hojas caídas y revolviendo el pelo de Kat.

—Tú no eres como nosotros —continué, y después seguí insistiendo. Crucé todas las líneas que conocía para asegurarme de que le quedara claro—. No te pareces en nada a nosotros. Dee se merece algo mejor; tiene que estar con gente que sea como ella. Así que olvídate de mí. Y deja a mi familia en paz.

Kat dio un respingo, como si le hubiera dado un golpe físico, y lo cierto es que lo que había hecho era mucho peor que algo físico. Dio un paso hacia atrás, pestañeando con rapidez.

Entonces sellé el trato.

—Querías saber el motivo. Pues ahí lo tienes.

—¿Por qué... —se le rompió la voz— me odias tanto?

Perdí el control durante un momento, e hice una mueca de dolor. No la odiaba. Dios, ojalá fuera así, pero no la odiaba, y ver las lágrimas que se acumulaban en sus ojos me mataba.

Y entonces, porque era de todo menos débil, se recuperó.

—¿Sabes qué? ¡Que te den, Daemon!

Aparté la mirada, moviendo la mandíbula.

—Kat, no puedes... —Apartó la vista.

—¡Cállate! —siseó—. No digas nada.

Pasó junto a mí y se dirigió a zancadas por el camino que habíamos recorrido. Estaba demasiado oscuro como para que lo atravesara sin caerse de culo.

—Kat, espérame, por favor. —Por supuesto, no me escuchó—. Vamos, Kat, no vayas tan deprisa, que vas a perderte. ¡Por lo menos coge la linterna!

Aceleró el ritmo, y entonces echó a correr. La necesidad de seguirla era difícil de ignorar, y podría haberla alcanzado fácilmente, pero no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que quería tanto espacio entre nosotros como fuera posible.

Le había hecho daño. Esta vez le había hecho daño de verdad, y la herida era muy profunda. Cualquier cosa que le hubiera dicho antes no era nada en comparación con lo que acababa de decirle. Tenía la sensación de que por fin había logrado mi misión, pero no sentí la más mínima satisfacción.

La oí tropezar y soltar un gruñido. Sentí una llamarada de preocupación y aceleré el ritmo.

—¡Kat!

Me ignoró una vez más y siguió avanzando rápidamente. La carretera estaba más adelante, y entonces rompió a correr. Yo estaba ya cerca de ella, tan solo unos pocos metros por detrás, y vi que levantaba las manos y se frotaba la cara con ellas.

Estaba llorando.

La había hecho llorar.

Llegó hasta la carretera y el corazón se me detuvo. Grité su nombre, pero era imposible que reaccionara con la rapidez suficiente. Era demasiado tarde.

Se había puesto justo enfrente de un camión en marcha.

CAPÍTULO 14

Las dos brillantes luces de los faros delanteros envolvieron el cuerpo de Kat, y el ruidoso rugido del camión me llenó la cabeza. Levantó los brazos, como si estuviera tratando de protegerse. La vi dentro de mi cabeza, rota y destruida sobre el asfalto caliente. El fuego y la vida de sus ojos grises apagados para siempre. La rabia me envolvió.

No dudé.

Invocé la Fuente y destrocé todas las reglas de nuestra especie en un nanosegundo. Por Kat.

El estallido de energía fue tan puro y poderoso que calentó el aire a nuestro alrededor. Estalló un trueno que reverberó por todo el valle, y el camión se detuvo. Todo en el vehículo y en su interior simplemente se detuvo, suspendido en el tiempo. El suelo tembló bajo mis pies y se movió hacia delante.

Fatigado, contuve el vehículo invocando todo lo que había en mi interior. Unos pequeños estallidos de luz rodeaban el camión. El conductor estaba congelado. El tiempo estaba congelado, salvo para mí y para Kat.

Mi cuerpo empezó a temblar por el esfuerzo, y el mundo adquirió un tinte blanquecino.

Kat bajó las manos y se dio la vuelta con lentitud. Tenía los ojos muy abiertos mientras se llevaba una mano al pecho. Dio un paso hacia atrás.

—Ay, Dios mío...

No podía seguir conteniendo el camión mientras siguiera con mi forma humana. Sabía que mis ojos ya estaban brillantes, iridiscentes. Tenía que tomar una decisión. En cualquier segundo, iba a perder el control y el camión continuaría su camino original y saldría disparado hacia Kat. O bien podía poner a Kat, a Dee y a mi raza aún más en peligro exponiéndonos. Pero al menos Kat seguiría con vida, durante el tiempo que sobreviviera a los Arum. No dudé al tomar mi decisión.

El cambio sucedió de forma casi inmediata, comenzando primero con mis venas. Una intensa luz blanca las llenó y después me bañó entero, reemplazando mi ropa y mi piel humana. El temblor fue más allá de mis brazos; recorrió mi pecho y bajó por mi cuerpo. El poder se propagó desde mi cuerpo y cubrió a Kat.

Y entonces estuve por completo en mi auténtica forma, iluminando la maldita carretera.

Kat estaba viéndome tal como era en realidad.

En la distancia oí que Dee gritaba, pero no podía permitirme perder la

concentración; no hasta que sacara a Kat del camino de la muerte.

Miró de nuevo al camión. El vehículo estaba temblando, y también el conductor. No sería capaz de sostenerlo durante mucho más tiempo, ni de mantener al conductor suspendido. Le dejaría un rastro, un rastro enorme, y también a Kat. Pero no podía preocuparme por el conductor. Su matrícula de otro estado significaba que, una vez que quedara descongelado, se marcharía muy lejos.

El motor del camión rugió, tratando de avanzar, y empleé aún más la Fuente. Mientras la energía me recorría el cuerpo, una bola de calor intenso creció en mi estómago, amenazando con hacerme arder. Nuestra especie podía canalizar energía en forma de luz, pero hasta nosotros teníamos límites.

Justo cuando pensaba que estaba a punto de perder el control, Kat recobró el juicio. Se dio la vuelta y echó a correr. Yo atraje a la Fuente de nuevo hasta mí, y esta me golpeó y me hizo retroceder un paso mientras el camión pasaba rugiendo y extrayéndome las últimas energías. La calle estaba vacía.

Mierda.

Kat estaba subiendo el camino de entrada, corriendo. Tenía que... Dios, ni siquiera sabía lo que iba a hacer. Pensar era inútil a esas alturas, sobre todo porque realmente no había pensado en lo que estaba haciendo desde el momento en que pusimos un pie en la carretera. Corrí tras ella. A mitad de camino, Dee apareció, pero Kat la esquivó y siguió corriendo, dirigiéndose directamente hacia el bosque.

—Quédate aquí —le grité a Dee.

—Pero...

—Lo digo en serio, Dee. ¡Quédate aquí!

Por una vez, comprendió la advertencia en mi voz y vio la gravedad de la situación. Retrocedió con una mirada de terror en el rostro. Lo que había pasado hacía unos momentos era sobre lo que la había estado advirtiendo durante tanto tiempo.

Salvo porque había sido yo quien nos había expuesto.

Las ramas me golpearon y me desgarraron la camiseta mientras corría tras Kat. La vi más hacia delante y la llamé, pero ella no respondió, y no iba a perseguirla durante toda la noche. Dejé a un lado las tonterías de correr a velocidad humana y, en un latido, la alcancé.

La agarré por detrás, rodeándole la cintura con los brazos. Caímos en una maraña de piernas, pero me giré antes de golpear el suelo, absorbiendo la peor parte de la caída. Giré y la sujeté sobre la hierba musgosa que teníamos debajo.

Kat se volvió loca.

Me plantó las manos en el pecho y trató de empujarme.

—¡Suéltame!

La sujeté por los hombros y la obligué a bajar la espalda antes de que se hiciera daño.

—¡Basta!

—¡Vete de aquí! —gritó, forcejeando y tratando de utilizar las caderas para quitarme de encima.

En cualquier otro momento, sus movimientos bruscos habrían colocado mi cabeza firmemente en el lugar equivocado. Pero no en ese.

—¡Kat, para! ¡No voy a hacerte nada!

Su mirada salvaje se encontró con la mía, y entonces se quedó inmóvil debajo de mí. Tan solo su pecho se movía, subiendo y bajando de forma errática. Ninguno de los dos se movió durante lo que pareció una eternidad. Tenía la mirada llena de pánico, mezclado con las lágrimas sin derramar.

Eso me hirió.

—Kat, no voy a hacerte daño. Nunca podría hacerte nada malo.

Dejó de forcejear. Estaba mirándome fijamente con esos ojos grandes y hermosos. Parte del pánico desapareció, pero seguía estando asustada. Su cuerpo temblaba mientras apartaba la mirada, apretando la mejilla contra la hierba mientras cerraba los ojos con fuerza.

¿Qué iba a hacer yo?

No podía permitir que le contara al mundo nada acerca de nosotros. Llegados a ese punto, solo quedaban dos opciones. Podía ocuparme de ella, tal como Matthew se había ofrecido a hacer, o bien podía tratar de convencerla de algún modo para que guardara silencio. No lo había arriesgado todo por salvarla de aquel camión infernal para ser yo quien le hiciera daño.

Lentamente, para no sobresaltarla, coloqué el dedo por debajo de su barbilla y le giré suavemente la cabeza hacia la mía.

—Mírame, Kat. Tienes que mirarme.

Mantuvo los ojos fuertemente cerrados.

Me incorporé un poco y apoyé el peso en las piernas mientras le ponía las manos en las mejillas. Su piel era suave y estaba demasiado fría. Mis dedos recorrieron la línea de su mandíbula, y vi que mi mano temblaba ligeramente. No sabía si podía conseguir que lo comprendiera, pero debía intentarlo. Tenía que tratar de detener la bala que se dirigía directamente hacia mi cabeza.

—Por favor... —susurré.

Su pecho se elevó con brusquedad, y entonces abrió los ojos. Su mirada me recorrió la cara, y supe que estaba tratando de asimilar lo que veía con lo que había visto junto a la carretera. La pálida luz de la luna atravesaba los árboles y se reflejaba en sus pómulos y en su boca.

—No voy a hacerte nada —volví a probar—. Quiero hablarte. Necesito hablar contigo, ¿lo entiendes?

Asintió con la cabeza.

Yo cerré los ojos y solté un suspiro. Estaba totalmente agotado.

—Vale. Voy a dejar que te levantes, pero, por favor, tienes que prometerme que no echarás a correr. No tengo ganas de ir por ahí persiguiéndote. El último truquito

casi me deja sin energía. —Abrí los ojos y vi que me miraba fijamente—. Dilo, Kat. Prométeme que no te marcharás corriendo. No puedo dejar que vayas por ahí sola. ¿Lo entiendes?

—Sí —susurró con voz ronca.

—Bien. —Me incliné hacia atrás, bajé la mano por su mejilla y después la aparté a un lado. Agachado sobre los talones, la observé apartarse a un lado hasta que apoyó la espalda contra un árbol. Aguardé durante unos pocos segundos para ver si comenzaba a flipar. Al ver que no lo hacía, me senté enfrente de ella. Me pasé una mano por el pelo y me tragué como un kilo de maldiciones—. ¿Por qué tenías que ponerte delante de ese camión? Quería mantenerte al margen de todo, pero tú lo has echado a perder.

Se apretó la frente con una mano temblorosa.

—No lo he hecho a propósito.

—Pero el caso es que lo has hecho. —Bajé la mano hasta mi regazo—. ¿Por qué tuviste que venir aquí, Kat? ¿Por qué? Lo estaba... estábamos haciéndolo todo tan bien hasta que tú llegaste... Y ahora mis esfuerzos no han servido para nada. ¡Mierda! Pensé que tendríamos suerte y acabarías marchándote.

—Perdóname por seguir aquí.

Se apretó contra el árbol con más fuerza, llevándose las piernas al pecho.

Me entraron ganas de darme un puñetazo a mí mismo.

—No hago más que empeorarlo todo. —Negué con la cabeza y volví a probar—. A ver, somos diferentes. Creo que ahora ya te has dado cuenta, ¿no?

Puso la frente sobre las rodillas durante un momento y pareció recomponerse un poco. Levantó la cabeza.

—Daemon... ¿qué eres?

Le dirigí una sonrisa triste y me froté la sien con la palma de la mano.

—Es difícil de explicar.

—Pues explícamelo, por favor, porque creo que voy a ponerme de los nervios en cualquier momento —dijo levantando la voz.

Le devolví la mirada y dije la verdad:

—No creo que quieras saberlo, Kat.

Contuvo el aliento mientras me devolvía fijamente la mirada. Pude ver en su expresión que comenzaba a comprenderlo. Si me preguntaba lo que sabía que quería preguntarme, todo cambiaría. Todo había cambiado ya, pero si me lo preguntaba, le diría la verdad. Le daría la información suficiente como para que demostrara que podíamos confiar en ella.

O para que se ahorcara.

Simplemente no había más opciones.

Soltó aire con suavidad.

—¿Eres humano?

Solté una risotada corta.

—No somos de aquí.

—¿En serio?

—Sí; supongo que te habrás dado cuenta de que no somos humanos.

Tomó aliento de forma temblorosa.

—Esperaba estar equivocada.

Volví a reírme, aunque nada de aquello era gracioso.

—No; venimos de muy lejos.

Sus brazos se tensaron en torno a sus piernas.

—¿A qué te refieres con «muy lejos»? Porque ahora mismo me vienen a la cabeza fotografías de *La guerra de las galaxias*.

¿Por qué no me sorprendía nada que hubiera dicho algo así?

—No somos de este planeta.

Kat abrió la boca y después la cerró.

—¿Qué eres, un vampiro?

Puse los ojos en blanco con tanta fuerza que temí que se me quedaran los ojos atascados.

—¿Estás de coña?

—¿Qué? —Oí la frustración en su voz—. ¡A ver, si me dices que no eres humano, los límites de lo que puedes ser no son tan amplios! Fuiste capaz de parar un camión sin tocarlo.

—Me parece que lees demasiado. —Solté aire con lentitud—. No somos hombres lobo, ni brujos, zombis o cosas así.

—Bueno, me alegro de que no seas un zombi. Por lo menos mis sesos estarán a salvo —murmuró, y la miré fijamente—. Esas criaturas no existen. Y los alienígenas tampoco.

Me incliné hacia delante con rapidez, y curvé las manos sobre sus rodillas inclinadas. Sus ojos se ensancharon mientras los clavaba en los míos.

—En este universo vasto e infinito, ¿de verdad crees que la Tierra es el único planeta en el que hay vida?

—No... no —balbuceó—. ¿Estas cosas son... normales para tu...? ¿Cómo os llamáis?

Tras un instante de silencio, me recliné hacia atrás y traté de averiguar cuál sería la mejor forma de contárselo. Nunca había tenido que decirle a nadie la verdad acerca de nosotros. Era la primera vez. Y Kat tenía aspecto de estar a punto de soltar una risa histérica. No era una buena señal.

—Sé lo que estás pensando. No es que pueda leerle la mente, pero se te ve a la legua. Crees que soy peligroso.

Se humedeció los labios.

—Es una locura, pero no te tengo miedo.

—¿Ah, no?

Me invadió la sorpresa.

—No. —Se rio, pero su risa tenía un matiz algo preocupante—. ¡No pareces alienígena!

Arqueé una ceja.

—¿Y qué aspecto suelen tener los alienígenas, si puede saberse?

—Pues no... no se parecen a ti —farfulló—. No están así de buenos...

—¿Crees que estoy bueno? —Sonreí.

Ella entrecerró los ojos.

—Anda, cállate. Como si no supieras que todo el mundo piensa lo mismo. —Hizo una mueca—. ¿Los extraterrestres, si es que existen, son hombrecillos verdes o... o insectos gigantes? ¿O quizá son criaturas pequeñas y chatas?

Solté una sonora risotada.

—¿Como *E.T.*, quieres decir?

—Sí, exacto, como *E.T.*, pedazo de memo. Me encanta que todo esto te divierta. Es muy divertido que quieras seguir metiéndote conmigo después de lo mucho que tú y los tuyos me habéis amargado la existencia. Quizá es que me he dado un golpe en la cabeza y no me he dado cuenta.

Comenzó a ponerse en pie.

—Siéntate, Kat.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! —replicó. Ahí estaba mi gatita. Solté un suspiro de alivio: si podía gritarme era que no estaba tan asustada como creía. Quizás lográramos superar aquella tormenta de mierda.

Me puse en pie fluidamente, con los brazos a los costados mientras permitía que mis ojos cambiaran.

—Siéntate.

Kat me miró fijamente, miró mis ojos verdes brillando de forma surrealista. Se sentó. Y a continuación me hizo un gesto.

Me hizo un gesto con el dedo corazón.

Vaya. ¿Cómo no iba a apreciar esa clase de valor? Sonreí aún más. Aquella chica podría dominarme si quisiera.

—¿Vas a enseñarme cuál es tu verdadero aspecto? ¿Brillas o algo por el estilo? Dime que no estuve a punto de besar a un insecto gigante *comecerebros*, por favor, porque creo que voy a...

—¡Kat!

—Perdón —murmuró.

Cerré los ojos y me esforcé por recuperar la paciencia y la calma. Cuando estuve seguro de que podía cambiar sin quemar por accidente la mitad del bosque, me desprendí de mi piel humana. Supe cuándo fue el momento en que la transformación quedó completa, porque la oí decir:

—¡Joder!

Para ella, parecería un hombre hecho de luz, lo cual no se alejaba demasiado de lo que éramos realmente. Abrí los ojos. Kat levantó una mano y se protegió los suyos.

La luz que emanaba de mi cuerpo era intensa, convirtiendo la noche en día.

Cuando estaba en mi auténtica forma no podía hablar en ningún idioma que Kat comprendiera, así que hice algo que solo había hecho alguna vez con los de mi especie. Aquello también estaba prohibido, pero como todo lo que había hecho hasta entonces, así que, ya puestos, iba a llegar hasta el final.

Los Luxen tenemos la habilidad de transmitir nuestros pensamientos telepáticamente entre nosotros. Podemos comunicarnos de ese modo si estamos en nuestra auténtica forma, lo cual no sucede a menudo, pero los humanos no pueden respondernos. No podemos captar sus pensamientos.

«Así somos nosotros».

Kat jadeó.

«Somos seres de luz. Incluso aunque adoptemos forma humana, podemos movernos con total libertad». Hice una pausa. «Como ves, no soy un insecto gigante ni brillo».

—No —susurró.

«Tampoco somos criaturas pequeñas y chatas, cosa que me ha ofendido bastante, la verdad». Levanté el brazo y estiré la mano hacia ella, con la palma abierta. «Puedes tocarme si quieres. No te dolerá. Creo que a los humanos os resulta agradable».

Tragó saliva mientras miraba mi mano, y después levantó la vista hasta la zona donde se encontraban mis ojos. A continuación, estiró el brazo y sus dedos rozaron los míos. Una sacudida eléctrica, totalmente segura, pasó de mi mano a la suya. La luz de un blanco rojizo bailó por su brazo. Sonreí al ver cómo abría mucho los ojos.

Reuniendo coraje, rodeó mis dedos con los suyos, provocando que unas pequeñas volutas de luz saltaran y le rodearan la muñeca. Mi luz le envolvió la mano.

«Me imaginaba que te gustaría».

Lo cierto era que a mí también me gustaba. En mi auténtica forma, era hipersensible a, bueno, a todo. Me gustaba su tacto. Probablemente un poco más de la cuenta.

Aparté la mano y di un paso hacia atrás. Mi luz se desvaneció lentamente, y a continuación regresé a la forma con la que estaba más familiarizada.

—Kat. —Ella se quedó mirándome fijamente, negando lentamente con la cabeza. A lo mejor debería haber esperado antes de contárselo y mostrárselo todo—. ¿Kat?

—Eres alienígena —susurró, como si estuviera tratando de convencerse a sí misma.

—Sí. Es lo que he intentado explicarte.

—Joder... —Cerró la mano y se la llevó al pecho—. ¿Y de dónde eres, de Marte?

—Frío, frío. —Me reí—. Voy a contarte una historia, ¿vale?

—¿En serio?

Asentí con la cabeza mientras me pasaba los dedos por el pelo.

—Todo lo que te cuente te parecerá una locura, pero intenta recordar lo que

acabas de ver y lo que sabes. Me has visto hacer cosas teóricamente imposibles. Ahora debes pensar que nada lo es. —Esperé a que mis palabras calaran—. Nuestro hogar está más allá de Abell.

—¿Abell?

—Es la galaxia más lejana a la vuestra; está a unos trece billones de años luz de aquí. Y nosotros estamos a otros diez billones de años luz más, aproximadamente. No hay telescopio ni lanzadera espacial lo suficientemente potente para llegar a nuestro hogar. Jamás lo habrá. —«Como si nuestro hogar existiera todavía», pensé mientras me miraba las palmas de las manos—. Y si se inventara, daría igual porque nuestro hogar ya no existe. Fue destruido cuando éramos apenas unos niños: por eso tuvimos que marcharnos y buscar un lugar que pudiera compararse al nuestro en lo relativo a la alimentación y a la atmósfera. No es que tengamos que respirar oxígeno, pero no nos hace ningún mal. Lo hacemos por costumbre, más que otra cosa.

Una expresión de reconocimiento apareció en su rostro, y apostaría a que estaba pensando en aquel día en el lago.

—¿No tienes que respirar?

—No. —Me encogí de hombros—. Lo hacemos porque nos hemos acostumbrado, pero a veces se nos olvida. Como, por ejemplo, cuando nadamos.

—De acuerdo. Sigue.

Esperé durante un momento, preguntándome si podría asumir toda la información, y decidí seguir adelante. Me negaba a dar importancia a la parte de mí que quería que lo supiera todo. La parte que quería saber desesperadamente lo que Kat pensaría si conociera a mi verdadero yo.

—Éramos demasiado pequeños para saber cómo se llamaba nuestra galaxia, o si los nuestros habían sentido la necesidad de ponerle nombre, pero lo que sí recuerdo es el nombre de nuestro planeta. Se llamaba Lux. Y nosotros nos llamamos Luxen.

—Lux —susurró—. En latín, significa «luz».

—Vinimos aquí en una lluvia de meteoritos, hace quince años, con otros como nosotros. Pero muchos llegaron a la Tierra antes que nosotros, seguramente en los últimos mil años. No todos nuestros iguales se quedaron aquí; algunos quisieron seguir por la galaxia. Supongo que algunos llegaron a planetas en los que no pudieron sobrevivir, pero, cuando se supo que la Tierra reunía las condiciones perfectas para nuestra especie, más y más decidieron venir. ¿Me sigues?

Me dirigió una mirada inexpresiva.

—Creo que sí. ¿Me estás diciendo que hay más como tú? ¿Los Thompson, por ejemplo?

Asentí con la cabeza.

—Desde entonces siempre hemos estado juntos.

—¿Cuántos de vosotros hay aquí?

—¿Aquí? Pues... unos doscientos, por lo menos.

—Doscientos —repitió—. ¿Por qué elegisteis venir aquí?

—Porque... vamos siempre en grupos grandes. No... Bueno, eso no importa ahora.

—¿Dices que vinisteis en una lluvia de meteoritos? ¿Dónde está vuestra nave? Su nariz se arrugó de esa forma tan mona, y yo enarqué una ceja.

—No necesitamos ninguna nave; somos seres de luz. Podemos propagarnos por la luz; es como si hiciéramos autoestop.

—A ver, pero si vienes de un planeta que está a millones de años luz de aquí y viajas a la velocidad de la luz... ¿entonces tardaste millones de años en llegar aquí?

¿En serio acababa de hacer los cálculos mentalmente?

—No; del mismo modo que hice cuando te salvé del camión, podemos deformar el tiempo y el espacio. No soy científico y no sé cómo funciona; solo sé que tenemos esa capacidad. Algunos la controlan mejor que otros, eso sí.

Asintió con la cabeza lentamente, pero tenía la sensación de que solo lo hacía para que lo viera. Pero no estaba flipando, así que al menos era una buena noticia.

Continué mientras volvía a sentarme.

—Envejecemos como los humanos, por lo que podemos adaptarnos con naturalidad al entorno. Cuando llegamos, elegimos nuestro... envoltorio. —Hizo una mueca, y yo me encogí de hombros—. No sé cómo explicártelo sin asustarte, pero no todos podemos cambiar de forma, y hemos tenido que quedarnos con lo que elegimos al llegar.

—Bueno, pues tú no elegiste nada mal, ¿no?

Sonreí mientras pasaba los dedos por la hierba.

—En la mayoría de los casos funcionó así: copiamos lo que vimos y así nos quedamos. Supongo que después el ADN se encargó de que nos parecíamos. Siempre nacemos de tres en tres, por si te quedaba alguna duda. Siempre ha sido así.

—La observé mientras volvía a sentarse, a menos de medio metro de distancia de mí —. Somos prácticamente iguales a los humanos.

—Ya, excepto que puedes convertirte en una bola de luz que se puede tocar.

Mi sonrisa se ensanchó.

—Sí, tenemos esa característica, y además estamos mucho más avanzados que los humanos.

—¿Cómo de mucho? —preguntó en voz baja.

—Digamos que si estallara una guerra contra los humanos, no ganaríais ni en un millón de años.

Se quedó paralizada, y entonces se echó hacia atrás, apartándose de mí. Probablemente debería haberme guardado esa información.

—¿Qué cosas puedes hacer?

Le devolví la mirada.

—Cuanto menos sepas, mejor.

Negó con la cabeza.

—No estoy de acuerdo: no es justo que me expliques algo tan gordo y que luego

te quedas a medias. Me lo debes.

—Perdona, pero en todo caso tú eres la que me debe algo a mí: que te salvara la vida. Y multiplicado por tres —señalé.

—¿Cómo que multiplicado por tres?

—Pues que te he salvado tres veces: la noche que te atacaron, hace un rato y el día que decidiste que a Ash le favorecería llevar un sombrero hecho de espaguetis. — A medida que las enumeraba, iba bajando los dedos de la mano—. Y mejor que no haya una cuarta vez.

Su expresión era confusa.

—¿Me salvaste la vida con lo de Ash?

—Ya lo creo. Cuando te dijo que iba a acabar contigo lo decía completamente en serio. —Suspiré mientras echaba la cabeza hacia atrás—. Maldita sea, ¿por qué no explicártelo? Total, ya lo sabes. Podemos controlar la luz y manipularla para no ser vistos si queremos. Podemos hacer que las sombras desaparezcan; cosas así. Además, podemos utilizar la luz a nuestra voluntad. Y créeme si te digo que es un arma letal, cuyos efectos no querías padecer... Dudo que un humano pudiera sobrevivir.

—Vale... —Retorció las manos, aunque no parecía darse cuenta siquiera—. Un momento... Cuando vimos aquel oso, también vi una luz...

—Era yo. Y, antes de que me lo preguntes, no maté al oso. Lo asusté para que se marchara. No sé por qué te desmayaste, supongo que estabas muy cerca de mi luz y debió de afectarte. Bueno, el caso es que todos tenemos ciertas dotes curativas, aunque a algunos se les dan mejor que a otros —continué diciendo, bajando la barbilla—. A mí no se me da mal, pero Adam, uno de los Thompson, puede curarlo prácticamente todo siempre que la persona siga viva. Y somos casi indestructibles. Nuestra debilidad es ser atrapados en nuestra forma verdadera. O quizá que nos corten la cabeza cuando tenemos forma humana. Supongo que eso también sería posible...

—Sí, es lo que suele pasar cuando te cortan la cabeza. —Se llevó las manos a la cara y se quedó allí sentada, acunándose la cabeza—. Eres un extraterrestre...

La miré arqueando las cejas.

—Podemos hacer muchas cosas, pero no hasta que llegamos a la adolescencia. E incluso entonces tenemos bastantes problemas para controlarlo todo bien. A veces... se nos descontrola todo un poco.

—Ya, tiene que ser difícil...

—Lo es.

Bajó las manos y las apretó contra su pecho.

—¿Y qué más puedes hacer?

La miré atentamente.

—Prométeme que no echarás a correr otra vez.

—Prometido —acordó, y después asintió con la cabeza. Era muy mona.

—Podemos manipular objetos. Podemos mover cualquier cosa, esté viva o no.

Pero hay más... —Me agaché para tomar una hoja caída y la sostuve entre los dos—. Mira.

Accedí a la Fuente y dejé que el calor descendiera por mi brazo hasta las puntas de los dedos. Salió un poco de humo de la hoja, y después saltó una pequeña chispa. Unas llamas brillantes y anaranjadas explotaron en mis dedos y lamieron la hoja. En menos de lo que latía un corazón, la hoja desapareció.

Kat se puso de rodillas y se acercó unos centímetros. La observé sorprendido. Las llamas chisporroteaban entre mis dedos. Levantó la mano y colocó sus dedos cerca de las llamas. Cuando apartó la mano, tenía los ojos muy abiertos y maravillados.

—¿No te quemas?

—¿Cómo puede quemarme algo que es parte de mí? —Bajé la mano y la agité de modo que se extinguieran las llamas—. ¿Lo ves? Ya no queda nada.

Se acercó a mí aún más.

—¿Qué más puedes hacer?

La observé durante un instante, y después sonreí antes de moverme con mayor velocidad de la que ella era capaz de seguir. Un instante estaba sentado frente a ella, y al siguiente me encontraba reclinado contra el árbol, a unos metros de distancia.

—Pero... ¿cómo...? ¡Claro! Es el movimiento rápido y silencioso que has hecho varias veces. Pero no es que no hagas ruido... es que te mueves tan rápido que no se oye nada...

Se sentó apoyada contra el árbol, aturdida.

—Me muevo a la velocidad de la luz, gatita. —Me lancé hacia delante y después me senté con lentitud—. Algunos de nosotros podemos manipular nuestro cuerpo y convertirnos en cualquier ser animado; ya sea humano, animal u otro ente...

Bajó la mirada, y después volvió a subirla.

—¿Por eso Dee se vuelve borrosa a veces?

¿Qué cojones...?

—¿Lo has visto?

—Sí, pero pensaba que eran imaginaciones mías. —Se inclinó sobre un costado, descruzó las piernas y las estiró. Por supuesto, eso atrajo mi atención, porque... bueno, eran sus piernas—. Creo que lo hacía cuando se relajaba y estaba a gusto. La mano o el contorno del cuerpo se le borraban un poco.

Aparté la mirada de sus piernas y asentí con la cabeza.

—No todos podemos controlar lo que hacemos. A algunos les cuesta.

—Pero ¿tú puedes?

—Ya ves, soy así de guay.

Puso los ojos en blanco, y después se levantó de golpe.

—¿Y qué hay de tus padres? Me dijisteis que trabajaban en la ciudad, pero nunca los he visto.

Volví a toquetear la hierba.

—Nuestros padres no consiguieron llegar.

—Yo... lo siento.

—No te preocupes. Fue hace mucho tiempo. Ni siquiera recordamos cómo eran.

—Me siento idiota —dijo tras un momento—. Y yo que pensaba que trabajaban fuera...

—Kat, no digas eso. No eres ninguna idiota. Viste lo que queríamos que vieras. Eso se nos da muy bien. —Suspiré—. Bueno; tampoco tanto, visto lo visto. —Cuando volví a mirarla, tenía una expresión ausente en el rostro—. Lo llevas mejor de lo que esperaba...

—No te preocupes; seguro que más tarde me da un telele o me entra un ataque de pánico. Probablemente llegaré a la conclusión de que me he vuelto loca. —Se mordió el labio—. ¿Puedes controlar lo que piensan los demás o leer la mente?

Negué con la cabeza.

—No. Nuestros poderes están anclados en lo que somos. Quizá si la luz, nuestro poder, se manipulara de algún modo... Quién sabe. Entonces todo sería posible.

Vi una chispa de furia en sus ojos, y se erizó como una gatita furiosa.

—Estaba convencida de que me estaba volviendo loca. Siempre me decías que veía cosas o que me las inventaba. Prácticamente me hiciste una lobotomía alienígena. Muchas gracias.

Entrecerré los ojos mientras la miraba fijamente.

—Tenía que hacerlo. No podemos permitir que se sepa nada de nosotros. Quién sabe lo que nos pasaría.

Soltó aire bruscamente, y me di cuenta que estaba esforzándose por dejarlo correr.

—¿Cuántos... humanos lo saben? —preguntó.

—Bueno, hay gente de aquí que cree que somos algo raro, Dios sabe qué —expliqué—. Hay una rama del Gobierno, dentro del Departamento de Defensa, que sabe de nuestra existencia. Nadie más. No saben que tenemos poderes: no pueden saberlo. —Estuve a punto de gruñir, mirándola a los ojos—. Creen que somos unos frikis inofensivos. Mientras sigamos sus normas, nos dejarán tranquilos. Cuando a alguien se le va la castaña y usa su energía sin control, es fatal para nosotros por varios motivos. Intentamos no utilizar nuestros poderes, especialmente cerca de humanos.

—Es peligroso porque revela vuestra verdadera naturaleza.

—Sí, y además... —Me froté la mandíbula, sintiéndome de pronto muy cansado. No quería admitir que había estado poniéndola en peligro—. Cuando usamos nuestros poderes cerca de algún humano, dejamos una especie de rastro en él. Y así podemos ver si ha estado cerca de alguno de nosotros. Intentamos no usar nuestros poderes cerca de vosotros, pero tú... Bueno, contigo siempre ha salido todo al revés.

—¿Dejaste un rastro en mí al detener el camión? —Al ver que no respondía, comenzó a comprenderlo—. ¿Y cuando asustaste al oso? ¿Los tuyos pueden verlo? Entonces los Thompson y los demás alienígenas de la zona saben que he estado expuesta a tus... encantos extraterrestres, ¿no?

—Pues sí —contesté—. Y créeme si te digo que no les hace ninguna gracia.

—¿Por qué paraste el camión, entonces? Está claro que soy una carga enorme para ti.

Joder, esa sí que era una pregunta complicada. Probablemente tanto Andrew como Matthew me preguntarían lo mismo si les contaba que Kat sabía lo que éramos, y tenía grandes esperanzas de que esa conversación jamás tuviera lugar. Lo cierto era que no sabía cómo responder a esa pregunta.

O a lo mejor sí que lo sabía, y simplemente no quería decirlo en voz alta.

Kat respiró hondo.

—¿Qué vas a hacerme?

Levanté la mirada.

—¿Que qué voy a hacerte?

—Sé lo que sois, y eso es un riesgo para vosotros. Si quieres puedes quemarme o sabe Dios qué.

No podía creer lo que estaba diciendo. Sabía que me había comportado como un gilipollas con ella, pero venga ya. Tenía que notar que había algo más entre nosotros. ¿Verdad? Mierda. A lo mejor no lo notaba. A lo mejor se me daba tan bien comportarme como un cabrón que no tenía ni idea de lo que estaba comenzando a sentir en realidad hacia ella. Me planteé contárselo todo. Cómo solo el hecho de estar con ella me hacía sonreír más de lo que lo había hecho en años. Cómo admiraba sus agallas, y su forma de defenderse, y sobre todo su forma de plantarme cara, a mí y a mis gilipollecetes.

Una calidez comenzó a crecer en mi pecho, pero me apresuré a atajarla, con una imagen de mi hermano muerto y de la humana de la que se había enamorado que me hizo apretar la mandíbula. No, seguía siendo mejor que fuéramos por caminos separados, pero eso no significaba que al menos no pudiera calmar sus miedos.

—¿Por qué iba a explicarte todo esto, entonces?

Apretó los labios.

—No lo sé.

Me moví hacia ella y estiré el brazo, pero me detuve cuando se apartó de mí. El estómago me dio un vuelco cuando mis dedos se cerraron en el aire vacío.

—No voy a hacerte nada, ¿vale?

Se mordisqueó el labio inferior.

—¿Cómo sabes que puedes confiar en mí?

Otra pregunta muy importante que era difícil de responder. Volví a estirar el brazo, y esa vez no se apartó de mí. Curvé el dedo bajo su barbilla, llevando su mirada hasta la mía.

—La verdad es que no lo sé. Confío en ti y punto. Además, para serte sincero, creo que nadie te creería. Si causaras mucho revuelo, atraerías la atención del Departamento de Defensa, lo que te perjudicaría. Son capaces de cualquier cosa para garantizar que los humanos no sepan que existimos.

Kat pareció procesar mis palabras y, durante un momento, nos miramos fijamente a los ojos. Estábamos conectados, no solo por el contacto físico, sino también por la verdad. Cuando se apartó de mí, no me gustó demasiado.

Y no me gustaba el hecho de que no me gustara.

—¿Por qué me dijiste entonces todas esas cosas antes? —preguntó con un hilo de voz—. ¿No me odias?

Dirigí la mirada hasta la mano mientras la bajaba. Mi lengua se esforzó por pronunciar las palabras.

—Pues claro que no te odio, Kat.

—¿Por eso no quieres que sea amiga de Dee, porque tenías miedo de que descubriera la verdad?

—Por eso y porque eres humana. Los humanos sois débiles. Solo nos traéis problemas.

Bueno, lo había dicho con más dureza de lo que pretendía, pero probablemente fuera lo mejor. Tenía que saber todo lo que había en riesgo, para ella y para todos nosotros.

Entrecerró los ojos.

—No somos débiles. Y además vivís en nuestro planeta. Un poco de respeto, colega.

Sus palabras me hicieron mucha gracia.

—Tienes razón. —Le eché un vistazo—. ¿Cómo llevas lo que te he explicado?

—Estoy intentando procesarlo todo; todavía no lo sé. Creo que ya nada me sorprende...

Me alegraba oírlo, así que me puse en pie.

—Bueno, pues entonces volvamos antes de que Dee crea que te he asesinado.

—¿En serio creería eso? —preguntó lentamente, como si tuviera miedo de escuchar la respuesta.

La observé mientras me alzaba sobre ella, y cuando me devolvió la mirada supe que veía la frialdad en mis ojos.

—Soy capaz de cualquier cosa, gatita. No dudaría en matar a alguien por proteger a mi familia, pero eso a ti no debe preocuparte.

—Pues gracias por comentármelo —murmuró.

Incliné la cabeza hacia un lado.

—Hay otros, ahí fuera, que harían cualquier cosa por tener los poderes de los Luxen; especialmente el mío. Y que serían capaces de cualquier cosa también por atraparme y darles caza a los míos.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Me puse en cuclillas y miré a nuestro alrededor.

—El rastro que he dejado en ti al evitar que el camión te arrollara puede ser rastreado. Además, ahora mismo brillas más que Times Square. —Se quedó sin aliento—. Te utilizarán para llegar hasta mí —continué, extendiendo el brazo para

quitarle una hoja del pelo. Después le toqué la mejilla, donde la piel se le había desgarrado la noche que la atacaron—. Y, si te atrapan, lo mejor que podría pasarte es que te mataran enseguida.

CAPÍTULO 15

Kat permaneció en silencio durante casi todo el camino de vuelta. El rastro a su alrededor era vibrante, como una bola de discoteca completamente blanca. Aquello iba a ser increíblemente problemático.

Cuando los árboles comenzaron a escasear, habló:

—¿Puedo...? ¿Puedo ver a Dee?

Me esforcé por caminar con lentitud, para que no tuviera problemas al seguirme el ritmo.

—Creo que sería buena idea esperar hasta mañana. Tengo que hablar con ella y explicarle lo que te he contado.

Su mirada se volvió afligida mientras nos acercábamos a las viviendas, pero asintió con la cabeza. La seguí hasta los escalones del porche de su casa, donde la luz estaba encendida y emitía un suave resplandor sobre la cabeza inclinada de Kat. A través de las ventanas, podía ver que la casa estaba a oscuras. Su madre estaría en el trabajo, como siempre. Después de todo lo que acababa de pasar, no me pareció que fuera buena idea que pasara la noche sola.

¿Y si se despertaba en mitad de la noche y comenzaba a llamar a todo el mundo? Vale. Eso no era demasiado probable. Kat no era estúpida, pero sí que podría despertarse y asustarse. Aquello sería comprensible.

Le mantuve abierta la puerta mosquitera mientras ella abría la puerta principal.

—¿Quieres pasar la noche en mi casa?

Kat se detuvo y se giró hacia mí con lentitud. Levantó una ceja.

—¿Qué es lo que has dicho?

Solté una risa retumbante.

—Qué mente tan sucia tienes, gatita.

Frunció los labios.

—Yo no tengo la mente sucia.

—Ajá. —Le dirigí una media sonrisa—. Puedes quedarte en nuestra casa si quieres. Y así, por la mañana Dee estará contigo.

No habló mientras sus ojos buscaban los míos, y entonces asintió con la cabeza.

—Vale. Tan solo tengo que ir a... buscar un par de cosas.

Asentí con la cabeza.

—Te esperaré aquí abajo.

Una vez más me examinó como si estuviera tratando de adivinar mis intenciones, y después empujó la puerta principal para abrirla. Mientras entraba, encendió la luz

del recibidor. Miró por encima del hombro hacia atrás, pero no me devolvió la mirada.

—Enseguida vuelvo.

—Aquí estaré.

Kat subió la escalera con rapidez, golpeando los escalones con las zapatillas. No me quedé quieto mientras estaba arriba. La distribución de la casa era la misma que la nuestra, así que cuando fui a la izquierda, entré en la cocina. Encendí la luz del techo y recorrí la habitación con la mirada. En realidad, no estaba buscando nada. Básicamente sentía curiosidad.

Pero lo que vi me hizo elevar las comisuras de la boca.

Por donde quiera que mirara había libros, al igual que en el salón. Había dos en la encimera, cerca de una tostadora. Otro se encontraba sobre el frigorífico, y no tenía ni idea de por qué estaba ahí. Había tres en la mesa de la cocina, apilados junto a dos paquetes sin abrir.

¿Cómo demonios podía tener alguien tantos libros?

La oí moviéndose en el piso superior, así que apagué la luz y volví al recibidor. Unos pocos segundos después comenzó a bajar la escalera, con una bolsa de mano pequeña.

—Estoy lista.

Cerró la puerta con llave y nos dirigimos hacia mi casa. Por el camino, Kat no dejaba de lanzar miradas en mi dirección. Me daba cuenta de que tenía más preguntas. ¿Quién no las tendría después de descubrir que sus vecinos eran alienígenas? Pero supuse que debía de tener un punto de quiebre, y no quería ser yo quien la empujara al precipicio. Esa era una de las razones por las que no quería que hablara con Dee.

Pero también necesitaba asegurarme de que comprendía la situación tan bien como yo, de que Kat se daba cuenta de dónde se había metido y de las consecuencias que tenía saber lo que sabía.

Cuando llegué a la puerta principal, me detuve y la miré. La luz estaba apagada, así que estábamos a oscuras.

—Tengo que asegurarme de una cosa, ¿vale?

Sostuvo el bolso de mano cerca de su cuerpo.

—Vale...

Bajé la voz por si Dee estaba merodeando junto al otro lado de la puerta. Se encontraba en algún lugar de la casa; podía sentirla.

—Lo que he dicho, lo que sabes... No puedo insistir lo suficiente en lo importante que es esto. Esto va más allá de un nivel normal de confianza. Tienes mi vida en tus manos... nuestras vidas —le dije—. No espero que te importe demasiado tirarme frente a un autobús en marcha, pero entonces también estarías tirando a Dee.

Kat se acercó a mí, tan cerca que el bolso de mano me rozó el estómago.

—Lo entiendo perfectamente, Daemon. Y, sinceramente, lo que me dijiste antes

era cierto. Nadie me creería; pensarían que estaba loca. Pero jamás traicionaría a Dee. —Hizo una pausa y soltó aire con suavidad mientras elevaba la barbilla—. Y aunque seas un grandísimo gilipollas, tampoco te haría eso a ti.

Mis labios se crisparon.

—Bueno, pues me alegra oírlo.

—Lo digo en serio —insistió—. No voy a decírselo a nadie.

Parte de la helada intranquilidad se desvaneció, pero solo el tiempo diría si podía confiar de verdad en Kat. Esperaba que sí. No solo por el bien de Dee o por el mío, sino también por el suyo propio.

La conduje hasta el interior de la casa y la llevé hasta el piso superior. No dejaba de mirar a su alrededor, observándolo todo, y me di cuenta de que aquella era la primera vez que estaba en nuestra casa. Supuse que Dee se encontraría en su habitación, y medio esperaba que Kat diera un salto ante cualquier movimiento.

La llevé hasta una habitación de invitados que no utilizábamos casi nunca y abrí la puerta. Tras encender la luz, entré en la habitación, que estaba fría y olía a cerrado.

—Puedes quedarte aquí. —Caminé hasta la cama, y comprobé que estaba hecha—. Hay más mantas en ese armario de ahí. —Kat se giró con lentitud para observar el armario—. Hay un cuarto de baño justo enfrente de esta habitación. Y mi cuarto es el de al lado —expliqué mientras me frotaba el pecho con la palma—. La habitación de Dee está al final del pasillo. Deja... Déjalo correr todo durante esta noche. Ella estará todavía aquí por la mañana.

Asintió con la cabeza.

Mi mirada se dirigió a la suya. Unas manchas oscuras de agotamiento se habían formado por debajo de sus ojos. Sospechaba que se quedaría frita en cuanto su cabeza rozara la almohada.

—¿Necesitas algo más?

—No.

Me quedé ahí plantado durante un momento, con la sensación de que debería decir algo más, pero no era capaz de encontrar las palabras, así que asentí con la cabeza y después me giré con lentitud hacia la puerta.

—¿Daemon?

Me detuve y me di la vuelta.

Se estaba mordisqueando el labio inferior.

—Gracias por haberme salvado la vida esta noche. De no ser por ti, ahora sería una tortita. —No respondí, porque en realidad no había ninguna razón para que me diera las gracias—. Y... —Dio un paso hacia delante, bajando la bolsa de mano—. Y gracias por contarme la verdad. Puedes confiar en mí.

Levanté las pestañas y clavé los ojos en su mirada sincera. Quería creerla.

—Demuéstralo.

Mientras salía de la habitación y después cerraba la puerta detrás de mí, no se me escapó el hecho de que había copiado las palabras de Ash. Bajé por el pasillo, me

detuve frente a la puerta de Dee, y la golpeé suavemente con los nudillos.

La puerta se abrió de golpe, y allí estaba mi hermana, con los ojos relucientes.

—¿Me odia? —susurró.

—¿Qué? —Fruncí el ceño, entré en la habitación y cerré la puerta—. Dios, no. No te odia.

Dee unió las manos.

—¿Estás seguro? Le he estado mintiendo, ¿y cómo puedo caerle bien siquiera cuando todo lo que he hecho es...?

Le rodeé los hombros con el brazo y la acerqué a mí para abrazarla.

—Ha comprendido por qué no podías ser sincera con ella, Dee. No te odia por haberlo hecho.

Apretó la cara contra mi pecho, y cuando habló su voz sonaba amortiguada.

—¿Se lo has contado?

—Sí. —Bajé la mejilla hasta la parte superior de su cabeza y le dije con rapidez lo que había sucedido con el camión—. No tenía elección.

Dee permaneció en silencio durante un momento.

—Sí. Sí que la tenías, Daemon. —Sabía a qué se refería, y odiaba que pensara que habría hecho algo así si hubiera hecho falta—. También pienso que ha estado muy bien por tu parte que la trajeras aquí —continuó, pero no respondí—. Piensa que soy un monstruo, ¿verdad? —murmuró.

Me reí mientras me apartaba de ella.

—No. No lo piensa. —No tenía aspecto de estar creyéndome—. Está cansada. Apenas es capaz de mantenerse en pie. Dale hasta mañana y después podrás estar con ella todo lo que quieras, ¿vale?

Dee cedió, y después de charlar con ella unos pocos minutos más, me dirigí hasta mi habitación. Agotado de cojones, me puse los pantalones del pijama y estaba a punto de tirarme en la cama, pero me moría de sed.

Realmente tenía que comprar un frigorífico pequeño para mi habitación.

Solté un suspiro y salí de la habitación. La luz del cuarto de baño del pasillo estaba encendida cuando bajé. Saqué una botella de agua del frigorífico y volví a subir, con el cerebro extrañamente vacío de toda preocupación, lo cual demostraba lo cansado que me sentía.

Mientras me acercaba a mi puerta, la del cuarto de baño se abrió, y Kat salió al pasillo. Se quedó inmóvil. Yo me quedé inmóvil. Mierda. Me convertí en una maldita estatua.

Kat tenía un cepillo de dientes y pasta de dientes en las manos. Tenía el pelo recogido en un moño desordenado, y los mechones delgados alrededor de su cara estaban húmedos. Se había lavado la cara, y parecía que le había caído más agua en la camiseta azul oscuro que llevaba que en la cara. Y hablando de esa camiseta...

Era lo único que llevaba. Y era muy fina. Y estaba viendo algo que me gustaba mucho.

Aquella imagen me golpeó como un intenso puñetazo, y no hubo forma de evitar la forma en que mi cuerpo reaccionó, que a veces podía ser jodidamente humano. La camiseta era ancha y voluminosa, y terminaba a mitad del muslo, y Dios santo, esos muslos...

¿Quién hubiera imaginado que una camiseta podía ser tan sexy?

Su cara estaba roja como un tomate maduro, pero me estaba... me estaba comiendo con la mirada, tanto como yo a ella. Sus ojos desde luego no estaban en mi cara, así que no me sentía tan gilipollas por mirar fijamente ciertas zonas de su cuerpo. No cuando su mirada estaba fija en mi estómago, y después en mi pecho... y después volvió a bajar hasta los pantalones de mi pijama.

Se succionó el labio inferior entre los dientes.

Joder...

Me tragué un gruñido, y debió de oír el sonido, porque su mirada fue hasta mi cara y ese rubor se profundizó como una quemadura. Corrió hasta la habitación de invitados.

—Bu... buenas noches.

—Adiós —fue todo lo que conseguí decir.

Entré en mi habitación y cerré la puerta en silencio por detrás de mí. Fui hasta la cama, me tumbé sobre ella y miré fijamente al techo.

Iba a ser otra noche larga.

* * *

Era extraño cómo me sentía después de haberle contado la verdad a Kat. Pensaba que me sentiría más intranquilo. Nunca antes se lo había contado a un humano, y ya había sido lo bastante malo cuando Dawson se lo reveló a Bethany. No sé por qué no estaba tan cabreado o asustado en el caso de Kat.

En lugar de eso, me sentía un tanto... aliviado. Ya no tenía que seguir fingiendo, ni esconder lo que era en realidad cuando estaba con ella. Ya no tenía que ser constantemente un gilipollas, tal como a ella le gustaba llamarme. Sí, tenía que mantenerla alejada, pero al menos podía explicarle lo que estaba en juego de una forma que ella pudiera comprender. Nuestra casa había vuelto a convertirse en el santuario que había sido antes de que Kat se mudara a la casa de al lado.

Como he dicho, era extraño.

Permanecí desaparecido en combate el sábado por la mañana mientras Dee hablaba con Kat. Supuse que necesitarían tiempo para asimilar las cosas después del gran descubrimiento, y cuando Kat finalmente volvió a su casa en algún momento de la tarde, Dee me explicó que había llegado a mostrarle una de sus mayores habilidades.

En su auténtica forma, Dee era buenísima imitando la imagen de otra persona. La mayoría de nosotros podía hacerlo, pero solo durante cortos periodos de tiempo. Dee

podía mantener la imagen reflejada durante muchísimo más tiempo que los demás.

Al parecer, Dee había adoptado el aspecto de Kat.

Me sentía un poco mal por Kat a esas alturas.

Estaba de pie en la cocina, enjuagando los platos antes de meterlos en el lavavajillas mientras Dee no dejaba de dar botes a mi alrededor. La emoción vibraba en su voz mientras me contaba todos los detalles de su conversación con Kat. No podía ocultar mi sonrisa, al igual que ella no podía ocultar su alivio.

—Le he contado que puedes hacer prácticamente cualquier cosa —dijo—. Me preguntó lo que podías hacer después de imitar su imagen. —Mi sonrisa se ensanchó. Seguro que a Kat le había encantado oír eso—. Le dejé bien claro el hecho de que el Gobierno no conoce todas nuestras habilidades, y lo importante que es que jamás lo descubran. —Se acercó dando un brinco para quitarme un plato de la mano y meterlo en el lavavajillas—. No parecía que le hubieras contado gran cosa acerca de los Arum.

La sonrisa de mi cara comenzó a desvanecerse.

Dee cerró la puerta del lavavajillas y bailoteó hasta la mesa de la cocina.

—Le expliqué lo que le pasó a nuestro planeta —continuó—, y que el Gobierno no se ha dado cuenta de que los Arum son una especie totalmente diferente.

Me di la vuelta con lentitud.

—¿Qué más le has contado?

—Le expliqué un poco mejor todo el asunto del rastro. —Arrugó la frente—. No parecía sorprendida al respecto, así que supongo que ya le habrás contado algo sobre el tema. Le dije que no tenía que preocuparse, que le echaríamos un ojo, y como ahora sabe a lo que se está enfrentando, creo que será más fácil mantenerla a salvo.

—Sí.

Me pasé los dedos por el pelo. No me importaba que Dee hubiera hablado con Kat de esas cosas. Después de todo, yo había comenzado la conversación la noche anterior. Sin embargo, me pregunté cómo estaría manejando Kat todo ese asunto.

—Podemos confiar en ella de verdad —siguió Dee mientras yo bajaba la mano. Tomó la jarra de té y la llevó hasta el frigorífico—. Ya sabe lo que pasará si el Departamento de Defensa descubre que sabe la verdad sobre nosotros. No le va a decir nada a nadie, Daemon.

Asentí con la cabeza mientras cruzaba los brazos por delante del pecho.

—Nadie más debe saber que sabe la verdad. Ni siquiera Adam. —Dee abrió la boca, pero continué hablando antes de que ella pudiera hacerlo—: Lo digo en serio, hermanita. Adam es un buen tío. No es como Andrew, pero ya sabes que esto es algo muy gordo, sobre todo después de... después de lo de Dawson y Bethany. Los demás se preocuparán, especialmente Matthew. No podemos correr el riesgo de que alguno de ellos entre en pánico e informe acerca de Kat.

Abrió mucho los ojos mientras cerraba la puerta del frigorífico.

—¿Crees que alguno de ellos haría algo así?

Me planteé la pregunta.

—No lo sé. Querría decir que no, pero... cualquier cosa es posible. Y siempre está el riesgo de que a alguno de ellos se le escape algo por accidente delante de los demás Luxen. Tan solo debemos tener cuidado.

Dee jugueteó con el dobladillo de su camiseta.

—Vale. Nadie más puede saberlo.

Me aparté del fregadero, eché a caminar hacia las escaleras y después cambié de opinión.

—Voy a ver cómo está Kat. ¿Quieres venir?

Abrió la boca para contestar, pero entonces me dirigió una ancha sonrisa.

—Nah. Creo que me quedaré aquí por el momento. Ya la veré más tarde.

La miré entrecerrando los ojos.

—¿Por qué estás sonriendo como si estuvieras colocada?

—Por nada. —Se balanceó hacia atrás sobre los pies, sonriendo tanto que me pareció que iba a partírsele la cara—. Por nada en absoluto.

Frunciendo el ceño, negué con la cabeza y me di la vuelta. Llegué hasta la puerta, y entonces Dee gritó:

—Tómate tu tiempo.

Le lancé una mirada envenenada por encima del hombro, y ella soltó unas risitas. Pues vale. Crucé el jardín delantero y vi a Kat a través de la ventana de la cocina. Bueno, en realidad vi el resplandor blanco que la rodeaba. Me dirigí hasta la puerta trasera y llamé.

La puerta se abrió, y por desgracia no llevaba solo la camiseta, como la noche anterior. De hecho, aquello probablemente fuera en realidad algo bueno. Pero ese rastro que tenía... Joder. Los otros iban a verlo nada más llegar el martes por la mañana, después del Día del Trabajo, así que tendría que pensar una excusa muy buena.

—¿Hola? —dijo, y sonaba insegura. Asentí con la cabeza en señal de saludo, y su expresión se volvió cautelosa—. Esto... ¿Quieres pasar?

No me sentía muy dispuesto a entrar en un espacio cerrado con Kat, así que negué con la cabeza.

—No, se me ha ocurrido que quizá podamos quedar y hacer algo.

Levantó las cejas, y estuve a punto de reír.

—¿Algo? —preguntó.

—Sí, siempre que no tengas que escribir la reseña de algún libro o trasplantar algún matorral, claro.

—Ja, ja, ja. Me parto.

Comenzó a cerrar la puerta. Yo levanté la mano y la detuve sin tocarla. El aturdimiento reemplazó a la irritación, y sonreí.

—Vale, déjame que vuelva a intentarlo. ¿Te apetece que hagamos algo?

Dudó.

—¿En qué habías pensado?

Me alejé de la casa, caminando hacia atrás mientras me encogía de hombros.

—Vamos al lago.

—Esta vez, miraré a los lados antes de cruzar la carretera —dijo, y me di la vuelta—. No me habrás invitado a dar una vuelta por el bosque porque crees que tu secreto no está a salvo conmigo, ¿no?

Rompí a reír.

—Estás totalmente paranoica.

Resopló.

—Ya, claro, paranoica... Me lo dice un alienígena que puede hacer que yo salga volando por los aires sin tocarme.

—¿Has tenido algún ataque de pánico o algo así?

Puso los ojos en blanco cuando le eché un vistazo.

—No, Daemon, pero gracias por preocuparte por mi salud mental.

—Oye —levanté las manos en un gesto de falsa rendición—, solo quiero asegurarme de que no pierdes los nervios y le cuentas a todo el pueblo lo que somos.

—Creo que hay varios motivos por los que eso no debe preocuparte —respondió con ironía.

Le lancé una mirada aguda.

—¿Sabes de cuánta gente hemos estado cerca? Realmente cerca, quiero decir...

—Arrugó la nariz, y me pregunté adónde estaría yendo su mente. Eso me hizo reír—. Y va una mocosa y nos descubre... ¿No ves lo difícil que es para mí... confiar en alguien?

—No soy ninguna mocosa, pero, si pudiera viajar en el tiempo, te aseguro que lo último que haría sería ponerme delante de aquel camión.

—Es bueno saberlo.

—No me arrepiento de haber descubierto la verdad. Explica muchas cosas. Oye... ¿podéis viajar en el tiempo?

Tenía la expresión seria, como si se lo estuviera planteando realmente.

Solté un suspiro y me entraron ganas de reír.

—Podemos manipular el tiempo, sí. Pero no solemos hacerlo, y además solo podemos modificarlo hacia delante. Jamás he sabido de nadie que haya podido alterar el pasado.

—Dios mío, Supermán a vuestro lado se queda en nada.

Sonreí mientras bajaba la cabeza para esquivar una rama baja.

—Bueno, pero no creas que voy a decirte cuál es nuestra kryptonita.

Transcurrió un momento.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Asentí con la cabeza mientras nuestros pies golpeaban el suelo cubierto de hojas.

—La tal Bethany que desapareció... estaba con Dawson, ¿verdad?

Me puse tenso.

—Sí.

—¿Ella también averiguó quiénes erais?

Pasaron unos segundos antes de que pudiera decidir cómo responder a esa pregunta.

—Sí.

Me echó un vistazo.

—¿Y por eso desapareció?

—Sí.

Más o menos, aquella era la verdad.

—¿Se lo dijo a alguien? Quiero decir que... ¿por qué desapareció?

—Es complicado, Kat.

—¿Está... muerta? —Al ver que no respondía, se detuvo. Miré hacia atrás y vi que estaba quitándose una piedrecilla de la sandalia—. ¿No piensas decírmelo? —Me limité a sonreírle—. ¿Por qué querías venir aquí? —Se quitó la piedra y volvió a colocarse la sandalia—. ¿Te lo pasas bien dándome evasivas o qué?

—La verdad es que me divierte ver que se te ponen las mejillas rojas de la frustración.

Sus mejillas ardieron aún más.

Le guiñé un ojo y comencé a caminar otra vez. Sus preguntas eran válidas, y me estaba comportando como un idiota al respecto, pero lo cierto es que no había una forma adecuada de responderlas. El lago apareció a la vista.

—Pensé que, además de hacerme esa pregunta tan rara que me has hecho antes, tendrías más cosas que preguntarme.

—Sí las tengo.

—Te contestaré a algunas preguntas, y a otras no. —Le eché un vistazo, pero no me pareció que estuviera enfadada al respecto. Tendría que sacar una foto para capturar ese momento—. Te aconsejo que aproveches la ocasión para preguntarme todo lo que se te haya pasado por la cabeza, porque así no tendremos que volver a hablar del tema. Pero tendrás que hacer algo a cambio para que yo te responda.

Arqueó una ceja.

—Vale. ¿Qué tengo que hacer?

Eché un vistazo al lago y sonreí.

—Reúnete conmigo en esa roca.

—¿Qué? ¡No llevo bañador!

Me quité los zapatos y le dirigí una sonrisa. Pestañeó una vez, y después dos, antes de apresurarse a apartar la mirada.

—¿Y qué? Puedes quitártelo casi todo y...

—Ni en sueños.

Se cruzó de brazos. Era una auténtica pena.

—Ya me lo imaginaba —le contesté—. ¿Te has bañado vestida alguna vez?

Apretó los labios.

—¿Por qué tengo que meterme en el agua para poder preguntarte cosas?

Mi mirada se centró en esa boca durante demasiado tiempo antes de bajar los ojos.

—No lo hago por ti, sino por mí. Me parece lo normal. —Cambié el peso de pierna—. El día que fuimos a nadar...

—¿Sí? —dijo, dando un paso adelante.

Levanté la mirada otra vez y me encontré con la suya. Respiré hondo.

—¿Lo pasaste bien?

—Cuando no te portabas como un memo conmigo, y si dejo aparcado el hecho de que te obligaron a quedar conmigo, sí.

Sonreí y aparté la mirada. A lo mejor alguno de esos días le decía que no me habían obligado a quedar con ella.

—No sé cuánto hacía que no lo pasaba tan bien. Puede que te parezca una tontería, pero...

—No es ninguna tontería. —Su respuesta fue inmediata y sincera. A continuación, me sorprendió enormemente—. Vale, venga, vamos a meternos en el agua un rato.

Me relajé y me reí.

—Hecho.

Mientras yo me quitaba la camiseta, ella hacía lo mismo con las sandalias. Me di cuenta de que me estaba observando a pesar de tener la mirada gacha. Esperé a que cambiara de idea, pero entonces me sonrió y... mierda. Noté una extraña presión en el pecho mientras la observaba caminar hasta el borde del agua y meter los dedos de los pies dentro.

—¡Madre mía, qué fría está! —chilló.

Yo podía hacer algo al respecto.

—Observa.

Le guiñé un ojo y volví a girarme hacia el lago. Dejé atrás mi forma humana, y una luz blanca se extendió desde mi pecho para recorrer toda mi silueta. Salí disparado del suelo, moviéndome con increíble rapidez. Para ella, probablemente no sería más que una bola de fuego. Golpeé el centro del lago. En mi auténtica forma, mi cuerpo irradiaba calor, calentando el lago mientras giraba bajo el agua.

Me acerqué a las rocas y volví a adoptar la forma con la que Kat se sentía más cómoda mientras subía.

—¿Ya estamos con los truquitos marcianos? —preguntó.

El agua se escurría por mi piel mientras me inclinaba sobre el borde de la roca y le hacía un gesto para que se acercara más.

—Venga, que ahora está un poco más calentita.

No pareció creerme cuando metió el pie en el agua. Su cuerpo dio una sacudida y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Tienes más poderes chulos que confesar? —preguntó mientras nadaba hasta

las rocas.

—Puedo volverme invisible.

Cuando llegó hasta las rocas, llevó la mano hasta la mía. La ayudé a subir con facilidad, y cuando pisó el suelo, la solté y me aparté para darle espacio.

Se estremeció mientras se sentaba en la roca, bañada por el sol.

—¿Cómo puedes hacer cosas sin que yo lo vea?

Me recosté sobre los codos y estiré las piernas.

—Estamos hechos de luz. Podemos manipular los espectros que nos rodean y utilizarlos. ¿Cómo puedo explicarlo...? Es como si fracturáramos la luz; ¿lo entiendes?

—La verdad es que no.

—Me has visto transformarme a mi estado natural, ¿verdad? —Cuando asintió con la cabeza, continué hablando—. Vibro hasta que me descompongo en pequeñísimas partículas de luz. Bueno, pues entonces lo que hago es eliminar a mi antojo la luz. Así nos volvemos transparentes.

Se llevó las rodillas al pecho.

—Vaya, qué pasada, Daemon.

Sonreí mientras ponía los brazos por detrás de la cabeza y me recostaba un poco más.

—Sé que tienes más preguntas. Dispara.

Negó lentamente con la cabeza.

—¿Creéis en Dios?

—Parece un tipo bastante guay.

Pestañeó.

—¿Tenéis vuestro propio Dios?

—Recuerdo que teníamos algo parecido a una iglesia, pero nada más. Nuestros mayores no nos hablan de religión —expliqué—. Aunque ahora ya no vemos a ningún mayor, claro.

—¿A qué te refieres con «mayor»?

—A lo mismo a lo que te referirías tú. A una persona mayor. —Me miró arrugando la nariz, y eso me hizo sonreír—. ¿Siguiente pregunta?

—¿Por qué eres tan capullo?

Me reí entre dientes.

—Cada uno tiene un talento especial, ¿no?

—Pues, chico, se te da fenomenal.

Cerré los ojos, agradeciendo el sol que me bañaba.

—No te caigo nada bien, ¿no?

Tardó unos instantes en responder.

—No es eso, Daemon. Es difícil... entenderte.

—Tampoco resulta fácil entenderte a ti —admití, y después decidí continuar con todo el asunto de la honestidad—. Has aceptado lo imposible. Te portas bien con mi

hermana y conmigo, aunque haya sido un capullo. Podías haberle contado a todo el mundo lo que sabes de nosotros, pero no lo has hecho. Y cuando me meto contigo no te quedas callada. —Me reí—. Eso me gusta de ti.

—¿Te caigo bien?

—Siguiente pregunta —dije con suavidad. Kat se acercó un poco más a mí.

—¿Está permitido que salgáis con humanos?

Me encogí de hombros mientras la miraba.

—«Permitir» es una palabra demasiado fuerte, quizá. ¿Es algo que pasa? Sí. ¿Es aconsejable? No. Podemos salir con humanos pero... ¿para qué? Si tenemos que esconder nuestra verdadera identidad, una relación no puede durar mucho.

Pareció estar considerando mis palabras.

—¿Sois como nosotros en determinados... ejem, aspectos?

Me senté, arqueando una ceja.

—¿A qué te refieres?

Sus mejillas se ruborizaron bajo la luz del sol.

—Al sexo, quiero decir... Con eso de que brilláis y tal... No sé cómo debe de funcionar la cosa.

¿Al sexo?

¿De verdad me estaba preguntando si podíamos tener sexo?

La pregunta hizo que me entraran ganas de reír. También hizo que me entraran ganas de hacer otras cosas relacionadas con lo que Kat estaba pensando, y el hecho de que mi cuerpo reaccionara físicamente de ese modo con tanta rapidez resultaba un tanto desconcertante.

También era interesante.

Y además, yo era un idiota.

Mis labios se curvaron en una media sonrisa y, antes de que pudiera pensar realmente en lo que estaba haciendo, me moví y la puse boca arriba antes de que tuviera ocasión de pestañear. Tomó aire con suavidad, y yo me quedé suspendido sobre ella, con el pelo húmedo cayendo hacia abajo mientras sostenía mi peso con las manos. Una gota de agua cayó sobre su mejilla, pero Kat ni siquiera se dio cuenta.

—¿Me estás preguntando si me atraen las humanas? —Descendí, y nuestros cuerpos se encontraron en todas las zonas importantes. Con la ropa mojada, parecía que apenas hubiera nada entre nuestra piel. Era increíblemente suave por debajo de mí, y podía sentir su respiración entrecortada. Estábamos tan cerca que vi cómo se dilataban sus pupilas. Moví las caderas ligeramente y la noté jadear en cada parte de mi cuerpo—. ¿O si eres tú la que me atrae?

Nuestros ojos se encontraron y se quedaron fijos los unos en los otros. El silencio se extendió entre nosotros, y supe que ya tenía su respuesta.

Y también supe que tenía que quitarme de encima de ella antes de que hiciera una auténtica gilipollez.

Con más esfuerzo del que debería, me aparté de ella. Cuando hablé, el cambio en

mi voz resultó inconfundible.

—Siguiente pregunta.

Kat no se sentó.

—Podías haberte limitado a explicármelo, ¿sabes? —Giró la cabeza hacia mí—. No hacía falta que lo llevaras a la práctica.

Eso era cierto.

—Si te lo explico pierde la gracia. —Giré la cabeza yo también hacia ella—. ¿Siguiente pregunta, gatita?

—¿Por qué me llamas así?

—Porque me recuerdas a una gatita peludita que maúlla mucho pero no araña.

Sus labios se crisparon.

—Ya; bueno, eso no tiene ningún sentido. —Me encogí de hombros, y transcurrió un momento—. ¿Crees que hay más Arum por aquí?

Aquella era una pregunta complicada. Eché la cabeza hacia atrás, y la examiné para tratar de descubrir lo sincero que quería que fuera.

—Siempre están cerca.

—¿Y os buscan? —preguntó en voz baja.

Elevé la mirada hasta el cielo.

—Es lo único que les importa. Sin nuestros poderes son como los humanos, solo que malignos e inmorales. Lo único que quieren es destruirlo todo.

—¿Has... luchado contra muchos de ellos?

—Sí. —Me puse de costado, cara a cara con ella—. No sé a cuántos he matado. He perdido la cuenta. Y teniendo en cuenta lo mucho que brillas ahora mismo, vendrán más.

Levantó momentáneamente la mirada.

—Entonces, ¿por qué no dejaste que el camión me atropellara?

—¿De verdad quieres saberlo? —pregunté, apretando la mandíbula.

—Sí —aseguró.

—¿Me servirá para hacer méritos? —pregunté con voz suave.

Su pecho se elevó cuando respiró profundamente, y a continuación levantó la mano. Me apartó el mechón de pelo que me había caído sobre la frente. Sus dedos me rozaron la piel, y me quedé inmóvil mientras cerraba brevemente los ojos. Era un tacto muy suave e inocente, pero me golpeó con fuerza.

—Depende de cómo respondas a la pregunta —dijo.

Cuando abrí los ojos, sus rasgos estaban teñidos de blanco. Apartó la mano, exhalando con suavidad. Me puse sobre la espalda con el brazo contra el suyo.

—¿Siguiente pregunta?

Kat unió las manos por encima del estómago y no se apartó.

—¿Por qué vuestros poderes dejan rastro?

Ese era un terreno mucho más seguro.

—Los humanos sois para nosotros como esas camisetas que brillan en la

oscuridad. Cuando usamos nuestros poderes cerca de vosotros, no podéis evitar absorber nuestra luz. Ese brillo acaba desapareciendo, pero, cuanta más energía utilicemos, más evidente será el rastro. Cuando Dee difumina el brazo sin querer, por ejemplo, el rastro que deja es apenas perceptible. En cambio, el incidente del camión y el del oso sí dejaron un rastro muy visible. Curar a alguien, por ejemplo, es una acción que requiere mucha energía, y en ese caso el rastro dura mucho más a pesar de verse muy poco.

»Tendría que haber tenido más cuidado contigo —continuó diciendo—. Asusté al oso, por ejemplo, con una explosión de luz, que es como un rayo láser. Y dejó un rastro en ti tan perceptible que hizo que los Arum te encontraran muy fácilmente.

—¿Estás hablando de la noche en que me atacaron? —dijo con voz ronca.

—Sí. —Me froté la cara con la mano—. Los Arum no aparecen mucho por aquí, porque no creen que en esta zona haya ningún Luxen. El cuarzo beta de las rocas actúa de pantalla y oculta nuestra energía. Por eso muchos hemos acabado aquí. Pero entonces uno de los Arum merodeaba por la zona. Debió de ver tu rastro y por eso supo que estábamos cerca. Todo fue culpa mía.

—No es culpa tuya. Tú no me atacaste.

—Pero prácticamente lo conduje a ti —señalé.

Empalideció mientras mis palabras calaban, y la mirada se le llenó de miedo. Era algo que odiaba y, al igual que antes, me preocupó pensar cuánta información podría soportar.

—¿Dónde está? —preguntó—. ¿Sigue por aquí? ¿Va a volver? ¿Qué...?

Estiré el brazo entre nosotros, le encontré la mano y se la apreté con suavidad.

—Cálmate, gatita. Te va a dar un infarto.

Sus labios se separaron ligeramente.

—No me va a dar ningún infarto.

—¿Seguro?

Su mano era cálida y pequeña dentro de la mía.

—Sí.

Puso los ojos en blanco otra vez.

—Ese tipo no va a molestarnos más —expliqué.

Giró la cabeza un poco más hacia mí.

—¿Lo... mataste?

—Sí, más o menos.

No estaba tratando de asustarla, pero tenía que saber que mataría a cualquiera que amenazara a mi familia... y ahora, a ella.

—¿Cómo que «más o menos»? Que yo sepa, no puedes matar «más o menos» a alguien.

—Vale, sí; lo maté. —Contuvo el aliento, sobresaltada—. Somos enemigos, gatita. Si no lo hubiera matado, él nos habría matado a mí y a mi familia, después de haberme quitado los poderes. Y no solo eso; habría traído aquí a más de los suyos. Y

todos habríamos estado en peligro; incluso tú.

—¿Y qué hay del camión? Ahora brillo mucho más —dijo—. ¿Vendrán más?

Cuando había un Arum, normalmente había otros tres. Quizá tuviéramos suerte en aquella ocasión.

—Esperemos que no haya ninguno cerca. El rastro se te acabará yendo y no tendrás de qué preocuparte.

—¿Y si no es así?

—Entonces mataré a los que vengan —dije, y esa era la verdad—. Vas a tener que estar cerca de mí un tiempo, hasta que desaparezca el rastro.

—Algo así me dijo Dee. —Se mordió el labio—. ¿Ya no quieres entonces que me aleje de vosotros?

—Qué más da lo que yo quiera. —Eché un vistazo a nuestras manos. Entonces me di cuenta de que había estado recorriéndole las líneas de la mano. Ni me había dado cuenta—. Si por mí fuera, estarías bien lejos de nosotros.

Kat liberó la mano.

—No hace falta que seas tan sincero, ¿sabes?

—No lo entiendes —dije. Estaba decidido a hacer que comprendiera el peligro en el que nos había metido por no haber permanecido alejada de nosotros desde el principio. No quería ser cruel, pero tenía que comprender qué era lo que estaba en juego—. Ahora mismo, puedes guiar a un Arum hasta mi hermana. Y yo tengo que protegerla: es todo lo que tengo. Además, debo proteger también a los demás; soy el más fuerte y es mi obligación. Mientras tengas ese rastro, no quiero que estés cerca de Dee si yo no estoy contigo.

Se sentó y se giró hacia la orilla.

—Creo que es hora de volver a casa.

Joder, no lo estaba comprendiendo en absoluto. Comenzó a levantarse, pero le sujeté el brazo. Su piel se calentó de inmediato bajo mi palma.

—Por el momento, no puedes andar sola por ahí. Tengo que estar contigo hasta que el rastro desaparezca.

—No necesito que me hagas de niñera. —Su mandíbula sobresalía tozudamente—. Me alejaré de Dee hasta que desaparezca el rastro.

—No lo entiendes. —Dios, me entraron ganas de zarandearla—. Si un Arum te atrapa, no te matará. El que te encontró en la biblioteca estaba jugando contigo. Quería torturarte hasta que suplicas por tu vida y entonces obligarte a que lo llevaras hasta nosotros.

—Daemon...

—No tienes opción. Ahora mismo, eres un gran riesgo para nosotros y un peligro para mi hermana. No permitiré que le pase nada malo.

La furia le ruborizó la cara.

—Y cuando el rastro haya desaparecido, ¿qué? ¿Qué pasa entonces?

—Preferiría que no estuvieras en contacto con nosotros, pero dudo bastante que

eso vaya a suceder. Además, mi hermana te tiene mucho aprecio. —Le solté el brazo y me recliné hacia atrás, enormemente frustrado—. Mientras no acabes con otro rastro, no tengo ningún impedimento para que seáis amigas.

Sus manos se cerraron en puños.

—Pues muchas gracias por tu consentimiento.

Forcé una sonrisa. ¿Cómo de claro necesitaba que se lo dejara? Estaba en peligro, y además suponía un riesgo para nosotros. Aquello... aquello no era nada personal.

—Ya he perdido a un hermano por culpa de sus sentimientos hacia un humano. Y no pienso permitir que eso vuelva a sucederme.

—Hablas de tu hermano y de Bethany, ¿verdad? —dijo.

—Mi hermano se enamoró de una humana... y ahora los dos están muertos.

CAPÍTULO 16

A veces, Kat era como un libro abierto. Un libro de dibujos. Todo lo que pensaba y sentía estaba claramente visible en su cara. La observé mientras la irritación desaparecía y quedaba reemplazada por una simpatía que no me hacía sentir nada cómodo al verla.

—¿Qué pasó? —preguntó.

Una parte de mí quería ignorar la pregunta, decir cualquier tontería para distraerla. Pero la otra mitad de mí quería... quería hablar de ello, hablar de ello de verdad. Fue esa parte la que ganó.

—Dawson conoció a Bethany y, te lo digo completamente en serio, fue amor a primera vista. Solo tenía ojos para ella. Matthew, el señor Garrison, quiero decir, le advirtió del peligro que corrían. Yo mismo le dije que no funcionaría. Que no podemos salir con humanos. —Miré por encima de su hombro, hacia los árboles—. No sabes lo duro que es, Kat; tenemos que ocultar lo que somos e incluso entre los nuestros debemos andarnos con ojo. Hay muchas normas que seguir... Ni al Departamento de Defensa ni a los Luxen les gusta que nos relacionemos con humanos. Tengo la impresión de que creen que somos animales, que estamos por debajo de ellos...

—Pero eso no es verdad, no sois animales —respondió con cierta fiereza. Era muy mona defendiéndome por una vez para variar, aunque probablemente no me lo mereciera.

—¿Sabes que cada vez que queremos pedir algo tenemos que informar a Defensa? —Negué con la cabeza, enfadado—. Tenemos que hablar con ellos cuando queremos sacarnos el carné de conducir o ir a la universidad. Lo saben todo. Y casarse con un humano es imposible. Incluso cuando queremos mudarnos, tenemos que comunicárselo y pasar por un censo especial.

—Pero ¿tienen derecho a haceros eso? —dijo, con la voz llena de aturdimiento.

Solté una risa seca.

—Es vuestro planeta, no el nuestro. Tú misma lo has dicho antes... A cambio de que estemos calladitos, nos lo financian todo. Hay controles aleatorios de tanto en tanto para que no podamos escondernos ni intentar nada. Una vez que nos han localizado, no hay nada que podamos hacer. Y eso no es todo. En teoría debemos unirnos a otro Luxen y quedarnos aquí.

Su mirada se agudizó.

—Qué injusto...

—Lo es. —Me senté y me rodeé las rodillas dobladas con los brazos—. Es muy fácil sentirse humano. Sé que no lo soy, pero quiero lo mismo que querría un humano. —¿Qué le estaba diciendo? Me aclaré la garganta y apreté la mandíbula—. Bueno, el caso es que algo pasó entre Dawson y Bethany; no sé exactamente el qué porque nunca me lo explicó. Se fueron de excursión un sábado y volvieron tarde con la ropa rasgada y cubiertos de sangre. Estaban más unidos que nunca. Matt y los Thompson, que no las tenían todas consigo antes, estaban ya totalmente recelosos. El siguiente fin de semana, Dawson y Bethany fueron al cine y nunca volvieron.

Kat cerró los ojos.

—El Departamento de Defensa encontró su cuerpo al día siguiente en Moorefield, tirado como un perro en medio del campo. No pude despedirme de él. Se llevaron el cuerpo antes de que pudiera verlo, por miedo a que alguien pudiera descubrirnos. Cuando morimos o nos hieren, volvemos a nuestra forma original.

Cuando habló, lo hizo con voz suave.

—¿Estás seguro de que está muerto? Nunca llegaste a verlo...

—Sé que un Arum llegó a él. Le quitó sus poderes y lo mató. Si estuviera vivo, habría hallado una manera de llegar hasta nosotros. Se llevaron su cuerpo y el de Bethany antes de que alguien pudiera verlos. Sus padres nunca sabrán lo que le pasó. Todo lo que sabemos es que debió de hacer algo que dejó un rastro en ella y por eso el Arum la encontró. No hay otra posibilidad. Aquí no pueden sentir nuestra energía. Mi hermano debió de usar su energía por algún motivo que desconocemos... pero debió de ser algo grande.

—Lo siento —susurró—. Sé que no puedo decir nada para consolarte. Yo... lo siento tanto.

Levanté la barbilla y miré al cielo. El peso de haber perdido a Dawson era como una bola de plomo de cincuenta kilos asentada en mi estómago. Dolía. Todavía dolía como si fuera ayer. Todavía me despertaba algunas noches e iba hasta su habitación, deseando poder verlo aunque solo fuera una vez más.

—Lo cierto es que... echo mucho de menos al muy idiota —dije con voz entrecortada.

Kat no dijo nada, pero se inclinó hacia mí y me rodeó con los brazos. Me quedé rígido a causa de la sorpresa. No pareció darse cuenta, porque me abrazó con fuerza, y después me soltó y se apartó.

La miré fijamente, aturdido hasta la médula. Después de las cosas que le había dicho tan solo unos minutos antes, ¿cómo podía hacer algo así? ¿Cómo podía abrazarme?

Bajó la mirada hasta sus manos.

—Yo también echo de menos a mi padre. Y el tiempo no lo cura...

Solté aire de forma brusca.

—Dee me dijo que se puso enfermo, pero no qué le pasó. Lo siento... mucho. Nosotros no estamos acostumbrados a las enfermedades. ¿Qué le pasó?

—Fue un tumor cerebral. Comenzó tan solo con unos dolores de cabeza, ya sabes. Tenía unos dolores de cabeza terribles, y después empezó a tener problemas de visión. Cuando eso pasó, fue a hacerse unas pruebas y le encontraron el tumor. — Levantó la mirada hasta el cielo y unió las cejas—. Parece que todo ocurrió muy rápido después de eso, pero supongo que en realidad no fue así. Tuve tiempo con él antes de que...

—¿Antes de qué?

La observé, incapaz de hacer nada más. Ella me dirigió una sonrisa triste.

—Cambió hacia el final. El tumor afectaba a las cosas. Eso... eso fue difícil, ¿sabes? —Negó con la cabeza y bajó la barbilla—. Pero tengo todos los recuerdos de los buenos tiempos, como cuando trabajábamos juntos en el jardín o íbamos a la biblioteca. Todos los sábados por la mañana nos dedicábamos a la jardinería. Y todos los domingos por la tarde, desde que tengo uso de razón, íbamos a la biblioteca.

Estaba comenzando a comprender por qué le gustaba tanto leer y la jardinería. La mantenía unida a su padre. Los dos habíamos sufrido grandes pérdidas.

—Dawson y yo... solíamos ir juntos de caminata todo el tiempo. A Dee nunca le ha gustado demasiado.

Sonrió un poco.

—La verdad es que no me la puedo imaginar subiendo por una montaña.

Me reí ante sus palabras.

—Ni yo tampoco.

Mientras el día se convertía en crepúsculo y las estrellas comenzaron a llenar el cielo, nos limitamos a... a hablar. Le conté la primera vez que Dawson se convirtió en alguien y no pudo recuperar su forma. Ella me contó cómo había perdido sus amistades después de que su padre enfermara, y me resultó interesante que se echara la culpa por ello. Continuamos hablando hasta que el aire se volvió frío y llegó la hora de que volviéramos.

A decir verdad, lo cierto era que no quería volver a la realidad. Me gustaba aquello. Kat. Yo. Hablando. Nunca habría pensado que sería así, pero me gustaba. Me gustaba de verdad.

Un silencio cómodo nos rodeó mientras regresábamos a nuestras casas. Había luz en el salón de la casa de Kat, así que cuando se giró hacia mí habló en voz baja.

—¿Y ahora, qué?

No respondí.

No tenía ni idea de lo que iba a ocurrir.

* * *

Me pasé la mayor parte del domingo escuchando a Dee y a Kat hablar en el salón sobre libros, y sobre cómo los novios de los libros eran universalmente mejores que los novios de verdad. Y como yo era un tío, por mucho que no fuera humano me

entraron muchas ganas de discutir esa afirmación. Sin embargo, en cuanto comenzaron a hacer una lista de los atributos de algunos de los tíos de los libros de Kat, me di cuenta de que no había forma posible de que alguien pudiera competir con eso.

Me pareció que tendría que advertir a Adam.

Matthew estaba organizando una barbacoa por el Día del Trabajo, y a Kat le hizo mucha gracia que los alienígenas celebráramos ese día... hasta que Dee tuvo que marcharse. Por una multitud de razones obvias, Kat no podía ir con ella. Trató de no demostrarlo, pero la sonrisa que esbozó mientras estaba sentada en nuestro porche delantero no alcanzó sus ojos grises.

—No tengo por qué ir —dijo Dee, notando lo mismo que yo—. Puedo quedarme...

Kat abrió la boca, pero yo intervine.

—Has ido todos los años. Tienes que ir también este, si no, va a parecer extraño.

Se mordió el labio inferior, preocupada, mientras miraba a Kat.

—¿Vas a estar bien aquí?

—¿Por qué no iba a estarlo? —pregunté, cruzando los brazos.

Kat me fulminó con la mirada.

—Su madre tiene que trabajar hoy, así que se va a pasar todo el día sola —respondió Dee antes de que Kat pudiera hacerlo.

Arqué una ceja.

—¿Y en qué se diferencia eso de cualquier otro día?

Kat frunció los labios.

—No seas idiota —dijo Dee, entrecerrando los ojos—. Hoy es diferente porque es un día festivo.

Kat volvió a abrir la boca.

—Es el Día del Trabajo —señalé secamente—. Ni que fuera Acción de Gracias o Navidad. Ni siquiera estoy seguro de que sea un día festivo en todas partes.

—Pues claro que sí. Aparece en los calendarios y todo —insistió Dee—. Es festivo en todas partes.

Puse los ojos en blanco.

—Pues es un festivo estúpido. Kat está...

—Está aquí mismo, por si acaso se os había olvidado. —Se puso en pie y se quitó el polvo de la parte trasera de los vaqueros. Me lanzó una mirada envenenada y fulminante antes de girarse hacia Dee—. Estaré bien. Dios sabe que odio tener que decir esto, pero Daemon tiene razón. Es el Día del Trabajo. No es gran cosa. Adam va a estar ahí, ¿verdad? —Dee asintió con la cabeza mientras yo miraba a Kat, y esta volvió a sonreír—. Ve y pásalo bien con él.

Para cuando mi hermana por fin metió el culo en el coche y se marchó, yo ya me encontraba a punto de lanzarla de una patada hasta la casa de Matthew. No estaba muy seguro de que fuera a llegar, pero estaba dispuesto a intentarlo.

Mientras los neumáticos del coche de Dee hacían crujir la gravilla, Kat pasó sin prisa junto a mí, y mi mirada la siguió, fascinada por la forma que tenía de balancear las caderas. ¿Es que no se daba cuenta de cómo caminaba? Dios santo.

—¿Adónde vas? —pregunté bajando las pestañas.

Se detuvo en los escalones del porche.

—Eh... a mi casa.

—Ajá —murmuré, inclinándome contra el lateral de la casa.

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia abajo.

—¿No vas a ir a la barbacoa?

Negué con la cabeza.

—Nunca me ha hecho mucha gracia.

—¿En serio? ¿Hay alguien a quien no le haga gracia hacer una barbacoa? —me retó.

—Me haga gracia o no, es un tanto irrelevante. Alguien tiene que quedarse aquí contigo.

Sus gruesos labios se fruncieron para hacer un puchero.

—No necesito una niñera.

—Sí, en realidad sí.

Kat me miró, y fue obvio que estaba preparada para enfrentarse a mí. Me costó un esfuerzo colosal no sonreír. Después del día anterior, del tiempo que habíamos pasado en el lago, algo había cambiado entre nosotros. Se había forjado una conexión que no sabía muy bien cómo manejar.

—No necesito una niñera, Daemon. —Cerró la mano sobre la barandilla—. Voy a ir a mi casa y voy a...

—¿Leer un libro?

Sus ojos estaban a punto de lanzar fuego. Y puede que su boca también.

—¿Y qué pasa si lo hago? Leer no tiene nada de malo.

—Yo no he dicho lo contrario.

Sonreí.

—Pues vale.

Se dio la vuelta y bajó los escalones a zancadas.

Debería haber dejado que se marchara. Con tal de que permaneciera allí, estando yo cerca, se encontraría a salvo, y lo mejor era que Dee no estaba con ella. Pero mientras la observaba caminar hacia su casa, su casa vacía, maldije entre dientes y me alejé de donde estaba.

—Espera —dije, extendiendo los brazos.

Kat siguió caminando.

Con un suspiro, salí disparado del porche. No me vio, no hasta que aparecí frente a ella. Se apartó de golpe y se llevó la mano al pecho.

—Joder —jadeó—. Podrías haberme avisado.

Me metí las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Te he llamado.

—¡Y yo te he ignorado! —Bajó la mano y respiró hondo—. ¿Qué es lo que quieres?

—Que no me ignores.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿En serio?

Mis labios se crisparon.

—Sí.

Sacudió la cabeza mientras una brisa cálida hacía revolotear unos mechones sueltos de su pelo alrededor de su cara.

—Por alguna razón, no me parece que ese sea el caso.

—A lo mejor no. —Di un paso hacia ella, en esa ocasión con lentitud—. Tengo carne de vaca en la nevera. Podríamos hacer hamburguesas.

—¿Carne de vaca? —Atrapó el mechón de pelo y se lo puso por detrás de la oreja—. Esa... es una forma asquerosa de decir «carne picada».

—Sí que lo es, ¿verdad? —Pasé junto a ella y le di un golpecito en el brazo con el codo—. Podríamos hacer nuestra propia barbacoa. Tengo una parrilla. —Kat miró directamente hacia delante mientras yo seguía caminando—. ¿Vas a venir o no?

Me estaba dando la espalda, y durante un largo momento pensé que iba a ignorarme, y bueno, aquello habría sido muy incómodo. Sobre todo si tenía que volver a donde estaba, ponérmela encima del hombro y obligarla a comerse mi carne de vaca a la parrilla, porque estaba dispuesto a hacerlo. Decidí que nadie debería comer vaca solo. Además, no quería analizar por qué no me gustaba pensar que fuera a pasar un día festivo sola.

Kat se giró, volvió a atrapar el mechón de pelo y se lo pasó por detrás de la oreja otra vez.

—¿Tienes queso?

Arqueé una ceja.

—Eh... Sí.

Cruzó los brazos por delante del pecho.

—¿Queso suizo?

—Sí, creo que sí.

Pasó un segundo, y entonces sonrió, mostrando unos dientes rectos y blancos.

—Vale, iré contigo. Pero solo si me haces una hamburguesa con queso suizo y no te refieres a ella como «carne de vaca».

Bajé la barbilla y noté cómo se curvaban mis labios.

—Trato hecho.

* * *

Dee acabó echándose a sí misma la culpa de que Kat pareciera más iluminada que

Las Vegas. Había sido su decisión, y además tenía sentido, pues no estaba muy seguro de que alguien hubiera creído que yo había cometido el mismo error dos veces.

Como era de esperar, a Matt no le hacía mucha gracia, y tampoco a ninguno de los demás. No podía culparlos.

Y como también era de esperar, cuando le dije a Kat que tenía planes aquella tarde, que consistían en quedarme en casa para poder echarle un ojo, ella me aseguró que tenía otros planes. Todo el mundo, incluidas las farolas, sabía que eso era mentira.

Tan solo estaba siendo testaruda.

El martes después de clase la seguí hasta casa. Había ido primero a la oficina de correos, cosa que me cabreaba. Para un Arum, aquella chica sería como una bombilla encendida. Y ella lo sabía, pero aun así llevó su bonito culo hasta la oficina de correos para recoger un puñado de paquetes.

Paquetes que contenían libros.

Como si necesitara más libros.

Cuando le señalé ese hecho en el aparcamiento, ella me miró fijamente y con incredulidad, como si hubiera tirado a un niño pequeño en medio del tráfico de una patada.

—Nunca se tienen demasiados libros —declaró con firmeza.

Después, en el camino de vuelta a casa, paró en seco delante de mí cuando yo le pisaba los talones con mi todoterreno para intentar que condujera a más velocidad de la que yo podía caminar. ¿Es que no comprendía que cada minuto que pasábamos fuera se estaba exponiendo? Me preocupaba cada día hasta que llegaba a casa, cerca de la mía, donde podía protegerla.

Le toqué el claxon varias veces. Era o eso o estamparme en la parte de atrás de su Camry hecho polvo.

Tardó una eternidad en llegar a su casa, y en cuanto aparqué el todoterreno me convertí en la viva imagen de la impaciencia. Salí y fui hasta la puerta del conductor de su coche, pero al parecer me moví demasiado rápido.

—¡Por Dios! —Se frotó el pecho—. ¿Puedes dejar de hacer eso?

—¿Por qué? —Apoyé los brazos sobre la ventana abierta—. Ahora ya sabes cómo somos.

—Ya, pero eso no quiere decir que no puedas caminar como todo hijo de vecino, en vez de teletransportarte. ¿Qué pasaría si te viera mi madre, por ejemplo?

Sonreí.

—Usaría mis armas de seducción para convencerla de que son imaginaciones tuyas.

Abrió la puerta y apenas esperó a que retrocediera antes de pasar junto a mí, empujándome.

—Hoy ceno con mi madre. —Aparecí frente a ella, que soltó un chillido y trató

de golpearme—. ¡Por Dios! ¿Te gusta cabrearme o qué?

—¿A quién? ¿A mí? —Abrí mucho los ojos—. ¿A qué hora es la cena?

—A las seis. —Subió los escalones pisando fuerte—. Y no estás invitado.

—Ya, como si quisiera cenar contigo. —Levantó la mano y me enseñó el dedo. Yo sonreí—. Te doy hasta las seis y media para que vengas a casa. Si no, vendré a buscarte.

—Menos lobos, Caperucita.

Me di la vuelta y me giré mientras me dirigía hasta mi casa, preguntándome si se habría dado cuenta de que había dejado todos esos libros tan preciados en su coche.

Dee apareció poco después de las cuatro, pero no fue hasta cerca de la hora en la que se suponía que Kat tenía que llegar cuando abrió el congelador y se volvió loca.

—¿Dónde está el helado? —preguntó con voz tensa.

Me recliné contra la encimera.

—¿Qué helado?

—¿Que qué helado? —repitió con lentitud, y la incredulidad era patente en su voz—. ¡Los dos litros de helado de chocolate con nueces y malvaviscos que había ayer en el congelador!

—Ajá.

—¡Daemon, es increíble que te hayas zampado toda la tarrina de helado!

—Te digo que no me la he comido toda yo.

—¿Ah, no? ¿Y entonces quién se la ha comido? ¿O el helado ha desaparecido solo? —Los chillidos de Dee iban a romperme los tímpanos—. Ah, ya lo sé. Ha sido la cuchara la que se ha comido el helado. ¡No, no, espera! ¡Ha sido el envase!

—Ahora que lo dices, creo que ha sido el congelador —le respondí secamente.

Dee se giró como una exhalación y me tiró el envase vacío, convirtiéndolo en una maldita pelota de béisbol. Me golpeó el brazo y me hizo daño, aunque logré atraparlo antes de que cayera al suelo.

—Au. Eso no ha estado muy bien.

Me fulminó con la mirada mientras yo tiraba el envase a la basura. Fue entonces cuando oí a alguien en la sala de estar. Me di la vuelta y fui hacia allí. Era Kat. Al mirar el reloj, los labios se me crisparon al ver que pasaban un par de minutos de las seis y media. Me recliné contra el marco de la puerta, crucé los brazos y esperé a que se diera cuenta de que me encontraba allí.

Cuando me vio, lo único que hizo fue quedarse plantada y... mirarme fijamente. Su mirada me recorrió como si no me hubiera visto antes, y eso me resultó interesante. Levanté una ceja.

—¿Kat?

Se apresuró a apartar la mirada.

—¿Has recibido el impacto de una tarrina de helado?

—Sí.

—Qué pena habérmelo perdido.

—Seguro que a Dee le encantaría repetir la jugada para que no te la perdieras.

Sonrió.

—Ah, ¿te parece gracioso? —dijo Dee, entrando de golpe en la sala de estar con las llaves del coche en la mano—. Ahora tendría que obligarte a que fueras a comprarme más helado, pero, como aprecio a Katy y quiero que esté a salvo, voy a ir yo misma a buscarlo.

Kat abrió mucho los ojos.

—¿Y no puede ir Daemon?

Le sonreí.

—No. Si vienen los Arum, verán tu rastro —replicó Dee, y tomó el monedero—. Tienes que quedarte con Daemon; es más fuerte que yo.

Kat soltó un fuerte suspiro, y, si tuviera sentimientos, me habría sentido ofendido.

—¿Y no puedo irme a casa?

—¿No te das cuenta de que el rastro es visible desde el exterior? —Me aparté de la puerta—. Si te vas, será para ir a tu propio funeral.

—Daemon —dijo Dee—, todo esto es culpa tuya. ¡Cuántas veces te he dicho que no quiero que te comas mi helado, que te comas solo el tuyo!

—Sí que es importante el helado —murmuró Kat.

—Es mi vida entera. —Dee me tiró el monedero, pero falló—. ¡Y tú me lo has quitado!

Puse los ojos en blanco.

—Vete ya, anda, y no tardes en volver.

—¡Sí, señor! —me respondió con un saludo militar—. ¿Queréis que os traiga algo?

Kat negó con la cabeza y, cuando Dee llegó a la puerta, fui hasta ella y le di un abrazo rápido con un solo brazo.

—Ten cuidado.

—Como siempre.

Hizo un gesto de despedida y salió por la puerta.

—Vaya —dijo Kat—, recuérdame que nunca me coma su helado.

—Si lo haces, ni siquiera yo podré salvarte. —Le dirigí una sonrisa—. Bueno, gatita, ya que voy a ser tu canguro, ¿qué me darás a cambio?

Entrecerró los ojos.

—Oye, en primer lugar yo no te he pedido que me hagas de canguro. Y, en segundo lugar, has sido tú quien me ha hecho venir. Y no me llames gatita.

Me reí.

—Veo que estás pletórica de formas.

—Pues todavía no has visto nada.

Sonreí y entré en la cocina.

—Te creo. Cuando estás por aquí no existe el aburrimiento. —Hice una pausa al darme cuenta de que seguía plantada en mitad de la sala de estar—. ¿Vienes o no?

—¿Adónde?

—Tengo hambre.

—Madre mía, el estómago de un alienígena no tiene fondo.

Miré por encima del hombro y vi que todavía no se había movido.

—Fíjate, tengo ganas de vigilarte de cerca. Donde yo vaya, vendrás tú. —Esperé a que se moviera, y al ver que no lo hacía le guiñé un ojo—. Bueno, y si no vienes por tu propia voluntad, tendré que traerte yo.

—Vale, vamos.

Resopló, pasó junto a mí a zancadas y se sentó junto a la mesa de la cocina.

Saqué un plato de pollo que había sobrado del frigorífico.

—¿Quieres un poco?

Negó con la cabeza y después apoyó la mejilla en la mano mientras me observaba moverme por la cocina. Cada vez que la miraba tenía una expresión pensativa en el rostro.

Llevé el plato hasta la mesa y me senté frente a ella. El día anterior, durante nuestra barbacoa improvisada, realmente apenas habíamos hablado. Y extrañamente no había habido un silencio incómodo entre nosotros. Había estado... bien.

—¿Qué, cómo lo llevas?

Bajó la mirada.

—Bien.

—Ya lo veo. —Di un mordisco al pollo frío—. Me sorprende lo bien que has asimilado todo esto.

—¿Y qué pensabas que iba a hacer?

Me encogí de hombros.

—Pues, siendo humana, cualquier cosa. Las posibilidades son infinitas.

Se mordió el labio inferior.

—¿Crees que los humanos somos más débiles que vosotros o qué?

—No es que lo crea, es que lo sé. —La miré por encima del vaso de leche—. No intento hacerme el desagradable diciéndote esto; es que es un hecho.

—Quizá físicamente. Pero no mental o moralmente —insistió.

—¿Moralmente?

—Sí. Por ejemplo, no voy a delataros por dinero. Y si me capturara un Arum, tampoco les diría dónde puede encontraros.

—¿No?

Una emoción que no era capaz de interpretar le cruzó el rostro mientras se reclinaba en la silla.

—Pues no.

—¿Aunque te amenazara de muerte? —pregunté con tono incrédulo.

Kat negó con la cabeza, riéndose.

—Que sea humana no quiere decir que sea una cobarde o no tenga moral. Nunca haría nada que pudiera poner en peligro a Dee. ¿Por qué mi vida tendría que ser más

valiosa que la suya? Si estuviera en peligro la tuya... Bueno, eso sería más discutible. Pero jamás pondría en peligro a Dee.

No quería creerla, pero mientras continuaba comiendo me di cuenta de que lo hacía.

—¿Cuánto tardará el rastro este en desaparecer?

Levanté la mirada, y nuestros ojos se cruzaron. Tomé el vaso de leche y di un trago largo. Sus pómulos se ruborizaron.

—Una semana, quizá dos. O puede que menos. —Entrecerré los ojos, comprobando el resplandor—. Ya se te está empezando a ir.

—¿Qué aspecto tengo? ¿Parezco una bombilla gigante?

Me reí, porque en cierto modo sí que era así.

—Es un ligero brillo blanco. Lo tienes alrededor del cuello, como si fuera un halo.

—Bueno, supongo que no es tan grave entonces. ¿Has acabado ya? —Cuando asentí con la cabeza, ella recogió mi plato y se puso en pie, sorprendiéndome. Caminó hasta el fregadero y dejó el plato ahí—. Por lo menos no parezco un árbol de Navidad.

La seguí y agaché la cabeza hasta la suya cuando hablé.

—Te pareces a la estrella que corona el árbol.

Kat jadeó y se giró con los ojos muy abiertos. Por supuesto, no me había oído moverme. Se reclinó hacia atrás y sujetó el borde de la encimera tras ella.

—No me gusta nada cuando haces eso de ir tan rápido.

La miré fijamente y sonreí. Sus mejillas se habían vuelto a sonrojar de esa forma tan bonita. No hacía falta ser un genio para saber que nuestra proximidad le afectaba, y no de una forma mala.

—Gatita, ¿dónde nos estamos metiendo?

Sus ojos me recorrieron la cara.

—¿Por qué no me entregas a Defensa? —soltó abruptamente.

Me pilló con la guardia baja, así que di un paso hacia atrás.

—¿Qué?

—¿No habría sido todo mucho más fácil si me hubieras entregado al Departamento de Defensa? Así no tendrías que preocuparte tanto por Dee ni por lo que pudiera pasar...

Joder, aquella era una muy buena pregunta. Una que me había planteado a mí mismo una y otra vez. Una pregunta que sabía que todo el mundo me haría si alguna vez descubrían que Kat sabía la verdad acerca de nosotros.

—No lo sé, gatita.

—¿No lo sabes? —preguntó—. ¿Lo pones todo en peligro y no sabes por qué?

La irritación era como un picor en mi piel.

—Eso es lo que acabo de decir.

Abrió mucho los ojos, mostrando claramente la incredulidad que sentía. No tenía

una razón lo suficientemente buena para no entregarla. El Departamento de Defensa me adoraría si lo hiciera y, por mucho que los odiara, tenerlos contentos era beneficioso para todos nosotros. Tenía que haber una razón, y...

Atajé ese pensamiento. Aquella conversación se estaba dirigiendo a un lugar demasiado serio, y no tenía tiempo para eso.

Me incliné hacia delante, puse las manos a ambos lados de sus caderas y bajé la barbilla.

—Vale. Ya sé por qué.

Contuvo el aliento.

—¿Ah, sí?

Asentí con la cabeza.

—No podrías sobrevivir un solo día sin nosotros.

—Eso no lo sabes.

—Ya lo creo que lo sé. —Incliné la cabeza hacia un lado y, aunque me estaba metiendo con ella, también le estaba contando la verdad sobre lo que le sucedería si acababa en poder del Departamento de Defensa—. ¿Sabes a cuántos Arum me he enfrentado? A cientos. Y a duras penas he conseguido escapar en varias ocasiones. Un humano no tiene nada que hacer frente a ellos o frente a Defensa.

—Vale, lo que tú digas. ¿Puedes apartarte?

Sonreí.

Y Kat perdió rápidamente la paciencia. Plantó ambas manos en mi pecho y empujó; empujó con fuerza. Pero no me moví. Mi sonrisa se ensanchó.

—Capullo —murmuró.

Me hizo reír. Realmente tendría que haberme apartado de su camino, pero era demasiado divertido meterme con ella y hacía mucho tiempo que no me reía tanto. Creo que, aunque no quisiera admitirlo, a ella le pasaba lo mismo.

—Pero mira que eres faltona —le dije—. Parece mentira que uses esa misma boquita para besarte con algún chico... Porque lo haces, ¿no?

Sus mejillas se volvieron de un rojo sangre.

—¿Y tú con Ash?

—¿Ash? —Mi sonrisa desapareció—. Ya te gustaría a ti saberlo, ¿no?

Me dirigió una sonrisa burlona.

—Pues no, gracias.

No me lo creía ni un poquito. Me incliné hacia ella, hasta que solo quedamos separados por unos pocos centímetros. El aroma de melocotones y vainilla me rodeaba.

—No se te da demasiado bien mentir, gatita. Las mejillas se te ponen rojas cuando mientes.

El cerebro se me desconectó cuando sus mejillas se volvieron de un color aún más intenso. Antes de que pudiera darme cuenta, mi mano le envolvió el brazo. Pero no la estaba agarrando. No. La estaba acariciando, y su piel era cálida bajo la mía.

Llevé la mirada hasta la suya, y no pude apartarla.

La energía recorría mi cuerpo, haciendo que mi piel vibrara. La tensión prácticamente crepitaba entre nosotros, y joder, era difícil ignorar eso.

Una parte de mí no quería hacerlo.

—Hace tiempo que le doy vueltas a la idea de que tengo que probarlo.

Su mirada se desvió hasta mi boca.

—¿Probar el qué?

—Creo que te gustaría saberlo... —Deslicé la mano por su brazo, y me tragué un gruñido cuando noté que se estremecía. Me detuve en su nuca, bajo su espesa capa de pelo. Bajo la luz de la cocina era de un castaño intenso, pero sabía que fuera, en el sol, tenía reflejos rojizos—. Tienes un pelo muy bonito.

—¿Qué?

Vale, no sabía de dónde había salido eso. Qué raro.

—Nada.

Pasé los dedos por los mechones con lentitud y, joder, eran tan suaves como imaginaba. Y sí, ya me había imaginado cómo sería la sensación. Noté un dolor en mi interior.

Cuando mis ojos volvieron a descender, vi que sus labios rosados se habían separado. Parecía que estuviera esperando un... un beso, y Dios, era tan...

Mierda. Kat era... era preciosa.

Un precioso grano en el culo.

Me costó hasta el último gramo de energía que tenía no inclinarme hacia abajo y besarla. Pero aquello habría sido una idea muy mala en tantos sentidos que era incapaz de contarlos todos.

Aparté la mano de su pelo, la llevé detrás de ella y tomé la botella de agua que había dejado ahí antes. Abrió mucho los ojos mientras se apoyaba en la encimera.

Fui hasta la mesa de la cocina antes de que pudiera verme sonreír.

—¿Querías algo, gatita?

—Deja de llamarme así.

Tomé un trago mientras la miraba.

—¿Sabes si Dee ha alquilado alguna peli?

—Sí —dijo, frotándose los brazos con las manos—, me lo dijo en clase.

—Vale. Pues venga, vamos a verla.

Por una vez, Kat me escuchó y me siguió hasta la sala de estar. Se quedó junto a la puerta mientras yo me dirigía hasta el DVD que había junto a la mochila del instituto de Dee. Lo tomé, vi la película que era y le di la vuelta.

—¿Quién ha elegido esta peli? —Kat se encogió de hombros. Leí la descripción, y a continuación murmuré—: En fin.

Se aclaró la garganta mientras se adentraba unos centímetros en la sala de estar.

—Mira, Daemon, no tienes que quedarte aquí viendo una peli conmigo. Si tienes otras cosas que hacer, adelante. Seguro que no me pasa nada.

Levanté la mirada desde la película y me encogí de hombros.

—No tengo nada más que hacer.

—Vale.

Dudó durante un instante, y a continuación caminó hasta el sofá.

Puse la película y me senté en el otro extremo del sofá. La tele se encendió, y la mirada atenta de Kat me hizo sonreír. La sonrisa creció aún más cuando la miré unos cuantos segundos más tarde y me encontré con que me estaba mirando.

—Si te duermes, me deberás una.

Frunció el ceño.

—¿Y se puede saber por qué?

—Tú estate atenta y punto.

Dirigió la mirada hasta la tele y, tras unos momentos, me moví para ponerme cómodo. Era difícil, porque me sentía consciente de cojones de que estaba sentada justo a mi lado. Ya había olvidado de qué iba la película cuando la primera escena apareció en la pantalla.

Y ese fue más o menos el tiempo que tardé en dejar de prestarle atención para mirar a Kat.

CAPÍTULO 17

No podía dormir el martes por la noche, así que saqué la daga de obsidiana de la cómoda y acabé yendo a patrullar a las tres de la madrugada. No había habido ninguna señal de que hubiera algún Arum cerca, pero sabía que era solo cuestión de tiempo que alguien viera a otro. Quería atraparlo antes de que él nos atrapara a nosotros.

O a Kat.

El miércoles por la mañana transcurrió en un borrón, y durante la mayor parte del día estaba demasiado distraído como para esforzarme demasiado en molestar a Kat. Le clavé el bolígrafo una vez, pero eso fue todo. Mi mente estaba en más o menos una docena de lugares diferentes. La noche anterior había pensado mucho en Dawson. Había pensado mucho en Dee, y en que sabía que quería irse de la zona donde vivíamos. Había pensado mucho en lo que harían los Thompson o Matthew si descubrían todo lo que sabía Kat. Había pensado mucho en ella.

Mientras transcurría la mañana, me sentí mucho más viejo de lo que debería, de lo que era.

Las cosas no mejoraron cuando entré en la cafetería y vi a Kat en la cola del almuerzo. No estaba sola. Aquel gilipollas estaba con ella: Simon Cutters. No me gustaba ese tío; nunca me había gustado. Era un gilipollas que sobaba mucho, y no me parecía que en lo relativo a las chicas fuera de los de mucho ruido y pocas nueces. Y, por supuesto, no dejaba de olfatear a Kat como un perro.

Una emoción horrible y poco familiar se revolvió en mi interior. No quería ponerle nombre, ni siquiera quería reconocer que la sentía, pero de pronto me entraron ganas de darle una verdadera paliza a Simon. Quería demostrarle que no era merecedor siquiera de hablar con Kat.

Simon la esperó al final de la cola.

Joder, no, aquello no me parecía nada bien.

Pasé junto a la cola, donde Simon se encontraba enfrente de Kat.

Ella estaba mirando fijamente su plato.

—Tenemos examen la semana que viene, ¿no?

Simon asintió con la cabeza.

—Justo antes del partido.

Llegué hasta donde se encontraba Simon y lo empujé mientras alcanzaba algo de beber, obligándolo a alejarse un paso de Kat. Ella levantó la barbilla, y la sorpresa cruzó su rostro.

Tomé un cartón de leche del carro y lo lancé al aire mientras me giraba hacia Simon. Éramos de la misma altura, pero él era más corpulento que yo, y por eso el muy idiota posiblemente pensara que podría ganarme. Deseé de verdad que quisiera averiguarlo.

—¿Qué tal, Simon? —pregunté, lanzando el cartón al aire otra vez.

Simon dio un paso hacia atrás y pestañeó mientras se aclaraba la garganta.

—Bien. Muy bien. Me voy... esto, a la mesa. —Al parecer, no quería comprobar si podría ganarme. Una lástima—. Hasta luego, Katy.

Kat frunció el ceño mientras miraba cómo se alejaba Simon, y después levantó la vista hacia mí.

—¿Y eso?

—¿Vas a sentarte con Simon?

La pregunta se me escapó de la boca antes de que pudiera contenerla.

—¿Qué? No. —Se rio—. Pensaba sentarme con Lesa y Carissa.

—Como yo —intervino Dee, que apareció de la nada con un plato en equilibrio sobre una mano y dos bebidas en la otra—. Eso si crees que soy bienvenida.

Aquella sensación fea y extraña se asentó pesadamente en mi pecho. No quería esperar a oír la respuesta de Kat, porque por supuesto que Dee sería bienvenida, así que me di la vuelta y me dirigí hacia la mesa donde estaban los trillizos con un par más.

—Hola —dijo Adam mientras me dejaba caer en el asiento que había a su lado. Levanté la barbilla como toda respuesta, lo cual me hizo ganarme dos palabras en voz baja—: Pues vale...

Puse el libro de Historia sobre la mesa y lo abrí.

—Alguien está de mal humor —comentó Andrew entre dientes.

—Alguien quiere morir —murmuré sin levantar la mirada.

Andrew se rio, inmutable ante mi comentario.

—¿Qué estabas haciendo hablando con Simon?

Me encogí de hombros.

—Tan solo quería saludar.

Junto a mí, Adam me lanzó una larga mirada.

—Eso es... extraño.

—No es nada —aseguré, y después comencé a pasar las páginas del libro de texto. A continuación, noté que me estaban abriendo unos agujeros ardientes en la parte superior de la cabeza, así que levanté la vista y vi que Ash me estaba mirando con el ceño fruncido—. ¿Qué pasa?

—¿Por qué estás siendo tan gilipollas?

Levanté las cejas; aquello ni siquiera se merecía una respuesta. Estaba a punto de volver al infierno que estaba mirando en el libro de texto y me encontré buscando entre las mesas hasta ver a cierta chica humana de ojos grises.

Kat estaba sonriendo mientras tomaba su bebida, y sus labios rosados se movían

mientras le decía algo a Lesa. Las chicas se rieron. Kat tomó una porción de pizza mientras Dee movía ligeramente el cuerpo, y entonces la mirada de Kat se dirigió hacia mi mesa y nuestros ojos impactaron; se encontraron y se quedaron fijos en los del otro.

Aunque estábamos separados por un espacio, no parecía que fuera así. Esperé a que apartara la mirada, pero no lo hizo. Sabía que debía hacerlo antes de que Ash o Andrew se dieran cuenta, porque lo harían, pero yo tampoco aparté la mirada. Oh, no, continué mirándola fijamente, pensando en la noche anterior en mi cocina, en cómo había estado esperando a que la besara. Sabía que era así.

Y sabía que no me lo habría impedido.

Incluso desde el lugar donde me encontraba, pude ver que sus labios se entreabrían y sus mejillas se volvían rosadas.

—Estás empezando a molestarme de verdad —dijo Ash en voz baja y, al ver que no respondía, su pie me golpeó la espinilla—. ¿Hola? ¿Es que soy invisible o qué?

Fruncí el ceño, aparté la mirada de Kat y miré a Ash. Sus ojos ardían como zafiros.

—¿Cómo podrías ser invisible?

Sus labios se curvaron en una tensa sonrisa.

—No lo sé. Ahora mismo me siento como si lo fuera.

—Ajá —murmuré, tomando un trago de leche.

La sonrisita se desvaneció.

—No hace falta que te preocupes tanto —replicó con aspereza—. No quiero que vayas a estresarte.

No respondí mientras dejaba el cartón de leche sobre la mesa y volvía al capítulo... ¿qué más daba cuál era? Aguanté como unos tres minutos antes de levantar la mirada y volver a clavarla en Kat. Al igual que la noche anterior.

Estaba jodido.

* * *

—¿Cómo van las cosas con tus nuevas vecinas?

Me recliné contra el lateral de mi todoterreno y miré la carretera secundaria vacía a unos kilómetros de la base de Seneca Rocks. El agente Lane había estado esperándome al salir de clase el jueves por la tarde. Con un destello de los faros delanteros de su Expedition, me hizo saber que quería que fuera a nuestro punto habitual de encuentro.

Lo único que no era habitual era la hora de la cita y el hecho de que Vaughn no se encontrara con él. Aunque no podía sentirme demasiado decepcionado por lo de Vaughn; quizá se había caído de la faz de la tierra.

Levanté un hombro como respuesta a la pregunta de Lane, tratando de restarle importancia a pesar de que no me gustara nada cómo lo había dicho. No era la

primera vez que me preguntaban cosas, pero normalmente era Vaughn quien hacía las preguntas.

—Todo va bien. Parecen majas.

—Entonces, ¿no hay ningún problema?

Unas gafas oscuras ocultaban los ojos de Lane. Definir la palabra «problema» sería interesante.

—Nop.

—Eso está bien. —Miró hacia la carretera—. Estaba preocupado.

La intranquilidad se revolvió en mis tripas.

—¿Por qué?

—No te gustan los humanos —respondió con honestidad—. Y teniendo en cuenta que se han mudado dos justo a la casa de al lado, suponía que estarías cabreado.

Resoplé ante la franca honestidad de Lane. No podría decir que me cayera demasiado bien, pero al menos era mejor que Vaughn. Cuando Dawson... cuando él murió, Lane había parecido afectado de verdad, a diferencia de Vaughn, a quien obviamente le daba igual.

—No me hacía mucha gracia. Eso ya lo sabías cuando os pregunté a Vaughn y a ti por qué se les había permitido mudarse, pero ¿qué puedo hacer?

—Nada —respondió él. Cruzó los brazos y giró la barbilla hacia mí.

Volví a encogerme de hombros.

—¿Dónde está tu colega?

—¿Vaughn? —Frunció el lateral de los labios, casi como si la idea de ser amigo de Vaughn lo disgustara. Sabía que había una razón por la que toleraba a Lane—. Está fuera, haciendo algo con Husher.

Fue mi turno para fruncir los labios en señal de repulsión. Nancy Husher. Uf, qué mal me caía esa mujer. No confiaba en ella, lo cual era mal asunto, dado que se encontraba bastante alto en la jerarquía del Departamento de Defensa, pero por suerte no teníamos que tratar con ella a menudo.

—Hace un par de semanas hubo un estallido anormal de energía por aquí —explicó Lane, cambiando el tema hacia otro asunto del que no quería hablar—. Le siguieron el rastro hasta la carretera de acceso principal cerca de tu casa.

Apostaba a que «hace un par de semanas» se refería al momento exacto en el que Kat se puso frente a un camión en marcha.

Lane cambió el peso de pierna, que era escaso.

—¿Estáis volviendo a jugar al fútbol?

Casi me reí. Dee se había inventado aquello la última vez que nos habían preguntado sobre la actividad inusual. En realidad no jugábamos a una forma Luxen de fútbol, y ni de coña nos lanzábamos bolas de energía, pero había sido una excusa perfecta. Asentí con la cabeza.

—Con los Thompson. Se nos fue un poco de las manos.

—Vuestras nuevas vecinas no lo verían, ¿verdad?

Apreté la mandíbula.

—No somos estúpidos. No estaban en casa.

Lane asintió con la cabeza.

—Me alegra oírlo.

Me aparté del todoterreno y descrucé los brazos.

—¿Algo más?

El agente Lane negó con la cabeza.

Abrí la puerta del conductor y estaba a punto de subirme cuando me detuvo.

—Ten cuidado, Daemon. Con tus nuevas vecinas, ya no vamos a ser solo Vaughn y yo los que os echemos un ojo. Tal vez querráis dejar lo del fútbol.

* * *

El sábado por la tarde iba a ser cuando encerrara a Kat en su casa. Juraba ante Dios, las deidades y cualquier otro ser superior que iba a hacerlo.

—Vas a dejar que lo haga —dijo ella, y sus ojos eran de un gris tormentoso mientras me fulminaba con la mirada—. No voy a quedarme aquí sentada sin hacer nada.

—Yo no he dicho que tuvieras que quedarte aquí sentada. Yo tampoco quiero quedarme aquí sentado.

Alzó un poco la barbilla.

—¡Pues nadie te está obligando a quedarte!

—¿En serio? —Mi voz emanaba burla—. Creo que sabes por qué estoy aquí.

Kat echó la cabeza hacia atrás y soltó un gruñido.

—Tan solo quiero ir a una librería que me ha dicho Carissa. Está en el pueblo.

Sabía a cuál se refería, aunque no es que fuera demasiado difícil, puesto que solo había una en el pueblo. Era de segunda mano, y el dueño a veces no tenía ni idea de las existencias que tenía ni de su valor.

—Y aunque lo último que quiero hacer es pasarme la tarde en una librería, lo único que estoy diciendo es que voy a ir contigo.

Sus manitas se cerraron en puños.

—¿Es que no ves por qué no quiero que vayas? Tú no quieres ir, y vas a convertirlo en una experiencia terrible.

Puse los ojos en blanco.

—No es cierto. —Cruzó los brazos y me miró significativamente—. En serio.

Kat miró por encima de mi hombro, en dirección al bosque, y soltó un profundo suspiro.

—Mira, entiendo que no debo ir yo sola. Que es...

—Peligroso y estúpido —indiqué de forma servicial.

La línea de su mandíbula se endureció, y transcurrió un momento antes de que respondiera.

—Sí, entiendo que sea peligroso, pero...

—Ese debería ser el fin de la conversación.

Kat bajó la mirada hasta la mía, frustrada.

—Pero es viernes por la tarde, y Dee se ha ido al cine con Adam, y yo... yo tengo que quedarme aquí con...

—¿Conmigo?

Levanté ambas cejas y crucé los brazos, imitando su postura. Ella volvió a suspirar.

—No quiero parecer una idiota, pero no... ni siquiera te caigo bien la mayor parte del tiempo. O sea, a veces eres muy guay y me lo paso muy bien contigo, y al momento siguiente, como en el último par de días, te comportas como un gilipollas.

No había sido demasiado simpático desde el día de la cafetería. No me gustaban las gilipolleces de Lane, y todas las preguntas que me había hecho. No me gustaban las gilipolleces de Simon. No me gustaban las gilipolleces de los hermanos Thompson, especialmente Andrew y Ash, que no ocultaban en absoluto su desprecio creciente hacia Kat. No me gustaban las gilipolleces de Matthew, cuya maldita paranoia era casi contagiosa. No me gustaban las gilipolleces de Dee, porque actuaba como si nada fuera mal y estuviéramos rodeados de unicornios vomitando arcoíris.

No me gustaban las gilipolleces que tenían que ver con Kat en general.

Y no hacía falta decir que mi mal humor me hacía hacer gilipolleces.

El centro de las mejillas de Kat era ligeramente más rosado que el resto de su cara y, aunque su mirada era firme, sabía que mis cambios de humor la afectaban. Era una chica mentalmente fuerte, tenía mucho poder emocional, pero no me estaba portando bien con ella. No me estaba portando bien en absoluto. Y aunque había sido ella quien se había mudado a aquella casa, y había sido ella quien se había puesto frente a aquel camión en marcha, nada de lo que había sucedido era culpa suya.

Me froté la mandíbula con la palma de la mano y la miré a los ojos.

—Te prometo que me portaré bien.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—No te creo.

—En realidad, no hace falta que lo hagas. —Me metí la mano en el bolsillo de los vaqueros y saqué las llaves del coche—. Vamos. Sé a qué librería se refería Carissa. Si quieres verla, vamos a tener que marcharnos ya, antes de que cierre. —Kat no se movió—. Vas a querer verla. —Salté del porche y aterricé hábilmente frente a los escalones—. Tienen un montón de libros que venden por cincuenta centavos cada uno. —Sus ojos se iluminaron, como el débil resplandor que la rodeaba. Retrocedí hasta el camino de entrada—. Si tienes suerte, el dueño estará allí.

Descruzó los brazos.

—¿Por qué sería eso tener suerte?

—Porque se parece a Santa Claus. —Kat pestañeó, y después se le escapó una risa de sorpresa. El sonido me hizo algo extraño en el pecho, algo que ignoré mientras

abría la puerta del lado del conductor—. Vas a venir, ¿verdad?

Finalmente, tras lo que parecía una eternidad, se metió en el todoterreno y encendió la radio de inmediato, la señal universal que indicaba «no hables». El trayecto hasta el pueblo fue tranquilo, y mantuve la boca cerrada mientras entrábamos en la pequeña librería de segunda mano que olía a polvo y páginas viejas.

Por desgracia, el dueño no estaba allí en ese momento, pero no parecía que a Kat le importara. En cuanto puso el pie dentro, fue como si fuera la mañana de Navidad para ella. Una sonrisa apareció en su rostro, y no desapareció mientras iba zumbando de un estante repleto al siguiente, ajena a las nubes de polvo que removía cada vez que sacaba un libro de un montón. No había nadie más en la estrecha tienda, aparte de la señora mayor tras la caja registradora, que tenía la nariz metida en un libro.

Me alejé para quitarme de su camino y saqué el móvil para jugar al *Candy Crush*, pero no le estaba prestando atención al juego. Joder, ni siquiera estaba jugando realmente. Estaba observándola. No podía evitarlo; sobre todo cuando se inclinaba para examinar los estantes inferiores.

Moví las piernas, incómodo, pero no sirvió de mucho. Mi mente quedó inundada de imágenes, y Kat aparecía en todas ellas. Su compañero de reparto era el biquini rojo. El calor se movía bajo mi piel, así que apreté los dientes. Tenía que pensar en algo; en cualquier cosa.

Kat se estiró para tratar de alcanzar un libro que tenía varios estantes por encima, y la camiseta que llevaba se le levantó, mostrando una estrecha franja de piel sobre los vaqueros.

Joder...

Aferró el libro contra su pecho, y sentí mucha mucha envidia por ese libro.

Volví a moverme, pero siguió sin servir para nada.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia un contenedor de alambre lleno de libros pequeños en tapa blanda con portadas de hombres con el pecho desnudo y mujeres con vestidos bonitos y anticuados. Se puso a escarbar hasta sacar un montoncito de ellos, y después me miró.

—¿Me ayudas?

Me guardé el móvil en el bolsillo y caminé hacia ella, un tanto... incómodo.

—¿Qué pasa?

—Extiende los brazos, por favor.

Hice lo que me pedía.

Y unos pocos momentos después, estaba sujetando una montaña de libros románticos.

No tenía ni idea de cómo mi vida había descarrilado tanto que eso era lo que estaba haciendo un viernes por la tarde, pero una parte de mí no se sentía tan molesta. Y, por supuesto, eso me molestaba todavía más.

Kat acabó saliendo de la tienda con más libros de los que necesitaría cualquier humano, y durante todo el camino de vuelta a casa sonrió... con esa sonrisa tan

bonita que rara vez veía. Comenzó a parlotear sobre los libros y, aunque no le respondí a nada de lo que decía, continuó hablando.

Estaba feliz de verdad.

Supe que en el momento en que abriera la boca iba a arruinarlo, tal como siempre hacía. Pensé en el hecho de que nada de todo aquello era culpa suya. Y pensé en el hecho de que durante todo el tiempo Dee había tenido cuidado estando con ella, pero yo no lo había hecho. Con mis intentos de mantener a salvo a Dee y ocultarle la verdad a Kat, había acabado poniendo en peligro a Dee y revelando lo que éramos.

En realidad, yo era el problema.

Y mi atracción hacia Kat no mejoraba la situación. De hecho, lo volvía todo aún más peligroso.

El rastro de Kat iba a desvanecerse pronto; en menos de una semana. Tras eso, tendría que guardar las distancias, y esa vez de verdad. Se acabarían las gilipolleces de caer en lo mismo una y otra vez.

Se acabarían todas las gilipolleces.

CAPÍTULO 18

Los días se volvieron más cortos y, con cada uno que pasaba, la brisa cálida que soplaba en el valle se volvía más fría. Las hojas adoptaron unos brillantes tonos dorados y rojos antes de caer al suelo, anunciando la llegada del otoño.

A mediados de octubre, el rastro de Kat se había desvanecido por completo. Sucedió cuatro días después de nuestro viaje a la librería de segunda mano del pueblo, e hice lo que me había dicho que tenía que hacer.

Salvo cuando la veía en clase o Dee la invitaba a nuestra casa, permanecí alejado de ella. Por supuesto, seguía fastidiándola todo lo que podía cada vez que tenía oportunidad. La verdad es que había muy pocas cosas que me divirtieran tanto como pincharla con el bolígrafo durante la clase de Trigonometría y ver cómo sus ojos grises se volvían tormentosos.

Estaba comenzando a plantearme seriamente si el bolígrafo no sería algo simbólico de forma subconsciente para otra cosa. Y esa «otra cosa» no me hacía mucha gracia. No, hacía algo completamente diferente.

Sabía que estaba pasando más tiempo con las chicas de nuestra clase. Y, por lo tanto, también lo hacía Dee, y aunque me fastidiaba que mi hermana se estuviera relacionando cada vez más con los humanos, no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

La realidad era que, salvo que acabara yéndose a vivir a una de las colonias, siempre iba a estar rodeada de humanas. Siempre se haría amiga de alguno de ellos. Joder, si lo suyo con Adam no funcionaba, podría acabar... enamorándose de uno.

Solo de pensar en ello me entraban ganas de abrir un agujero en la capa de ozono de un puñetazo.

Y había otra cosa que también hacía que me entraran ganas de hacer eso.

Simon Cutters.

Ese gilipollas que tocaba demasiado me estaba sacando de quicio, y puede que hubiera perdido un poquito el control cuando empezó a hablar con Kat en clase de Trigonometría. Su mochila salió volando hasta el suelo, y siendo el buen chico que era, traté de advertir a Kat sobre él. La conversación no había acabado demasiado bien.

Kat me había acusado de estar celoso. ¿Celoso yo? ¿De Simon? ¿Es que se había vuelto loca? Era imposible que me pusiera celoso por ningún humano. En fin. Si quería ayudar a «estudiar» al chico con más posibilidades de dejar embarazada a una chica la noche del baile de fin de curso, sería ella quien tendría que ir a planificación

familiar. No yo.

Pero entonces Dee me informó entre clase y clase, con un brillo claramente diabólico en los ojos, de que Simon le había pedido a Kat que fuera con ella al baile de principio de curso, y ella había aceptado. Un fuego me cubrió el interior de la boca mientras mi hermana se alejaba brincando, tan complacida que cualquiera pensaría que acababan de regalarle un suministro para toda la vida de helado de chocolate con nueces y malvaviscos. ¿Por qué estaba contenta por eso? Todo el mundo sabía cómo era Simon, y nadie, ni siquiera Kat, podía ser tan ingenuo.

Había cosas más importantes en las que podía concentrarme, como si había o no un nuevo episodio de *Ghost Investigators* esa semana, pero cuando vi a Kat caminando hasta la parte trasera del aparcamiento después de clase, cerca del campo de fútbol y de la pista de correr, no fui capaz de contenerme.

—¡Kat!

Se giró y entrecerró los ojos cuando una ráfaga de aire frío hizo volar los largos mechones de pelo oscuro frente a su cara. Me acerqué a ella con lentitud, y me di cuenta de que era la primera vez que estábamos más o menos a solas desde hacía... desde hacía semanas.

La correa de su mochila estaba retorcida y se le clavaba en la piel. Estiré el brazo y la puse en su sitio.

—Qué buen ojo tienes para elegir dónde aparcar.

Transcurrió un momento antes de que respondiera.

—Ya.

Caminamos hasta su coche y, mientras ella dejaba la mochila en el asiento trasero del Camry, yo esperé con las manos en los bolsillos y traté de pensar en una manera agradable y que no sonara a imbécil de decir que tenía que cambiar de opinión en lo relativo a Simon. No me parecía que el argumento de «te has vuelto loca» fuera a ser de mucha ayuda, pero era lo único que se me pasaba por la cabeza.

Cerró la puerta y se giró hacia mí.

—¿Te pasa algo? ¿Ha ocurrido algo con...?

—No. —Me pasé los dedos por el pelo—. No ha pasado nada... cósmico.

—Menos mal. —Se reclinó sobre el coche, con las manos unidas. Sus llaves se balanceaban entre los dedos—. Me habías asustado.

Me giré hacia ella, dejando solo unos pocos centímetros entre nosotros.

—Tengo entendido que vas a ir al baile con Simon Cutters.

Se apartó un mechón de pelo de la cara, pero el viento volvió a ponerlo donde estaba.

—Qué rapidez.

—Pues sí, aquí enseguida nos enteramos de todo muy rápido. —Atrapé el mechón de pelo y se lo coloqué por detrás de la oreja. Mis nudillos le rozaron la mejilla, y noté algo que parecía electricidad que iba desde su piel hasta la mía—. Pensaba que te caía mal.

—Bueno, no es mal chico —respondió, dirigiendo la mirada hacia la gente que había en la pista de correr—. Es simpático, y me lo pidió.

¿Que era simpático?

—¿Vas a ir con él porque te lo pidió?

Su mirada se agudizó mientras se clavaba en la mía. Asintió con la cabeza mientras jugueteaba con las llaves.

—¿Tú vas a ir al baile?

No tenía planeado hacerlo. Cambié de postura, de modo que mi pierna le rozara el muslo.

—¿Acaso te importa que yo vaya o no?

Frunció los labios.

—No, la verdad.

—No tendrías que ir con alguien solo porque te lo ha pedido.

Bajó la mirada hasta las llaves, y me dio la sensación de que quería apuñalarme con ellas.

—No sé qué tiene que ver esto contigo, la verdad.

—Eres amiga de mi hermana; por eso tiene que ver conmigo.

Mi argumento era una completa gilipollez.

Y Kat lo sabía, porque me miró boquiabierta.

—Es el razonamiento más patético que he escuchado jamás. —Se giró para dirigirse hacia la puerta del conductor y se detuvo enfrente del capó—. ¿No tendrías que estar más preocupado por lo que hace Ash, por ejemplo?

—Ash y yo no estamos juntos.

Negó con la cabeza y comenzó a caminar otra vez.

—Ahórrate la saliva, Daemon. No pienso dejar de ir al baile con Simon solo porque a ti no te parezca bien.

¿Siempre tenía que ser tan jodidamente tozuda? Maldije entre dientes mientras la seguía.

—No quiero que acabes metida en un lío.

—¿De qué hablas?

Abrió de golpe la puerta del coche. Yo la atrapé y arqueé una ceja.

—Conociéndote, no puedo imaginar en qué clase de líos puedes meterte.

Me fulminó con la mirada.

—Ya, claro... Seguro que Simon va a dejarme un rastro que atraiga a vacas asesinas en vez de a alienígenas asesinos. Déjame pasar, anda.

—Pero qué tozuda eres, Kat —le espeté. Aunque lo cierto era que había algunas vacas por aquella zona que probablemente podrían cargársela—. Ese tío tiene muy mala fama; quiero que tengas mucho cuidado con él.

Me miró fijamente durante un momento, y me pareció que comprendía lo que quería decir.

—No va a pasar nada, Daemon. Puedo cuidarme yo solita.

Me equivocaba.

—Vale. —Lo que sucedió a continuación tan solo podría ocurrirle a alguien como Kat. Solté la puerta en el segundo exacto en que ella estaba tirando de ella—. Kat...

La puerta le pilló los dedos, y su grito de dolor fue como si me echaran un cubo de agua fría por encima. La sangre de un rojo brillante apareció en su dedo índice, y el resto se volvió de un rojo intenso.

—¡Ay! —chilló—. ¡Por Dios, qué dolor!

Le rodeé la palma con la mano antes de que me diera cuenta siquiera de lo que estaba haciendo. Un calor fue desde mi mano hasta la suya, y entonces tomó aire con suavidad.

—¿Daemon? —susurró.

La rojez se desvaneció de sus dedos amoratados. Levanté la mirada hasta la suya, y mis ojos se clavaron en los suyos. Tenía las pupilas dilatadas a causa de la impresión, y entonces comprendió lo que yo estaba haciendo... lo que había hecho.

La había curado.

Le solté la mano y negué levemente con la cabeza.

—Mierda...

—¿Has...? ¿Vuelvo a tener un rastro? —preguntó mientras se limpiaba la sangre del dedo, mostrando una piel completamente curada.

No podía creer lo que había hecho.

Kat no se habría hecho una herida grave. Tan solo era un arañazo y unos dedos doloridos. Hubiera estado bien. Tragué saliva mientras la examinaba. La rodeaba un suave resplandor blanco, apenas visible. No destacaría demasiado, tal vez los demás ni siquiera lo vieran.

—Es muy... débil. No creo que nos traiga ningún problema. Casi ni lo veo, pero puede que...

—¡Ni hablar! Si casi no se ve no pasará nada. No necesito que me hagas de canguro otra vez. —Abrió mucho los ojos mientras tomaba aire de forma irregular—. Puedo cuidarme yo solita.

Un montón de negaciones se formaron en mi lengua, pero... pero tenía razón. Tenía razón al cien por cien. Me enderecé y me aparté del coche.

—Tienes toda la razón; siempre que no andes cerca de ninguna puerta de coche, claro. Por ahora, ya has durado más que cualquier humano que haya sabido de nuestra existencia.

Kat abrió la boca, pero yo me giré y caminé a zancadas hasta la mitad del aparcamiento. La furia hervía dentro de mí, pero no era por ella. La primera vez que pasaba unos minutos a solas con ella, y acababa curando una herida casi insignificante como un verdadero idiota.

Al parecer, tenía que trabajar en mi autocontrol.

Miré hacia la derecha y solté una risa seca al ver a Simon en el campo. Llevaba un casco mientras corría hacia el centro, donde había un grupo de personas apiñadas.

Entrecerré los ojos mientras levantaba un dedo de la mano derecha.

El casco salió volando de su mano y lo golpeó en los hombros. Como lo había pillado con la guardia baja, se tambaleó hacia un lado y después cayó sobre una pierna, mirando el casco en el suelo como si fuera una serpiente de cascabel. Los chicos que estaban apiñados se rieron, y mis labios se curvaron en una sonrisa malvada.

Sí, de verdad que tenía que trabajar en mi autocontrol.

* * *

Unté mayonesa en la rebanada de pan, tarareando entre dientes tan fuerte como podía para amortiguar la conversación que provenía de la cocina. No estaba funcionando.

—Va a pensar que eres la tía más buena del baile —dijo Dee, en voz moleestamente alta.

Miré al techo y resoplé fuerte por la nariz.

—Eh... eso está bien. —Kat se aclaró la garganta—. Supongo.

Cerré el tarro de mayonesa y estuve a punto de cargármelo.

—¿Cómo que «supongo»? —Dee se rio. A esas alturas, juraría que estaba gritando—. Chica, ¡no va a poder quitarte las manos de encima!

Me tragué un trozo de sándwich, masticando con tanta fuerza que había muchas posibilidades de que me rompiera las muelas.

—Estoy segura de que podría decir lo mismo de Adam cuando te vea con el vestido que te has comprado —replicó Kat.

Dee soltó una risita.

—Eso es lo que espero.

Por el amor de todo lo que hay en este mundo y en el universo...

Hubo una pausa.

—Oye, ¿estás segura de que vas a llevar ese vestido? Es muy escotado...

Cerré los ojos y me tragué un gruñido.

—Pues claro que estoy segura —dijo Dee—. Estoy completamente segura.

Prácticamente tirando el sándwich contra el plato, estaba a punto de lanzarme por la ventana de la cocina, pero entonces oí que Kat decía que iba a volver a casa, y unos segundos más tarde la puerta se cerró.

Me moví silenciosamente hasta la ventana que había junto a la puerta y que daba al jardín delantero. Kat apareció bajo la luz menguante, con la mochila rebotando en la parte baja de su espalda mientras cruzaba los caminos de entrada de las dos casas. Su coleta se balanceaba con cada paso, al igual que sus caderas. Bajé la mirada.

Habían pasado un par de días desde el incidente con su coche, y el débil rastro apenas era visible, gracias a Dios. Pero seguía estando preocupado, y...

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Dee.

Estaba tan ensimismado mientras... bueno, mientras observaba a Kat como un

acosador, que no me había dado cuenta de que mi hermana se acercaba sigilosamente a mí. Eso nunca me había pasado. Me di la vuelta con lentitud.

—Nada. ¿Qué estás haciendo tú?

La expresión de su rostro gritaba que no me creía.

—Nada. —Arqueé una ceja, y ella me imitó—. Mi «nada» significa que yo no estoy comiéndome a nadie con los ojos desde la ventana de la cocina. —Entrecerré los ojos—. ¿Sabes? —continuó, caminando hasta la encimera—. Podrías haber venido a la sala de estar para mirarla en persona. No hacía falta que te escondieras en tu habitación, y después en la cocina.

—No me estaba escondiendo.

—Ajá. —Entonces vio mi sándwich de pavo—. ¿Te he dicho que...?

—Ese es mi sándwich. No te lo... —Demasiado tarde. Suspiré mientras la observaba darle un enorme bocado—. Sírvete tú misma.

—Gracias —dijo mientras masticaba—. Haces unos sándwiches geniales.

—Ya lo sé —refunfuñé.

Dee sonrió mientras se reclinaba contra la encimera.

—¿Te he dicho que Katy se ha comprado un vestido increíble?

Aparté la silla de la mesa, me senté en ella y estiré las piernas.

—¿Y por qué ibas a contarme nada acerca de su vestido?

—Bueno, no lo he hecho, pero seguro que nos has oído hablando de él.

—La gente del estado de al lado te ha oído hablando de él, Dee.

Me ignoró.

—Es impresionante, y Katy está increíble con él. —La mandíbula comenzó a dolerme otra vez—. Va a estar buenísima en el baile, en serio. Buenísima. —Hizo una pausa y le dio otro enorme mordisco a mi sándwich—. Ah, ¿y te he dicho que va a ir con Simon?

Conté hasta diez antes de responder.

—Sí, Dee, me lo has contado, y creo que eres una amiga de mierda por permitir que vaya con él.

—¡No soy una amiga de mierda! —Dio un pisotón con el pie desnudo e hizo temblar las sillas—. Sé que Kat no tendrá problemas con él. Estará bien. En cualquier caso, ¿sabías lo de la fiesta que habrá después del baile?

—Todo el mundo sabe lo de la fiesta que habrá después del baile.

Agitó el sándwich como si estuviera saludándome con él.

—Bueno, pues ya que lo sabes todo, listillo, entonces sabrás que Simon ha invitado a Kat.

Me quedé inmóvil.

—No va a ir con él a esa maldita fiesta en el campo.

—Ah, sí. —Me dirigió una sonrisa ancha y claramente malvada—. Sí, claro que sí.

Ni de coña. La gente solo iba a esas fiestas para emborracharse y echar un polvo,

especialmente Simon. Si pretendía llevarla allí...

Se me revolvió el estómago.

—No te preocupes; Adam y yo también vamos a ir. Estará bien. —Se terminó el sándwich, sin guardarme siquiera un pedacito. Claro que, en esos momentos, se me había quitado el apetito—. Es una lástima que no vayas a ver a Kat con ese vestido... como eres demasiado guay para ir al baile...

—Yo jamás he dicho que no fuera a ir.

El rostro de Dee se volvió inexpresivo.

—¿Ah, no? Vaya. Estaba bastante segura de que habías dicho algo como... —aggravó la voz—: «Preferiría pegarme un puñetazo en los huevos antes que ir a ese estúpido baile». O algo parecido.

Se me crisparon los labios.

—Eso fue el año pasado.

—Cuando estabas saliendo con Ash —señaló, y yo no dije nada—. Entonces, ¿vas a ir al baile? —preguntó, pasándose el pelo negro, largo y ondulado por encima del hombro. Al ver que no decía nada, su cara dejó de ser inexpresiva—. Apuesto a que también vas a ir a esa maldita fiesta en el campo.

Le dirigí una tensa sonrisa.

—¿De qué color es el vestido de Kat?

Dee se esforzó por mantener la expresión afable, pero fracasó. Le brillaron los ojos.

—Te va a encantar. Eso es lo único que te diré. Tendrás que esperar para verlo.

* * *

Me ajusté la corbata, salí del todoterreno y saqué la chaqueta del traje del asiento trasero para ponérmela. De inmediato me entraron ganas de quitarme aquel maldito traje.

El baile de fin de curso.

Probablemente el último lugar de la Tierra donde querría estar. Una noche de observar adolescentes humanos torpes y sudorosos sobándose entre ellos no era mi idea de una noche de diversión. Pero no me quedaban muchas opciones.

Le eché un vistazo a Ash. Se encontraba junto a su hermano, con un vestido blanco, y lo cierto es que estaba genial. Lástima que nunca fuera a funcionar nada entre nosotros. Lo que sentíamos el uno por el otro se había convertido en algo más bien familiar, por mucho que ella se negara a admitirlo.

Andrew me miró mientras trasteaba con los gemelos de su traje. Levantó las cejas.

—Ni siquiera sé por qué has venido a esto, tío.

Su hermana produjo un sonido de impaciencia con la garganta.

—Estoy de acuerdo contigo, pero ¿podemos continuar con la conversación

dentro? —Hizo un gesto con su esbelta mano hacia el instituto—. Hay gente a la que tengo que poner celosa.

Sonreí.

—¿A qué te refieres?

—A mi vestido.

Dio una vuelta, y por un segundo juraría que se transparentaba un poco. Entrecerré los ojos. Sí. Desde luego, algunas zonas eran transparentes.

No pude evitarlo. Mi sonrisa se ensanchó, sobre todo cuando Andrew apartó la mirada, con la cara más pálida de lo que había estado unos pocos segundos antes.

—Mi vestido podría alimentar a una aldea pequeña durante un año, lo que significa que esta... gente nunca ha visto nada parecido en cuanto a belleza y perfección —explicó Ash.

Sacudí la cabeza y me reí. Ash... Bueno, le gustaban las cosas bonitas.

Mientras entrábamos en el edificio, supe que jamás me creerían si les contara por qué estaba allí en realidad.

Tenía que ver con un adolescente humano torpe y sudoroso sobando a una humana en particular. La conversación que había tenido con Kat junto a su coche una semana antes se había repetido una y otra vez en mi cabeza. Sí, todo el asunto de haberle curado la mano había hecho que me desviara del tema, y aunque no habíamos hablado sobre su cita para el baile de principio de curso desde entonces, no me había olvidado del tema. Y desde luego no lo había olvidado tras saber que tal vez Kat hubiera aceptado ir después a esa maldita fiesta en el campo.

Ni de coña iba a quedarme en casa. El instinto me gritaba que me necesitaría. ¿O es que era en realidad una necesidad territorial y retorcida de hacer... qué, exactamente?

¿Entrar ahí, darle una paliza a Simon y reclamar a mi chica?

Eh... no. Darle una paliza a un humano probablemente acabaría con su muerte, y además ella no era mi chica. Ni de coña Kat era mi chica, en absoluto.

Ash desapareció en un grupo de varias chicas que ya estaban chillando y gritando sobre su vestido. Me obligué a respirar y a no echar a correr por toda la sala haciendo explotar todos los globos que probablemente habían tardado un día entero en hinchar. Me dirigí hasta la mesa más cercana y me senté, y Andrew me imitó. Comenzó a hablar sobre un partido de fútbol que no me importaba una mierda, así que dejé de escucharlo.

Y esperé.

Y esperé aún más.

Y entonces vi a los gilipollas de los amigos deportistas de Simon dirigirse hacia la puerta, y supe que eso significaba que Kat se encontraba allí. Me recliné en mi silla y miré por encima del hombro con disimulo. Entonces me sucedió algo inesperado en el pecho. Me sentía como si alguien hubiera caminado hasta mí para darme un puñetazo. Creo que incluso dejé de respirar. Ahí mismo, rodeado de humanos,

enfrente de Andrew, que todavía seguía dándole a la lengua sobre el partido.

—Santa María, madre de Dios —murmuré, entrecerrando los ojos.

Kat se encontraba junto a la puerta, aferrando con las manos un bolsito pequeño mientras su mirada recorría el gimnasio con nerviosismo. El vestido... Oh, Dios, ese vestido debería ser ilegal. Estaba ajustado en los pechos y la cintura, y después fluía sobre sus caderas como un río de seda escarlata. Tenía el pelo recogido, mostrando un cuello largo y grácil en el que nunca me había fijado realmente. Y aquello era extraño, porque parecía que siempre llevaba el pelo recogido, pero claro, antes nunca mostraba tanto escote. Salvo cuando llevaba ese biquini. Y hablando de rojo...

Rojo.

El rojo era mi color favorito.

Dee había tenido mucha razón sobre el maldito vestido.

Kat no estaba mona. Ni siquiera era sexy. Era hermosa; tan hermosa que quitaba el aliento. No es que no me hubiera dado cuenta antes, pero en ese momento... En ese momento era algo totalmente diferente.

La observé alejarse en cuanto vio a Lesa, y una sonrisa de aprobación se extendió en mis labios. «Eso es, gatita», pensé. «Aléjate de Simon. No se merece ni por asomo estar en el mismo huso horario que tú».

No tenía ni idea de cuánto tiempo pasé observándola, pero al final acabé perdiéndola de vista entre la multitud. Una parte de mí quería levantarse, pegarle un puñetazo en la boca a Andrew para que se callara, e ir a buscarla. Pero mucha gente alzaría las cejas ante eso, así que me quedé ahí, aferrando el respaldo de mi silla con tanta fuerza que rechinó bajo la presión.

Entonces Kat reapareció con mi hermana, deslizándose por la pista de baile. Se detuvo y giró grácilmente, hasta que su mirada se fijó en mi mesa, como si hubiera estado buscándome. Algo en mi interior rugió en señal de aprobación masculina.

Nos miramos fijamente a los ojos, y volví a sentir esa especie de puñetazo, salvo que esa vez era más bajo, en el estómago. Estaba fascinado, hechizado. Kat entreabrió los labios, y entonces...

Y entonces Simon atravesó la multitud y me bloqueó la visión de Kat. Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron, y una necesidad primitiva me atravesó. Comencé a ponerme en pie, pero en el último momento me obligué a sentarme otra vez.

Unos pocos segundos después, Ash llegó a la mesa. Estaba diciendo algo, pero en realidad no la estaba escuchando. Entonces Andrew se inclinó hacia mí y chasqueó los dedos en mi cara.

—Tío —dijo—. ¿Qué te pasa?

—Cállate.

—Qué majo. —Andrew se levantó—. Voy a por algo de beber.

—Estás tardando —murmuré, manteniendo un ojo sobre Simon... y también en sus manos. No me gustaban.

—¿Quieres ir a bailar? —preguntó Ash para mi sorpresa. Pensaba que se había

marchado—. ¿O quieres quedarte aquí sentado echando chispas por los ojos? —Al ver que no respondía, resopló y se puso en pie—. Pues vale. Eres un coñazo.

Apenas me di cuenta de que se había marchado de verdad y de que yo estaba ahí sentado en esa mesa, solo como un idiota. Tenía la mirada fija en la pareja. ¿Pareja? Dios. Era insultante para Kat que me refiriera siquiera a ella y a Simon como una pareja.

Pero podría superarlo. En realidad, lo que Kat estaba haciendo no era asunto mío. De hecho, podía hacer lo que le diera la gana. Si eso significaba...

La mano de Simon bajó deslizándose por la parte delantera de su vestido, haciendo que ella diera un respingo hacia atrás. Su expresión furiosa quedó perdida en un mar de caras y... bueno, eso fue lo que me hizo perder el control. Antes de que pudiera darme cuenta siquiera, me había puesto de pie y estaba avanzando entre la gente que bailaba, apretando los puños.

Llegué hasta donde se encontraban y me detuve detrás de Kat.

—¿Puedo?

Simon abrió mucho los ojos, y debió de ver la muerte inminente en mi mirada, porque bajó los brazos y dio un paso hacia atrás.

—Justo a tiempo. Ahora mismo iba a ir a beber algo.

Arqueé una ceja y después me giré hacia Kat, indicándole al muy idiota que se marchara.

—¿Bailas?

Ella me devolvió la mirada durante un momento, y después colocó las manos cuidadosamente sobre mis hombros.

—Qué sorpresa.

Y tanto que sí. En realidad, no habíamos hablado desde aquel día en el coche. Como le había dicho entonces, el rastro era tan débil que no había sido reconocible. Pero eso no significaba que no le hubiera echado un ojo cuando iba al pueblo, estuviera con Dee o sin ella. Simplemente ella no sabía que yo estaba allí.

Le rodeé la cintura con el brazo y le tomé una de las manos. Y, joder, la sensación de tenerla entre mis brazos era muy buena. Perfecta, incluso.

Sentí unos deseos estúpidos y extraños.

Sus pestañas increíblemente largas se elevaron, y sus ojos cálidos pero cautelosos buscaron los míos. Un bonito rubor se extendió por sus mejillas y bajó por su garganta. Sería capaz de hacer algo terrible con tal de saber lo que estaba pensando. La acerqué más a mí.

En su rostro había confusión, y también una emoción... algo más profunda.

—¿Lo estás pasando bien con... Ash?

—¿Y tú con tu amiguito el pulpo?

Se mordió el labio inferior, y yo me tragué un gruñido.

—Qué simpático eres, como siempre.

Me reí, y ella se estremeció entre mis brazos.

—Hemos venido los tres juntos: Ash, Andrew y yo. —¿Por qué le estaba contando eso? Mi mano se deslizó hasta su cadera y me aclaré la garganta, mirando por encima de su cabeza—. Estás... muy guapa, por cierto. Demasiado guapa para estar con ese idiota.

Sus ojos se ensancharon.

—¿Te has tomado algo?

—Pues no, la verdad. ¿Por qué me lo preguntas, si puede saberse?

—Porque nunca me dices nada agradable.

—*Touché*. —Joder, era cierto que a veces era un gilipollas con ella. Bueno, la mayoría de las veces. Bajé la barbilla, y ella dio un respingo cuando mi mandíbula le rozó la mejilla—. No voy a morderte, y tampoco a manosearte; puedes relajarte.

Se quedó en silencio, cosa que interpreté como una buena señal. Actuando por instinto, conduje su cabeza hasta mi pecho, y después coloqué la mano en la parte inferior de su espalda. Bailar de ese modo era algo normal. No era nada por lo que tuviera que ponerse nervioso nadie, yo incluido.

Inspirando ese aroma a melocotones suyo, cerré los ojos y dejé que la música nos guiara. Había algo extrañamente íntimo en el hecho de bailar lento. No eran los saltos y los frotamientos que dejaban muy poco a la imaginación. Aquello, dos cuerpos unidos que se mecían al mismo ritmo y se tocaban en los lugares correctos, era algo distinto. Íntimo.

Vale, tal vez sí que me hubiera tomado algo sin darme cuenta.

Mi mano se cerró contra su espalda.

—Ahora en serio, ¿qué tal va tu cita?

Cuando bajé la mirada vi que estaba sonriendo.

—Bueno, el chico se toma demasiadas confianzas.

—Eso es precisamente lo que imaginaba yo. —Lo busqué entre la multitud, con ganas de dejarlo inconsciente—. Ya te lo advertí.

—Daemon —dijo con un suspiro—, lo tengo bajo control.

Solté una risita.

—Ya, claro, gatita. Por eso movía las manos a una velocidad de vértigo, ¿no? Empezaba a preguntarme si es humano o no. —Se puso rígida entre mis brazos—. Tendrías que salir de aquí y marcharte mientras esté distraído. Si quieres, puedo decirle a Dee que se convierta en ti...

Kat se apartó, y de inmediato eché de menos lo que sentía al tenerla entre mis brazos.

—¿Y que le meta mano a tu hermana te da igual?

Bueno, no, pero...

—Dee puede cuidarse solita. Pero ese tío es demasiado para ti.

A esas alturas, ya habíamos dejado de bailar. Se estaba formando una tormenta, y tenía un nombre: Katy. Estuve a punto de sonreír.

—¿Perdona? —dijo—. ¿Que es demasiado para mí?

¿Es que no lo comprendía?

—Escúchame: he venido en coche hasta aquí, así que Andrew y Ash pueden volver con Dee, y llevarte a casa. —A mí me parecía un buen plan, pero la expresión de su rostro me dejó claro que no estaba nada convencida—. No me digas que estás pensando en ir a la fiesta con ese idiota.

—¿Y tú, vas a ir?

Me soltó la mano.

—Da igual lo que yo haga o deje de hacer. —Y no estaba preparado para dejarla ir todavía—. No vas a ir a la fiesta, y punto.

—No tienes derecho a decirme lo que puedo hacer, Daemon.

La frustración me invadió por dentro. ¿Es que no entendía que estaba tratando de cuidar de ella? Aquello no era un concurso para ver quién de los dos era el jefe.

—Dee te llevará a casa y te juro que si tengo que cargar contigo al hombro para sacarte de aquí, lo haré.

Su mano formó un puño contra mi pecho.

—Inténtalo si te atreves, me gustaría verlo.

Sonreí.

—Ya sé que te gustaría.

—Lo que tú digas. Tú eres el que va a montar una escenita si me sacas de aquí a la fuerza. —Produje un sonido grave en la garganta, pero ella me miró con una sonrisa, una mezcla de engreimiento e inocencia—. Por si no te has enterado, tu querido profesor alienígena nos está mirando ahora mismo. ¿Qué crees que va a pensar cuando vea que cargas conmigo para sacarme de aquí? —Me cago en... Estaba hablando de Matthew—. ¿Ves como tengo razón? —añadió.

Seguía planteándome seriamente cargar con ella para sacarla de ahí, con todo el instituto observando. Y creo que también quería besarla... con todo el instituto observando. Podría hacerle cosas que convertirían ese rubor en un tono más profundo de rojo.

Su mirada se volvió desafiante y, joder, a una parte de mí le gustaba mucho eso; muchísimo.

Una sonrisa apareció en mis labios.

—Siempre te subestimo, gatita.

CAPÍTULO 19

El campo donde hacían todas las fiestas se encontraba a unos tres kilómetros de Petersburgo, y para acceder a él había que seguir un camino de tierra en muy mal estado que la mayoría pasaría por alto de no saber que estaba allí. Aparqué junto a la carretera, para que ningún coche bloqueara el camino del mío.

Salí del todoterreno y me guardé las llaves en el bolsillo mientras examinaba la hilera de vehículos aparcados de cualquier modo. En la distancia, vi el resplandor anaranjado de una hoguera mientras cerraba la puerta. El aroma a gasolina y madera húmeda ardiendo era fuerte. Unas sombras se movían alrededor del fuego. Sonaban risas entremezcladas con gritos. La música atronaba por los altavoces.

Me había ido del baile unos pocos minutos después de que Kat se fuera con Simon. Ash y Andrew seguían en el instituto, y no sabía muy bien si ellos acabarían yendo allí o no, pues las fiestas en campos no eran lo suyo. Yo había ido a algunas, con... con Dawson. No me hacía mucha gracia que Dee fuera, aunque se encontrara con Adam, pero no era ella quien me preocupaba.

Sabía que Kat podía cuidar de sí misma. En el fondo, lo sabía. ¿Cómo podía no saberlo? Pero eso no significaba que no necesitara ayuda, o que no estuviera a punto de meterse en un lío con alguien como Simon.

Caminé junto a los coches, y los tallos de maíz pisoteados crujieron bajo mis pies. Mientras me acercaba al fuego, una chica salió tambaleándose desde detrás de una camioneta, poniéndose en mi camino. Tenía un vaso rojo precariamente entre los dedos mientras se balanceaba sobre los tacones. Llevaba el pelo de un castaño oscuro recogido, y tenía unos trozos de hierba seca y hojas de maíz pegados al vestido plateado.

La chica, a quien reconocía vagamente, no podía tener más de quince años. Levantó la barbilla, y sus ojos vidriosos me examinaron.

—¿Daemon?

Asentí con la cabeza, incapaz de recordar su nombre.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. —Soltó una risita y se llevó el vaso a los labios—. ¿Por qué lo preguntas?

Arqueé una ceja.

—Tienes tierra y maíz por todo el vestido.

Se le escapó otra risita.

—Puede que me haya caído una vez... o cuatro. Estos zapatos... —Levantó la pierna para mostrármelos, y de pronto se tambaleó. Estiré la mano para atraparle el

brazo y estabilizarla mientras ella continuaba levantando el pie—. Estos zapatos son una pasada, pero no son adecuados para una fiesta en el campo.

—Sin duda —murmuré, y le solté el brazo cuando estuve seguro de que no iba a caerse sobre el coche que tenía al lado—. ¿Has venido aquí con alguien?

—Ajá. He venido con Jon; es mi novio —explicó, sonriendo mientras se balanceaba hacia delante—. Salvo que quieras estar conmigo; en ese caso, no he venido con nadie. Jon no existe. Nop.

Sonreí ligeramente.

—Lo siento, guapa, pero he venido por otra persona.

—¡Qué pena! —Me dirigió una amplia sonrisa, y después susurró—: Ha estado muy mal por mi parte decir que Jon no existe, ¿verdad? Es muy buena gente. ¿Puede ser nuestro secreto?

Me hizo mucha gracia.

—Será nuestro secreto.

—¡Bien!

Se desequilibró mientras daba una palmada contra el vaso. La cerveza se derramó por un lateral.

Podría haber dejado allí a la chica, vagando sin rumbo por alguna razón entre los coches, pero eso me pareció mal por muchas razones.

—Vamos a buscar a Jon.

Resultó que Jon no tenía mucho mejor aspecto cuando lo encontramos sentado junto al fuego. Según lo que había dicho la chica, ni siquiera había llegado a ir al baile. Cuando la dejé con él, este me miró fijamente, casi como si esperara que lo lanzara bien lejos de una patada.

Examiné los grupitos que se apiñaban junto al fuego, y noté una sensación de intranquilidad en las tripas al no ver a Kat ni a Simon entre ellos. Me dirigí hacia mi derecha, observando los grupos más pequeños cerca de los árboles espesos. Parejas. Muchas parejas. Si Kat se encontraba entre ellas, iba a...

¿Qué iba a hacer?

Entonces dejé de caminar, de pie frente a una camioneta que tenía las puertas abiertas y la música a todo volumen. ¿Qué haría si veía a Kat con Simon, haciendo las cosas que las parejas hacían entre las sombras de los árboles desnudos? ¿Qué podría hacer? Tenía todo el derecho de estar con él. No era...

Kat no era mía.

Noté un ácido que me quemaba el estómago mientras me daba la vuelta. Dee estaba ahí de pie, y la luz del fuego se reflejaba en los ángulos de su cara. Sus ojos estaban antinaturalmente brillantes.

—¿Has visto a Kat? —me preguntó.

La intranquilidad explotó.

—¿Tú no?

—La he visto hace como cinco minutos. Se estaba dirigiendo hacia mí, pero

entonces le he perdido la pista. Estaba con Simon, pero... —Arrugó la nariz—. Tengo que encontrarla.

Mis manos se cerraron en puños, aunque no demasiado apretados.

—Pensaba que no te preocupaba que Kat estuviera con Simon.

Adam apareció junto a Dee.

—No creo que vaya a haber ningún problema... No lo creemos, pero Simon está bastante borracho, así que...

No me gustaba lo que estaba escuchando.

—¿Dónde la visteis por última vez?

—Estaba por ahí —dijo Dee, señalando al otro lado del fuego, cerca del bosque—. Pero ya no está.

No jodas.

En ese momento nos separamos, y tardé un par de minutos en encontrar a alguien que estaba como un setenta por ciento seguro de que había visto a Kat entrar en el bosque con Simon. Ese hecho hizo que me entraran ganas de reventarme la cabeza contra un árbol. Quería zarandear a mi hermana. ¿Qué había pasado con el código de las chicas? ¿No se suponía que había alguna clase de ley no escrita que exigía que nadie dejara a sus amigas irse con tíos poco fiables?

Seguí un gastado camino artificial, preparándome para el hecho de que tal vez encontrara a Kat cuando ella no quisiera que la encontrara. De hecho, esa era la mayor probabilidad. Que Simon fuera un gilipollas sobón que encima estaba borracho no significaba que tuviera que rescatar a Kat, o que quisiera que la rescatara.

Si estaba bien, me marcharía. Ni siquiera tendría que saber que había ido a buscarla. Si no había ningún problema, tendría que...

—¡Simon, para!

El chillido de Kat resonó por encima de la vibración amortiguada de la música.

Mi instinto se activó, y salí disparado como una bala. La encontré en menos de un segundo y la furia explotó en mi interior como un violento volcán en erupción. El muy hijo de puta la había acorralado contra un árbol. Tenía las manos sobre ella. El cuerpo. La boca.

Ninguno de los dos me oyó ni me vio, pero ese cabrón desde luego que me sintió cuando lo golpeé en la espalda y lo aparté de ella. Eché el brazo hacia atrás, y después le pegué un puñetazo en la cara. Sus pies se despegaron del suelo, y por un momento muy feliz estuvo volando. Cayó al suelo con los brazos y piernas extendidos y un golpe sordo no tan satisfactorio.

Me incliné sobre él y lo agarré por el cuello de la arrugada camisa.

—¿Es que te has vuelto sordo o no entiendes su idioma?

—Oye, tío, lo siento... —farfulló Simon, agarrándome la muñeca—. Yo pensaba que ella...

—¿Que ella qué? —Lo levanté con escaso esfuerzo, reconociendo y disfrutando

del destello de miedo en los ojos del chico humano. Quería hacer pedazos a ese cabrón, miembro por miembro. Y después quería pegar todos los trozos para volver a comenzar y repetirlo medio millón de veces—. ¿Pensabas que «no» quería decir «sí»?

—¡No! ¡Sí! Yo creía...

Estaba a punto de destruirlo por completo, así que levanté la mano y lo dejé paralizado. Simon se convirtió en una estatua, con las manos por delante de la cara. Le sangraba la nariz, y tenía los ojos muy abiertos, sin pestañear. Di un paso atrás y respiré hondo.

—Daemon, ¿qué...? —dijo Kat por detrás de mí—. ¿Qué has hecho?

Fulminé con la mirada al idiota paralizado.

—No tenía más opción que hacerle esto o matarlo.

Por el rabillo del ojo, vi que Kat pasaba junto a mí. Me dio la espalda mientras tocaba el brazo de Simon.

—¿Está vivo?

—¿Tendría que estarlo? —pregunté.

Kat me miró por encima de su espalda, con los ojos ocultos por las sombras, pero sabía lo que estaba pensando en ese momento, y quise asesinar a ese chico. Daba igual que hubiera advertido a Kat sobre él. Aquello no era culpa suya. Ella no había pedido nada de eso. Aquellas cosas no deberían pasarse por la cabeza.

Me puse tenso.

—Está bien. Es como si estuviera durmiendo.

—Madre mía, qué follón. —Retrocedió, rodeándose el pecho con los brazos—. ¿Cuánto tiempo va a quedarse así?

—Todo el tiempo que yo quiera. Podría dejarlo aquí y que los ciervos se le mearan encima y los cuervos se le cagan.

Se le escapó una risa ahogada.

—Pero... sabes que no puedes hacer eso, ¿verdad? —Me encogí de hombros—. Tienes que devolverlo a la normalidad, pero antes me gustaría hacer algo.

Mientras esperaba a ver qué quería hacer, ella descruzó los brazos y caminó directamente hasta Simon. Sin decir palabra, le pegó una patada justo entre las piernas.

—¡Qué dolor! —Solté una risita estrangulada—. Quizá sí tendría que habérmelo cargado.

Kat me lanzó una mirada envenenada.

Frunciendo el ceño, agité una mano y descongelé a Simon. Este se dobló hacia delante, llevándose las manos a la entrepierna.

—Mierda —gimió una y otra vez.

Empujé a Simon unos pasos.

—No quiero verte nunca más, y te juro que si te atreves siquiera a mirarla, será lo último que hagas en tu puta vida.

El idiota se pasó la mano por debajo de la nariz ensangrentada mientras la miraba.

—Katy, lo siento...

Por lo visto, tenía ganas de morir.

—¡Vete de aquí! —le advertí, dando un paso hacia delante de forma amenazadora.

Simon se dio la vuelta y echó a correr, tambaleándose y cojeando sobre los arbustos. Estaba rodeado de un resplandor blanco: le había dejado un rastro, pero no me importaba una mierda. Un silencio mortal cayó entre nosotros. Incluso la música parecía haber desaparecido. Me tomé unos preciados segundos para calmarme, pero no funcionó. Comencé a caminar dejando un par de metros de distancia entre nosotros, pues mi furia se encontraba demasiado cerca de la superficie. Sabía que mis ojos debían de estar reluciendo a esas alturas, y sabía que había muchas opciones de que Simon lo hubiera visto, aunque fuera brevemente.

Algo que brillaba en el suelo me llamó la atención.

El chal de Kat.

Lo recogí del suelo, me di la vuelta y me dirigí hacia donde Kat seguía plantada. Era la primera vez que la miraba bien. Se le habían soltado unos mechones de pelo, que caían alrededor de su rostro. Tenía los ojos brillantes, incluso en la oscuridad. Bajé la mirada y vi que la parte delantera de su vestido rojo estaba desgarrada.

Iba a matar a Simon.

Maldije entre dientes y le entregué el chal. Ella lo tomó con manos temblorosas.

—Ya lo sé —susurró, tapándose la parte destrozada del vestido con el chal—. Por favor, no lo digas.

—¿Qué es lo que quieres que no te diga? ¿Que ya te lo advertí? —Mi voz emanaba enfado—. Ni siquiera yo soy tan capullo para decirte algo así. ¿Te encuentras bien?

Asintió con la cabeza y respiró hondo.

—Gracias.

La observé mientras se estremecía. El chal no ocultaba nada ni cubría nada. Me quité la chaqueta del traje, me puse detrás de ella y se la coloqué sobre los hombros.

—Toma —dije con voz áspera—. Póntela. Así no se te verá... nada.

Kat bajó la mirada hasta el vestido, y sus hombros se tensaron. Metió los brazos en mi chaqueta y después juntó las solapas. Apretó los labios y jugueteó con la chaqueta, sin mirarme a mí ni a nada más.

Desde luego que iba a cargarme a Simon.

Y además de asesinarlo de forma muy lenta, también quería... quería acercarme a Kat. Quería abrazarla, y la necesidad de hacerlo era intensa y me resultaba completamente desconocida. Ni siquiera estaba seguro de que fuera a querer mi consuelo. Ni siquiera estaba seguro de que fuera capaz de dárselo.

Pero odiaba verla así.

Puse las puntas de los dedos sobre sus mejillas y aparté algunos de los mechones

salvajes de su pelo. Ella levantó la mirada, y sus hermosos ojos grises estaban llenos de lágrimas.

—Venga —susurré—. Te llevaré a casa.

Su mirada buscó la mía, y entonces asintió con la cabeza. Dio un paso y después se detuvo.

—Un momento.

¿En serio iba a ponerse a discutir conmigo en esos momentos?

—Kat...

—¿No es Simon quien tiene un rastro ahora?

—Sí.

—Pero...

—Ahora no es problema mío.

La tomé de la mano y la conduje por el camino desgastado. Lo cierto era que el rastro de Simon era lo bastante fuerte como para atraer la atención de algún Arum, y sabía que eso me convertía en una persona horrible, pero me daba igual. En esos momentos, me daba exactamente igual.

Llegamos hasta mi coche y le abrí la puerta del copiloto. Kat me echó un vistazo, y después se subió. Cerré la puerta y rodeé la parte delantera del todoterreno mientras sacaba el móvil. Le mandé un mensaje a Dee para contarle que iba a llevar a Kat a su casa, pero no le dije lo que había sucedido. Era decisión de Kat si quería entrar en detalles.

Una vez dentro, le lancé una mirada rápida a Kat.

—Le he dicho a Dee que te llevo a casa yo. Cuando llegué me dijo que te había visto pero que no conseguía encontrarte.

Asintió con la cabeza mientras tiraba del cinturón, pero el movimiento brusco hizo que se quedara atascado. Su cuerpo emanaba frustración.

—¡Mierda!

Me agaché hacia ella, quité sus dedos helados del cinturón con suavidad e incliné la cabeza mientras tiraba de él. Mi mandíbula le rozó la mejilla, y después mis labios lo hicieron, y traté de pensar que aquella parte había sido accidental, aunque no estaba seguro. Atajé esos pensamientos, ignorando la avalancha de sensaciones que había provocado aquel leve contacto. El cinturón estaba enredado, así que traté de colocarlo bien. Mientras le daba la vuelta, mis nudillos le rozaron el pecho. La chaqueta que le había prestado se le había abierto, probablemente mientras forcejeaba con el cinturón, y no había nada entre el dorso de mi mano y la curva de su pecho.

Aquello sí que no había sido a propósito.

Aparté la mano de golpe mientras subía la mirada hasta la suya.

Joder, ¿cuándo nos habíamos acercado tanto?

Había tal vez un par de centímetros entre nuestras bocas, y su aliento dulce bailaba sobre mis labios. Notaba un cosquilleo en el dorso de la maldita mano, como si la hubiera metido en un enchufe y me hubiera dado calambre; un calambre muy

suave. Como si estuviera obligado, mi mirada bajó hasta sus labios entreabiertos. Quería...

Lo que quería estaba mal, muy mal. Habían estado a punto de violar a Kat, por el amor de Dios.

Le abroché el cinturón, regresé a mi lado del todoterreno y le di la vuelta a la llave. Me estiré para poner la calefacción, y a continuación aferré el volante. Estuve a punto de partirlo en dos mientras me abría camino hasta el exterior del campo lleno de coches.

No hablamos.

Un silencio denso y tenso llenaba el interior del vehículo. Eché unos cuantos vistazos a Kat durante el trayecto. Su cabeza descansaba contra el asiento, y tenía los ojos cerrados. No me pareció que estuviera dormida; no cuando sus manos estaban tan tensas y apretadas sobre su regazo.

No tenía ni idea de lo que estaba pensando, pero si era solo la mitad de lo que se me pasaba a mí por la cabeza, tenía que estar volviéndose loca. Porque yo seguía pensando en matar a Simon. Estaba pensando en el aspecto que había tenido Kat allí plantada, con los ojos llenándose de lágrimas. Estaba pensando en la parte delantera de su vestido, desgarrada, y en lo cerca... lo cerca que había estado de que le sucediera algo terrible. Y quería matar aún más a Simon. También estaba pensando en esos momentos al entrar en el coche, y en lo cerca que habían estado nuestras bocas.

Estaba pensando en el hecho de que quería besarla.

Y no debería querer eso. No podía querer eso.

A mitad de camino, decidí que necesitaba escuchar su voz; saber que se encontraba bien.

—¿Kat?

No respondió. Sus ojos permanecieron cerrados, y supuse que estaba ignorándome. Por alguna razón, noté que...

Y entonces lo sentí.

Como si hubieran puesto el aire acondicionado al máximo, una ráfaga helada me golpeó. Se me contrajo el estómago. A unos metros por delante, una sombra oscura se formó en el centro de la carretera.

—¡Mierda!

Pisé el freno de golpe.

Kat dio una sacudida en su asiento, y sus manos cayeron sobre el salpicadero mientras el todoterreno se detenía en seco. Un segundo más tarde, el coche se apagó; el motor, las luces... todo.

Joooder...

La sombra se contorsionó y tomó forma. En un latido, un hombre apareció donde había estado la sombra. Estaba vestido con vaqueros oscuros y una chaqueta de cuero, y me pareció que tenía un aspecto estúpido de narices llevando gafas de sol de noche. Era idéntico al que había matado aquella noche en la biblioteca.

Y se había traído a sus hermanos.

Una sombra se deslizó desde un lateral de la carretera, y después otra. Dos más se unieron a la que se encontraba en mitad de la carretera. Eran tres en total.

—Daemon —susurró Kat—. ¿Quiénes son?

Mi visión se tiñó con una feroz luz blanca.

—Arum.

CAPÍTULO 20

Normalmente hubiera agradecido un enfrentamiento así; especialmente después de ocuparme de Simon. Tenía cierta agresión acumulada que realmente quería descargar dándole una paliza a alguien, pero no estando Kat cerca. No quería exponerla a esas criaturas. Podrían matarla con un giro de muñeca.

Kat tenía que largarse de allí.

Esa era la prioridad.

Mantuve los ojos fijos en los Arum, bajé el brazo y me levanté la parte inferior del pantalón. Mis dedos rozaron la tira de cuero que rodeaba un extremo de la daga de obsidiana y la saqué de su sitio.

—Esto es obsidiana: cristal volcánico. —La coloqué sobre sus manos temblorosas y le cerré los dedos sobre el mango tallado—. La punta está tan afilada que podría cortar cualquier cosa. Es lo único que hay en este planeta capaz de matar a los Arum, además de nosotros. Es su kryptonita.

Kat me miró fijamente, negando con la cabeza en silencio.

—¡Venga, guapito de cara! —gritó el Arum que se encontraba delante, con la voz gutural y afilada como una cuchilla—. ¡Sal a jugar!

Esos gilipollas no soltaban más que tópicos.

Los ignoré, le puse las manos a Kat en las mejillas y la obligué a clavar sus ojos aterrorizados en los míos.

—Escúchame, Kat: cuando te diga que corras, corre, y pase lo que pase no mires atrás. Si alguno de ellos te persigue, lo único que tienes que hacer es clavarle la obsidiana en cualquier parte del cuerpo.

—Daemon...

—No. Cuando te diga que corras, tienes que correr, Kat. Dime que lo entiendes.

Su pecho subía y bajaba con fuerza.

—¡No lo hagas, por favor! Ven conmigo...

—No puedo. Dee está en la fiesta. —Le sostuve la mirada—. Tienes que correr cuando yo te lo diga.

Los labios de Kat temblaron, y dejé que mi mirada se empapara de sus facciones un segundo más, clavando en mi memoria la altura de sus pómulos, junto a la forma redondeada de sus labios y esos infinitos ojos grises. A continuación me aparté y abrí la puerta del coche. Fui hasta la parte delantera del todoterreno, sonriendo a los tres Arum.

—Caramba. Sois igual de feos que los humanos en vuestra forma natural.

Pensaba que eso era imposible. ¿Habéis estado viviendo en una cueva o algo así? ¿Echáis de menos un poco de sol?

El que estaba en el centro mostró los dientes, como un animal salvaje.

—Qué arrogante eres; como todos los Luxen. Ya veremos dónde acaba tu arrogancia cuando absorbamos tus poderes.

—Ya te lo digo yo: acabará en mi zapato —apreté los puños, y el Arum del medio inclinó la cabeza, confundido. Perdía la gracia cuando tenía que explicar las bromas—. Acabará ahí porque te lo meteré por el culo. —Sonreí, y los Arum sisearon—. Un momento, vuestra cara me suena. Ah, claro, qué tonto soy. Me suena porque me he cargado a vuestro hermano, mira que no acordarme... ¿Cómo se llamaba? Para mí, todos sois iguales.

Sus formas empezaron a parpadear, convirtiéndose de humanos en sombras, y luego en humanos otra vez. Mi objetivo era cabrearlos mucho y que se concentraran en mí al cien por cien, para que Kat pudiera escabullirse. Parecía estar funcionando.

—Despojaré a tu cuerpo de su esencia —gruñó un Arum— y me suplicarás clemencia.

—Ya, igual que hizo tu hermano, ¿no? —repliqué—. Él sí que suplicó por su vida. Lloró como una niña pequeña antes de que acabara con él.

Esa fue la gota que colmó el vaso. Los Arum bramaron al unísono, un sonido de vientos rugiendo y de muerte. Levanté las manos para invocar a la Fuente. Esta se elevó dentro de mí, poderosa y consumiéndolo todo, y después se extendió desde mi cuerpo, rozando las pequeñas partículas de energía que existían dentro de todo en el planeta. El propio aire a mi alrededor se calentó, provocando una serie de sonoros chasquidos.

Dios, me sentía muy bien al liberarme.

Un aroma terroso llenó el aire cuando los árboles cercanos se elevaron, con montones de tierra pegados a las gruesas raíces. Moví un dedo, y el árbol más cercano, un olmo grande, golpeó a un Arum en la espalda, lanzándolo varios metros por la carretera. Los árboles volaron uno por uno, pero los otros dos Arum fueron un poco más listos que el que se estaba despegando del asfalto resquebrajado.

Volví a invocar la Fuente. Unos pedazos de asfalto se rajaron y cedieron a lo largo de la carretera. Los trozos se elevaron en el aire, girando mientras se volvían de un naranja brillante, calentándose como lava. Los lancé contra los Arum, que no dejaban de parpadear de un lado a otro, esquivando las ramas de los árboles. Uno de ellos echó la mano hacia atrás.

Fue entonces cuando dejaron de jugar. Y yo también.

Mientras el olor a asfalto quemado llenaba el aire, adopté mi auténtica forma. Uno de ellos se lanzó contra mí mientras yo unía las manos. La Fuente salió en una oleada y lo golpeó. El estallido lo hizo girar en el aire, un golpe directo y letal que lo devolvió momentáneamente a su forma humana. Las gafas de sol oscuras se rompieron y los pedazos flotaron en el aire, suspendidos. Hubo otro estallido y el

Arum explotó en un despliegue de luces cegadoras que cayeron como miles de estrellas fugaces.

Volví a extender el brazo, y el otro Arum salió volando hacia atrás varios metros, girando y balanceándose en el aire, pero aterrizó acuclillado.

Era el momento de que Kat se marchara.

«Corre», le dije en mi auténtica forma. «Corre, Kat. ¡No mires atrás, corre!».

Lo único que oí fue que se abría la puerta del coche, y después todo se perdió en el sonido de los Arum aullando. El otro había vuelto, y el que quedaba estaba rodeándome en un círculo. Me lancé hacia la derecha mientras uno de ellos soltaba una esencia oscura, una bola de energía llena de sombras que sería fatal si me golpeará. Giré mientras pasaba por encima de mi hombro. Parecía una gruesa bola de aceite, y cuando golpeó uno de los árboles caídos, la energía lo partió en dos.

Joder.

Invocando la Fuente, formé una bola de luz iridiscente en la palma de la mano, y después se la lancé directamente a los Arum.

Estos no eran tan rápidos como yo, pero estaban esquivando las bolas, y sabía en lo más profundo lo que estaban haciendo. Estaban cansándome, agotándome, como si estuviéramos boxeando. Los tres nos movíamos de un lado a otro, y mi control sobre mi auténtica forma flaqueó.

Los Arum aprovecharon ese momento de debilidad.

Uno se lanzó hacia mí desde delante y, mientras me preparaba para un impacto de cuerpo completo, el otro aceleró. Me retorcí, tratando de mantenerlo vigilado. Quité los ojos de uno durante un segundo, cometiendo un enorme error. Giré por la cintura y lancé otra ráfaga de energía, pero se disipó antes de alcanzar al Arum, deslizándose por la carretera en una lluvia de chispas.

Unos brazos sombríos me rodearon el cuello desde atrás, y sentí frío de inmediato. El hielo me caló mientras levantaba el brazo y permitía que se formaran los dedos. Rodeé con ellos el brazo que me estaba ahogando, pero logró hacerme caer sobre una rodilla.

—¿Estás listo para suplicar? —se burló el Arum que tenía enfrente, adoptando su forma humana—. Espero que sí. Me encantaría escuchar de tus labios un «por favor» mientras te quito todo lo que posees.

La luz chisporroteaba a mi alrededor mientras levantaba la cabeza. Todavía en mi auténtica forma, invoqué a la Fuente una última vez.

—Así que vas a quedarte calladito hasta el final, ¿eh? —El Arum dio un paso hacia delante, levantando la cabeza—. Baruck, ha llegado la hora.

Baruck me obligó a ponerme en pie.

—¡Ahora, Sarefeth!

Ni de broma iba a morir así. Ni de coña. Dee estaba en esa fiesta con Adam, así que la encontrarían. Y Kat estaba todavía por ahí, en algún sitio, y demasiado cerca. Joder, no. Aquello no estaba pasando. No iba a pasarle algo así a mi hermana. No iba

a pasarle algo así a Kat. La energía se acumuló y se expandió justo mientras el Arum que tenía enfrente, Sarefeth, volvía a su auténtica forma, nada más que humo. Invoqué el poder mientras él me estampaba la mano contra el pecho, dentro del pecho. Arqueé la espalda mientras caía al suelo. Un dolor explotó en cada célula de mi cuerpo, sobresaltándome. Nunca había sentido algo parecido. Se apoderó de cada parte de mí, arrancándome un grito mientras cambiaba brevemente a mi forma humana.

Sin advertencia previa, el Arum que tenía enfrente, el que se llamaba Sarefeth, me quitó la mano de encima y se dio la vuelta. El dolor seguía recorriéndome en oleadas, haciendo que cambiara entre una forma y otra, pero... pero tenía que estar alucinando, porque la estaba viendo.

Kat se encontraba un par de metros detrás de Sarefeth, como si fuera alguna clase de princesa guerrera, con el pelo salvaje y el vestido rojo desgarrado. La daga de obsidiana tenía un brillo rojo entre sus manos. Entonces, Sarefeth explotó, rompiéndose en pedazos y flotando hasta el cielo.

Baruck me soltó mientras yo recuperaba mi auténtica forma. Traté de ignorar el dolor de que se hubieran alimentado de mí mientras Baruck avanzaba hacia Kat, pero entonces el Arum cambió de trayectoria y se convirtió en una sombra, atrayendo la oscuridad hacia él. Voló hacia el otro lado de la carretera como una serpiente enroscada y desapareció en la noche.

Entonces Kat apareció a mi lado, de rodillas.

—Daemon. Daemon, por favor, dime algo.

Mi luz ardía, emitiendo un calor que tenía que ser demasiado intenso para Kat. Lentamente fui volviéndome consciente de mis manos, que presionaban el asfalto agrietado y quemado. Me pareció oír que Kat lloraba, y eso, eso fue lo que me obligó a recobrar la compostura. Cambié a mi forma humana y estiré el brazo, sujetándole el suyo mientras ella comenzaba a escabullirse.

—¡Daemon! ¡Dios mío! ¿Estás bien? —Volvió junto a mi lado, y presionó mi mejilla con la palma de la mano. Esa sensación... Dios—. ¡Dime que estás bien, por favor!

Con lentitud, levanté la cabeza y coloqué mi otra mano sobre la suya, la que tenía contra mi mejilla.

—Recuérdame que no te haga enfadar nunca más. ¡La leche! ¿Eres agente secreto en tus ratos libres?

Kat se rio y sollozó a la vez, y entonces se lanzó contra mí. La sujeté, y apenas logré caer hacia atrás. Mi mano se hundió profundamente en la masa de pelo que se le había soltado, y la abracé con fuerza mientras ella se aferraba a mí. Se apretaba contra mí como si estuviera tratando de fundirse conmigo, y aunque sentía la piel dolorida, el dolor no era nada comparado con la sensación de tenerla en ese momento.

Presioné la frente contra su hombro.

—No me has hecho caso.

—Nunca te hago caso. —Me abrazó con más fuerza todavía antes de apartarme. Su mirada me recorrió la cara—. ¿Estás herido? ¿Puedo hacer algo?

—Ya has hecho suficiente, gatita. —Reuní mis fuerzas y me puse en pie, levantándola conmigo. Contemplé la destrucción a nuestro alrededor—. Tenemos que salir de aquí antes de que venga alguien.

Di un paso atrás, invoqué la Fuente una última vez y levanté la mano. Los árboles se elevaron de la carretera y se apartaron a un lado, abriendo camino.

—Vámonos. —Volvimos hasta el coche, que cobró vida con un rugido en cuanto hice girar la llave en el contacto. Eché un vistazo hacia Kat, que estaba temblando en el asiento—. ¿Estás bien? ¿Tienes alguna herida?

—No, me encuentro bien. Solo que... todo esto es demasiado, ¿sabes?

¿Demasiado? Solté una risa, pero no había humor alguno en ella. Golpeé el volante, frustrado.

—¡Tendría que haber sabido que vendrían más! —Tendría que haber estado más preparado—. Siempre viajan de cuatro en cuatro. ¡Maldita sea!

—Solo había tres Arum —señaló.

—Sí, porque maté al primero.

Me recliné en mi asiento y saqué el móvil. Tenía que llamar a Dee. Tenía que advertir a los demás de que todavía quedaba uno ahí fuera, y dado que había matado a tres de sus hermanos, lo más probable es que quisiera venganza de una forma muy desagradable.

* * *

Estaba preocupado por Kat.

Lo que acababa de presenciar haría que un hombre adulto cayera de rodillas, aterrorizado y aturdido. Sin embargo, ella permaneció en silencio mientras yo llamaba a Dee y después a Matthew, y siguió así durante el trayecto de vuelta a casa. Cada vez que la miraba veía un temblor que la recorría, pero no estaba perdiendo los papeles.

Kat era impresionante.

Aquella chica humana era fuerte, con un corazón hecho de acero. Estaba manteniendo la compostura, y no solo eso, sino que claramente me había salvado la vida. Era lo suficientemente hombre como para admitirlo. Si no hubiera intervenido cuando lo hizo, no creo que hubiera podido quitarme a Baruck de encima. Le debía la vida. Podía haber muerto en esa carretera, y entonces habría dos Arum y no uno persiguiendo a Dee... y a Kat.

Porque volvía a estar iluminada como la luna.

Las casas estaban a oscuras cuando subí por el camino de entrada. Apagué el motor y miré a Kat mientras abría la puerta del coche. La luz del interior se había

encendido, bañando sus pálidas mejillas con un suave resplandor. No se movió.

—¿Kat?

Ella pestañeó con lentitud y se giró hacia mí.

—¿Sí?

Me parecía una estupidez preguntarle si se encontraba bien. Bajé la mirada hasta su mano, que seguía sujetando la daga de obsidiana. Estiré el brazo y se la quité con suavidad. Ella levantó los ojos hasta los míos.

—Quiero que te quedes esta noche en mi casa —dije—. Vuelves a tener un rastro, y aunque dudo que el Arum logre llegar hasta aquí, más vale prevenir que lamentar.

Separó los labios.

—Pero, si tengo un rastro, ¿no es más arriesgado que esté en la misma casa que tú... y que Dee?

Apreté la mandíbula.

—Si un Arum logra seguirte la pista hasta tu casa, nosotros estaremos en la de al lado, así que es prácticamente lo mismo. Además, Dee está con Matthew y Adam ahora mismo. Y Andrew también se encuentra allí.

—Pero no es lo mismo —razonó en voz baja—. Si el... si esa cosa viene a por mí, al menos tú...

—Quiero que te quedes en mi casa —la atajé, ignorando su lógica—. ¿De acuerdo?

Kat me miró fijamente durante un largo momento, y después asintió con la cabeza. Salió del coche y yo la seguí hasta su casa. Cuando encendió la luz del recibidor, me di cuenta de que le faltaba un zapato y de que sus rodillas estaban arañadas y sucias. Toda ella lo estaba. Abrí la boca para decir algo, cualquier cosa, pero ella avanzó cojeando, y subió la escalera con esfuerzo.

Cerré los ojos mientras mi mano se tensaba sobre la tira de cuero de la obsidiana. Tenía los hombros hundidos por la fatiga.

Cuando hablé con Matthew, me preguntó si Kat había visto lo sucedido. No había forma de que pudiera mentir ni ocultar la verdad, así que le respondí que sí.

—Vamos a tener que hablar sobre esto más tarde —había respondido.

Y sabía que ese «más tarde» llegaría demasiado rápido.

Abrí los ojos y vi a Kat en la parte superior de los escalones, con un bolso de mano. Todavía tenía puesto su vestido destrozado, y mi chaqueta la envolvía. Se le notaba en cada paso que estaba agotada, y caminaba como si estuviera deseando sentarse para echarse una siesta.

Me había salvado la vida.

Daba igual lo que Matthew o los Thompson pensarán o dijeran: iba a tener que cubrirle la espalda. Ella me había cubierto la mía.

Me encontré con ella a medio camino, le tomé la bolsa y después de que cerrara con llave fuimos hasta mi casa.

—Le he dicho a mi madre que iba a quedarme con Dee —explicó, aclarándose la

garganta—. He llamado cuando estaba arriba.

—Guay. —Abrí la puerta delantera, y una ráfaga de aire helado nos dio la bienvenida. Kat se estremeció—. Lo siento. Por la noche mantenemos la casa muy fresca.

—Lo recuerdo —murmuró, echando un vistazo a la escalera que conducía a la segunda planta. La piel sobre sus pómulos estaba tensa y pálida—. No pasa nada.

En cuanto llegamos a la habitación de invitados, Kat soltó un gruñido al mirar en su bolsa.

—Qué idiota soy. No me he traído nada para dormir, tan solo ropa normal. Voy a tener que volver.

—Tranquila, te buscaré algo. Dame un segundo.

Fui hasta la habitación de Dee y busqué unos pantalones y una camiseta vieja, sabiendo que no le importaría. Al regresar, vi que Kat se había quitado mi chaqueta y la había dejado sobre la cómoda. Se sujetó la parte delantera del vestido mientras yo depositaba la ropa de Dee sobre la cama.

Una vez más me entraron ganas de decirle algo, pero no se me ocurría nada que pudiera servir. Kat tomó la ropa y se metió en el cuarto de baño del pasillo. Yo fui hasta mi habitación, me di una ducha en el baño adyacente, y después me puse rápidamente unos pantalones de chándal y una camiseta. Comprobé el teléfono y leí los mensajes de Dee y de Andrew, que se había enterado de lo sucedido a través de Adam. Dee iba a volver a casa en cuanto encontraran a Ash. Matthew se aseguraría de ello.

Me encontré de nuevo en el pasillo, cerca del cuarto de baño. El agua había dejado de correr y, mientras permanecía allí plantado, me pareció oírla reír. Pero no era una risa feliz. Mi preocupación se incrementó.

—¿Va todo bien? —le pregunté a la puerta cerrada.

Hubo una pausa antes de que respondiera.

—Sí. —Otra pausa—. Sí.

Dudé, y a continuación me di la vuelta y fui hasta la habitación de invitados. Me senté en el borde de la cama. Posiblemente Kat necesitara algo de espacio, pero... mierda. Levanté la mano y me froté el centro del pecho, donde el Arum me había atacado. No quería que estuviera sola en esos momentos.

No quería estar solo en esos momentos.

Pasaron unos cuantos minutos, y entonces Kat entró y yo levanté la mirada. Tenía el pelo húmedo, oscureciendo los hombros de la camiseta gris que le había dado. Se habían formado unas sombras bajo sus ojos, y seguía estando pálida, pero desde luego no era... no era corriente en absoluto. No era del montón. No era como nadie que hubiera conocido jamás. Darme cuenta de eso era como recibir un golpe directo de un Arum, y no sabía qué hacer al respecto.

Kat se detuvo a un par de metros de la cama.

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza y bajé la mano, un tanto aturdido porque me hubiera preguntado por mi bienestar.

—Cuando usamos nuestros poderes parece que... perdemos una parte de nosotros mismos. Nos cuesta recuperarnos. Cuando salga el sol, me encontraré mucho mejor. —Hice una pausa—. Siento mucho que hayas tenido que pasar por esto. No te he dado las gracias. Tendrías que haberte marchado de allí, Kat. Te habrían... matado en un abrir y cerrar de ojos. Pero en cambio volviste y me salvaste la vida. Gracias.

Abrió la boca, y después volvió a cerrarla mientras se frotaba los brazos. Pareció costarle un momento responder.

—¿Puedes dormir conmigo esta noche? —A continuación, se apresuró a añadir—: No voy a intentar nada contigo, es solo que...

—Ya lo sé. —Yo me sentía del mismo modo. Tan solo quería abrazarla, asegurarme de que los dos estábamos bien. Me puse en pie, y noté como si el estómago se me cayera a los pies—. Voy a comprobar que todo está en orden y vuelvo ahora mismo.

Antes de que saliera de la habitación, ella ya estaba en la cama, y cuando la miré vi que se había tapado hasta la barbilla y estaba mirando el techo. Una sonrisita me estiró los labios mientras me apresuraba a comprobar dos veces que las puertas estuvieran cerradas. Después saqué el móvil de mi habitación. Dee llegaría pronto a casa y, si fuera listo, podría haberle dicho a Kat justo eso. Sentarme con ella y esperar hasta que una compañera de cama más apropiada apareciera, pero no fue eso lo que hice.

Regresé a la habitación de invitados y me quedé inmóvil en la puerta cuando volví a verla en la cama. Debería estar en mi cama. En cuanto ese pensamiento tan desastroso se me pasó por la cabeza, lo aparté y le eché la culpa al drama de aquella noche. Cerré la puerta detrás de mí y me dirigí hasta los grandes ventanales que daban al jardín delantero.

Kat se pegó al borde de la cama mientras yo caminaba hasta el otro lado, y entonces oculté una sonrisa. Cualquiera pensaría que íbamos a compartir una cama pequeña, en base a lo lejos que se había ido. Me metí junto a ella, dejando la colcha a la altura de mi cintura. Mi temperatura era más alta que la de ella.

Ninguno de los dos habló.

Nos quedamos ahí tumbados, lado a lado, mirando al techo. Si alguien me hubiera dicho un año antes que estaría tumbado en una cama de ese modo con una chica humana, le habría dicho que dejara las drogas.

Me mordí el labio y giré la cabeza hacia la suya. Pasaron unos segundos antes de que me mirara, y entonces le sonreí.

Kat se rio, y sí, me encantaba ese sonido.

—Qué... raro, ¿no?

Mi sonrisa se ensanchó.

—Pues sí, ¿no?

—Sí.

Soltó una risita.

Parecía una locura que nos riéramos después de todo lo que había pasado, pero mi risa se unió a la suya. Aquello era ridículo. Todo aquello. El noventa por ciento del tiempo vivíamos para cabrearnos el uno al otro. Sabía que era algo mutuo, pero yo le había salvado la vida en el pasado. Ella me había salvado la vida aquella noche. Y allí estábamos, compartiendo una cama por ninguna razón real. Al menos por mi parte, aquello era muy gracioso.

Y Kat... no había palabras para ella.

Estiré el brazo y atrapé las lagrimillas que le habían caído por las mejillas. No eran lágrimas de tristeza. Clavé los ojos en los suyos mientras bajaba la mano.

—Lo que has hecho esta noche ha sido... increíble —murmuré.

El lateral de sus labios se elevó.

—Siempre estoy al acecho. Oye, ¿seguro que no estás herido?

Sonreí.

—No, me encuentro bien. Y todo gracias a ti.

Me aparté de ella y apagué la lámpara de la mesita de noche de la forma anticuada; de la forma humana.

La habitación quedó sumida en la oscuridad.

—¿Y ahora brillo? —preguntó.

Pues claro. Había recibido una buena dosis en el campo, y luego yo había encendido la calle con la Fuente como si se tratara de una feria.

—Como si fueras un árbol de Navidad.

—¿Y no solo la estrella?

Me puse de lado, lo suficientemente cerca de ella como para que mi mano le rozara el brazo.

—No; brillas mucho más. Es como si estuviera mirando directamente al sol.

Levantó la mano, y me pareció muy mona.

—Pues vas a tener problemas para dormir.

—La verdad es que me reconforta. Me recuerda a mi gente.

—Nunca me habías dicho nada sobre la obsidiana... —dijo mientras me miraba.

—Pensé que no sería necesario. Mejor dicho: deseaba que no lo fuera.

—¿Puede haceros daño a vosotros?

—No. Y antes de que me preguntes qué cosas pueden dañarnos, quiero que sepas que es algo que no solemos decirles a los humanos —respondí con tranquilidad—. Ni siquiera el Departamento de Defensa lo sabe. La obsidiana anula los poderes de los Arum. Al igual que gran parte de la energía que producimos rebota en Seneca Rocks por acción del cuarzo beta, lo que hace la obsidiana es... ya sabes, fracturar la luz.

—¿Puede utilizarse cualquier cristal como arma contra los Arum?

—No, solo los de ese tipo. Supongo que tiene que ver con su capacidad de cambiar de temperatura; Matthew me lo explicó una vez, pero no le escuché, la

verdad. Sé que la obsidiana puede matarlos. Por eso la llevamos siempre encima, escondida. Dee lleva una en el bolso.

Se estremeció.

—No puedo creer que haya matado a alguien.

—No era una persona: has matado a un alienígena malvado que te habría matado sin dudarle un segundo y que iba a matarme a mí. —Me froté el pecho con la mano, distraído—. Me has salvado la vida, gatita. —Kat no respondió, y supe que iba a ser difícil que lo comprendiera—. Fuiste como Snowbird —dije tras unos momentos.

—¿Y eso? —preguntó.

Sonreí ligeramente.

—Podrías haberme dejado morir y salir corriendo, como te pedí. Pero volviste y me ayudaste. No tenías por qué hacerlo.

—No... no podía dejarte allí. —Respiró de forma audible—. No habría sido correcto. Y jamás habría podido perdonármelo.

—Ya lo sé. —Reprimí un bostezo—. Ahora duerme un poco, gatita.

Permaneció en silencio durante unos cinco segundos.

—¿Y si el último Arum viene a por nosotros? —Hizo una pausa, temerosa—. Dee está con el señor Garrison: él sabe que yo estaba contigo cuando te atacaron. ¿Y si me entrega al Departamento de Defensa? ¿Y si...?

—Chist —murmuré, y busqué su mano con la mía. Le recorrí el dorso con los dedos—. No volverá. Todavía no. Y no dejaré que Matthew te entregue.

—Pero...

—Kat, no se lo permitiré, ¿vale? Te lo prometo. No voy a dejar que te pase nada.

Aquella vez fue su suave inhalación lo que oí, y sabía que mi promesa era arriesgada y que era algo gordo, pero era una promesa que no estaba dispuesto a romper.

CAPÍTULO 21

No sabía muy bien si estaba soñando o no, pero, si era así, no quería despertar. El aroma a melocotones y vainilla me provocaba y me invadía.

Kat.

Solo ella tenía un aroma tan maravilloso, a verano y a todas las cosas que podría desear y jamás tendría. Todo su cuerpo estaba apoyado contra el mío, y su mano descansaba sobre mi estómago. El ritmo constante de su pecho subiendo y bajando se convirtió en mi mundo entero, y en el sueño (porque tenía que ser un sueño) sentí que mi propia respiración se acompasaba a la suya.

Cada célula de mi cuerpo chisporroteaba y ardía. Si estuviera despierto, seguramente habría adoptado mi auténtica forma. Mi cuerpo estaba en llamas.

Tan solo era un sueño, pero parecía real.

No pude resistirme a deslizar la pierna sobre la suya, a enterrar la cabeza entre su cuello y su hombro e inhalar profundamente. Era un aroma celestial. Perfecto. Humano. Respirar se volvió más difícil de lo que jamás habría imaginado. El deseo me invadió por dentro, embriagador y voraz. Probé su piel; un ligero roce de mis labios, un breve toque con la lengua. Era perfecta debajo de mí, blanda en todas las zonas en las que yo era duro.

Me moví sobre ella, contra ella, y me encantó el sonido que produjo; un murmullo suave y totalmente femenino que hizo arder cada parte de mi cuerpo.

—Eres perfecta para mí —susurré en mi propio idioma.

Ella se movió debajo de mí, y soñé que respondía, que me deseaba en lugar de odiarme.

Me apreté contra ella y metí la mano por debajo de su camiseta. Su piel parecía satén bajo mis dedos. Valiosa. Preciada. Si fuera mía, adoraría cada centímetro de su cuerpo. Y eso era lo que quería hacer. En ese mismo momento. Mi mano siguió subiendo, más, más y más. Su piel era tan suave, tan blanda...

Kat soltó un jadeo.

La nube del sueño se disipó con el sonido, que noté en todo el cuerpo. Todos mis músculos se tensaron. Abrí los ojos muy lentamente, y vi su cuello esbelto que se curvaba ante mí. Tenía una parte de la piel rosada por la barba incipiente de mi mandíbula...

El reloj de la pared hacía tictac.

Mierda.

Había estado sobándola en sueños.

Levanté la cabeza y la miré. Estaba observándome, con los ojos de un gris nublado y maravilloso, y también inquisitivos. Doble mierda.

—¿Buenos días? —dijo, con la voz todavía áspera a causa del sueño.

Me incorporé utilizando el brazo, y ni siquiera entonces, sabiendo que nada de aquello había sido un sueño, fui capaz de apartar la mirada de ella. No quería hacerlo. Había una necesidad infinita, en ella y en mí. Exigía que me arrodillara ante ella, y quería hacerlo... joder, y tanto que quería hacerlo.

Lo único que me despejó un poco, lo único que aclaró las nubes de lujuria y de estupidez idealista de mi cabeza, fue el rastro que relucía a su alrededor. Parecía la estrella más brillante del cielo.

Estaba en peligro. Y también era un peligro para nosotros.

Con una última mirada, crucé la habitación con velocidad inhumana y cerré la puerta detrás de mí. Cada paso que me alejaba de aquella habitación, de aquella cama, era tenso y doloroso. Al doblar la esquina estuve a punto de atropellar a mi hermana.

Ella me examinó con los ojos entrecerrados.

—Cállate —murmuré, pasando junto a ella.

—No he dicho nada, imbécil.

Sin embargo, sus palabras sonaban divertidas.

—No digas nada —le advertí.

Una vez dentro de mi habitación, me cambié rápidamente para ponerme unos pantalones de chándal, y después me puse las zapatillas. Encontrarme con mi hermana me había enfriado casi por completo, pero aún tenía los nervios de punta y necesitaba salir de la casa, alejarme de Kat.

Sin molestarme siquiera en cambiarme de camiseta, adquirí velocidad, atravesé la casa y salí por la puerta principal. En cuanto mis zapatillas tocaron el porche, eché a correr y me interné entre los árboles del bosque con la velocidad de una flecha. El cielo sobre mi cabeza era gris y sombrío. Una llovizna me bombardeaba la cara, como un millar de pequeñas agujas. Lo agradecí, y seguí corriendo y corriendo hasta que me interné profundamente en el bosque. Entonces me despojé de mi forma humana, adoptando la auténtica mientras atravesaba los árboles, moviéndome hasta que no fui nada más que un borrón de luz.

La deseaba... Deseaba a Kat.

Aquello no era un pensamiento completamente nuevo, ni me había dado cuenta de ello entonces. Desde el momento en que vi por primera vez esas piernas, las imaginé a mi alrededor, enredadas con las mías, más de una vez y más de dos. Y cuando se había puesto ese biquini rojo... Lo de desearla no era nada nuevo, pero sí la intensidad de lo que había sentido aquella mañana.

Deseaba tanto a Kat que me producía un dolor casi físico.

¿Había sido por la noche anterior? ¿Por el hecho de que me hubiera salvado? ¿O había sido antes, al verla con Simon y con ese vestido? ¿O era algo que había estado

creciendo desde el primer día? Nada de eso importaba.

Aquello estaba mal.

Tenía que pensar en Dawson, recordar lo que le había pasado a él. ¿Acaso quería correr el mismo riesgo? ¿Dejar a Dee completamente sola? Pero incluso entonces, en el bosque, podía sentir su piel, saborearla; dulce y azucarada como el caramelo. Oía ese maravilloso sonido que había producido una y otra vez, atormentándome por muchos kilómetros que pusiera entre nosotros.

Una idea comenzó a formarse en mi cabeza; una que Dee iba a odiar, pero no veía ninguna otra opción. Podía ir al Departamento de Defensa y solicitar un traslado a alguna de las otras comunidades. Estaríamos abandonando nuestro hogar, dejando atrás a nuestros amigos y a Matthew, pero sería lo mejor. Era lo correcto. Así, Dee estaría a salvo.

Y Kat también estaría a salvo.

Porque Dee no podía permanecer alejada de ella, y yo tampoco. Porque daba igual adónde fuera, pues aquello de lo que huía seguiría estando conmigo: Kat. No estaba solamente en casa, en aquella cama. Se encontraba conmigo mientras corría por el bosque, en mi interior. Y no había forma de huir de eso.

* * *

Cuando regresé después de haber estado corriendo, todo parecía bajo control. Tenía un plan, y pensaba llevarlo a cabo. Entré en la casa con decisión.

El coche de Andrew se encontraba aparcado en el exterior, y esperé de verdad que el clan entero no estuviera ya allí. Claro que sabía perfectamente que el inevitable enfrentamiento con Matthew y los Thompson no tardaría en llegar.

Dee estaba esperándome en la sala de estar, y abrió la boca al verme.

—¿Dónde está Kat? —pregunté, y a continuación me pegué una patada mental en los huevos. Preguntar por ella a la primera de cambio no era una señal de que tuviera nada bajo control.

Mi hermana arqueó una ceja.

—Se fue a su casa hace unos pocos minutos. Su madre ya ha llegado, pero volverá enseguida. —Respiró hondo—. Daemon...

Adam salió de la cocina con una manzana en la mano.

—Andrew y Ash están cabreados.

Levanté el brazo y me sequé las gotitas de sudor que tenía en la frente.

—¿Y en qué se diferencia eso de cualquier otro día?

Me dirigió una sonrisita de suficiencia.

—Bueno, es que no pueden creer que hayáis mantenido esto en secreto; el hecho de que Kat sepa la verdad acerca de nosotros. Están de camino hacia aquí ahora mismo.

—Con Matthew —añadió Dee, y se rodeó la cintura con los brazos. Tenía la

mirada llena de preocupación—. A él tampoco le hace mucha gracia, Daemon. Me temo que vaya a...

—No va a hacer nada. —Fulminé a Adam con una mirada penetrante—. ¿Y tú no estás cabreado?

—La verdad es que no. —Levantó un hombro mientras mordía la manzana, y la masticó pensativo—. Es decir, hace ya un tiempo que lo sabe, ¿verdad? Al menos eso es lo que parecía por lo que dijo Dee. Y si todavía no ha dicho nada, ¿por qué iba a hacerlo ahora?

—No lo hará —respondimos Dee y yo al unísono.

Le lancé una mirada burlona a mi hermana mientras ella sonreía.

—Voy a darme una ducha —dije, y después me giré en dirección a la escalera.

Dee echó un vistazo por encima del hombro a Adam y me siguió.

—Kat va a volver en cosa de diez minutos o así.

—Vale.

—Y todos los demás también van a venir —añadió. Estaba a mitad de la escalera cuando lo comprendí. Me giré y miré a Dee—. Kat sabe que lo saben, y también que van a venir. Quiere estar aquí, y creo que es una buena idea.

Bajé un escalón mientras elevaba las cejas.

—¿Cómo puede ser una buena idea que esté aquí con tres Luxen a los que ya les caía mal y que desconfiaban de ella antes? Salvo que consideres que ponérselo más fácil para que traten de freírla es una buena idea.

—Andrew y Ash ladran mucho, pero no muerden. Ya lo sabes —dijo Adam desde el vestíbulo—. No van a hacerle daño.

—No voy a permitirselo.

Dee abrió mucho los ojos, y sí, es que lo había soltado sin pensar. Pero en cualquier caso solo Dios sabía lo que Dee estaría pensando, sobre todo después de aquella mañana. Pestañeó.

—De todos modos, creo que es una buena idea que la vean de verdad; que vean que pueden confiar en ella. No estoy preocupada por Ash o por Andrew; es Matthew a quien hay que convencer. Ya lo sabes.

Aquello era cierto. No estaba dispuesto a creer que lo de Ash y Andrew fuera solo ladrar sin morder, pero ellos no acudirían al Departamento de Defensa ni a los ancianos. Matthew, en cambio, sí que lo haría, pero él era una persona justa y lógica. Si lo convencíamos de que Kat no abriría la boca, entonces no lo haría, y que Kat estuviera con nosotros para que vieran que podría guardar silencio era probablemente la única forma de convencerlo. Además, yo estaría presente para asegurarme de que Kat permaneciera a salvo durante el enfrentamiento inicial.

—Vale —dije, y me giré para ir a darme una ducha rápida antes que nada. Llegué hasta mi habitación, con Dee pisándome los talones.

Cerró la puerta y esperó a que la mirara.

—¿Qué está pasando entre tú y Katy? —preguntó.

De inmediato recordé a Kat aquella mañana, su cuerpo suave debajo del mío.

—No está pasando nada, Dee.

Su rostro reflejaba duda.

—Anoche te acostaste con ella.

Estuve a punto de ahogarme con mi propia saliva mientras me quitaba las zapatillas.

—No me acosté con ella.

—Estabas en la misma cama que ella, así que te acostaste con ella, aunque no fuera acostarte con ella en ese plan. —Entrecerró los ojos—. Quiero saber lo que está pasando.

Una parte de mí quería decirle que aquello no era asunto suyo, pero eso únicamente serviría para aumentar sus sospechas.

—Mira, anoche estaba estresada y asustada. Entre lo que pasó en esa maldita fiesta en el campo, y después encontrarse cara a cara con tres Arum, necesitaba estar con alguien. Y yo fui ese alguien. Eso es todo. No tiene importancia.

Dee permaneció en silencio mientras se retorció el pelo entre las manos.

—Sí que tiene importancia. —La miré fijamente, y ella me dirigió una enorme sonrisa—. Tiene mucha importancia.

* * *

Después de una ducha rápida y de cambiarme de ropa, me dirigí hasta el piso inferior. Kat ya se encontraba ahí, brillando como una maldita estrella. Levantó la mirada cuando entré en la habitación, pero entonces apartó los ojos de los míos y los bajó, los bajó mucho, y un rubor rosado se extendió por sus mejillas. Lo observé mientras recorría su garganta y desaparecía bajo el cuello de su camiseta. Me pregunté hasta dónde llegaría el rubor.

Joder.

—Ya están aquí —dijo Adam, dirigiéndose hacia la puerta principal.

Kat se puso rígida, pero permaneció en silencio y alerta. Mientras todos entraban, me senté en el brazo del sillón reclinable donde ella se había sentado. Todo el mundo notó claramente mi posición.

Dee sonrió como si acabara de descubrir el sentido de la vida.

Cuando Ash y Andrew vieron a Kat envuelta por el rastro, y el lugar donde yo estaba sentado, fruncieron tanto el ceño que me pregunté si se quedarían así para siempre.

Matthew tenía aspecto de estar a punto de vomitar. Se detuvo completamente en mitad de la sala de estar.

—¿Se puede saber qué hace aquí? —preguntó.

—Está más iluminada que una bola de discoteca —dijo Ash con tono acusador—. Seguro que se la ve desde Virginia.

Kat entrecerró los ojos.

—Estaba conmigo cuando los Arum decidieron atacar —expliqué—. Ya sabes que la cosa se puso... fea. Era imposible ocultar lo que pasaba.

Matthew se pasó una mano por el pelo.

—Daemon, no me esperaba esto de ti. Pensaba que serías más cuidadoso y tendrías más vista.

Fruncí el ceño.

—¿Y qué narices tendría que haber hecho? ¿Dejarla K.O. antes de que nos atacaran los Arum? —Ash arqueó una ceja, y la expresión de su rostro dejaba claro que apoyaba totalmente esa idea—. De todos modos, Katy ya sabía lo nuestro cuando empezaron las clases —añadí—. Y tenéis que creerme si os digo que hice todo lo posible para que no se enterara de nada.

Andrew tomó aire de golpe.

—¿Hace tiempo que lo sabe? Pero ¿cómo lo has permitido, Daemon? ¿Todo este tiempo nuestras vidas han estado en las manos de una humana?

Dee puso los ojos en blanco.

—Andrew, relájate. Está claro que no le ha dicho ni una palabra a nadie.

—¿Que me relaje? —Andrew tenía el ceño fruncido, al igual que su hermana—. Si esta tía es una...

—Cuidadito con lo que vas a decir —advertí, y la piel comenzó a vibrarme—, porque puede que sin saber por qué te estalle un rayo en la cara.

Ash tragó saliva con fuerza mientras apartaba la mirada, negando con la cabeza. Cayó el silencio mientras mi mensaje calaba alto y claro.

—Daemon —dijo Matthew, dando un paso hacia delante—, ¿amenazas a uno de los tuyos por ella? No me esperaba esto de ti.

Se me tensaron los hombros.

—Eso no es exactamente así.

—No voy a decirle nada a nadie —dijo Kat, hablando por primera vez—. Sé el riesgo que correríais tanto vosotros como yo misma. No tenéis nada de qué preocuparos.

—¿Y quién se supone que eres para que confiemos en ti? —preguntó Matthew—. No me malinterpretes, estoy seguro de que eres una buena chica; eres lista y parece que tienes la cabeza bien amueblada, pero este tema es muy serio: es una cuestión de vida o muerte para nosotros. De libertad. Y no podemos permitirnos el lujo de confiar en un humano.

No me gustaba nada el camino que estaba siguiendo la conversación.

—Ayer me salvó la vida.

Andrew se rio.

—Venga ya, Daemon. Creo que los Arum debieron de darte un buen golpe en la cabeza. Es imposible que un humano pueda salvarnos la vida.

—¿Se puede saber qué te pasa? —saltó Kat, más fogosa que nunca—. Te

comportas como si fuéramos completamente inútiles e incapaces de hacer nada. Vosotros tendréis poderes, pero eso no implica que nosotros seamos organismos unicelulares.

Adam soltó una risita ahogada.

—Me salvó la vida —repetí, atrayendo la atención de todos—. Nos atacaron tres Arum, hermanos del que yo maté. Pude destruir a uno de ellos, pero los otros dos me doblegaron. Me tenían inmovilizado y habían empezado a quitarme los poderes. Estaba sentenciado.

—Daemon —susurró Dee, empalideciendo—, no nos explicaste nada de esto.

—No entiendo cómo pudo ayudarte —dijo Matthew, hablando con la voz llena de dudas—. Es humana y los Arum son poderosos, amorales y malvados. ¿Cómo va a poder una simple chica enfrentarse a ellos?

—Le di la daga de obsidiana que llevaba y le pedí que se marchara de allí.

—¿Le diste la daga en vez de usarla? —Ash parecía aturdida—. ¿Por qué? —Dirigió los ojos hacia Kat—. Si ni siquiera te cae bien...

Kat frunció el ceño.

—Puede, pero no iba a dejar que muriera solo porque no me caiga bien —respondí, pero no me gustaron las palabras que tuve que utilizar. No era el momento de cabrear todavía más a Ash llevándole la contraria. No miré a Kat para ver su reacción: no quería saberlo.

—Pero podían haberte herido —protestó Ash, con miedo en la voz—. Podían haberte matado porque le diste tu mejor arma a ella.

Solté un suspiro.

—Yo podía defenderme de otras maneras; ella no. Y no se marchó corriendo de allí, como le pedí. En vez de eso, volvió y mató al Arum que estaba a punto de acabar conmigo.

Un orgullo reluciente brilló en los ojos de Matthew. Pude ver en ellos que le parecía admirable.

—Eso es absolutamente increíble; una pasada de verdad —intervino Dee, mirando a Kat—. No tenía por qué haberlo hecho.

—Fue un gesto muy valiente —dijo Adam en voz baja, mirando fijamente la alfombra—. Es lo que cualquiera de nosotros habría hecho.

—Pero eso no cambia el que ella sepa de nuestra existencia —replicó Andrew, lanzando una mirada desdeñosa a su hermano—. Y no podemos decirle nada a ningún humano.

—No se lo dijimos —repuso Dee, agitándose con nerviosismo—. Pasó... sin más.

—Ya, claro, como la última vez. —Andrew puso los ojos en blanco y se volvió hacia Matthew—. Eso no se lo cree nadie.

Matthew negó con la cabeza.

—Después del fin de semana del Día del Trabajo me dijiste que pasó algo pero que ya te habías ocupado del tema.

—¿Qué pasó? —preguntó Ash—. ¿Todo esto tiene que ver con la primera vez que brillaba?

—¿Qué pasó? —repitió Adam.

—Pues que casi me atropella un camión —murmuró Kat.

Ash me miró fijamente, y sus ojos azules parecieron crecer hasta el tamaño de un plato pequeño.

—¿Y tú paraste el camión? —Asentí con la cabeza. La furia desapareció de su rostro mientras pestañeaba con rapidez—. ¿No podías habérselo dicho? ¿Y desde entonces lo sabe?

—No se asustó —señaló Dee—. Nos escuchó, entendió por qué era importante no decir nada y ya está. Todo iba bien hasta ayer por la noche. Que nosotros seamos Luxen nunca ha representado un problema para ella.

—Pero me engañaste... Los dos me engañasteis. —Matthew se reclinó contra la pared, entre el televisor y la estantería a rebosar—. ¿Cómo voy a confiar ahora en vosotros?

Vi con el rabillo del ojo que Kat se llevaba dos dedos a la sien.

—Mirad, entiendo el riesgo que corremos. Y mucho más que cualquiera que esté en la sala. —Me froté con la parte baja de la mano el lugar del pecho que todavía me dolía tras el ataque del Arum—. Pero lo hecho, hecho está. Tenemos que seguir adelante.

—¿Contactando con Defensa, por ejemplo? —preguntó Andrew—. Seguro que sabrán qué hacer con ella.

Cuando hablé lo hice con voz baja y calmada, pero no era así como me sentía.

—Mira, Andrew, haz eso y verás que, aunque todavía no estoy totalmente recuperado, puedo patearte el culo.

Matthew se aclaró la garganta.

—Daemon, las amenazas sobran.

—¿Seguro? —lo reté.

Cayó un silencio pesado en la sala de estar, que no se rompió hasta que Matthew volvió a hablar.

—No creo que estemos haciendo lo correcto, pero no voy a entregarte al Departamento de Defensa. —Miró a Kat y soltó un fuerte suspiro—. No lo haré a menos que tú me des algún motivo. Cosa que creo que no harás, aunque con los humanos nunca se sabe; sois unas criaturas tan volubles... Nuestra identidad y nuestros poderes deben quedar protegidos a toda costa: eso creo que lo entiendes. Estás a salvo, aunque nosotros no lo estemos.

Andrew maldijo entre dientes, y Ash parecía tener ganas de romper algo, pero era Matthew quien decidía. Él era como nuestro propio anciano particular, y todos lo sabíamos. Noté cierto alivio que aflojó la tensión de mis músculos. Al menos no iba a tener que enfrentarme a aquellos con los que había crecido y consideraba mi familia.

—¿Dijiste que quedaba un Arum? —preguntó Adam, cambiando el curso de la

conversación—. ¿Cuál es el plan ahora? Evidentemente, sabrá que hay Luxen aquí. Va a volver.

—No esperará. La paciencia no es su fuerte —dijo Matthew, y se sentó en el sofá junto a Dee—. Puedo ponerme en contacto con los demás Luxen, aunque no sé si sería buena idea. Puede que nosotros confiemos en ella, pero los demás no lo harán.

—Además, tenemos el problemilla de que ahora mismo parece una bombilla de un megavatio con patas —añadió Ash, frunciendo el labio inferior—. Qué más da que no digamos nada; tan pronto como ponga un pie en el centro, todo el mundo sabrá que ha pasado algo muy gordo.

—Ya, bueno, no sé qué se supone que tengo que hacer al respecto —replicó Kat.

—¿Alguna sugerencia? —pregunté—. Cuanto antes se libre del rastro, mejor para nosotros.

—¿Y qué más da eso ahora? —dijo Andrew, poniendo los ojos en blanco—. Lo primero es ocuparse del asunto del Arum. Seguro que la ve, esté donde esté. Ahora mismo estamos todos en peligro. Cualquiera que se encuentre cerca de ella lo está. No podemos esperar más: tenemos que salir en busca del último Arum.

Dee negó con la cabeza.

—Si hallamos la manera de quitarle el rastro, conseguiremos ganar tiempo para encontrar al Arum. Nuestra prioridad es librarla del rastro.

—Pues yo digo que la llevemos en coche a un campo, en medio de la nada, y la dejemos allí —murmuró Andrew.

—Gracias —dijo Kat, frotándose las sienes con los dedos—. De verdad que aprecio tu ayuda.

Él le dirigió una sonrisa.

—Oye, que yo solo comparto mis sugerencias.

—Andrew, cállate ya —dije, y él volvió a poner los ojos en blanco.

—Una vez que le quitemos el rastro, Katy estará a salvo —insistió Dee mientras se echaba el pelo hacia atrás con el ceño fruncido—. Los Arum no tienen nada en contra de los humanos, de verdad.

—Se me ha ocurrido algo —dijo Adam, y todos lo miraron—. La luz de su rastro es consecuencia de nuestro poder, ¿no? Y nuestro poder es consecuencia de la concentración de energía. Cuando usamos nuestros poderes, nos debilitamos, ¿verdad?

Una chispa de interés brilló en los ojos de Matthew.

—Creo que sé adónde quieres ir a parar.

—Pues me parece que yo no —murmuró Kat, y mis labios se crisparon.

—Nuestros poderes se debilitan cuanto más los usamos, cuanta más energía utilizamos —explicó Adam, y se volvió hacia mí—. Creo que los rastros que dejamos en otros deben de funcionar del mismo modo, pues no son más que energía residual que dejamos en alguien. Lo que tenemos que hacer es que ella use su propia energía para agotar la que la rodea. Puede que no desaparezca por completo, pero de este

modo bajará a niveles que no provocarán que todos los Arum que estén en la Tierra nos localicen.

Matthew asintió con la cabeza.

—Eso tendría que funcionar.

Me froté el pecho.

—¿Y cómo vamos a hacer que use su energía?

Andrew sonrió desde el otro lado de la sala.

—Podríamos llevarla a un descampado y perseguirla con nuestras camionetas. Sería la mar de divertido.

Kat dio un pisotón en el suelo.

—Me cago en...

Mi risa cortó sus palabras, y la gatita me lanzó una mirada envenenada y muy cabreada.

—No creo que sea buena idea. Sería divertido, pero los humanos son frágiles.

—Y qué te parece si te doy un buen patadón en el culo con mi frágil pie —replicó, y eso me hizo sonreír... hasta que me apartó del reposabrazos del sillón—. Me voy a beber algo. Ya me avisaréis cuando lleguéis a alguna solución que no implique matarme en el proceso.

La observé mientras salía de la sala de estar, sonriendo débilmente. Vaya, desde luego no estaba muy contenta en esos momentos, aunque no podía culparla por ello. Volví a centrarme en la habitación, y mi mirada se encontró con la de Ash. Yyyy... ahí había otra persona que no parecía estar demasiado feliz precisamente.

—Esto podría funcionar —dijo Dee, pasándose las manos por las piernas—. Tan solo tenemos que conseguir que utilice energía, y eso no es tan difícil. Correr funcionará. Saltar obstáculos. Incluso correr en el mismo sitio. Hacer abdominales...

—Sexo —sugirió Andrew, y todos lo miramos. Lo último en lo que necesitaba pensar eran las palabras «sexo» y «Kat» en una misma frase—. ¿Qué pasa? —Soltó una risita—. No estoy sugiriendo que nadie se acueste con ella...

—Dios santo —murmuró Matthew, pellizcándose el puente de la nariz.

—Pero todos estabais diciendo cosas que pueden quemar energía, y el sexo es una de ellas.

Dee estaba mirando fijamente la alfombra. Adam parecía extrañamente avergonzado, y Ash se puso en pie y comenzó a caminar.

—Eso es asqueroso, por un montón de razones que no tienen nada que ver con el hecho de que sea humana. —Se detuvo junto a mí y me fulminó con una mirada heladora—. Puedes encontrar algo mejor que ella.

—Y ella puede encontrar algo mejor que nosotros —repliqué sin pensarlo siquiera y, joder, era la verdad. Ash pareció quedarse aturdida, y a continuación comenzó a dirigirse hacia la cocina. Le atrapé el brazo y la miré a los ojos—. No hagas nada que no vaya a gustarme.

—A ti no te gusta nada —escupió ella.

—Lo digo en serio, Ash. —Ignoré su comentario—. Si tengo que entrar ahí para separaros, no va a gustarme nada.

Frunció los labios.

—Pero ¿qué te crees que soy? Por Dios. —Se liberó de mí—. No voy a hacerle daño. Tan solo quiero algo para beber.

Una parte de mí sentía que debería seguir a Ash, pero Matthew estaba observándome como si creyera que estaba a unos segundos de ponerme a hacer bebés con una humana, cosa que ni siquiera sabía si podía suceder. No se oían gritos ni chillidos de furia en la cocina, pero mantuve un oído atento por si acaso mientras la conversación continuaba a mi alrededor.

Lo cierto era que todo había ido mejor de lo que esperaba, casi demasiado fácil. La intranquilidad brotó en mi interior como un hierbajo nocivo, y continuó creciendo, preocupándome. Me puse en pie y caminé hasta la ventana. Aparté la cortina y miré al exterior, aunque no sabía muy bien lo que estaba buscando.

Matthew anunció que hablaría con el Departamento de Defensa y con la colonia. La destrucción que habíamos causado la noche anterior en la carretera ya debía de haberse descubierto, y a esas alturas el Departamento de Defensa estaría investigando las descargas de energía.

Enfrentamiento entre dos Luxen. Eso era lo que íbamos a decirles. Aunque el Departamento de Defensa no sabía exactamente lo que podíamos hacer, ni el alcance total de nuestros poderes, sí que sabían que nuestra fuerza era superior a la de los humanos. Había muchas posibilidades de que se tragaran que dos de nosotros habíamos sembrado el caos de esa forma. Al menos, eso creíamos. Si teníamos mucha mucha suerte, se lo tragarían.

Kat regresó a la sala de estar con una botella de agua en la mano. Nuestras miradas se encontraron y mantuvieron el contacto durante un breve momento. Apartó la mirada con rapidez y se sentó en el borde del sillón reclinable. Estaba pálida y se mordisqueaba el labio inferior, y cuando Ash volvió a aparecer sin nada en las manos, no pude evitar preguntarme qué le habría dicho a Kat en la cocina.

—¿Podemos hablar un momento? —me preguntó Matthew en voz baja.

Asentí con la cabeza, y le eché un vistazo a Dee. Ella sonrió, captando claramente el mensaje que no tenía que decir en voz alta. Mantendría un ojo en Kat por mí. Matthew y yo salimos al exterior.

—¿Qué pasa? —pregunté, a pesar de que ya sabía hacia dónde se dirigía aquella conversación.

—¿Por qué no vamos a dar un paseo? —sugirió.

Lo seguí mientras bajaba del porche y caminaba en dirección contraria a la casa de Kat. Decidí que lo mejor sería no andarme con rodeos.

—Sé que estás preocupado por Katy, pero no va a decir nada —aseguré, metiéndome las manos en los bolsillos de los vaqueros mientras llegábamos hasta los primeros grupos de árboles—. Sé que te resulta difícil de creer, pero ha tenido

muchas ocasiones para contarlo. Y no estaba exagerando cuando he dicho que me salvó la vida anoche, Matthew. Pude cargarme a uno de los Arum, pero los otros dos me tenían atrapado. Uno de ellos, el que Katy mató, se estaba alimentando de mí.

Matthew respiró hondo, de forma temblorosa.

—Entonces, te acercaste demasiado a ellos.

—Pues sí —admití en voz baja, agachando la cabeza para esquivar una rama baja—. No volverá a suceder. —Como no respondía, continué—: Tendrías que haberla visto, Matt. Le dije que huyera y se escondiera, pero regresó. Como una maldita ninja —añadí, soltando una risa corta. Todavía podía verla allí de pie, junto a mí—. Apuñaló al Arum con la daga de obsidiana como si lo hubiera hecho un millón de veces. Fue... Sí, fue impresionante.

—Eso parece. —Estaba caminando junto a mí—. No muchos humanos hubieran sido capaces de hacer eso. Es una chica valiente.

—Sí. —Sonreí ligeramente—. Sí que lo es.

Los pasos de Matthew se ralentizaron hasta detenerse.

—No es ella quien me preocupa, Daemon.

Fruñí el ceño y me detuve para mirarlo.

—¿Ah, no?

Su expresión era abierta.

—No. Eres tú quien me preocupa.

—¿Yo? —Volví a reírme—. Vas a tener que darme más detalles al respecto.

—Todo esto me resulta demasiado familiar. No, no, déjame terminar —dijo al ver que abría la boca—. Sé que no eres tu hermano, y que la situación no es la misma, pero es evidente que Katy te importa. No es como las otras chicas humanas con las que has tenido... relaciones.

Vaya. No tenía ni idea de que Matthew me tuviera tan vigilado.

—Katy es diferente para ti, y tú eres diferente con ella —continuó—. Nos has amenazado para protegerla, y esa es toda la evidencia que necesito para saber que esta situación podría ponerse fea con mucha rapidez. Ninguno de nosotros tuvo más mano dura con Dawson, y mira cómo acabó eso. No puedo permitir que a ti te pase lo mismo.

Aparté la mirada y sacudí la cabeza con lentitud mientras observaba a un pajarito marrón que estaba dando saltitos en una de las estrechas ramas. Kat era diferente; eso no podía negarlo.

—No puedo mantenerla alejada de Dee.

—Dee no es el problema —me informó Matthew.

Un músculo comenzó a palpar en mi mandíbula, y entonces me reí por tercera vez.

—Estaba pensando que tal vez fuera una buena idea que Dee y yo nos marcháramos. Que encontráramos otra colonia y nos mudáramos allí. A Dee no le haría mucha gracia, pero...

—Eso no es lo que quiero oír, y espero que no estés tan... centrado en esa chica que marcharte de aquí y abandonarnos a nosotros sea la única opción viable. Eso significa que las cosas ya están fuera de control, y eso no es propio de ti.

¿Era la única opción? Y si así era, ¿qué significaba eso? Negué con la cabeza.

—No, no lo es.

Matthew me puso la mano sobre el hombro y me dio un apretón.

—Eres como un hermano para mí, Daemon. Te confiaría hasta mi vida, y sé que vas a solucionar esta situación. Vas a ayudar a quitarle el rastro de encima tan rápido como sea posible, utilizando los medios que sean necesarios —dijo, y sus ojos azules se afilaron—. Vas a ocuparte de esto, y ninguno de nosotros va a tener que preocuparse porque la historia vuelva a repetirse. Vamos a superar esto y a ocuparnos de los Arum, y después... después todo estará bien. ¿Podrás hacer eso? ¿Por Dee? Y también por todos nosotros, pero lo más importante es por ti y por ella.

—No estoy...

—No tienes que mentirme, Daemon, y ni siquiera necesito que me confirmes o niegues lo que está comenzando a surgir entre tú y Katy, pero sabes... sabes mejor que nadie que si continúas por ese camino no es solo tu destino el que estarás sellando. Es también el de Katy. —Matthew apartó la mano con expresión sombría—. No quieres ser la razón por la que desaparezca o la maten; sé que no. Así que ocúpate de esto. Pronto.

CAPÍTULO 22

Las palabras de Matthew me atormentaron durante todo el sábado y el domingo por la mañana. Uf, lo había clavado totalmente, ¿verdad? Ya estaba perdiendo el control de las cosas entre Kat y yo, y en realidad no había pasado nada entre nosotros. Al menos, no físicamente, salvo que contara la mañana que despertamos juntos, pero desde luego había algo entre nosotros.

Y a ninguno de los dos le gustaba.

Pensé mucho, incluso cuando salí a patrullar el sábado por la noche. Matthew tenía razón. Tenía que quitarle el rastro de encima a Kat lo antes posible, y en cuanto me ocupara del último Arum, las cosas... las cosas volverían a la normalidad.

Las cosas tenían que volver a la normalidad.

En realidad, marcharme no era una opción, al menos no por el momento, y las posibilidades de que el Departamento de Defensa aprobara algo parecido eran prácticamente inexistentes. Así que tenía que ocuparme de aquello. No podía permitirme pensar en nada más.

Dee se encontraba con Adam, y supuse que aquel momento era el mejor para comenzar a quitarle el rastro de encima a Kat. Después de todo, ella no quería ser un riesgo ni un peligro para nadie más. Antes de irme, tomé el trozo de obsidiana de mi habitación. Estaba lloviendo a cántaros mientras cruzaba el jardín con rapidez, moviéndome a tanta velocidad que las capas de lluvia helada apenas me rozaron. El coche de la madre de Kat no estaba, como casi siempre. Llamé a la puerta.

Transcurrieron unos segundos antes de que la puerta se abriera unos centímetros, y entonces apareció Kat... con aspecto de estar muy dormida. Me miró entrecerrando los ojos, con el ceño fruncido. Su pelo era un caos de ondas que caían caprichosamente sobre sus hombros. Tenía el pijama puesto, y estaba seguro de que no llevaba el...

—¿Qué pasa? —dijo, rompiendo el silencio.

—¿Vas a invitarme a entrar o no?

Sus labios formaron una fina línea mientras se apartaba a un lado. Entré en la casa y examiné las habitaciones.

—¿Se puede saber qué buscas? —preguntó.

—Tu madre no está, ¿no?

Pensé que sería mejor comprobarlo antes de ponernos manos a la obra.

Kat cerró la puerta.

—Como ves, su coche no está en la entrada.

Ese día había sacado las garras.

—Tenemos que conseguir que desaparezca tu rastro.

—Está diluviando. —Pasó junto a mí y fue a por el mando de la tele para apagarla. Me adelanté a ella y lo hice antes de que pudiera tocar el botón—. Mira que eres fantasma —murmuró.

—Me han llamado cosas peores. —Fruncí el ceño mientras la miraba, viendo bien por fin la ropa que llevaba. Me reí—. ¿Se puede saber qué llevas puesto?

Sus mejillas ardieron con fuerza.

—Déjame en paz.

Volví a reírme.

—¿Qué son, los enanitos de Blancanieves?

—¡Pues no! Para que lo sepas son los enanitos de Santa Claus y me encantan estos pantalones de pijama porque me los regaló mi padre.

Mi risa se desvaneció.

—¿Los llevas porque te recuerdan a él?

Asintió con la cabeza.

Los pantalones de color verde y rosa tenían un aspecto ridículo, pero comprendía por qué los llevaba. Me hizo recordar algo que habían dicho los ancianos.

—Mi gente cree que, cuando morimos, nuestra esencia ilumina las estrellas del universo. Parece una tontería creer en algo así, pero cuando miro al cielo por la noche me gusta pensar que al menos dos de esas estrellas son mis padres. Y otra de ellas es Dawson.

—No es ninguna tontería. —Hizo una pausa mientras la hostilidad se desvanecía de su expresión—. Quizá otra estrella sea mi padre.

La miré, y ella se apresuró a apartar la mirada.

—Bueno, la verdad es que esos enanitos son bastante sexys.

Resopló.

—¿Se os ha ocurrido algún otro modo de eliminar el rastro?

—La verdad es que no.

—Tenéis pensado que haga ejercicio, ¿no?

—Bueno, es un modo de lograr que desaparezca.

Se dejó caer en el sofá.

—Pues ya ves que hoy poco hay que hacer.

Arqueé una ceja.

—¿No te gusta salir cuando llueve?

—Como estamos a finales de octubre y hace frío, pues no, la verdad es que no me gusta nada. —Tomó una manta a cuadros y se la puso en el regazo—. No pienso salir ahí fuera a correr.

Suspiré.

—No podemos esperar, Kat. Baruck está ahí fuera. Cuanto más esperemos, más peligroso será.

—¿Y qué pasa con Simon? ¿Les hablaste a los demás de él?

De hecho, me había olvidado de él hasta el sábado por la noche.

—Andrew se encarga de vigilarlo. Ayer tuvo partido, así que casi todo su rastro ha desaparecido. Lo que prueba que nuestra idea funciona. —Jugueteó con el borde raído de la manta, mirándome. Yo me metí la mano en el bolsillo y saqué la daga de obsidiana—. Esta es otra razón por la que he venido a verte. —La dejé sobre la mesita de centro—. Quiero que te la quedes, por si acaso. Llévala en la mochila, en el bolso o lo que sea que lleves.

Kat la miró fijamente durante un momento, y después levantó la mirada.

—¿En serio?

Me concentré en la daga. Matthew iba a pillarse un cabreo de la hostia si descubría que se la había dado.

—Sí. Aunque consigamos deshacernos de tu rastro, llévala siempre contigo. Por lo menos hasta que nos libremos de Baruck.

—¿No la necesitas más tú que yo? ¿Y qué hay de Dee?

—No te preocupes por nosotros.

Transcurrió un momento.

—¿Crees que Baruck sigue merodeando por aquí?

—Está cerca, sí. —No tenía sentido mentirle—. El cuarzo beta disimula nuestra presencia, pero sabe que estamos aquí. Que yo estoy aquí.

—¿Crees que va a ir a por ti?

La pregunta me pilló desprevenido.

—Maté a dos de sus hermanos y te di un arma con la que mataste al tercero. Los Arum son criaturas vengativas, gatita. No parará hasta encontrarme. Y te utilizará a ti para encontrarme, sobre todo después de ver que acudiste en mi rescate. Llevan suficiente tiempo en la Tierra para darse cuenta de lo que implica eso. Que serás una debilidad.

Arrugó la nariz de esa forma tan mona, tal como hacía siempre que algo le molestaba.

—No soy ninguna debilidad. Puedo defenderme solita.

Joder, y tanto que sí.

Levantó la vista hacia mí, y me di cuenta de que estaba mirándola fijamente, como si fuera un bicho raro. Miré al otro lado de la habitación.

—Bueno, no hablemos más del tema. Tenemos trabajo. No sé qué podemos hacer para quitarte ese rastro... Quizá podrías ponerte a dar saltos, ¿no?

Su respuesta fue abrir la tapa del portátil. Qué bien. Estaba bien saber que ni siquiera se molestaba en fingir que me escuchaba. Su nariz volvió a arrugarse, y soltó un pequeño suspiro mientras miraba algo en la pantalla.

—¿Qué miras?

—Nada. —Intentó cerrar la tapa, pero no se lo permití y la mantuve abierta. Kat me fulminó con la mirada—. Oye, haz el favor de no usar ese poder rarito tuyo con

mi ordenador: me lo vas a romper.

Divertido, rodeé la mesita de centro y me senté junto a ella. En la pantalla había una chica... con coletas.

—¿Esa eres tú?

—¿A ti qué te parece? —gruñó.

Una sonrisa se extendió lentamente por mi cara. Ya había visto aquellos vídeos en su blog, pero no podía permitir que lo supiera. No había nada como sumar el ciberacoso a lo que parecía acoso en la vida real.

—¿Te grabas a ti misma?

Kat respiró hondo, y necesité toda mi fuerza de voluntad para no mirarle el pecho mientras lo hacía.

—Por cómo lo dices parece que esté haciendo algo guarro.

Me atraganté.

—¿Es eso lo que haces?

—¡Anda, que ya te vale! ¿Me dejas que cierre el ordenador, por favor?

—Quiero verlo.

—¡No! —dijo con voz aterrorizada. Cualquiera pensaría que había un Arum en la habitación.

Le dirigí una mirada de soslayo, y ella entrecerró los ojos mientras se volvía de nuevo hacia la pantalla. La flechita se movió por la página e hizo clic en el botón de «play».

—Malditos seáis tú y tus poderes extraterrestres —murmuró.

Unos segundos más tarde, el vídeo comenzó y allí estaba Kat, enseñando libros, hablando de esa forma tan emocionada que tan solo había oído unas pocas veces. Mientras el vídeo se reproducía, ella se quedó sentada a mi lado, apretando la mandíbula y con la cara del color de la sangre. Era evidente que había grabado el vídeo o bien la noche anterior o bien aquella misma mañana. Terminaba con ella dirigiéndole una amplia sonrisa a la cámara.

Maldita sea.

Era una maldita friki... una maldita friki muy sexy.

—Incluso en el vídeo brillas —dije, y mi voz sonó hosca en mis propios oídos. Kat asintió con la cabeza—. Sí que te gustan los libros, ¿no? —Cerré la tapa del portátil—. Qué graciosa.

Giró la cabeza hacia la mía con tanta rapidez que me preocupó que se torciera algún músculo.

—¿Graciosa?

—Sí, es graciosa la emoción que transmites al hablar de libros —respondí, encogiéndome de hombros—. Pero, por muy graciosa que estés con coletas, eso no va a hacer que desaparezca tu rastro. —Tenía que concentrarme. Me puse en pie y estiré los brazos por encima de la cabeza. Cuando bajé la mirada hasta ella, vi que estaba mirando la zona de piel que había quedado expuesta al levantármeme la

camiseta—. Tenemos que quitártelo como sea.

Seguía mirando mi estómago.

Bajé los brazos antes de continuar.

—Cuanto antes consigamos que tu rastro desaparezca, menos tiempo tendremos que pasar juntos.

Eso atrajo su atención, y dirigió los ojos a los míos.

—Mira, si tanto te desagrada estar cerca de mí, ¿por qué no viene otro de los tuyos? La verdad es que preferiría estar con cualquiera de ellos, incluso con Ash, antes que estar contigo.

—Tú no eres su problema. Eres problema mío.

Soltó una risa seca.

—No soy problema tuyo.

—Sí que lo eres —dije, y esa era la verdad. Probablemente podría haberlo dicho con más amabilidad, pero bueno—. Si hubiera conseguido que Dee me escuchara y no se hiciera amiga tuya, nada de esto habría pasado.

Puso los ojos en blanco.

—No sé qué decirte. Ahora mismo no podemos hacer nada para cambiar las cosas, así que será mejor que demos este día por perdido y nos ahorremos el duro trance de tener que respirar el mismo aire. —Le dirigí una mirada inexpresiva—. Me olvidaba, tú no tienes que respirar oxígeno. Error mío. —Se puso en pie, tirando la pobre manta al suelo—. ¿No puedes volver cuando haya dejado de llover?

—No. —Retrocedí y me recliné contra la pared, cruzando los brazos—. Quiero que zanjemos ya este tema, gatita. Estar todo el día preocupado por ti y por los Arum no es nada divertido. Tenemos que solucionarlo ya mismo. Y tenemos varias alternativas para ello...

Kat estaba a dos segundos de perder los papeles, y eso me encantaba. Cerró las pequeñas manos en puños.

—¿Como qué?

—Bueno; si te pasas más o menos una hora dando saltos el rastro se te irá. —Tan solo se lo estaba sugiriendo medio en serio, pero entonces mi mirada bajó hasta la parte delantera de su camiseta. De pronto, no había nada que quisiera más que verla dando saltos por ahí—. Puede que quieras cambiarte antes.

«Por favor, di que no. Por favor, no te cambies de ropa».

Respiró hondo.

—No pienso pasarme una hora dando saltos.

Era una verdadera lástima. Tenía unas manchas color carmesí en las mejillas, señal segura de que estaba enfadándose. No pude evitarlo, así que volví a meterme con ella.

—Bueno, pues entonces puedes correr por la casa y subir y bajar escaleras. —La miré a los ojos y sonreí—. Y siempre nos queda el sexo. Tengo entendido que consume mucha energía.

Se quedó boquiabierta.

—Ni en sueños, chaval. —Dio un paso hacia delante, señalándome con el dedo índice—. Ni aunque fueras el último... Anda, que no puedo decir «el último humano sobre la faz de la Tierra».

—Gatita —murmuré, un tanto ofendido.

—Ni aunque fueras el último ser con aspecto humano sobre la faz de la Tierra. ¿Ahora lo entiendes? *Capiche?* —Incliné la cabeza hacia un lado y sonreí. Desde luego, estaba en racha. Le brillaban los ojos, y tenía la cara ruborizada. Una parte de mí odiaba admitirlo, pero estaba increíble cuando se ponía así. Totalmente increíble —. Además, no me atraes nada. Pero vamos, nada de nada. Eres...

Me puse cara a cara con ella antes de que tuviera oportunidad de pestañear.

—¿Qué soy?

—Ignorante —contestó, dando un paso atrás.

—¿Y qué más?

Di un paso hacia delante, atraído. ¿Atraído por qué? No lo sabía. Había ido para ayudarla a disolver el rastro, y en lugar de eso estábamos discutiendo el uno con el otro tras un momento de conversación agradable.

—Prepotente, controlador... —Dio otro paso hacia atrás, pero no le permití alejarse demasiado. Ah, no, estaba cara a cara con ella, compartiendo el mismo aire —. Y un... cretino.

—Venga ya, gatita, seguro que puedes hacerlo mejor. —Y sabía que así era. Kat tenía una lengua muy capaz. Y hablando de eso, mi mirada descendió. Tenía los labios entreabiertos. Mierda—. Todavía no me creo que no te sientas atraída por mí.

Se rio, y el sonido fue grave y ronco. Sexy.

—No me atraes en absoluto.

Di un paso más, y ella quedó de espaldas a la pared. La miré fijamente, y creo que se me olvidó obligar a mis pulmones a tomar aire. Desde luego, se me olvidaron todas las razones por las que había ido a su casa. Tan solo estaba pensando en una cosa.

—Mientes.

—Estás demasiado seguro de ti mismo. —Se humedeció los labios, y un calor me recorrió todo el cuerpo—. Ya te he dicho que eres un arrogante. Eso no me mola nada.

Pero qué mentirosa que era. Sería capaz de decir cualquier cosa con tal de seguir discutiendo. Coloqué las manos a ambos lados de su cabeza y me incliné hacia abajo, con la boca tan cerca de la suya que casi podía saborearla. Dudaba que sus labios fueran dulces. Probablemente fueran como esos caramelos ácidos que te quemaban la lengua.

Me gustaban mucho mucho esos caramelos.

—Cada vez que mientes, te pones roja —le dije.

—No... —replicó.

Deslicé las manos por la pared, y me detuve junto a sus caderas.

—Yo creo que piensas en mí todo el tiempo. Sin parar.

Yo también pensaba mucho en ella... sin parar; así que parecía justo que ella también hiciera lo mismo.

—Estás mal de la cabeza.

Se apretó contra la pared, subiendo y bajando bruscamente el pecho.

—Seguro que hasta sueñas conmigo. —Volví a bajar la mirada hasta su boca. Caramelos ácidos...—. Seguro que escribes mi nombre en tus libretas, una y otra vez, rodeado por un corazoncito.

Volvió a soltar esa risa ahogada.

—En tus sueños, Daemon. Eres la última persona a la que...

Cansado de discutir, la besé... solo para que se callara. Y sí, eso era lo que no dejaba de decirme, lo que me estaba repitiendo una y otra vez. Por eso era por lo que la besaba. No había otra razón.

Pero en cuanto nuestros labios se encontraron, un escalofrío recorrió mi cuerpo, y emití un sonido a medio camino entre un gruñido y un gemido. Tenía razón: su boca era como un caramelo ácido.

Kat ya no estaba discutiendo.

No: se estaba estremeciendo.

Realmente ya no era necesario que siguiera besándola, y debía detenerme, necesitaba detenerme, pero entonces se apartó de la pared, encajando su cuerpo contra el mío. Sus dedos se hundieron en mi pelo, y gimió contra mi boca.

Aquello no tenía nada que ver con querer callarla.

Algo se abrió en mi interior, como si hubieran quitado un cerrojo. O como si hubiera reventado un dique. Joder, era como si me cayera un rayo encima, me atropellara un camión, y después volviera a la vida de golpe. Me estaba moviendo y actuando sin pensar siquiera.

Le agarré las caderas con las manos y la levanté. Sus piernas me rodearon la cintura, y me devolvió el beso con una pasión que casi me sobresaltó, y esperé que no notara cómo me temblaban las manos. Joder, me temblaba todo el cuerpo. Había un fuego bajo mi piel, y me sentía fuera de control. Estaba a unos segundos de entrar en modo Luxen completo con ella, ¿y de qué serviría eso?

Maldita sea, qué más daba. Qué más daba cuando me estaba apretando contra ella y ella producía ese hermoso sonido femenino que hacía que el corazón me latiera de verdad. Podía notar cómo se acumulaba en mi interior, un poder puro, y no había otra opción más que liberarlo. Aquello había estado acumulándose durante meses. Tal vez siempre condujera a aquello.

Nunca había deseado tanto como deseaba a Kat.

Entonces nos movimos junto a la pared. Una lámpara se volcó. A Kat no pareció importarle, gracias a Dios, porque yo ya había superado el punto de que me preocupara cualquier otra cosa que no fuera la persona que estaba entre mis brazos.

Kat.

Fui vagamente consciente de que la tele se estaba apagando y encendiendo. Traté de tirar de las riendas de mi poder, pero Kat tenía las manos en el cuello de mi camiseta, y entonces comenzó a descender mientras me la subía. Tan solo pude obedecer su orden silenciosa. Me aparté y dejé que me quitara la camiseta.

A esas alturas, le habría permitido hacer prácticamente cualquier cosa. Me asustaba un poco... y también me ponía.

Le atrapé las mejillas y la acerqué de nuevo a mi boca hambrienta. Dios, no podría cansarme de su sabor, de cómo me lo devolvía todo. Sus manos trataron de desabrocharme los vaqueros.

Hubo un sonido de algo que se resquebrajaba en la casa. Probablemente algo se había prendido fuego. Pero nos movíamos hacia el sofá, y entonces nos tumbamos en él, con las manos por todas partes, tirando de nuestra ropa, aferrándonos el uno al otro. Nuestras caderas estaban fundidas, al igual que nuestros labios.

Kat susurró mi nombre y la aplasté contra mí durante un segundo, y entonces al siguiente le di espacio para que explorara; y para que yo también pudiera explorar. Deslicé la mano por su brazo, y después bajé por la parte de su camiseta, y más abajo, y su camiseta desapareció. Ni siquiera sé cómo, pero se la había quitado.

—Eres tan bonita... —dije, porque era cierto. Joder, claro que lo era, y el rubor que había visto el día anterior sí que se extendía por todas partes. Tardé un largo rato en levantar la mirada, pero, cuando lo hice, volví a besarla. La besé hasta que supe que necesitaba aire, apoderándome de su boca tanto tiempo como pude.

Mi cuerpo me dominó por completo, pegándose al de ella, pero algo más hizo conexión dentro de mí. Otra puerta oculta se estaba abriendo. Ralentiqué el ritmo, tomándome mi tiempo. Donde todo había sido tan frenético y alocado, ahora era más tierno y controlado. Pero todavía seguía temblando, al borde de...

De no poder parar. De no querer hacerlo, de necesitarla más de lo que debería.

«No quieres ser la razón por la que desaparezca o la maten».

Me quedé inmóvil y obligué a mis pulmones a funcionar como los suyos. Inhalé bocanadas entrecortadas de aire que no eran suficiente, levanté la cabeza y abrí los ojos. Sabía que estaban brillando, diciendo mil cosas que no podía decir y que ella jamás comprendería. Probablemente tampoco quisiera oírlas.

Nuestros ojos se quedaron fijos en los del otro. La expresión de su mirada, la forma que tenía su cuerpo de fundirse con el mío; sabía que me dejaría hacer... cualquier cosa. Pero, si no me detenía ya, jamás lo haría. Y aunque era propenso a los momentos de ser un auténtico capullo, tal como diría Kat, aquello no estaría bien. No en esas condiciones. No en un maldito sofá.

No cuando su vida estaba en mis manos.

Y no dejaba de fastidiársela. Había sido yo quien le había dejado un rastro y había conducido a un Arum hasta ella en la biblioteca. Había sido yo quien la había cabreado, y prácticamente la había perseguido hasta la calle. Había sido yo quien

había delatado a nuestra especie. Había sido yo quien no dejaba de ponerla en peligro una y otra vez.

Así que dije lo único que se me pasó por la cabeza. Lo único que sabía que nos devolvería a los dos a la dura y fría realidad.

Me obligué a esbozar esa media sonrisa que sabía que tanto le molestaba y dije:
—Ahora ya casi no brillas.

CAPÍTULO 23

Después de tanto tiempo, por fin había conseguido mantener a Kat alejada de Dee. Pero en lugar de sentirme satisfecho por ello, me sentía como una mierda.

Era un... era un gilipollas.

Desde el domingo por la tarde, Kat permaneció alejada. Cometí el error de clavarle el boli el lunes en clase, y la mirada que me lanzó hizo que se me arrugaran partes muy importantes de mi cuerpo. Lo único que me dijo fue que le había quemado el ordenador portátil, y después no volvió a hablarme. No fue a mi casa para pasar el rato con Dee, y para cuando llegó el miércoles mi hermana empezaba a sospechar seriamente que había pasado algo.

Aunque no es como si ninguno tuviera ya sospechas sobre lo rápido que se había desvanecido el rastro de Kat. Nadie me preguntó nada al respecto, salvo Andrew, que quiso saber si me había acostado con ella.

Le pegué un puñetazo el lunes después de clase, con la fuerza suficiente como para romperle la nariz.

Él se rio, y por supuesto su nariz sanó de inmediato.

¿«Ahora ya casi no brillas»?

Como si esa fuera la única razón por la que la había besado, por la que la había recorrido con las manos y la había llevado al sofá, debajo de mí y sin camiseta. Matthew me había dicho que tenía que hacer lo que hiciera falta, pero dudaba de que se refiriera a eso. Y tenía que ser honesto conmigo mismo. Había ido a su casa el domingo para ayudar a disolver el rastro. Estaba preparado para obligarla a correr bajo la lluvia, o a subir y bajar las escaleras una y otra vez dentro de la casa. No tenía planeado besarla.

No tenía planeado que nada de eso sucediera.

Era un gilipollas, pero tampoco era tan gilipollas.

Lo que había pasado entre nosotros sucedió porque yo la deseaba, y ella me deseaba a mí. No tenía nada que ver con el rastro, ni nada que ver con quiénes éramos. No importaba en esos momentos que estuviera mal, o que pasáramos más tiempo peleándonos que cualquier otra cosa. Lo único que había importado era cómo me sentía al tocarla, cómo sabía, y su forma de susurrar mi nombre.

Pero había estado mal.

¿Verdad?

No hacía falta decir que tenía un humor de mierda, y el hecho de que fuera Halloween no ayudaba. Oí en clase a Lesa y a Kat haciendo planes para dar

caramelos en la casa de Lesa. Aunque el rastro de Kat ya apenas se veía, no me gustaba la idea de que se encontrara ahí fuera cuando Baruck seguía merodeando por la zona.

Sin rastro no iba a atraer a ningún Arum, pero Baruck ya la había visto. Sería capaz de reconocerla, así que como un acosador la seguí hasta la casa de Lesa y la vigilé. Permanecí a una manzana de distancia y, cuando vi que se marchaba en su Camry, volví a casa. Como tomé el camino Luxen, llegué antes que ella.

Dee había decorado el porche de entrada con calabazas talladas que tenían lucecitas en su interior. Me sorprendió que no hubiera sacado las guirnaldas de fantasmas y murciélagos, tal como solía hacer.

En cuanto entré en la casa, noté un extraño olor a quemado. Frunciendo el ceño, me dirigí hacia la cocina y vi que Dee estaba sobre una bandeja del horno. Había otra en la encimera de la cocina, cubierta de motas negras y quemadas.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Estoy asando semillas de calabaza —respondió ella, frunciendo el ceño mientras colocaba las manos sobre la bandeja.

—Sabes que puedes utilizar el horno, ¿verdad?

—¿Y qué gracia tendría eso? —Se giró hacia mí, entrecerrando los ojos—. Tienes que marcharte.

—¿Perdona?

—Tienes que marcharte —repitió—. Kat está de camino hacia aquí. Vamos a ver unas cuantas películas de terror estúpidas.

Me recliné contra la encimera y toqué una de las semillas de calabaza chamuscadas.

—Suenan divertidas.

—Va a ser muy divertido, pero tienes que marcharte. No sé lo que ha pasado entre vosotros dos.

—Nada —murmuré, echando un vistazo a la ventana más allá de la mesa de la cocina.

Dee resopló.

—Sí, eso es lo que me ha dicho ella, pero no la creo. Y tampoco te creo a ti, y sea lo que sea lo que pasara, ha estado evitándome durante varios días. Así que no quiero que estés aquí, porque nos arruinarás la noche.

—Au.

Me puse una mano en el pecho y fingí una mueca de dolor. Dee me dio un empujón.

—Venga. Vete con Adam o algo.

Era lo que tenía planeado hacer. Adam y Andrew querían ver si podían atraer a Baruck, pero había una parte irresponsable de mí que quería quedarse en casa hasta que Kat apareciera. Quería verla, a pesar de que sabía que ella iba a ignorarme, pero después de lo que había hecho eso sería ser gilipollas hasta el máximo grado.

Me alejé de la encimera y le di un beso a Dee en la cabeza.

—Estaré con Adam y Andrew. Vamos a tratar de atraer al Arum.

El miedo cruzó las facciones de Dee, y después se estabilizó.

—Ten cuidado.

—Siempre —respondí.

Eché un vistazo a las bandejas una vez más y esperé que no tratara de obligar a Kat a comérselas. Puaj. Tomé las llaves de la encimera, salí y me encontré con Adam y Andrew en el aparcamiento de Smoke Hole Diner. Habían ido de la forma más rápida posible.

Andrew fue hasta la puerta del conductor.

—¿Cuál es el plan? ¿El mismo que estas últimas noches?

Eché un vistazo a Adam, que se encontraba un par de metros más atrás.

—Sí. Iluminaos en el bosque que hay más cerca de las carreteras. Salid corriendo a ver si podéis atraerlos. Yo iré conduciendo por ahí para tratar de sentir su presencia.

Llevábamos haciendo lo mismo sin tener suerte desde el domingo. Nos turnábamos para conducir, lo cual era con diferencia la tarea más aburrida. Preferiría estar ahí fuera en mi auténtica forma que sentado tras el volante.

—Yo iré hacia el pueblo —dijo Adam. Andrew le lanzó una mirada.

—Entonces supongo que yo iré en dirección contraria.

Con una sonrisita, negué con la cabeza mientras salía del aparcamiento. Las calles seguían estando muy transitadas. Los padres estaban llevando a sus hijos de vuelta a sus casas después de pedir golosinas por el pueblo. Otros iban de camino a alguna fiesta. Cuando el semáforo se puso en rojo, vi a una Tortuga Ninja en el asiento del conductor del coche que tenía al lado.

Je.

Subí y bajé por la carretera una y otra vez, rodeé el pueblo en círculos un par de veces, y había matado casi dos horas cuando me sonó el móvil. Era Adam.

—Dime.

—Lo hemos visto —respondió, respirando pesadamente—. A Baruck. Se dirigía hacia la colonia. Andrew está en camino, pero le he perdido la pista.

—Mierda. —Miré por el retrovisor y vi que la carretera estaba vacía por detrás de mí. Di un volantazo hacia la derecha para hacer girar el todoterreno, y los neumáticos derraparon sobre la gravilla que había junto a la carretera mientras pisaba el acelerador—. Ve ahí ahora mismo.

—Estoy en ello.

Colgué el teléfono y llamé de inmediato a Dee. Respondió al tercer tono, y su voz emanaba exasperación.

—Daemon, espero que me llames para darme buenas noticias, porque estamos...

—Hemos visto a Baruck. Se dirige hacia la colonia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Mi mano se tensó en torno al teléfono.

—Se dirige hacia la colonia, y va a pasar junto a nuestra casa. Vamos de camino.
¿Kat sigue contigo?

—¡Katy está aquí, pero el rastro es casi imperceptible!

Apreté el acelerador hasta el fondo.

—Pero todavía puede verse. Tú quédate dentro de casa, Dee. Que no salga de ahí.

—Vale —susurró—. Ten cuidado. Te quiero.

La furia rugía en mi interior. Ese hijo de puta probablemente no tenía ni idea de lo mucho que se estaba acercando a la colonia o al lugar donde Dee y Kat se encontraban. Con el cuarzo beta tan cerca, no iba a poder seguirles la pista, pero se encontraba demasiado cerca como para que fuera seguro. Tenía que abandonar las ruedas, pero estaba demasiado cerca del pueblo y tenía demasiados coches alrededor como para hacerlo sin atraer la atención. Andrew y Adam eran rápidos. Llegarían allí antes de que...

Mi móvil volvió a sonar, y esa vez era Dee quien llamaba. Noté un nudo en las tripas mientras respondía.

—¿Qué?

—Es Katy —dijo con voz temblorosa—. Me ha hecho dejarle un rastro...

—¿Qué? —Pisé el freno tan fuerte que la camioneta que tenía detrás estuvo a punto de estamparse contra mi coche—. ¿Que ha hecho qué?

—Me ha hecho dejarle un rastro, y después se ha marchado, tratando de conducir al Arum lejos de aquí. Se dirige al campo donde hicieron la fiesta. Daemon, está brillando mucho.

El corazón se me quedó atascado en la garganta. La furia y el terror me golpearon como un puñetazo en el pecho. Quería meter la mano en el teléfono para estrangular a mi hermana. ¿Cómo había permitido que Kat hiciera algo así? Pero no había tiempo de gritarle. Eso tendría que dejarlo para más tarde. Mi cabeza comenzó a funcionar con rapidez.

—Habla con Adam y Andrew, pero primero mándame un mensaje con su número.

—Daemon...

—¡Joder, Dee, que me mandes su número! —grité, con el corazón latiendo con fuerza mientras colgaba. ¿Por qué haría Kat algo así? Era un suicidio. ¿Por qué? Pasó un segundo, y entonces llegó el mensaje de Dee. Marqué los números y esperé mientras sonaba el teléfono.

—¿Diga?

La voz de Kat fue como otro puñetazo en el pecho.

Perdí el control.

—¿Estás loca o qué narices te pasa? —le grité al teléfono, rodeando a un sedán que se movía con lentitud—. Esta tiene que ser la locura más...

—¡Cállate, Daemon! —dijo con voz chillona—. Lo hecho, hecho está. ¿Y Dee? ¿Está bien?

¿Que si Dee estaba bien? ¿Es que no se daba cuenta de lo que acababa de hacer?

¡Se había vuelto loca!

—Sí, Dee está bien, pero ¡tú no! Hemos perdido a Baruck, y como Dee me ha dicho que ahora brillas como la luna llena, seguro que anda detrás de ti.

Hubo una pausa.

—Bueno, esa era la idea.

—Te juro por todas las estrellas del firmamento que cuando te vea te vas a enterar. —Y tanto que se iba a enterar: iba a estrangularla, literalmente—. ¿Dónde estás?

—Casi he llegado al sitio de la fiesta —respondió—. No veo a Baruck por ninguna parte.

—Pues claro que no lo ves. —Dios santo...—. Está hecho de sombras y de noche, Kat. No lo verás hasta que él quiera. No puedo creer que hayas hecho algo así.

—Oye, mira, no me hables así —replicó—. Me dijiste que yo era una debilidad, una carga. Y no quería que Dee sufriera por mi culpa. ¿Qué habría pasado si hubiera aparecido en vuestra casa? Tú mismo me dijiste que me utilizaría en su contra. ¡Es lo mejor que podía hacer! ¡Así que no seas tan cretino!

No.

Oh, no.

Durante un momento, ni siquiera vi la carretera que tenía enfrente. El terror estuvo a punto de consumirme.

—Pero nunca te dije que tenías que hacer algo así, Kat. Jamás.

Respiró hondo de forma audible.

—Que yo haya hecho esto no es culpa tuya.

Apreté los labios.

—Sí lo es.

—Daemon...

—Lo siento, Kat. No quiero que nadie te haga daño... No podría vivir con eso. —En cuanto las palabras salieron, no hubo forma de retirarlas. Eran la verdad—. No cuelgues el teléfono. Voy a ver dónde puedo dejar el coche e iré a buscarte. Solo tardaré unos minutos. No salgas del coche.

—Vale —dijo, y después añadió—: quizá no haya sido la mejor idea del mundo...

Solté una risa corta y seca mientras miraba por el retrovisor las últimas luces de los coches que desaparecían. Aparqué.

—No me digas.

—Bueno, eso que decías de no poder vivir con... —Se detuvo de pronto mientras yo apagaba el motor y abría la puerta—. ¿Daemon?

—¿Qué?

—Creo que...

Un grito interrumpió la frase.

Se me quedó la piel helada.

—¿Kat? —No respondió—. ¿Kat?

Nada.

Oh, no. No, no, no.

Tiré el móvil al interior del todoterreno, cerré la puerta de golpe y eché a correr hacia los árboles, cambiando a mi auténtica forma y adquiriendo velocidad. Corrí más rápido de lo que jamás lo había hecho, y mi cuerpo apenas tocaba el suelo. No dejaba de ver posibles situaciones en mi cabeza. Kat golpeada. Rota. Muerta. Era incapaz de sacarme aquellos pensamientos de la mente.

Tan solo pasaron unos minutos hasta que llegué al claro, puede que dos, pero era tiempo más que suficiente para que Baruck hiriera a Kat de gravedad, o tal vez algo peor. Pasé volando junto a los restos quemados de la hoguera, que ya no era más que troncos chamuscados y ceniza desperdigada. A través de los árboles, vi una brillante luz blanca elevarse demasiado en el cielo como para ser Kat, a menos que...

Seguí corriendo, dejando atrás los árboles, y entonces lo vi... y vi a Kat. El Arum la sostenía en el aire con una mano alrededor de su garganta, y la otra estaba en el interior de su pecho. Se estaba alimentando de ella. La furia sabía a metal en la parte posterior de mi garganta. Adopté mi forma humana mientras la furia salía de mí en un rugido, como una erupción volcánica.

La cabeza sombría del Arum se giró mientras me estampaba contra él, perdiendo la sujeción de Kat. Ella cayó al suelo hecha un guiñapo, y no se levantó. Aterricé frente a ella, agachado, con el Arum a unos metros de distancia.

Me levanté mientras Baruck lo hacía, cara a cara con él.

—¿Has venido a morir con ella? Perfecto —dijo Baruck en su forma humana, moviéndose con rapidez de izquierda a derecha—. Me pones las cosas mucho más fáciles, porque creo que a ella ya me la he cargado. Por cierto, tenía un sabor interesante. Diferente, diría yo —dijo para provocarme—. No sabe como un Luxen, pero no está mal.

Me abalancé contra Baruck y lo lancé varios metros hacia atrás con un poderoso estallido de la Fuente a través de mi brazo extendido.

—Estás muerto.

Baruck se incorporó, atragantándose con la risa.

—¿Crees que vas a poder conmigo, Luxen? He acabado con otros más poderosos que tú.

Lo golpeé con otra ráfaga de luz, ahogando el resto de lo que estaba diciendo. El suelo tembló con el impacto de toda la energía concentrada. El golpe lo había derribado, pero sabía que no se quedaría así mucho tiempo. Adopté mi forma Luxen y corrí hacia él. Cuando chocamos fue como un trueno, y caímos al suelo rodando, peleando como dos humanos, aunque nuestros puñetazos habrían matado a cualquier humano de un golpe.

Lo sujeté contra el suelo y le lancé un puñetazo a la garganta, pero en el último minuto se movió, echó las piernas hacia atrás y me dio una patada para tirarme a un

lado. Caí al suelo, giré y me puse en pie justo a tiempo de ver a Dee mientras pasaba corriendo junto al Arum, en dirección a Kat. No había tiempo para procesar siquiera la presencia de mi hermana.

Unas bolas de fuego brillantes y anaranjadas se formaron en las puntas de mis dedos. Las lancé hacia Baruck, pero él las esquivó y estas chisporrotearon antes de estamparse contra los árboles, volviendo el mundo ámbar y dorado. El calor me golpeó, y unas ascuas crepitantes volaron hacia el cielo.

Una de las bolas impactó contra el hombro del Arum y lo hizo girar. Esquivó la siguiente, que golpeó el árbol que había tras él y abrió un agujero profundo en el tronco. Por encima del caos, oí que Dee suplicaba.

—Katy, Katy, háblame. ¡Háblame, por favor! Dios mío... —A continuación, gritó mi nombre—: ¡Daemon!

Se me paró el corazón.

Me giré al mismo tiempo que Baruck. Dee tenía a Kat entre los brazos. El Arum liberó su propia esencia. Un rayo de oscuridad golpeó a Dee, alejándola de repente de Kat, que cayó al suelo. Grité mientras Dee se ponía en pie. Sus ojos ardían con un blanco intenso, y entonces salió volando hacia delante, dirigiéndose directamente hacia Baruck.

Giré y lancé una ráfaga de energía y después otra, pero Baruck esquivó mi ataque y fue directamente hacia Dee. Corrí hacia delante, pero era demasiado tarde. Atrapó a Dee, y durante un momento que me paró el corazón, la oscuridad la envolvió. Cayó al suelo con el cuerpo temblando.

Arremetí contra Baruck y lo derribé con tanta fuerza que las ramas se agitaron, haciendo que las hojas cayeran al suelo. Me puse sobre el Arum e invoqué la Fuente al levantar la mano, justo mientras veía que Dee se levantaba. Ese instante de distracción fue todo lo que Baruck necesitó.

Todo sucedió muy rápido.

La forma de Dee parpadeaba, y le salía sangre de la nariz mientras cuadraba los hombros y se dirigía hacia nosotros. Por debajo de mí, Baruck levantó el brazo y lanzó otro ataque directamente hacia Dee.

Kat cayó sobre Dee en el momento en que el chorro de energía las golpeaba, tirándola a un lado un segundo antes de que la oscuridad las rodeara, y oí un grito. No sabía si pertenecía a mi hermana o a Kat.

Todo se estaba yendo a la mierda.

Las dos cayeron al suelo. Kat estaba boca arriba, y la parte delantera de su camiseta estaba manchada con una sustancia oscura. Un olor metálico llenaba el aire: sangre. Dee se encontraba junto a ella, de costado, con el brazo flácido por encima del de Kat. Recuperó su auténtica forma.

Pero nunca hay que quitar los ojos de encima a tu enemigo.

La ráfaga me golpeó en la espalda y me lanzó por los aires hecho una maraña de brazos y piernas. El dolor hizo que me resultara difícil mantener la forma, y noté que

no dejaba de cambiar entre una y otra. Tenía los pensamientos consumidos por mi hermana... y por Kat.

Kat no tenía nada que hacer contra Baruck.

Caí al suelo, aturdido, mientras oía la voz del Arum en mi cabeza.

«Tresss por el precio de uno».

Tratando de mantener la forma, me giré y mi mirada se aclaró. Kat... Me encontraba junto a Kat, tan cerca que podía tocarla. Estaba viva. Su pecho subía y bajaba, respirando de forma superficial. Me miraba y movía los labios, pero de ellos no salía ninguna palabra. Traté de sentarme, pero sentí como si fuera la réplica de un terremoto, que me obligó a bajar otra vez. Mis músculos sufrían espasmos; era como si me golpeará una pistola eléctrica muy cargada.

«Ssse acabó. Los tres moriréis». Baruck avanzó hacia nosotros.

Me giré hacia Kat y vi las lágrimas que le nublaban los ojos. Aquello no estaba bien. No se merecía algo así, y yo se lo había echado todo encima... todo.

Nuestros ojos se encontraron. Quería decirle que lo sentía. Sentía que se hubiera mudado al pueblo y nos hubiera conocido. No de la forma que ella pensaba, como si fuera su culpa, sino porque no tenía ni idea de en dónde se estaba metiendo. Quería retroceder en el tiempo, evitar que fuera a la biblioteca y borrar el incidente de los espaguetis, porque, sin eso, jamás habríamos hablado en el bosque aquella noche, y por lo tanto ella jamás se habría puesto delante de un camión. Había cometido demasiados errores.

De no ser por mí, Kat estaría a salvo, viendo películas estúpidas de Halloween, tal vez incluso entre los brazos de algún tío que jamás le haría daño ni la pondría en peligro. Estaría a salvo. Fuera de mi alcance, pero a salvo de todos modos.

Y sobre todo, quería volver atrás y cambiar la forma en que había actuado con ella. Porque en esos momentos, mientras se estremecía sobre el suelo húmedo, mientras la muerte acechaba sobre nosotros, estaba dispuesto a admitir aquello de lo que había estado ocultándome. Aquello que de verdad me aterrorizaba.

Nunca había querido alejarla de mí.

Por egoísta que fuera, me alegraba que se hubiera mudado allí. Ya era demasiado tarde para nosotros, pero me importaba mucho. Más de lo que debería, pero así era. Y ya era demasiado tarde.

Demasiado tarde para decirle lo que sentía, para tocarla, para simplemente abrazarla y compensar todas las cosas terribles que había dicho y hecho. Era demasiado tarde para mí.

Pero ella iba a salir de allí con vida. Iba a salir con vida, aunque fuera lo último que hiciera.

Aunque desprenderme de mi forma humana me hacía más vulnerable, iba a necesitarlo todo. Extendí el brazo hasta ella, y ella estiró el suyo. Sus dedos desaparecieron en mi luz.

Lo concentré todo en ese toque, y envié una ráfaga de energía a su cuerpo,

sabiendo que lo que quiera que hubiera dentro de nosotros haría lo que quería, curarla desde dentro hasta fuera. Le daría la oportunidad de escapar. Esperaba que Baruck se centrara más en mí.

Un sollozo le sacudió el cuerpo, así que le apreté la mano. Entonces vi que sus ojos ardían al darse cuenta. Sabía lo que estaba haciendo, lo que significaba.

—¡No! —dijo, aunque su voz fue un susurro ronco y cansado.

Trató de apartarse, pero yo seguí sujetándola, ignorando el pánico desesperado en sus ojos. Le apreté la mano. No iba a soltarla. No todavía.

Jamás lo haría.

De pronto se sentó y agarró el brazo de mi hermana, sujetándome todavía la mano. Un pulso de luz me recorrió, brillando con tanta fuerza que Baruck pareció desaparecer. Se elevó en un arco en el aire, crepitando y chisporroteando, y fue directamente hacia Dee. Su luz se conectó con la mía.

La sombra de Baruck se detuvo.

El arco de luz voló sobre nosotros y después descendió, directamente hacia el pecho de Kat. Un segundo más tarde se puso sobre nosotros, alejándose de mi agarre, y entonces la vi sobre mí, suspendida en el aire, con el pelo flotando a su alrededor. El poder creció entre nosotros, aumentando nuestras habilidades regenerativas al máximo. Mientras el poder resplandecía, Dee y yo regresamos a nuestras formas humanas.

Aturdido, me puse de rodillas y traté de alcanzar a Kat. ¿Qué estaba haciendo...?

Podía sentirla atrayendo las partículas del aire, manteniéndolas cerca de ella. No era posible, pero el poder se enroscaba en su interior, un temblor del mismo poder que se estremecía en lo más profundo de mi ser. Aquello... aquello no era posible.

Gritando, lo liberó.

Me puse en pie y observé asombrado mientras la energía golpeaba el pecho de Baruck. El aire se tensó y se quebró. Ardió una luz intensa, y levanté el brazo para cubrirme los ojos. Cuando la luz remitió, Baruck ya no estaba, y Kat...

Oh, Dios.

—¿Kat?

Estaba tirada boca arriba, y su pecho... apenas se movía. El olor de la muerte flotaba en el aire. Me lancé hacia ella y me puse de rodillas. Ella soltó aire de forma ruidosa, y un pánico puro me explotó en las tripas.

Todo lo que había pasado... Habíamos llegado tan lejos... La había salvado, y ella había tomado todo lo que le había dado, y en lugar de largarse de allí, lo había utilizado para salvarnos.

Se había sacrificado por nosotros.

No me lo merecía. Ni de broma me merecía que hiciera algo así por mí.

La tomé entre mis brazos, y la noté tan ligera como el aire, como si cada parte de su ser ya hubiera desaparecido.

—Vamos, Kat, háblame; métete conmigo.

Dee se movió y se puso en pie, diciendo algo con la voz llena de pánico. No le quité los ojos de encima a Kat. Moví los dedos por su cara, limpiando los rastros de sangre... pero había demasiada. Bajo su nariz, en las comisuras de sus labios, en sus orejas... e incluso acumulándose bajo sus ojos.

Aquello no estaba bien.

Sabía lo que tenía que hacer.

—Dee, vete a casa ahora mismo. Llama a Adam: no anda lejos.

—¡No quiero irme, sangra sin parar! —protestó Dee, rodeándose la cintura con los brazos mientras se acercaba a trompicones—. Tenemos que llevarla a un hospital.

Kat clavó los ojos en los míos, pero no se movió. El terror subió por mi pecho, clavando sus garras.

—¡Vuelve a casa ahora mismo! —grité, y después me obligué a bajar un poco la voz. Dee no podía saber lo que estaba a punto de hacer otra vez—: Por favor, vete. No le pasará nada. Solo necesita... unos minutos.

Le di la espalda a Dee, apartando los mechones enredados de pelo de la cara de Kat. Cuando estuve seguro de que Dee se había ido, solté aire de forma entrecortada.

—Kat, no vas a morirte. No te muevas ni hagas nada. Confía en mí y relájate. No luches contra lo que va a pasarte.

No había ninguna señal de que me hubiera oído, pero no pensaba rendirme. Ni de broma. Bajé la cabeza y presioné la frente contra la suya. Mi cuerpo se desvaneció y adopté mi auténtica forma. Un calor fue desde mi cuerpo al suyo.

«Aguanta. No te vayas». Sabía que tal vez no me oyera, pero seguí hablando mientras le acunaba la cabeza. «Aguanta».

Me centré en ella y noté mi conciencia deslizándose en su interior. Entonces pude verlo todo: los huesos soldándose, los cortes cerrándose, los músculos reparándose y la sangre fluyendo con rapidez por sus venas, sin obstrucción alguna. Había estado hecha un desastre, y me mataba saber la clase de dolor que había soportado.

Y entonces sentí como si algo encajara dentro de mí. Por un momento tuve una extraña sensación; un aleteo en mi pecho, cerca de mi corazón, como si nuestros corazones fueran uno y latieran al unísono, pero entonces... entonces pasó algo más. Noté como si algo se rasgara en mi interior, como si algo se partiera dentro de mi ser, dividiéndolo en dos.

Sus labios rozaron los míos. Los colores giraban a mi alrededor; rojos y blancos brillantes. Era como si no hubiera un «yo» o una «ella»... éramos nosotros, tan solo nosotros. Y podía sentir una indiscernible atracción hacia ella, una especie de toma y daca. Aquello estaba prohibido; curarla tantas veces como lo había hecho ya, pero aquello... aquello era mucho más, porque había estado al borde de lo desconocido, balanceándose hacia el olvido, y yo la había traído de vuelta.

«¿Qué estoy haciendo? Si descubren lo que he hecho... Pero no puedo perderla. No puedo. Por favor. Por favor... No puedo perderte, gatita. Abre los ojos. Por favor, Kat, no me dejes».

«Estoy aquí». Era ella, pero no estaba hablando en voz alta, y entonces abrió los ojos. «Estoy aquí».

Aturdido, me eché hacia atrás, y la luz se desvaneció de su cuerpo. Pero había... había dejado algo atrás. Podía sentirlo. No sabía de qué se trataba exactamente, y en esos momentos no me importaba. Estaba viva. Los dos estábamos vivos, y eso era todo lo que importaba.

—Kat —susurré, y ella se estremeció entre mis brazos. Me senté reclinándome un poco, y la acuné junto a mi pecho mientras la abrazaba.

Sus ojos se llenaron de asombro y una dosis de confusión.

—Daemon, ¿qué has hecho?

—Necesitas descansar. —Hice una pausa, cansado hasta los huesos, agotado hasta la médula. Incluso yo tenía límites físicos, y aquella noche los había sobrepasado—. Todavía no estás bien. Tardarás unos minutos, creo. Nunca había curado a alguien a este nivel.

—En la biblioteca me curaste —murmuró, recorriendo mis brazos con las manos—. Y en el coche...

Le dirigí una sonrisa cansada.

—Solo eran algunos morados y un esguince. Esto es muy diferente.

Kat giró la cabeza y miró por encima de mi hombro. Su mejilla rozó la mía ligeramente, pero lo sentí como si fueran miles de toques, suaves como la seda. Noté cómo se tensaba.

—¿Cómo he podido hacer eso? —susurró—. No lo entiendo.

Buena pregunta. Enterré la cabeza en su cuello, aspirando su aroma a vainilla y melocotones, guardándolo en mi memoria.

—Debo de haberte hecho algo al curarte. No sé el qué. No tiene sentido, pero algo debe de haber pasado cuando nuestras energías se han unido. No tendría que haberte afectado, porque eres humana.

Mis palabras no parecieron calmarla. Ni de coña. Y a mí tampoco me calmaban demasiado. Me tembló la mano cuando le aparté un mechón de pelo de la cara.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

—Bien. Cansada, ¿y tú?

—Igual.

Pero de una forma extraña, me sentía increíblemente bien. Le pasé el pulgar por la barbilla, y después por el labio inferior. Me sentía un poco como un niño yendo a Disneylandia por primera vez, y eso era muy raro, porque jamás había ido a la tierra de los ratones. Nunca había querido ir.

—Creo que por el momento lo mejor es que sea nuestro secreto —dije—. No hablemos con nadie de lo que ha pasado cuando te he curado ni de lo que has hecho, ¿vale?

Asintió con la cabeza, pero por lo demás permaneció inmóvil mientras mis manos recorrían las líneas de su cara, quitando las manchas y las zonas oscuras. Nuestras

miradas se encontraron, y entonces sonreí, sonreí de verdad, tal como llevaba años sin hacer.

Y dejé de pensar.

Recorrí sus mejillas con los dedos y la besé con suavidad. Lo hice de forma moderada y lenta, algo que nunca había puesto en práctica antes, pero que quería hacer con ella. Algunas partes de mí, partes que ocultaba de la mayoría, se abrieron. Eché la cabeza hacia atrás y fue como si fuera la primera vez. De hecho, fue la primera vez, porque aquello era lo que quería, tal vez incluso lo que necesitaba. El tacto inocente me dejó sin aliento... al principio.

Me aparté y solté una risa.

—Pensé que no te recuperarías.

—Parece que sí. —Sus ojos examinaron mi cara, llenos de preocupación—. Y tú, ¿te has recuperado?

Resoplé.

—Casi.

Respiró hondo, y sus labios se curvaron en una débil sonrisa.

—¿Y ahora, qué?

Mis labios imitaron los suyos, y respiré el aire nocturno, el aroma de la hierba húmeda y de la tierra fértil. La respiré a ella.

—Nos vamos a casa.

CAPÍTULO 24

Todas las colonias eran iguales.

Humanas. Luxen. Arum. Hormigas.

No eran más que un montón de chiflados de los que no quería estar a menos de cinco kilómetros de distancia, y no lo haría, pero tenían algo que necesitaba... algo que Kat necesitaba.

Iba a deberme una bien gorda por eso.

Imaginé algunas de las formas con las que podría compensarme por esa visita... y era una película que jamás terminaría. Me puse cómodo en la estéril sala de estar. Todo era blanco: los sofás, la alfombra, las paredes y los cojines. Era como si tuvieran algo en contra del color. Hizo que me entraran ganas de romper algo a propósito.

Cuando Ethan Smith regresó, llevaba una bolsita de cuero en la mano. Me echó un vistazo y sus cejas oscuras se arquearon sobre unos ojos de color violeta.

—Sé que no eres el más paciente de nuestra especie, pero se tarda un tiempo en fabricar estas cosas.

Sí, casi tres días enteros de mi vida que jamás iba a recuperar. La mayor parte del tiempo me lo había pasado recorriendo el estado en busca de más Arum, y un día entero lo pasé buscando el trozo perfecto de obsidiana, pero estaba deseando volver a casa, con Dee... y con Kat. No me gustaba la idea de que estuviera brillando como una bola de discoteca con esteroides.

Ethan no me entregó la bolsita. Por supuesto que no, porque eso habría sido demasiado fácil.

—¿Puedo preguntar por qué necesitas esto?

—¿Puedo decir que no y dejar esta conversación?

Una sonrisita tensa apareció en la cara del otro Luxen.

—Tu arrogancia será algún día tu caída.

Mi arrogancia y otras cosas, aunque no iba a mencionar ningún nombre.

El rostro de Ethan se llenó de irritación.

—No es que no aprecie todo lo que haces por la colonia, pero tu...

—Mi forma de ser podría mejorar —terminé, pensando en Kat—. Lo pillo, créeme.

Ethan inclinó la cabeza hacia un lado. El pelo se le estaba comenzando a volver gris por las sienes.

—Eso espero. Sería una lástima para nuestra raza si te pasara algo desafortunado.

Clavé la mirada en la suya, de ese extraño color amatista.

—Seguro que sí.

Fue él el primero en romper el contacto.

—¿Tiene esto algo que ver con el espectáculo de luces durante el fin de semana?

—Sí. Maté a un par de Arum y perdí algunas dagas en el proceso, así que quería algo que Dee pudiera llevar por si pasara algo. —Me incliné hacia delante y me puse las manos entre las rodillas—. Es lo mismo que les dije a todos los demás ancianos, Ethan.

—Hum, la verdad es que me suena de algo. —Me entregó la bolsita, y el peso de la obsidiana me resultó familiar. Me lo metí en el bolsillo, listo para largarme de ahí cagando leches—. Sin embargo, he de decir que nunca he visto tal despliegue de poder. Fue impresionante.

Una sensación de intranquilidad descendió por mi columna vertebral mientras me ponía en pie. Había algo en Ethan, una cualidad que nunca lograba identificar, que me daba muy mal rollo.

—Bueno, es que soy una pasada.

—Sí que lo eres. —Se puso en pie fluidamente y se alisó la camisa planchada—. Aun así, estoy seguro de que el Departamento de Defensa nos preguntará algo al respecto.

Me detuve junto a la puerta y volví a girarme hacia él.

—¿Y qué pasa si lo hacen?

—No les diremos nada si preguntan, tal como solemos hacer, pero si haces que vengan aquí demasiado a menudo, no será solo de ellos de quienes tendrás que preocuparte. ¿Comprendes lo que quiero decir?

La furia reemplazó la intranquilidad.

—Sí, comprendo lo que quieres decir —dije apretando los dientes.

—Oye, Daemon.

Me giré hacia él una vez más, apretando la mandíbula con tanta fuerza que iba a tener que ir al dentista.

—¿Sí?

Ethan unió las manos y sonrió.

—Tengo una pregunta más.

Estaba a punto de tirarme por la ventana.

—Adelante.

—Esa chica humana con la que tu hermana y tú os habéis estado asociando... —comenzó, y aunque mi cuerpo se tensó no me sentí sorprendido. Los ancianos eran tan malos como el Departamento de Defensa, si no peores—. ¿Va a suponer un problema? —preguntó.

—No.

«Pero lo será si vuelves a mencionar otra vez a esa “chica humana”». No lo dije en alto ni en nuestro idioma, pero la expresión de mi cara transmitió el mensaje alto y

bien claro.

Ethan asintió con la cabeza y no volvió a detenerme.

Cambié a mi auténtica forma y solo tardé unos pocos segundos en abandonar la colonia y llegar hasta el grupo de casas. Como no sabía si la madre de Kat estaría por la zona, recuperé mi aspecto humano antes de salir del bosque.

Mientras subía por el camino de entrada ocurrió algo muy extraño. Una calidez descendió por mi nuca, seguida por un cosquilleo casi placentero entre los omóplatos. Además de esa extrañeza, notaba un pinchazo de otra sensación. Una sensación de estar completo. ¿Qué demonios estaba pasando?

Me pareció que necesitaba una siesta.

En cuanto llegué al porche, un extraño y cálido escalofrío me recorrió la base del cuello, y supe que Kat estaba dentro. No podía explicar cómo ni por qué, pero lo sabía en lo más profundo de mi ser.

Abrí la puerta de la sala de estar, atravesé el vestíbulo y mis ojos encontraron a Kat antes que nada. Estaba sentada en el sofá, con las espesas pestañas bajadas, ocultando sus ojos grises. Llevaba el pelo suelto y le caía alrededor de la cara, sobre los hombros y por la espalda.

Me quedé ahí plantado, incapaz de moverme, demasiado rápido como para que se diera cuenta. Al verla, bueno, sentía cosas en las que antes no había estado preparado para ahondar. Joder, ni siquiera sabía en qué punto había estado preparado.

Probablemente pasó en algún momento entre el instante en que pensé que estaba muerta y cuando dejó de estarlo.

Me senté en el sofá junto a ella, observándola. Sabía que era consciente de mí a ese nivel tan intrínseco. El débil rubor que le recorría las mejillas lo confirmaba.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

El silencio cayó mientras Dee y Adam se giraban hacia ella. Arqueé una ceja y contuve la risa mientras el calor recorría sus mejillas y bajaba por su garganta.

—Hola, cariño. Pues mira, me he ido de fiesta y de putas. Ya sabes que me gusta desfasarme.

Apretó los labios.

—Gilipollas.

Mi hermana gruñó.

—Daemon, no seas idiota.

—Sí, mamá. Me he pateado todo el Estado con otro grupo de Luxen para asegurarme de que no hay ningún Arum más —dije, para ofrecer una explicación mejor.

Adam se inclinó hacia delante.

—No queda ninguno más, ¿no? Le hemos dicho a Katy que no tiene de qué preocuparse...

Mi mirada se dirigió hacia Kat durante un instante.

—No hemos visto a ninguno.

Dee soltó un gritito de júbilo y dio una palmada. Después se giró hacia Kat, sonriendo.

—¿Lo ves? No tienes de qué preocuparte. Se ha acabado.

Kat sonrió.

—Qué alivio...

Le conté a Adam cómo había ido el viaje, dejando a un lado la mayor parte de la conversación con Ethan Smith, pero durante todo el tiempo mantuve la atención más centrada en Kat. Me sentía muy consciente de cada pequeño movimiento que hacía, de cada músculo que tensaba y después relajaba, de cada aliento que tomaba.

—¿Katy? ¿Sigues con nosotros? —preguntó Dee.

—Eso creo.

Volvió a sonreír, pero había algo extraño en la sonrisa. Entrecerré los ojos.

—¿Os habéis pasado con ella haciéndole un millón de preguntas? —inquirí con un suspiro.

—¡No! —gritó Dee, y después se rio—. Bueno, quizá un poco...

—Me lo imaginaba —murmuré, estirando las piernas. Un segundo después, miré a Kat, y sus ojos se clavaron en los míos. La sala de estar se hallaba llena de tensión, y me pregunté qué estaría pasando detrás de esos ojos.

Dee se aclaró sonoramente la garganta.

—Adam, me he quedado con hambre...

Este se rio.

—¡Eres peor que yo!

—Es verdad. Vamos a Smoke Hole. Creo que hoy tienen pastel de carne casero. —Dee se puso en pie de un salto y me dio un beso en la mejilla—. Me alegro de que hayas vuelto. Te he echado de menos.

Le dirigí una sonrisa.

—Yo a ti también.

Cuando la puerta se cerró detrás de Adam y de Dee, Kat se volvió hacia mí.

—¿De verdad que todo está controlado? —preguntó.

Entonces volvió a golpearme aquella necesidad. Quería abrazarla, porque debía de estar preocupada si había hecho esa pregunta, y me parecía que hacer eso era lo correcto. Por supuesto que lo era. ¿Cuántas veces había abrazado a Ash cuando se encontraba mal? ¿O a Dee, aunque de una forma diferente, cuando era ella quien estaba mal?

—Casi todo. —Antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo, estiré una mano y le recorrí la mejilla con los dedos. Noté una descarga en las puntas, como si fuera electricidad estática, pero muy muy diferente—. Joder.

—¿Qué?

Abrió mucho los ojos.

Me acomodé en el sofá y me acerqué a ella lo suficiente para que nuestras piernas se tocaran. Todavía no estaba listo para hablar sobre lo que sospechaba que había

pasado entre nosotros al curarla.

—Tengo algo para ti.

Vi la confusión en su rostro.

—¿Va a explotarme en la cara o algo así?

Me reí mientras me metía la mano en el bolsillo delantero de los vaqueros y sacaba la bolsita de cuero. Se la entregué y la observé mientras tiraba de la cuerdecita y ponía boca abajo la bolsa con cuidado, como si temiera que fuera a caer una granada. Pero, cuando vio el colgante de obsidiana, sus pestañas se elevaron y vi que estaba claramente sorprendida.

Noté una presión en el pecho cuando sonrió. Era una sensación diferente, como cuando estás a punto de subirte a una montaña rusa. Lo cierto era que nunca me había sentido de ese modo.

—Parece increíble, pero algo tan pequeño puede perforar la piel de un Arum y matarlo. Cuando notes que se calienta, sabrás que un Arum anda cerca aunque no lo veas. —Tomé la cadena y la sujeté entre mis dedos—. Me ha costado un montón encontrar un fragmento como este, porque la hoja se fue al cuerno... No quiero que te la quites, ¿vale? Por lo menos cuando... Bueno; llévala casi siempre.

La expresión de sorpresa no se desvaneció mientras se giraba y se apartaba el pelo. En cuanto enganché la cadena, se giró para mirarme. Tenía una expresión seria que reemplazaba la cara de aturdimiento.

—Gracias... por todo.

—No pasa nada. ¿Te ha dicho alguien algo sobre tu rastro?

Negó con la cabeza.

—Creo que, después de la pelea, les parece normal que lo tenga.

Asentí con la cabeza, aliviado porque hubiera una cosa menos de la que preocuparnos por el momento.

—Ahora mismo brillas como un cometa. Tendremos que librarnos de ese rastro o volveremos a estar como al principio...

Kat me miró fijamente, con ojos agudos.

—¿Y cómo estábamos al principio, exactamente?

—Bueno, ya sabes... condenados a estar juntos hasta que el rastro desapareciera.

Eso sonaba como la mierda.

—¿Después de todo lo que he hecho por vosotros, es una condena tener que estar cerca de mí? —Oh, mierda...—. ¿Sabes qué? Que te den, colega. Gracias a mí, Baruck no encontró a tu hermana. Y casi muero por lo que hice. La culpa de que tenga un rastro es tuya: tú me curaste. No es culpa mía.

—Entonces, ¿es mía? ¿Qué tendría que haber hecho, dejar que murieras? ¿Es eso lo que habrías querido?

—¡Qué pregunta más idiota! No me arrepiento de que me hayas curado, pero no pienso consentir que siempre estés dándome una de cal y otra de arena.

—Creo que protestas demasiado teniendo en cuenta que te gusto. —Sonreí,

sabiendo que estaba a punto de sacar las garras—. Parece que intentes convencerte de lo contrario.

Kat respiró hondo, y su pecho se elevó.

—Creo que lo mejor es que me dejes en paz para siempre.

—Me temo que no puedo.

—Otro Luxen puede vigilarme o lo que sea —protestó—. No tienes por qué ser tú.

Claro, como si eso fuera a pasar.

—Eres responsabilidad mía.

—No soy nada tuyo.

—Sí que lo eres.

Tenía aspecto de querer darme un puñetazo. Y más o menos quería que lo hiciera y, sinceramente, ni siquiera sabía por qué me gustaba tanto meterme con ella.

—Me repugnas —dijo.

—No es verdad.

—De acuerdo. Quiero quitarme ya este rastro y que me dejes en paz. Ahora mismo.

Una idea acudió a mi mente.

—Podemos enrollarnos otra vez... Parece que la última vez funcionó, ¿no?

Sus mejillas se ruborizaron y una luz inundó sus ojos.

—Ya, claro. Como que va a pasar eso otra vez.

—Solo era una sugerencia.

—Una que nunca... sucederá... —dijo con lentitud— otra vez.

—No me digas que no te gustó tanto como...

Kat me dio un golpe en el pecho, con fuerza. No pude evitarlo. Me reí, y ella produjo ese adorable sonido de enfado mientras comenzaba a apartarse. Su pequeña mano se movió por mi pecho, y necesité toda mi fuerza de voluntad para no tomársela y hacer... bueno, otras cosas con ella.

Arqueé una ceja.

—¿Me estás metiendo mano, gatita? Creo que me gusta por dónde empiezan a ir las cosas...

Separó los labios mientras seguía presionando. Mi pulso se aceleró un poco mientras la observaba. La sangre desapareció de su rostro.

—Nos late el corazón... a la vez. Pero... ¿cómo puede ser?

—Mierda...

No era así como quería comenzar esa conversación.

Clavé los ojos en los suyos, y entonces coloqué la mano sobre la suya y le di un apretón. Ya lo sospechaba, y aquello tan solo lo confirmaba, pero lo que sabía sobre la sanación de los humanos por parte de los de mi especie era muy limitado, y no eran más que murmullos y rumores.

—Bueno... no te preocupes —dije—. A ver... creo que he hecho que te

transformaras en algo y esto que nos pasa con el corazón no hace sino confirmar que estamos conectados. —Sonreí—. Podría ser peor.

—¿Qué es lo que podría ser peor, exactamente? —preguntó, alzando la voz.

—Que estemos juntos... no está tan mal. —Me encogí de hombros—. Podría ser peor.

—Un momento, ¿crees que tenemos que estar juntos porque una conexión extraterrestre rarísima nos ha conectado? Pero si hace dos minutos estabas quejándote por estar condenado a estar conmigo...

—Ya, bueno, tampoco estaba quejándome. —Tan solo había elegido muy mal las palabras durante un momento—. Solo decía que teníamos que estar juntos. Esto es diferente, y además yo te atraigo.

Entrecerró los ojos, como una gatita cabreada.

—Me reservo lo último que has dicho para luego, pero ¿estás intentando decirme que quieres estar conmigo porque te sientes... obligado?

Me moví en mi sitio.

—No diría que me siento obligado... Me gustas. —Kat no respondió de inmediato, así que me preparé—. Ay, ay, ay... Conozco esa miradita. ¿Qué estás pensando?

—Que es la declaración de atracción más penosa que he escuchado en toda mi vida —respondió, poniéndose de pie—. Qué patético, Daemon. ¿Me estás diciendo que quieres estar conmigo solo por lo que ha pasado?

Puse los ojos en blanco mientras me levantaba.

—Nos gustamos, Kat. Lo sé. Es absurdo que sigamos negándolo.

—Ya, y esto me lo dice el chico que me dejó sin camiseta en el sofá y se marchó tan tranquilo, ¿no? —Negó con la cabeza, sacudiendo los mechones de pelo castaño—. No nos gustamos y punto.

—Vale, tendría que disculparme por lo que hice. Perdona. —Di un paso adelante—. Nos atraíamos antes de que te curara. Y no puedes decirme que es mentira porque tú... siempre me has atraído.

Darme cuenta de lo jodidamente cierto que era eso fue como un mazazo.

Desde la primera vez que la vi de pie en mi porche; la primera discusión, la primera vez que me había insultado, y desde la primera vez que me di cuenta de lo fuerte y valiente que era realmente, me había sentido atraído hacia ella. La había deseado.

Tal vez tan solo hubiera estado protestando muy alto todo el tiempo.

—Que yo te atraiga es una razón igual de patética que la del rastro para decirme que quieres estar conmigo.

—Bueno; es más que eso. —Hice una pausa, algo aturdido al pensar que solo un año antes me habría muerto de risa si alguien me hubiera dicho que iba a estar ahí en ese momento, diciendo lo que estaba diciendo—. Sabía que ibas a traerme problemas desde que llamaste a mi puerta la primera vez.

Kat soltó una risa seca.

—Ya, pues yo pienso lo mismo, pero eso no justifica esa especie de doble personalidad que tienes.

—Pues yo esperaba que sí la justificara, pero está claro que no... —Le dirigí una rápida sonrisa—. Kat, sé que te atraigo. Sé que yo...

—Que tú me atraigas no basta —señaló.

—Nos llevamos bien.

Me lanzó una mirada inexpresiva.

Esa vez no pude contener la sonrisa, pero volví a probar.

—A veces, no me digas que no...

—No tenemos nada en común.

—Tenemos mucho más en común de lo que tú crees.

—Lo que tú digas.

Atrapé un mechón de su pelo y me lo enrosqué en el dedo.

—Sabes que estás deseándolo...

Dudó durante un instante antes de recuperar su mechón.

—Tú no sabes lo que yo quiero: no tienes ni idea. Quiero estar con alguien que de verdad quiera estar conmigo, y que no se sienta obligado por algún extraño sentido de la responsabilidad.

—Kat...

—¡No! —Sus manos se cerraron en puños mientras respiraba hondo otra vez—. No, lo siento. Llevas meses comportándote como un cretino conmigo, y no tienes derecho a decidir que te gusto de repente y olvidar todo lo que ha pasado. Quiero estar con alguien que me quiera tanto como mi padre quiso a mi madre. Y tú no eres esa persona.

—¿Cómo puedes saberlo?

Me miró fijamente durante un momento, y después se giró hacia la puerta como si estuviera planeando marcharse. Pero aquella conversación no había terminado. Me moví más rápido de lo que Kat podría ver, y reaparecí frente a la puerta.

—¡Cuántas veces te he dicho que odio que hagas eso! —chilló.

La miré fijamente.

—No puedes seguir fingiendo que no quieres estar conmigo.

Me miró fijamente con una fiereza que me pareció increíblemente sexy, y... y sí, también la respetaba por eso. Pero entonces esa expresión se desvaneció mientras apretaba los labios. La tristeza había aparecido en sus ojos.

—No estoy fingiendo.

Y. Una. Mierda.

Había dudado antes de decirlo. Había muchas más cosas impulsando sus palabras que la furia o la frustración. Tenía miedo, y estaba triste. Lo comprendía. Me había comportado como un gilipollas con ella. Realmente no había ninguna excusa en el mundo que fuera a compensar eso, y tal como me había dado cuenta cuando la había

sostenido entre mis brazos en el campo, no iba a dejarla marchar... no podía.

—Mientes.

—Daemon...

Coloqué las manos sobre sus caderas y tiré de ella hacia delante. La calidez de su cuerpo cayó en cascada sobre el mío, y cerré los ojos brevemente, respirando hondo un aire que sabía a Kat.

—Si yo quisiera estar... —Mis manos se tensaron sobre sus caderas, y ella se acercó un poco, hasta que nuestras piernas volvieron a rozarse, demostrando que sus palabras no decían lo que deseaba realmente. Bajé la cabeza, y ella se estremeció—. Si yo quisiera estar contigo... me lo pondrías difícil, ¿no?

Kat levantó la cabeza.

—No quieres estar conmigo.

No podía estar de acuerdo con esa afirmación. Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Creo que... puede que sí quiera.

Un bonito rubor avanzó por su cuello, y me entraron ganas de perseguirlo con los labios.

—Decir «creo que» y «puede que sí» no es lo mismo que decir que lo sabes.

—Tienes razón, pero es un principio. —Era más que nada—. ¿No te parece?

Ella negó con la cabeza y se apartó.

—No me basta.

La miré a los ojos y suspiré. Su tozudez era algo que detestaba y que al mismo tiempo me atraía de forma increíble, cosa que me hacía pensar que era un tanto retorcido.

—Me lo vas a poner muy difícil. —No dijo nada mientras me esquivaba, y esa vez la dejé llegar hasta la puerta—. ¿Kat?

Se encaró conmigo.

—¿Qué?

Sonreí, y vi que sus ojos grises se iluminaban.

—¿Te das cuenta de que me encantan los retos?

Kat se rio con suavidad y se giró hacia la puerta, enseñándome el dedo corazón.

—Y a mí, Daemon; y a mí.

Mientras la observaba marcharse, tuve que admitir que tenía tan buen aspecto caminando hacia mí como alejándose.

Pero era cierto que me encantaban los retos. Y jamás perdía.

AGRADECIMIENTOS

Cuando me sugirieron por primera vez que escribiera *Oblivion*, pensé que sería una oportunidad genial de dar a los fans de la saga Lux un poco más de Daemon. No tenía planeado escribir *Obsidian*, *Onyx* y *Opal* (disponibles en la versión digital en inglés de *Oblivion*), pero eso es lo que sucedió. Así que no vais a tener solo una idea de lo que pasaba en la cabeza de Daemon. Podéis zambulliros en ella por completo.

Realmente es muy difícil terminar un libro. Quiero agradecer enormemente a las siguientes personas por hacerlo posible: Kevan Lyon, Liz Pelletier, Meredith Johnson, Rebecca Mancini, Stacy Abrams y el equipo de Entangled Publishing. Gracias a K. P. Simmon y a mi ayudante y mejor amiga, Stacey Morgan. Un agradecimiento especial también para Vilma Gonzalez, por ayudarme a trabajar en *Oblivion*.

Nada de esto sería posible sin vosotros, los lectores. Gracias a vosotros, este libro es una realidad. No hay agradecimientos suficientes en el mundo.